

Un tropiezo con el VAQUERO

CARLOTA MANZANO

Un tropiezo con el VAQUERO

CARLOTA MANZANO

Primera edición.

Un tropiezo con el vaquero

Carlota Manzano

©febrero, 2026

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo

«Absolutamente todo lo que haces marca tu destino. Con cada decisión que tomas vas forjándote un camino que tienes el deber y la obligación de recorrer».

Capítulo 1

Indira

Le pagué al taxista y me bajé del vehículo. Él también lo hizo al mismo tiempo que yo, para ir hasta el maletero de dónde sacó mi equipaje.

—Muchas gracias —le dije sonriendo y después me despedí.

Subí el escalón de la acera y coloqué las maletas a cada lado de mis piernas, mientras observaba por primera vez las vistas de la zona que sería mi hogar durante un tiempo.

Volví a sonreír por el mismo motivo por el que lo hice en algunos momentos en el interior del taxi, mientras por la ventanilla veía pasar las calles y a las personas. La razón de mis sonrisas era que me vino de nuevo a la mente cómo se imaginaba este lugar mi prima Miriam. Me habló de él con muchísimos detalles, como si hubiera estado aquí en alguna ocasión. Os adelanto que ni mucho menos las imágenes que me metió en la cabeza se correspondían con la realidad.

Aquí no había calles solitarias que parecían abandonadas, el viento no soplaba con fuerza, ni se escuchaban sonidos de pisadas de botas camperas, porque según Miriam en esta zona pisaban con mucha fuerza. Tuve que reírme a carcajadas cuando me lo dijo convencidísima. En lo que tampoco acertó fue en lo de los sombreros vaqueros.

Desde que inicié el viaje y aterricé no había visto a una sola persona con sombrero. Ni rastro de ellos. Lo mismo reservaban esa costumbre para

ocasiones especiales o para los fines de semana. Si era el caso de lo último lo sabría pronto porque era viernes.

Demasiadas vueltas a ese tema, cuando me daba exactamente igual. En cambio, a Miriam… mi prima había estado las últimas semanas obsesionada con los dichosos sombreros, o más bien con los posibles dueños de ellos. No os podéis hacer una idea de cuánto y hasta qué nivel.

Ella estaba segura de que aquí era el complemento estrella, uno esencial y habitual, porque era algo emblemático y cultural. A saber. Lo que tenía claro era que me iría de aquí con dos sombreros, uno para cada una. Todo con tal de no oírla lamentarse durante meses, por haber perdido una oportunidad tan buena.

Y, por supuesto, le diría a mi prima que se olvidara de las típicas bolas rodantes de plantas secas que me hizo visualizar en medio de la nada, con el viento empujándolas en un escenario solitario. Si existían en los terrenos más desérticos, ni idea, pero no como Miriam pensaba. No sabía si sería motivo de decepción o no para ella, pero sí que la realidad tumbaría todas las ideas que se había hecho de este sitio, a lo largo del tiempo.

Saqué el móvil de la chaqueta, lo desbloqueé e hice varias fotografías, en diferentes direcciones y desde distintas posiciones. Estaba atardeciendo y los colores del cielo, anaranjados, rojos y azulados, eran una belleza. Capturé la esencia del momento.

Donde me encontraba solo había casas a ambos lados de la carretera y eran una maravilla. En esta calle la mayoría de las viviendas eran de una planta, como las que tenía cerca, pero viniendo en el taxi también había visto de dos alturas. Fueran como fueran todas tenían un estilo muy bonito y su jardín, con bastante espacio entre ellas.

Desde que supe que mi destino sería este no quise mirar ni saber ninguna información sobre el lugar, para poder descubrirlo todo en persona. Esa decisión fue un acierto porque lo estaba viviendo con más intensidad y emoción. El caso era que como no vi imágenes de ningún tipo, por lo que vine con la idea de que todo sería muy, pero que muy árido.

Y lo era, pero en según qué partes. A las afueras de la ciudad, por ejemplo, porque una vez que te adentrabas en las calles, las que parecían no tener fin, la visión cambiaba mucho. Durante el trayecto en taxi pasé por varios parques y en todos ellos destacaba el color verde. A lo largo de las calles había árboles y vegetación, incluso muchas viviendas los tenían en su terreno.

Las zonas en las que predominaba el marrón de la tierra hacían una combinación perfecta, al igual que los colores neutros cálidos de las fachadas. Por ahora todas las casas que había visto eran iguales en ese sentido, el conjunto era espectacular y eliminaba del todo las ideas con las que llegué.

Miriam estaba deseando viajar hasta aquí, desde que supo que por mi trabajo pasaría unas semanas. El problema era que, por muchas ganas que tuviera, todavía no sabía si podría cogerse unos días libres en su trabajo, para estar conmigo y hacer turismo. Por eso quería enviarle las fotografías, aunque no solo a ella.

Sin dejar de sonreír, deslicé las imágenes en la pantalla del móvil. Cuando confirmé que me gustaban todas me guardé el teléfono y agarré las maletas, para tirar de ellas. Me dirigí hacia la casa de la que me separaban unos metros, el taxista me había dejado justo enfrente.

Al pararme en la puerta busqué en el pequeño compartimento del buzón, tal y como me dijo mi jefe que hiciera. En cuestión de segundos tenía entre los dedos el llavero con la llave y abrí.

Una vez dentro, al cerrar la puerta a mi espalda, lo primero que me llamó la atención fue la gran cantidad de luz natural que había; lo segundo, lo bien que olía. Lo de la claridad se debía a dos ventanales y lo perfumada que estaba la casa, o al menos el salón, era por las distintas velas aromáticas que estaban repartidas por la mesa alta, la baja frente al sofá y una estantería.

También era por las flores que decoraban el centro de la mesa alta. Dejé las maletas en la entrada y caminé hasta el ramo de colores vivos. Era una preciosidad, mezclaba flores típicas que todo el mundo conocía y otras características de esta zona. Me hizo gracia ver dos cactus pequeños detrás del ramo, eso sí que era popular y representativo de aquí. Desde que salí del aeropuerto había visto bastantes, de diferentes tamaños. Los más impresionantes superaban la altura de las personas.

Cogí la tarjeta que había en el ramo y la leí, lo que amplió mi sonrisa. La dueña de la casa me había escrito, me deseaba una buena estancia y me pedía que para cualquier cosa que necesitara me pusiera en contacto con ella. Al final había escrito su número de teléfono, junto a su nombre.

Fui yo la que elegí la casa. Entre las opciones que me dio mi jefe fue la primera que vi y de la que me enamoré al instante. Me encantó en cuanto vi las pocas fotografías que había con la información, tanto del exterior como del interior. Tuve un flechazo, pero estar aquí era pasar a otro nivel. Superaba a lo esperado.

La casa era muy amplia, con un piso de altura que facilitaba tenerlo todo al alcance en la misma planta. En un lateral de la vivienda estaba el jardín y en la otra el garaje. A este se accedía por un camino desde el que salía otro más pequeño que llevaba hasta la puerta principal de la casa.

El jardín tenía las dimensiones perfectas, ni grande ni pequeño. En él había una zona reservada para un par de tumbonas y sofás de jardín. Separado por unos metros se encontraba un sillón colgante con cojines que se veían muy cómodos, invitaba a sentarse para que te quedaras arropado por todos los lados. La estructura era trenzada, muy bonita, simulaba a la madera, pero no sabía de qué material era.

Ese sillón, a la vez, hacía la función de columpio, aunque muchísimo más reconfortante y cómodo. Se sujetaba con una cadera y una cuerda de la rama gruesa de uno de los árboles que se encontraba en la propiedad. Y, por último, en un lateral del jardín había un balancín en el que cabían varias personas. El cuerpo era de acero, los asientos acolchados y tenía un toldo que se podía poner y quitar. En este instante estaba recogido.

La copa de unos de los árboles hacía sombra a una parte del jardín, de forma que no era necesario nada más para protegerse del sol. Para terminar con esta parte de la casa, un porche daba paso al interior de la vivienda, por el salón. Era bastante amplio, en él había una gran mesa rectangular con sillas y varios sillones alrededor.

Cuando me asomé al garaje vi que cabían sobradamente dos vehículos. Se encontraba vacío, el centro estaba libre. En la pared del fondo había una estantería de punta a punta, en la que la mayoría de las cosas que la ocupaban

eran cajas de almacenaje, y algunas herramientas. Había varias bicicletas junto a un armario.

Cerré la puerta del garaje, al que se accedía desde la cocina, y aparecí en esta. Era muy espaciosa, había una mesa pegada a la pared delantera de la casa, al lado de una ventana. En medio de la estancia había una isla en la que había cuatro taburetes metidos en el hueco para las piernas.

En la zona principal de trabajo había una encimera larga en forma de *ele* y tanto arriba como abajo tenía muebles. El frigorífico era estilo americano, de doble puerta, siendo una para el congelador. Me pareció que era más grande que las que había visto alguna vez.

La vitrocerámica era enorme, con seis fuegos de distintos tamaños. El horno, el microondas y una tostadora hacían una línea vertical y formaban parte de un panel. Sí, tostadora, era la primera veía una de ese tipo. Estaba preparada para sacar las dos bandejas que tenía, donde se ponía el pan. La forma era muy parecida a la del horno por dentro.

De la cocina salí al salón, en el que la mesa alta ocupaba la zona más cercana a la entrada, aunque entre ellas había metros de distancia. En el lado contrario, hacia la corredera que daba al porche, en el centro estaba situado el sofá que era largo y ancho. Había una mesa baja y una alfombra de pelo. La tele colgaba de la pared y los muebles se integraban perfectamente, para otorgar más sensación de amplitud.

Me dirigí al pasillo, para terminar de ver la casa. La primera puerta daba acceso a un baño completo, las demás correspondían a las habitaciones. En total había cuatro y de estas una estaba completamente vacía. Las otras tres se encontraban amuebladas y preparadas para dormir. Una de ellas tenía una cama individual, aunque era bastante más grande de lo normal. No parecía para una persona. Las otras dos habitaciones tenían baños privados y la diferencia entre ellas era que una estaba equipada con dos camas individuales, del mismo tamaño que la anterior, y la otra estancia, con una enorme de matrimonio.

Sonreí cuando entré a la que iba a ser para mí, por supuesto la última. La casa era demasiado grande para una persona, pero al estar alejada del centro

compensaba el precio con las que había por la zona más cara. Prefería estar apartada para tener tranquilidad e ir a mi aire, siempre que pudiera.

No estaría sola, mis compañeros de trabajo viajarían pronto hasta aquí. Los esperaba el lunes, así que todavía tenía que terminar el viernes y pasar el fin de semana. Ese pensamiento me hizo ir rápido hacia la entrada de la casa, olvidándome de ver la parte trasera. Lo dejé todo tal y como estaba, para salir a la calle.

Necesitaba encontrar con urgencia un supermercado o una tienda de alimentación para comprar la cena, una botella de agua, alguna lata de refresco y algo para desayunar, incluyendo el azúcar y un brik de leche vegetal. La cafetera la había visto en la encimera de la cocina, era de goteo, por lo que tenía claro qué café coger. No iba a cargarme más.

Al no saber las costumbres ni los horarios de esta ciudad iba bastante perdida. Comencé a caminar por la calle, pensando en que, si no encontraba nada o si estaba cerrado, tendría que conformarme con la mitad del bocadillo que me compré en el aeropuerto, antes de salir para buscar un taxi. Llegué hambrienta porque la comida del avión la dejé casi toda, no me gustó. En ese momento podía aguantar perfectamente.

Cuando giré en la calle vi venir hacia mí a una pareja y fui hacia ellos. Parecía que estaban dando un paseo con su perro, para terminar el día. Ya estaba oscureciendo, por lo que me temí que hasta mañana tendría que conformarme con lo que tenía.

Igualmente me acerqué y les pregunté si sabían si cerca de nosotros había alguna tienda de alimentación. No hacía falta que les dijera que era extranjera, saltaba a la vista por mi forma de hablar inglés. Aunque dominaba el idioma y muy bien la pronunciación, no era lo mismo que ser nativa. Les conté que acababa de llegar y lo que necesitaba.

Para mi buena suerte me dijeron que había un supermercado a una calle de distancia y que todavía lo encontraría abierto, pero que no me retrasara mucho. Les agradecí la ayuda, hasta al perro con una caricia, el que quiso seguirme cuando me alejaba, para que continuara tocándolo. Provocó que sus dueños y yo nos riéramos.

Me fui rápido hacia el supermercado, pensando en que mañana por la mañana volvería para hacer una compra en condiciones y sin prisas.

Capítulo 2

Mi primer amanecer en Tucson, mientras observaba el cielo.

Le di un sorbo al café con leche, disfrutando de las vistas y del silencio que había. Imaginaba que la tranquilidad se debía a que era sábado y las nueve de la mañana.

A esta hora hacía frío. Cuando encendí el móvil al despertarme estábamos a nueve grados, nada que ver con la temperatura que me recibió al bajar del avión el día anterior. A partir de a media mañana se notaba un cambio considerable, a mejor. Me tapé el cuello subiéndome la chaqueta de lana y volví a beber café.

Apoyada en el marco de la puerta que había al final del pasillo, me encontraba viendo la única parte de la casa que me faltó el día anterior. Cuando regresé del supermercado ya había oscurecido del todo y no me apeteció investigar más, preferí verlo con la luz del día.

En la parte trasera de la casa, sobre la hierba del jardín que llegaba hasta aquí, había una cama elástica y una caseta, a la que no me molesté en ir. Eché un último vistazo antes de entrar y dejar cerrada con llave la puerta.

Fui a mi habitación, donde coloqué la taza en un banco alargado de madera que estaba situado a los pies de la cama. Tenía pendiente ponerme con el equipaje porque no me olvidé por completo de él, después de las horas de avión, del ajetreo del viaje y de todas las novedades.

Cuando llegué del supermercado guardé lo poco que compré y llevé las maletas a la habitación, donde abrí una para coger el pijama, la ropa interior, la chaqueta de lana y las zapatillas. Eso fue todo, para darme una ducha que me sentó de maravilla. Y más en cuanto me deshice de la ropa de calle.

El supermercado al que fui estaba muy bien, tenía de todo lo básico. No era grande ni tenía mucha variedad, pero era más que suficiente para el día a día. Al final compré más de lo que tenía en mente, como solía sucederme siempre. Cogí un bote de gel y otro de champú, papel higiénico, aunque en la casa había un rollo en cada baño. También metí en el carro un par de piezas de fruta, embutido, una barra de pan, un brik de leche de avena y otro de zumo de naranja, café molido, azúcar, dos latas de refresco, una botella de agua y una pizza.

Eso último cené. Comí sentada en el sofá, viendo el televisor. No encontré nada que me llamara la atención, pero al menos me entretuve en revisar todos los canales. Antes de viajar me preparé bien, en el sentido de que amplié mi subscripción en la plataforma donde veía la mayoría de las películas y las series, para tener acceso a muchas más descargas. Gracias a eso había viajado cargadita de películas y de series, las que dudaba que me diera tiempo a ver. Las tenía en el portátil.

Así que ahora había llegado el momento de ponerme con el equipaje. Después de hacer la cama subí la primera maleta y lo saqué todo. Cuando la tuve vacía y cerrada, la bajé para apartarla y me puse a doblar bien toda la ropa. Con la segunda hice lo mismo, separando el maletín del portátil y la mochila grande donde llevaba mi material y herramientas de trabajo. Ambas cosas las dejé para revisarlas al final.

Utilicé el armario y la cómoda para guardar y ordenar la ropa y el calzado. En el baño vacié el neceser y busqué un sitio para cada cosa, dejando más a mano lo que utilizaba a diario. Cuando terminé guardé el neceser dentro de la última maleta y lleva las dos a la habitación que estaba vacía. Ahí se quedarían hasta que tuviera que volver a viajar.

De vuelta en la habitación cogí el maletín del portátil y la mochila grande, para llevarlos hasta la mesa que estaba situada justo debajo de una ventana. Había dos en total que daban mucha claridad. Me senté frente a ella y lo

primero que saqué para revisar fue el portátil, pero después de comprobar que estaba bien lo dejé a un lado de la mesa, para abrir la mochila.

Como he dicho, en la mochila llevaba mis herramientas y materiales de trabajo, lo que era muy valioso, aparte del coste que tenía. Comprobé todos los objetivos y las piezas, satisfecha porque estaban en orden. En mis labios apareció poco a poco una sonrisa, en cuanto tuve en las manos la cámara profesional de fotografía.

La levanté y me la acerqué al ojo, para mirar por el objetivo a través de la ventana. Esta quedaba a la altura perfecta y con unos pequeños ajustes en el enfoque de la cámara, conseguí mi primera fotografía de la ciudad de Tucson. Mi sonrisa se amplió cuando le eché un vistazo rápido en la pantalla.

Esta era mi pasión y una de mis profesiones, la que realizaba de forma independiente y abarcaba más que hacer unas cuantas fotos aquí y allá. Precisamente lo que me había traído hasta esta ciudad no tenía nada que ver con la cámara que devolví a la sujeción del interior de la mochila. En esta ocasión, como en muchísimas otras, trabajaría como cámara, no con mi cámara. Si me la había traído era porque siempre me acompañaba, allá adónde fuera. Primero porque en el momento en el que disponía de un tiempo libre y podía, por poco que fuese, me dedicaba a pasear por donde estuviera, para capturar instantes.

Y segundo, porque debido a mi pasión, dentro de unos meses sería mi primera exposición abierta al público y necesitaba mucho material y bueno. Mis trabajos fotográficos ya eran reconocidos, había conseguido hacerme un buen nombre en la profesión y eran muchos los que se interesaban por mi trabajo, esperando verlo expuesto y a la venta, o contratando mis servicios. Entre la fotografía y las grabaciones dividía mi vida.

Cada vez que pensaba en la exposición me emocionaba y me ponía muy nerviosa, no me lo creería hasta que llegara el día. Necesitaba verme rodeada de personas que observaban mis obras y las admiraban, mientras buscaban el significado de ellas, más allá de la imagen capturada. No serían muchos los que comprendieran la esencia, que vieran realmente todo lo que representaban, pero igualmente me hacía muchísima ilusión que mi exposición se llenara de gente de todas las edades y gustos. Todos eran bienvenidos.

Llevaba un largo recorrido hecho y para el gran día ya tenía elegidas la mayoría de las fotografías, aunque aún tenía pendientes unas cuantas porque no terminaban de convencerme las demás opciones que seleccioné. Pero no estaba preocupada, sabía que conseguiría lo que quería y necesitaba, solo era cuestión de tiempo.

Mis fotografías eran de momentos muy concretos y destacables. Podían ser de flores con un enfoque totalmente diferente; de gotas de agua que parecían tan reales que tenías el impulso de tocarlas, para que el agua se mezclara con tus dedos; de las diferentes intensidades de la luz y de los momentos del día; de los amaneceres y los atardeceres; de la naturaleza y la fauna; de cosas cotidianas y también extraordinarias que se salían de lo normal y que escapaban del ojo humano. Cualquier oportunidad era buena, como también cualquier instante, sentimiento y emoción.

Algunas de las fotografías que más me gustaban y que expondría eran las de unas personas muy concretas que capturé haciendo sus actividades cotidianas, y de sus caras en primer plano. En estas últimas se reflejaba el paso del tiempo y su dureza, pero al mismo tiempo las fuerzas y las ganas de vivir, con unas sonrisas preciosas llenas de arrugas que otorgaban más vida y realismo a las imágenes. Había una de una anciana que era mi debilidad. Les tenía muchísimo cariño a todas, uno muy especial porque pude abrazar y besar a todas esas personas, y a más, durante bastante tiempo.

Pertenecían a una tribu indígena con la que conviví un poco más de medio año, en la que me enseñaron tanto, pero tanto… te ves obligada por la vida a seguir un ritmo, a veces frenético, y no te das cuenta de lo simple que podemos hacerlo todo. Estuve en esa tribu con dos compañeros de profesión que eran muy amigos míos. Aparte de mi hermano, claro, porque bonito era él para permitir que su hermana pequeña, por un año y medio de diferencia, se fuera a la aventura. En su cabeza me vio perdida y desaparecida, de ahí que me siguiera hasta la tribu.

A mi hermano no le supuso mucho tomarse un tiempo sabático, porque era el dueño de una empresa de electricidad en la que también trabajaba y tenía a su cargo a todos sus operarios. Durante el tiempo que no estuvo se encargó de todo su mejor amigo, el que trabajaba en la empresa de mi hermano y tenía un muy buen puesto: Diego.

El día que tuvimos que regresar de ese viaje tan especial y largo que marcó mi vida, lo hicimos con lágrimas en los ojos y con los ánimos por los suelos. Fue duro superarlo porque una parte de nosotros se quedó con esa tribu, con sus gentes y sus costumbres, con sus sonrisas sinceras y llenas de vida, con sus abrazos y gestos llenos de un cariño infinito, cariño que nunca nos pidieron de vuelta. Pero ¿cómo no adorarlos y amarlos? Vivían con tanta intensidad, sus miradas estaban tan llenas de ilusión por las cosas más simples.

De vuelta al presente, a la habitación de la casa en la ciudad de Tucson, solté un suspiro y cerré los ojos unos instantes. Pensar en esas personas y en el tiempo que estuve con ellas me llenaba el corazón, pero también me entristecía mucho porque no sabía si volvería a verlas algún día.

En mi cabeza, en mis pensamientos, la respuesta a esa duda siempre la dejaba en el aire porque no me atrevía a verbalizar una negación. Ni tampoco a pensar en que, si volvía, cabía la posibilidad de que ya no estarían algunas de las personas que conocí. Pensar en lo último me rompía.

Cuando abrí los ojos coloqué el portátil en el centro de la mesa y me levanté de la silla, para llevar al armario la mochila para la fotografía. La puse en un estante, debajo de la ropa colgado, y aproveché para coger la ropa para salir a la calle. Elegí un pantalón vaquero, una sudadera y las deportivas. Con todo ello, los calcetines y el sujetador, me encerré en el baño.

Me arreglé rápido, al igual que me peiné. Me recogí el pelo con una pinza y se terminó. Por último, me puse la chaqueta acolchada y la bufanda, me colgué el bolso y recuperé la taza de café del banco de madera. Me dirigí a la cocina. Antes de liarme a hacer cosas tendría que haberme terminado el café que quedaba en la taza, porque frío no me gustaba. Al llegar frente al fregadero lo tiré y lavé la taza.

Me quedé con las ganas de otro, pero preferí salir de la casa temprano. El supermercado ya estaba abierto y necesitaba que hoy me entregaran la compra a domicilio, porque en esta ocasión sí que iba a cargar a tope el carro. Compraría de todo para olvidarme durante unas semanas, ya que una vez que comenzara a trabajar me sería más complicado encontrar el tiempo para coincidir con el horario de las tiendas. Al menos eso pensaba, estaba por ver cómo se daría todo. Pero no iba a arriesgarme, si me surgía alguna necesidad de comprar algo que se me terminara, sería lo mínimo y rápido.

Ayer por la tarde le pregunté a la cajera si hacían entregas y cuando me lo confirmó lo tuve claro. Por eso quería ir pronto, para que pudieran entregármelo hoy, ya que la chica me dejó claro que el supermercado estaba abierto todo el fin de semana, no cerraba ningún día, siendo los trabajadores los que se cuadraban para tener festivos, pero los domingos era el único día en el que estaba abierto únicamente al público. Se refirió a que no hacían repartos.

Salí a la calle, descubriendo que pasadas las diez y veinte de la mañana del sábado todavía no había mucho movimiento por la zona. Caminé por la acera sin prisa, notando que, aunque hacía frío, ya no se sentía de la misma forma. Dentro de poco se estaría igual de bien que cuando llegué el día anterior.

Era una suerte que tuviera un supermercado tan cerca de la casa, llegué muy rápido. Tenía que investigar la zona porque lo mismo había otro que ofrecía más variedades y opciones, más grande. Me apunté mentalmente en mi lista de cosas por hacer el preguntárselo a la cajera, antes de irme.

Capítulo 3

Estaba guardando la compra que hacía unos minutos me había traído el transportista del supermercado, cuando la melodía de llamada comenzó a sonar.

Salí de la cocina corriendo, para ir a buscar el teléfono a la habitación. No me había acordado de él hasta ahora, llevaba donde lo dejé desde que llegué del paseo que di después del supermercado. Más que nada porque no esperaba ninguna llamada, ya que con el único que no había hablado hoy era con mi hermano y por el momento no esperaba que sucediera, ya que, a pesar de ser sábado, trabajaba algunos y hoy había sido uno de ellos.

Cogí el móvil de la cama y mi cara se iluminó con una gran sonrisa. Para mi sorpresa vi el nombre de mi hermano en la pantalla, estaba llamándome a través de una videollamada desde la aplicación de mensajes. Esa sería la forma de comunicarme con todo el mundo, hasta que regresara a España. En este país no tenía línea, solo datos ilimitados de internet, por el plan que contraté.

—Hola —lo saludé en cuanto su cara apareció en la pantalla.

—Hola, cariño. Joder. ¡Qué mal estás! Has perdido mucho para el poco tiempo que hace que estás ahí, ¿eh?

—Idiota —solté una carcajada.

—Oye, que lo digo muy en serio —se hizo el indignado y preocupado.

—Sabes que estoy estupendamente y se ve en mi cara la felicidad. Ahora gracias a ti, por verte —Le hice un guiño.

—Si lo sé no te llamo, así tendría más excusa para volar hasta ahí. —Bufó y volví a reírme.

—Estás muy tonto, ¿no?

—Te echo de menos.

—Me fui ayer. —Puse los ojos en blanco.

—De madrugada, así que cuenta como antes de ayer. —Arqueó una ceja.

—Si estuviera ahí tampoco nos habríamos visto estos días.

—El punto importante es que estarías aquí y podríamos vernos cuando quisiéramos. Cambia mucho, ¿eh?

—Pues sí —le sonreí—. ¿Has terminado de trabajar o estás en un descanso? Espero que sea lo primero.

—Hace unos minutos que he llegado a casa. El día ha sido intenso y solo pienso en darme una buena ducha y en estirarme en el sofá, hasta que sea un poco más tarde para cenar.

—Se te ve cansado.

—Porque lo estoy —se rio e hice una mueca—. No pongas esa cara que a partir de ya me toca descansar. No voy a moverme mucho hasta el lunes. ¿Qué haces tú? ¿Estás en la casa?

—Sí.

—A ver.

Giré la cámara para enseñársela. Lo primero que vio fue mi habitación porque estaba en ella, después continué con el resto de la vivienda, incluso con los exteriores.

El día anterior con todo el ajetreo de la llegada, con ir a comprar y todo lo demás, únicamente les escribí un mensaje a mi hermano, a mi prima, a mis padres y a mis amigas, para decirles que había llegado bien. Por eso había aprovechado el paseo después del supermercado para llamarlos a todos, menos a mi hermano, para no molestarlo en su trabajo.

—Es una pasada —fue la reacción de mi hermano, después de ver la casa.

—Lo sé. Tengo muy buen ojo, por eso me enamoré en cuanto la vi.

En la cocina de nuevo, cogí el tarro de cerámica de la sal y lo coloqué en la isla, para apoyar contra él el móvil en vertical, para que la cámara me enfocara bien.

—Estaba recogiendo la compra, me la han traído hace poco —le dije, mientras continuaba vaciando las bolsas—. Tengo un supermercado muy cerca, pero he cargado mucho.

—Has hecho lo que debías. Ni se te ocurra hacer locuras, no estoy ahí para darte bien, pero mi cabreo puede llegarte igual.

—Desde esta parte del mundo lo tengo fácil, con no hacerle caso a tus llamadas y mensajes… —Fruncí los labios—. No picarás a mi puerta.

—No estés tan confiada. —Elevó las cejas y solté una carcajada—. ¿El lunes cuántos compañeros de tu equipo llegan y quiénes serán?

—En principio, si no ha cambiado nada, estaremos aquí todos los del equipo principal. Ya sabes, seremos mis amigos y yo. Nosotros somos los que comenzamos con el trabajo, los demás llegarán a mitad de la semana.

—Sé que siempre trabajáis de esa forma, pero no sabía si en este caso, al ser más lejos os organizaríais de otra manera.

—No es el primer viaje en el que nos alejamos tantos kilómetros. Hace años hicimos un par más, solo que no lo has recordado ahora.

—Es verdad.

Los siguientes comentarios fueron sobre la comida, ya que fui enseñándole lo diferente que eran algunas cosas para lo que estábamos acostumbrados. La gran mayoría era como en cualquier otra parte, distinto sería a lo que estábamos acostumbrados en sabores y texturas. Lo normal cuando viajabas.

—¿Sabes algo de Miriam? —le pregunté por nuestra prima.

—Ni me la menciones —me pidió.

Me quedé con el paquete de arroz suspendido en el aire, cuando me giré hacia la pantalla.

—¿Por qué? —le pregunté con curiosidad, aunque intuía cuál sería su respuesta— La he llamado cuando he salido del supermercado y ayer le escribí.

Guardé el arroz en uno de los armarios de la parte de arriba y volví a la isla, donde apoyé los codos y la cara en las manos.

—Da igual cuántas veces hables con ella, ya sabes cómo se pone los primeros días cuando te vas de viaje. —Sacudió la cabeza—. Entre que ella está triste porque no te tiene allí y que se piensa que si me agobia yo no estaré triste porque estás aquí, no deja de enviarme mensajes de texto y de llamarme. Ya te haces una idea. Joder, y solo es el principio.

Fruncí los labios porque sí, me hacía una idea perfecta de lo que acababa de decir. Pensé en pedirle a Miriam que aflojara porque, a pesar de que conocía de sobras a mi hermano, parecía que se le olvidaban algunas cosas importantes. Adrián podía llegar a tener mucha paciencia en según las circunstancias, pero también era muy dado a perderla en un visto y no visto. Y cuando eso sucedía era mejor que no te pillara cerca de él, ni siquiera al otro lado del teléfono.

—Hablaré con ella.

—Sería un detallazo —dijo con cara de sufrimiento y me reí.

—Tú puedes con ella. —Le hice un guiño.

—Ese es el problema, que puedo con ella y por eso me extraña que, a estas alturas, después de toda la vida, todavía no lo sepa —nos reímos.

—Es su forma de desahogarse también. —Me encogí de hombros.

—Hablaré con Alberto.

Alberto era el novio de nuestra prima y un muy buen amigo de mi hermano y mío. Él y Miriam llevaban seis años de relación, pero a Alberto lo conocíamos desde hacía mucho más tiempo. Unas semanas atrás nos contaron que dentro de un año darían el paso definitivo hacia el «sí, quiero». Miriam me pidió que la ayudara con toda la organización y acepté encantada, dejándole claro que lo haría dentro de mis posibilidades.

—Se habrá dado cuenta ya —me reí, al referirme a Alberto.

—Repito, hablaré con él porque todavía no la ha calmado como solo puede hacer él —dijo con un punto de humor—. ¿Cuándo termines de recoger y de hablar conmigo que vas a hacer?

—En principio quiero salir a dar una vuelta y volver para comer, a no ser que cambie de opinión y coma fuera.

Continué guardando lo que me quedaba de la compra, que no era otra cosa que toda la bebida. Después de meter en la nevera unas cuantas latas de refresco, el zumo de naranja, varios botellines de cerveza y una botella de vino blanco, dejé una garrafa de agua en la encimera y las demás las llevé al lavadero. Esa parte de la casa no la había mencionado hasta este momento, se accedía a ella por la cocina. El lavadero era bastante espacioso y dentro estaban la lavadora y la secadora, más un tendedero plegado.

—Ya estoy —le dije a mi hermano.

—Me alegra saber que no pasarás hambre ni sed. —Me hizo un guiño.

—Adri…

—¿Sí? ¿Qué pasa? —Frunció el ceño al instante y su diversión se evaporó, en cuanto me puse seria.

No fue por ningún motivo, fue más bien una reacción espontánea que no calculé bien.

—Nada, nada… —Levanté las manos y las moví en el aire, riendo—. He sonado como si me pasara algo. No era mi intención.

—¿Seguro? Como te haya sucedido y quieras suavizarlo…

—Que nooo… —Negué con la cabeza, para darle más fuerza a mis palabras— Solo iba a preguntarte si has pensado en viajar hasta aquí. Cuando te dije que venía a Tucson y que me quedaría unas semanas, vi las ganas que tuviste de apuntarte a la aventura por unos días.

—Me echas de menos, ¿eh? —sonrió de medio lado— Después dices de mí.

—Siempre que no estoy contigo te echo de menos y después, cuando te tengo al lado durante muchos días seguidos, termino por no soportarte. —Le saqué la lengua y nos reímos—. Pero no te vengas muy arriba que por mucho que te eche de menos, eso no impide que pueda vivir perfectamente sola.

—Créeme, sé muy bien que te vales por ti solita —hizo una pausa—. ¿Y si quiero darte una sorpresa y viajar sin decírtelo?

Y podía dármela porque tenía todos mis datos, desde la dirección exacta de la casa, hasta la del lugar en el que trabajaría. Si aparecía por aquí sin avisarme le sería muy fácil dar conmigo.

—Vengaaa… Puedes decirme que tienes pensado venir y yo me esfuerzo por perder la memoria sobre esa parte de la conversación —dije convencida, provocando que soltara una carcajada.

—No te lo crees ni tú —dijo entre risas, sin poder parar.

Sonreí porque ver a mi hermano de esa forma era una de las cosas que más feliz me hacían. Necesitaba tan poquito teniendo conmigo a Adrián. Me apoyé en la encimera de la isla y me acerqué a la cámara.

—Vas a venir —dije convencida, porque conociéndolo…

Ya no fue una pregunta, sino una confirmación por mi parte. Cada vez que me iba lejos de casa mi hermano no fallaba. Mi duda se debía a que siempre me lo dejaba claro, pero en esta ocasión no había hecho ningún comentario de viajar.

—La verdad es que no lo sé —suspiró.

—¿Por qué? —Hice una mueca, al desilusionarme—. No pienses que me siento sola, ni nada por el estilo. —Negué con la cabeza—. Pero estando yo aquí tienes una grandísima oportunidad para conocer esta ciudad y descubrirla, así como los alrededores. Ya has visto lo grande que es la casa y, aunque no lo fuera, nos las apañaríamos como siempre. Tienes la estancia pagada.

—No tienes que convencerme —me sonrió con cariño—. Si fuera por mí hubiéramos salido juntos de viaje, pero estoy teniendo unos días muy complicados en el trabajo y no puedo dejar a Diego solo —mencionó a su mejor amigo y compañero de trabajo.

—Sé que estás muy liado, pero yo estaré aquí semanas. No creo que lo de los clientes nuevos os lleve tanto tiempo a Diego y a ti, ¿no?

—¿Sabes aproximadamente cuántas semanas se alargará tu estancia?

—No, dependerá de cómo se nos dé el trabajo. Si surgen problemas y esas cosas.

—Borra esto de la memoria, puede que en algún momento, cuando menos te lo esperes, me tengas frente a ti.

Me hizo un guiño y me reí, emocionada porque sabía que una de las pasiones de mi hermano era la de viajar. No quería que se perdiera la oportunidad que tenía al alcance. Y su mayor necesidad era la de controlarme, pero no en el mal sentido, sino en el de asegurarse de que yo estaba bien.

—¿Has dicho algo? Me ha parecido escuchar como un susurro —hablé pensativa y soltamos una carcajada.

Estuvimos un buen rato conversando de nuestras cosas cotidianas, hasta que caí en la cuenta de la hora que era y del tiempo que había pasado. Fue

cuando a mi hermano comenzó a costarle mantener los ojos abiertos, recostado en el sofá.

—Adri… ve a ducharte —le pedí.

—No pasa nada, no tengas prisa en colgar —me sonrió.

—Pero se te cierran los ojos. —Sacudí la cabeza—. Nos hemos puesto hablar y…

—Y era lo que necesitábamos. Punto. —Me hizo un guiño.

—Sí —suspiré—. Pero ahora relájate con la ducha, ponte cómodo y entonces descansa.

—Vale, cariño. Disfruta del día.

—Igualmente. Ah, ya he hablado con nuestros padres, los he llamado hace un rato.

—Perfecto, así no se me acumularán los mensajes de nuestra madre —dijo con humor y sonreí—. Cuídate.

—Lo mismo te digo. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Colgué con una sonrisa de oreja a oreja. Mi hermano me había dado energía extra para varios días, aunque hablaríamos cada uno de ellos.

Guardé en un armario todas las bolsas vacías y me fui a la habitación, para calzarme las deportivas y ponerme la chaqueta acolchada. También saqué la cámara de la mochila y me la colgué al cuello. Para terminar, me puse una riñonera donde metí varias piezas para la cámara, el monedero y el móvil. Las llaves cuando me fuera de la casa.

Salí a la calle para aprovechar el resto de la mañana, porque dudaba que volviera a salir más hoy. Por la tarde me apetecía estar tranquila y así aprovechar para no hacer nada, básicamente.

Pensando en cómo iría el comienzo de la semana y después el trabajo, comencé a recorrer las primeras calles, sin prisa y disfrutando de lo que me transmitía la ciudad y sus habitantes.

Capítulo 4

—Gracias —le dije al camarero sonriendo, después de me deseara buen provecho.

No había llegado al centro de la ciudad, estaba en el límite de él. Ir con la cámara era lo que tenía, me hacía perder la noción del tiempo y mi estómago se había quejado después de bastante tiempo sin comer.

Cuando salí de la casa recorrí a pie muchas calles y fui parándome cada vez que veía algo interesante a través del visor de la cámara, por eso al final decidí montarme en un taxi. Y menos mal porque la distancia que separaba el centro de la ciudad de la gran mayoría del resto de esta era muy considerable. Cuando mirabas hacia delante, desde alguna zona un poco más elevada, no se veía el final de las casas.

Ya me lo dijo un hombre con el que hablé, el que se acercó a mí con curiosidad en una de mis tantas paradas para tomar fotografías. Hablamos un poco sobre la cámara y le enseñé en la pantalla varias imágenes, antes de que yo le dijera que me gustaría llegar al centro del pueblo. El hombre me miró extrañado y después a mi alrededor, esperando ver algún transporte. Cuando le comenté que iba a pie me dijo que cogiera un taxi porque la extensión del terreno era mucha.

Lo hice al cabo de un rato, cuando me cansé de andar con la sensación de no avanzar. Ya llevaba una hora y media por las afueras del centro. En esta parte había encontrado muchas cosas interesantes para inmortalizar con la cámara y a eso me había dedicado, antes de que me rugiera el estómago.

Y aquí estaba, en la terraza del primer restaurante que había encontrado. El camarero acababa de traerme la comida y tenía una pinta estupenda, lo que le dije porque me lo recomendó él. Por lo visto era uno de los platos estrella del restaurante y con mucha historia.

La ciudad de Tucson, aparte de ser conocida por su cultura, también lo era por su increíble gastronomía. Debido a ello fue la primera ciudad estadounidense en obtener el título de la Ciudad de la Gastronomía de la UNESCO, añadiéndose a la lista de todas las ciudades que cuidaban del patrimonio alimentario.

Tenía delante de mí una chimichanga, lo que es lo mismo que un burrito frito grande, por no decir enorme. Venía en el plato con crema de queso y guacamole, y también podías echarle salsa picante, al gusto de cada uno. El burrito estaba hecho con carne de res desmenuzada y una gran variedad de ingredientes que cambiaban según la persona que los preparara. Desde verduras, salsas y aliños, todo ello envuelto en una tortilla de harina de trigo que podía ser desde el tamaño de un plato plano pequeño, al de una pizza grande y delgada. Había muchas maneras de disfrutar de él.

Lo cogí bien con ambas manos y mezclé la punta en las salsas, para darle el primer bocado. Me supo delicioso y no, no fue por el hambre que tenía. Eso ayudaba, pero la realidad era que la chimichanga estaba riquísima y era una maravilla para el paladar. Para beber me pedí una cerveza, la que me sirvieron en una copa.

La ciudad de Tucson, ubicada en el condado de Pima, en el estado de Arizona, era la ciudad más poblada del sur de Arizona y una de las más importantes del Cinturón del Sol, nombre conocido en inglés como *Sun Belt*. El Cinturón del Sol era una región que se extendía desde la costa atlántica hasta la pacífica. El estado de Arizona, junto a muchos otros muy conocidos, formaban parte de esa región.

Tucson estaba situado dentro de un valle muy extenso, se creó hace miles de años en medio de un asentamiento indígena. Estaba considerada una de las regiones continuamente habitadas más antiguas del hemisferio norte y ocupaba una parte del desierto de Sonora, que era uno de los más calurosos y extensos. Una ciudad que tenía una significativa herencia cultural y un

importante centro histórico, tecnológico y educativo en el suroeste de Estados Unidos.

A pesar de su extensión y de que era una ciudad, los habitantes de Tucson se referían a ella como un gran pueblo. Eso se debía a que una de las características más destables para los habitantes de aquí era que se vivía muy relajado y de una forma muy apacible. Desde sus inicios fue así y era algo que no había variado con el paso del tiempo.

Era una ciudad muy diversa que estaba rodeada por cinco cordilleras que se elevan a su alrededor y que caracterizan el lugar, ofreciendo unas vistas preciosas. El nombre de Tucson, en su idioma original, provenía de los pueblos indígenas y su significado era: *al pie de la montaña negra*. Esa referencia era por la descripción de una formación volcánica que formaba una parte importantísima del valle en el que estaba ubicado Tucson.

Eso era todo lo que sabía de la historia de esta ciudad, información que me apeteció buscar anoche. Una vez tuve la primera impresión en persona del lugar y como ya no podía influir en mi percepción nada, quise descubrir Tucson desde el móvil. Hoy había tocado hacerlo mezclándome con el lugar y su gente.

Al cabo de unos minutos de terminar de comer me despedí del camarero, después de pagarle. Volví a caminar por las calles muy tranquila porque gracias al taxista que me trajo hasta aquí, ahora sabía cómo contactar rápido con la central, para pedir uno en el lugar en el que lo necesitara. El hombre me había asegurado de que con decir el nombre de la calle en la que me encontraba, el vehículo llegaría en cuestión de pocos minutos. No lo dudaba.

Por el momento me apeteció dar otro pequeño paseo por la zona, me venía muy bien para bajar la comida, ya que había hecho un esfuerzo para terminarme la chimichanga. Al llegar a un parque me paré mientras dejaba libre el objetivo de la cámara. La levanté mientras la encendía, para mirar después a través del visor. Enfoqué bien la imagen que me llamó la atención y sonreí cuando encontré lo que quería.

Hice varias fotografías y una vez que comprobé que estaban perfectas para mi gusto, me moví por el parque, para salir de él. Aproveché en el camino para capturar algunas imágenes más y también para pedir el taxi, para que me

recogiera pronto en la entrada del parque. Gracias a una chapa informativa pude decirle el nombre.

Decidí que mi salida había terminado, para ser el primer día lo había aprovechado. Me faltaba ir al centro, al lugar en el que se concentraban las construcciones históricas, culturales y algunos edificios altos, a diferencia de una gran mayoría de las construcciones de alrededor. En Tucson predominaban bastante las casas, por toda la expansión de kilómetros y kilómetros de terreno que había construidos.

En la siguiente salida visitaría esa parte de la ciudad, quizás mañana. No tenía ninguna prisa, así que lo mismo retrasaba la visita al centro para cuando la primera parte de mi equipo estuviera aquí. En él estaban incluidas mis amigas Valeria y Clara, tenía muchas de verlas.

Estaba saliendo del parque colocando la protección al objetivo de la cámara, cuando levanté la vista y algo llamó mi atención. Una sonrisa fue formándose en mis labios, muy poco a poco, mientras pensaba en mi prima Miriam. Iba a alucinar, bien lo sabía. Por ese motivo di varios pasos más, hasta que me paré en la acera. Levanté la cámara para atrapar la imagen que quedaba al otro lado de la calle, casi frente a mí.

Para que os hagáis una idea de lo que estaba viendo y tenía la intención de fotografiar, y no me conformaría con una única fotografía… al otro lado de la acera había un coche deportivo de color rojo vivo, era una pasada, de los que solo puedes ver, pero no tocar, dado su valor.

Pero el vehículo no sería exactamente el protagonista de mis fotografías, ayudaría, claro que sí, porque el fondo quedaba impresionante, pero el principal foco de mi atención, o más bien el de mi cámara, era el hombre que estaba junto al coche, apoyado en la puerta del conductor. Desprendía un aire despreocupado y atrayente, a la vez que transmitía mucha tranquilidad.

A él no se le veía la cara, tenía la cabeza agachada. Y ahora venía el detalle más importante y el único por el que comencé a pulsar el botón de disparo: llevaba puesto un sombrero de vaquero. ¡El primero que veía!

No podía desaprovechar la oportunidad, Miriam enloquecería, así que hice de ese hombre misterioso mi modelo improvisado, sin que él fuera consciente

de ello. En ningún momento se le vieron las facciones, si alguien veía las imágenes no lo reconocería. Ese pensamiento me llevó a otro, al de que lo mismo en esta ciudad no necesitaban mucho para saber quién era, ya que un hombre como este llamaba la atención sin la necesidad de hacer nada.

La verdad era que parecía un modelo real. Como ya he dicho estaba apoyado en la puerta del conductor, con las piernas ligeramente abiertas y un brazo en su costado, con la mano en el bolsillo de un vaquero. Con la otra mano sujetaba su teléfono, de ahí que tuviera la cabeza bajada y no se le viera la cara, solo el sombrero. Con el vaquero llevaba una camiseta de manga corta, a pesar de que a mí no me sobraba la chaqueta. La temperatura muy buena, hacía tiempo que dejó de hacer frío, pero yo estaba estupendamente.

Me aproveché de la situación, porque solo vería las imágenes mi prima. Siempre pedía permiso cuando se trataba de tomar fotografías de personas al azar, sin excepción, y las veces que las sacaba primero, después le preguntaba a la persona, para pedirle permiso. Si no estaba de acuerdo borraba la imagen al momento. Nunca me quedaba con algo que la otra parte no quería, por delante de todo iba el respeto y la intimidad de las personas. Si utilizaba una fotografía tomada a alguien era porque tenía su autorización.

Pensando en que en cuanto Miriam viera las imágenes las borraría, me quedé que el dedo rozando el botón de disparo, cortada y avergonzada. A través de la cámara vi perfectamente la cara de ese hombre, sus rasgos, incluso por el enfoque, hasta su ceño fruncido, mientras miraba hacia mí fijamente.

Algo captó su atención, como si percibiera mi presencia, y eso provocó que levantara la cabeza de golpe para observar a su alrededor. No había tenido que buscar mucho, de hecho, me encontró nada más levantar la cabeza.

Sin pensar, ni saber por qué, pulsé el botón de disparo y capturé su imagen al detalle. No se dio cuenta, pero no hacía falta porque que yo estuviera casi enfrente, con la cámara enfocada hacia él, ya hablaba por sí solo. Bajé la cámara despacio, dispuesta a… mi primer impulso fue acercarme para explicarme y pedirle disculpas, por si se había ofendido.

Pero frené ese impulso cuando vi como apretaba la mandíbula y se separaba del coche, dispuesto a venir hacia mí, cabreado. Tragué saliva, con la disculpa en la punta de la lengua, pero como caído del cielo para ser mi

salvador, el taxi que había pedido se paró frente a mí. El hombre bajó la ventanilla y dijo mi nombre. Le confirmé que era yo y me subí en la parte trasera sin esperar un segundo más, pero antes hice algo que me dejó más tranquila.

—Lo lamento —alcé la voz, disculpándome hacia el hombre del coche rojo—. Te prometo que borraré las imágenes enseguida, no tendré nada tuyo.

Sin esperar su respuesta ni una reacción por su parte, me lancé al asiento y cerré la puerta de golpe, pidiéndole al taxista que se diera prisa. El hombre me miró por el espejo retrovisor con expresión divertida y sonrió, al mismo tiempo que comenzaba a circular.

Cuando nos alejamos unos metros me giré para comprobar que el del coche deportivo no se movía. Así fue, seguía parado en el mismo sitio mirando hacia el taxi, sin hacer nada. Cogí una bocanada de aire al darme cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

Como el taxista ya sabía la dirección de la casa, porque la puse en la aplicación al pedir el taxi, cerré los ojos y apoyé la cabeza en el asiento. Volví a sonreír porque sí, claro que borraría las fotografías de ese hombre porque no iba a utilizarlas, pero antes mi prima gritaría con ellas.

Me reí sola, captando de nuevo la atención del taxista, pero no pude contenerme al pensar en la reacción que tendría Miriam. Eso la calmaría, porque se desilusionó cuando le dije que nada de lo que tenía metido en la cabeza sobre este lugar, era cierto.

Un rato después le pagué al taxista frente a la puerta de la casa y me despedí de él, agradeciéndole el trayecto. En cuanto estuve dentro fui a mi habitación, para ponerme cómoda porque era lo que más necesitaba. Bueno, y una siesta ya que a esta hora y con el trayecto en el coche, me había dado un bajón.

Pero no podía dormirme en este instante, ya que eran las dos del mediodía, lo que quería decir que en España eran las diez de la noche. Tenía la intención de llamar a mi prima, por segunda vez hoy, para enseñarle lo que había conseguido para ella y para pedirle que frenara con mi hermano. Bastante tenía Adrián con todas las horas que trabajaba, aunque era el dueño de la

empresa, como para estar pendiente de nuestra prima y del agobio que suponía que su teléfono no dejara de sonar por ella.

Me puse el pijama rápido y me subí a la cama con la cámara y el móvil. Me metí dentro del nórdico, tapándome las piernas, y sentada con la espalda apoyada en el respaldo, marqué el número de Miriam.

Capítulo 5

—Ay, ¡qué alegría! —gritó mi prima, provocándome una carcajada.

—Pero si hemos hablado antes —dije entre risas, moviendo la cabeza de un lado al otro—. No tienes remedio.

—Cállate, ¡eso es lo que me echas de menos tú! —Bufó.

—No le hagas caso. Hola preciosa —me saludó Alberto, el novio de mi prima.

—Hola —le correspondí ilusionada por verlo.

—Vete, que me quitas el protagonismo —le dijo Miriam, empujándolo.

La había llamado por videollamada porque ya que tenía la oportunidad de ver las caras de las personas con las que hablaba, no iba a perderla. Así los sentía más cerca, las sensaciones eran completamente diferentes.

—¡Nooo…! Devuélveme el teléfono —le pidió lloriqueando mi prima.

Yo no podía dejar de reír, mientras que él tenía una sonrisa constante en los labios, aparte del teléfono en alto. Por la diferencia de estatura Miriam no tenía nada que hacer contra él.

—O te relajas o te encierro en la habitación y hablo yo con Indira.

—No es justo —hizo un puchero ella.

—Cariño, no te das cuenta de cómo estás. ¿Sabes cuántos mensajes le has enviado a tu primo?

Fruncí los labios porque mi hermano ya había hablado con Alberto para hacerle un buen resumen de lo sensible y afectada que estaba Miriam.

—¿Adrián te lo ha dicho? —Jadeó ella.

—Me ha comentado algo, pero por encima —dijo, aunque no me lo creí.

Sabía que estaba protegiendo a mi hermano, de la única manera que podía. A Alberto no le gustaba cuando nos enfadábamos entre nosotros, nunca lo había llevado bien. Por eso siempre hacía todo lo posible para calmar los ánimos.

—Lo he llamado yo para ver cómo le iba el sábado —continuó contando Alberto—. Seguro que lo has agobiado sin motivo y si hubiera estado relajado como tú, pero él no ha parado de trabajar hasta última hora de la tarde.

—Vale. Le pediré perdón y no volveré a hacerlo —suspiró Miriam.

—Esa es mi chica.

Alberto le dio un beso en los labios y se sentó en el sofá, con mi prima sobre sus piernas. Colocó el teléfono en una posición que los veía estupendamente y les sonreí.

—¿Cómo estás, viajera? —me preguntó él— ¿Cómo te va por ahí?

—Muy bien y genial —le respondí con un guiño—. Hoy he aprovechado el día para hacer una buena compra en el supermercado, la que me han traído a casa, y después he salido a dar un paseo. No he estado mucho tiempo fuera porque he salido más tarde de lo que tenía pensado. Me ha llamado Adrián y hemos hablado bastante rato. Igualmente me ha gustado la salida, la he disfrutado y aprovechado. Acabo de llegar a la casa, después de comer en un restaurante.

—Suena bien. —Asintió.

—Qué rollo la diferencia horaria —comentó Miriam—. Aquí acabamos de cenar, ahora son las diez y cuarto de la noche.

—Es acostumbrarse —dijo Alberto.

—Ya, pero en cuanto Indi empiece a trabajar no podremos hablar. —Hizo una mueca—. Las mañanas de ahí son las tardes de aquí, y cuando termines de trabajar se habrá hecho muy tarde aquí —me dijo.

—Cuando sepa más o menos el horario ya nos planificaremos —le sonreí.

—Vale —suspiró.

—Voy a tener que enviarte para allí —le dijo Alberto, con una media sonrisa.

—Pero entonces te echaría de menos a ti —se quejó Miriam.

—Y créeme, eso la pondría muchísimo peor que como está ahora por mí —comenté y nos reímos él y yo.

—Burlaros, me da igual —se cruzó de brazos Miriam—. Si me pongo como estáis diciendo es porque os quiero y no me gusta estar separada de vosotros. Anda que me demostráis lo mismo.

—¿Te piensas que yo no lo pasaría mal si te fueras a Tucson o a cualquier otro lugar? Es solo que cada uno lleva las emociones como mejor sabe y puede. Yo no soy de exteriorizarlas tanto como tú, pero por supuesto, que te echaría de menos y estaría deseando verte. Aunque también me sentiría muy feliz por ti porque estarías con tu prima, sé lo que os queréis y lo que significáis la una para la otra.

—¡Cásate conmigo! —le gritó Miriam, haciéndonos reír a Alberto y a mí.

—Mmm… que yo sepa te lo pedí yo hace unas semanas. —Arqueó las cejas él.

—Para que veas lo que te quiero que ahora estoy pidiéndotelo yo aquí.

Después de un sí rotundo por parte de Alberto terminaron el momento con un señor beso que dejó a mi prima más para allí que para aquí. Tuve que reírme.

—Bueno, bueno… —dije para captar toda la atención de ella.

—¿Qué? —me preguntó enseguida Miriam.

—Mira lo que he conseguido para ti.

Cogí la cámara de fotos y puse en la pantalla una de las fotografías que le saqué al hombre del sombrero vaquero. No era en la que se le veía la cara, elegí otra que le daba más privacidad. La amplié lo suficiente para que la vieran bien y giré la cámara para que apareciera en la pantalla.

—Oh, ¡lo sabía! ¡Sí, sí, síii…! —Fue la reacción de Miriam, saltado de las piernas de Alberto—. Sabía que existían los vaqueros —se rio y volvió a sentarse encima de su pareja.

—Joder, lo has dicho y has reaccionado como si fuera algo de otro mundo. ¡Qué estamos hablando de un hombre normal con un simple sombrero vaquero! —exclamó Alberto y soltó una carcajada después.

—Así es, aunque no hay que hacer de menos a este hombre, ¿eh? —dije señalando la pantalla.

—Él no entiende del tema —dijo con una risilla mi prima—. Estaba muy bien —comentó mi prima.

—Vas a tener que aclararme ciertas cosas —carraspeó Alberto, pero con un punto de diversión al hablar.

—Cariño, tú eres el amor de mi vida, mi hombre, el que me revoluciona solo con pensar en ti y no tienes absolutamente nada que envidiarle a ese hombre porque estás… —suspiró—. Pero ¿ves estos dos? —Se señaló los ojos — Todavía me funcionan bien y si miro, pues veo. —Levantó las manos en el aire, moviéndolas.

Alberto y yo soltamos una carcajada, antes de que él volviera a besarla y le dijera algo al oído. Lo que fue no lo supe porque no lo pregunté, eran sus cosas y privacidad, pero por el rubor de Miriam intuí por donde iba el tema.

—Es con el único que me he cruzado, lo he visto por casualidad. Estaba esperando al taxi para volver a la casa y se me ha presentado la oportunidad de hacerle las fotografías. Aunque ese hombre me ha pillado con la cámara hacia él y por su cara me ha parecido que no le ha gustado mucho. —Me encogí de hombros.

—¿En plural?

—Sí. Tengo más como esta, pero son idénticas. Todas menos esta.

Al final le enseñé la última, la que se le veía de cara. Tampoco pasaba nada porque no la estaba enviando a ningún lado, la imagen se quedaría en mi cámara, hasta que la borrara.

—Vaya. —Silbó mi prima.

—Tú sigue, que vas sumando puntos —le advirtió Alberto, mientras negaba y sonreía.

—Cariño, si es por mi prima. Tengo que dar el visto bueno por ella.

—Eh, eh, a mí no me metas —le pedí riendo—. Que sí, que el hombre bien podría pasar por modelo, aunque para mi gusto era bastante más guapo y atractivo que la mayoría de ellos, pero hasta ahí. Estoy segura de que se habría acercado a mí cabreado si el taxi no me hubiera salvado para irme.

—Te amo. ¡Has arriesgado tu vida por mí! —Jadeó Miriam y terminamos los tres riéndonos.

—Pues más o menos —le confirmé, sacándole la lengua.

—Qué ilusión me ha hecho saber que al menos un hombre en esa ciudad lleve sombrero vaquero —dijo mi prima, suspirando—. Algo es algo.

—Seguro que hay más —comentó Alberto.

—¿Hoy no salís? —les pregunté.

—Hace mal tiempo. Está lloviendo y no hay ningún sitio mejor para estar que en casa, cómodos y calentitos.

—Estoy de acuerdo —le sonreí a Miriam.

—Han dicho que tendremos varios días de lluvia, a ver cuánto se alarga porque trabajando es una mierda —dijo pensativo Alberto.

Esa era la realidad para quien tenía que trabajar yendo de un lado al otro. Entre el caos que se formaba con el tráfico y las demás complicaciones por el mal tiempo… aparte de que no era lo mismo mojarte, aunque fueras protegido, que estar a cubierto en algún edificio o local.

—A ver si lo peor pasa durante el fin de semana.

—Estaría bien —me sonrió él—. Te dejo por ahora, así habláis tranquilas. —Me hizo un guiño—. Te espero en la cama, voy a ver una película —le dijo a mi prima, antes de darle un beso rápido en los labios.

—Vale, amor. En cuanto termine voy.

—Me ha alegrado verte, Alberto. Disfruta y descansa.

—A mí también, preciosa. Igualmente.

Después de lanzarme un beso a la cámara mi prima se quitó de sus piernas y él se levantó, para desaparecer por el pasillo.

—¿Cómo estás? —me preguntó Miriam, acomodándose en el sofá.

—Muy bien. De verdad.

—Vale. Jo, ahora me siento mal por haber agobiado a Adrián. No me he dado cuenta.

—No pasa nada, seguro que a mi hermano ya se le ha olvidado.

—Ya, claro —se rio y sonreí—. ¡Qué estamos hablando de tu hermano! En cuanto me vea me leerá la cartilla. —Puso los ojos en blanco.

—No hará eso. —Sacudí la cabeza—. Él también sabe perfectamente lo afectada que estás los primeros días que me voy de viaje.

—Igualmente tengo que disculparme. Aunque es tarde, ahora le escribiré un mensaje para decirle que se venga a comer mañana. Lo tentaré con su comida favorita, con el bizcocho que le encanta y con un buen rato acompañado con cervezas y con Alberto.

—Se apuntará encantado, aunque todo puede ser que cuando vea que le has escrito tú pase del mensaje —comenté.

Soltamos una carcajada porque las dos sabíamos que era los más probable, aunque al día siguiente lo leyera.

—Lo mismo se ha dormido ya. Cuando he hablado con él estaba cansado de trabajar.

—Ya cuento con que no sabré nada hasta mañana.

—Inténtalo.

—Vale, voy.

Cogió el móvil y sonreí mientras la veía concentrada en lo que estaba escribiéndole a mi hermano. Para su sorpresa, recibió al instante la contestación de Adrián.

—Me ha confirmado que vendrá —dijo ilusionada y sonreí.

—Estupendo. ¿Qué te ha dicho exactamente?

—Entre las doce y media y la una estoy ahí.

—Directo —dije y nos reímos.

—¿Ya te has adaptado a la casa?

—Sí. Es demasiado grande, pero me encanta.

—Me alegro. ¿Qué vas a hacer el resto del día?

—No voy a salir más. En cuanto te cuelgue me echaré una siesta y después aprovecharé la tarde para leer. Cenando veré una película o algún capítulo de la serie que comencé hace poco, hasta que me dé sueño. Mañana lo mismo salgo un ratito por la mañana, o no. Ya veré, según con las ganas que me levante.

—No salgas sola de la ciudad, que lo de fuera tiene que ser todo árido y desierto.

—Tampoco tanto, en el valle en el que estamos hay vegetación. ¿Sabes algo nuevo de si podrás venir unos días?

—Aun no tengo ni idea. La verdad es que tenemos tanto trabajo en la empresa que me sabe mal hablar con mi jefa, porque me dirá que me coja los días —dijo pensativa—. Esperaré una semana o así, a ver si remontamos un poco.

—Me parece bien —le sonreí.

—Si voy, Alberto me acompañará.

—¿En serio? ¿Podrá dejar el trabajo por unos días?

Alberto era autónomo, por lo que si no trabajaba no generaba dinero. Tenía una muy buena profesión, cobraba muy bien por ella y tenía clientes fijos.

—Me ha dicho que si yo me decido a coger los días él hace un esfuerzo. ¿Te imaginas? Me hizo mucha ilusión, jo. Me encantaría ir con él.

—Pues en esta ocasión te lo ha puesto fácil. Lo ha dejado en tus manos.

—Ya —sonrió—. Lo mismo te damos una sorpresa cuando menos te lo esperes. —Dio varias palmadas.

—Ojalá. —Le hice un guiño.

Capítulo 6

Liam

—Pero qué ven mis ojos.

Sonreí al escuchar a Henry a mi espalda y me giré despacio.

—Henry, amigo —lo saludé con un abrazo afectuoso.

—Liam, que honor y felicidad tenerte por aquí —habló con emoción.

—Lo mismo te digo.

—¿Cuándo has llegado? —Me dio una palmada en la espalda.

—Esta mañana, puede decirse que acabo de aterrizar —sonreí de medio lado.

—Ahora sí que me siento privilegiado porque hayas elegido mi restaurante para la primera comida —se rio—. Acompáñame. ¿Vienes solo?

—No. Aarón está aparcando, hemos dado una vuelta en su coche.

—Anda que ha tardado, ¿eh?

—Los llantos llegarán cuando tengamos que irnos —comenté con humor, haciéndolo reír—. ¿Y Leo?

—Llegará en unos días. Tenía que dejar cerrados varios temas de trabajo, por eso ha preferido no venir con nosotros.

Me senté en una de las sillas de la mesa frente a la que nos paramos.

—Si fuera tan responsable en su vida personal —dijo con humor.

—¿A quién estáis criticando ya?

Henry se giró riendo hacia Aarón. Se abrazaron con el cariño de años de amistad.

—Estábamos hablando de Leo, que no es lo mismo que criticar —aclaró Henry.

—No sé yo si él estaría muy de acuerdo con eso —se rio Aarón, mientras ocupaba una silla.

—Cuando quiera él se lo explico, terminará dándome la razón.

Después de unos cuantos comentarios más y de unas risas, Henry nos dejó solos para ir a por una botella de vino.

—Te ha costado aparcar —comenté.

—Más de lo que pensaba —dijo con un bufido.

—¿No será que te has encontrado admiradoras por el camino? Porque te he esperado en la calle un buen rato, hasta que me he cansado. —Ladeé un poco la cabeza—. Admiradoras de tu coche, por supuesto.

—Muy gracioso. Ja, ja, ja… —Terminamos riéndonos de verdad—. Las miradas de admiración siempre están, pero no, mi retraso no se debe al motivo que has dicho. De verdad que me ha costado encontrar donde estacionar, aunque parezca mentira. —Sacudió la cabeza.

—Bueno, teniendo en cuenta lo que habrá dentro de unos días por los alrededores de la ciudad, pues es normal que la gente se haya multiplicado. No

hemos pensado en eso cuando hemos llegado del aeropuerto a tu casa a por el coche, tendríamos que haber pedido un taxi para movernos por aquí.

—¿Y privarme de montar mi belleza y darle fuerte? Estaba deseando sentir la vibración por todo el cuerpo, las ganas de más, mientras se desliza con una suavidad y rapidez… Mmm…

—No quiero saber de qué estás hablando —dijo Henry, apareciendo con la botella de vino.

Aarón y yo soltamos una carcajada por su comentario, por lo que había interpretado.

—De mi deportivo rojo pasión —le aclaró Aarón, con una sonrisa pícara.

—Ah. Joder, ¿y todo eso se siente al conducirlo? Vas a tener que dejármelo para dar una vuelta, quiero descubrir si es verdad que da tanto gusto —dijo serio y volvimos a reírnos los tres.

—Cuando quieras amigo.

—Me lo apunto, ya no puedes decir que no.

Abrió la botella y la dejó en el centro de la mesa. Había confianza de sobra para que nos sirviéramos Aarón y yo, a nuestro gusto.

—¿Qué tal todo? —nos preguntó, pasando la mirada de uno a otro.

—Bien, tío —le contestó Aarón—. Liados con el trabajo y disfrutando del poco tiempo libre que tenemos.

—Lo mismo que tú —le dije, refiriéndome a su negocio.

El restaurante en el que estábamos era de Henry y tenía mucha historia. Pasó de generación en generación en su familia, hasta que terminó en las manos de nuestro amigo. Con el paso del tiempo había soportado remodelaciones y adaptaciones a la época, por ello continuaba siendo un lugar de encuentro perfecto. Era un sitio atractivo y de calidad para los clientes, se comía de maravilla y el trato era familiar.

—Llevo un tiempo que me lo tomo con más calma —nos dijo.

Por como apartó la silla en la que había tenido las manos apoyadas y se sentó a la mesa, y por su seriedad repentina, me temí que nos diera una mala noticia. Y en parte así fue.

—¿Te ha pasado algo? —le pregunté serio.

—Tuve un amago de infarto hace unos meses.

—¡No jodas! —se sorprendió Aarón.

—¿Por qué no nos lo dijiste, o Cami? —Quise saber, extrañado.

Cami era Camila, su mujer y nuestra amiga también. Aunque para mí la relación que tenía con ella iba mucho más allá de la amistad, por ese motivo fui su padrino en la boda con Henry, boda a la que, como no, también asistieron Leo y Aarón.

—No tenía sentido preocuparos. Estabais muy lejos y…

—Los cojones —lo interrumpí, con el ceño fruncido—. No estamos hablando del día a día que no tiene importancia.

—Liam tiene razón, Henry. Tendríais que habernos llamado a cualquiera de nosotros tres.

—¿Para qué? Tenéis vuestra vida entre varios lugares, vais y venís. Solo fue un amago, por el que me dijeron que tenía que cuidarme más. Es lo que hago desde entonces. —Se encogió de hombros—. Ahora salgo a correr con Cami, pasamos mucho más tiempo juntos. Como muy sano y me excedo poquísimo, de tanto en tanto. Y lo más importante, he rebajado muchísimo el estrés.

—Ya era hora, joder. Te hemos dicho muchas veces que no podías llegar a todo —comenté, todavía serio.

—Lo sé —suspiró—. Lo hablé con Cami y contraté a un responsable, para que se encargara del funcionamiento del restaurante. La gestión y las cuentas

continuó llevándolas yo, pero cuando estoy por aquí solo me paseo. Ahora hemos coincidido por casualidad, porque en unos minutos me iba a casa.

—Mierda, tío, escuchar eso sí que es un gustazo —le dijo Aarón.

—Ya te digo —estuve de acuerdo—. No vuelvas a hacerlo —le pedí, colocando la mano en su hombro—. Puede que estemos muy liados, que nos encontremos lejos de aquí, pero si le pasa algo malo a cualquiera de las personas que queremos, por mínimo que sea, si consideramos que es necesario nos movemos lo que haga falta.

»Al menos una llamada, me hubiera gustado que me llamaras para decirme: *eh, Liam, no te asustes, ya estoy bien, pero he tenido un amago de infarto*. Sabes que llevo muy mal las sorpresas, y menos cuando me cabrean.

—Lo sé, pero no quería preocuparos ni molestaros.

—Deja de decir tonterías porque al final te la ganas y te arrepentirás —le advirtió Aarón, riéndose al referirse a mi posible reacción.

—Vale, vale… —Levantó las manos.

—¿Has estado bien desde entonces? —Quise saber.

—Sí. —Asintió—. He ganado una calidad de vida impresionante.

—No sabes cómo me alegro.

—Yo también —se sumó Aarón, aunque tanto Henry como yo lo dábamos por hecho.

—¿Y Cami? ¿Cómo lo llevó? —le pregunté.

—Bastante mal, la verdad. —Sacudió la cabeza—. Tuvo mucha ansiedad, le costó recuperarse. Y por eso le puse más empeño en cambiar mis hábitos.

—Hiciste bien, tío —le dijo Aarón—. Puñetero estrés. —Bufó.

—Desde hace poco estamos esmerándonos mucho para ser padres —nos contó con una sonrisa de medio lado.

—Eso sí que lo sé.

—¿Cómo…? —me preguntó— Por Cami, no sé de qué me sorprende. —Soltó una carcajada.

—Exacto, no sé a qué viene la sorpresa del principio. Lo que a mí me sorprende es que ella no hablara conmigo sobre lo que te pasó, justo cuando te sucedió y posteriormente en tu recuperación. Yo podría haberla ayudado con la ansiedad —dije pensativo.

—Para ella eres como un hermano mayor, Liam.

—Igual que ella para mí una hermana pequeña —sonreí de medio lado.

Ese era el trato que nos dábamos Cami y yo, aunque no fuéramos familia de sangre. Siempre había sido siempre igual, desde que nos conocimos. De pequeños fue ella la que se acercó a mí y comenzó a seguirme a todas partes. Literal, me la encontraba en cada sitio al que yo iba, se acercaba todo lo que podía, sin llamar mucho la atención.

Yo por aquel entonces ya me había dado cuenta de su presencia, por lo que un día me acerqué a ella y le pregunté directamente porque me perseguía. Cuando me dijo nerviosa, con su vocecilla infantil, que se sentía bien estando cerca de mí, segura y protegida, y que le gustaría ser mi amiga, ahí me conquistó por completo. ¿Qué puedo decir?

Era una niña adorable, pero al mismo tiempo se la veía tan vulnerable… y lo era, pero de eso me di cuenta más tarde y de la peor manera. Desde entonces siempre que he podido no he permitido que nadie le soplara más fuerte de lo debido. Cami para mí era intocable y continúa siéndolo. Punto. Y yo había estado a su lado para demostrárselo por las malas a quién necesitara saberlo.

—Por eso no quería preocuparte —continuó contándome Henry—. Ella sabía que si te contaba lo que había pasado vendrías lo más rápido posible hasta aquí, para estar con nosotros, por lo que evitó decírtelo. Cuando sucedió estabas muy liado con uno de tus negocios, ahora no me acuerdo cual era. Se me ha olvidado.

—Da igual lo que tenga entre manos. —Negué con la cabeza—. Si no puedo viajar el mismo día o los siguientes, lo haré en cuanto pueda, pero sabiendo la información. Me niego a que la distancia sea una mierda de obstáculo.

—No volverá a pasar. —Asintió.

—Gracias —le devolví el gesto.

—¿Por qué no te quedas a comer con nosotros? —le propuso Aarón.

—Si nos hubiéramos visto más pronto… ya es tarde y Cami habrá terminado de hacer la comida. De hecho, como me retrase —dijo mirando su reloj de pulsera—, me llamará.

—Joder, ¿tienes un micro encima o qué? —le preguntó Aarón, riendo cuando el móvil de Henry sonó.

—Pura coincidencia —le contestó él, riendo también—. Cariño, no te imaginas con…

No lo dejé terminar de hablar, le quité el teléfono y me lo llevé a la oreja.

—Sé de una persona que tiene que darme varias explicaciones —le dije.

Por unos segundos se quedó callada al escucharme, cortada, sin asimilar quién le estaba hablando. Hasta que reaccionó.

—¿Liam? ¿Eres tú? ¿Estás aquí? —me hizo todas las preguntas alzando la voz y sonreí de medio lado.

—El mismo y por lo visto he llegado en el momento perfecto para darte un buen tirón de orejas. Ahí lo dejo.

—No me lo puedo creer. —Soltó una carcajada—. ¿Cuándo has llegado? No me digas que hace unos días porque si no el tirón de orejas te lo llevas tú —volvió a reír.

—Hace unas horas. He venido con Aarón, Leo llegará en unos días.

—Madre mía. —Jadeó.

—Hola, preciosa —la saludó Aarón, hablando alto para que lo oyera.

Cami le devolvió el saludo, emocionada, y después de varios comentarios entre ellos…

—Liam…

—Hola, preciosa —le dije más calmados los dos.

—Hola —dijo con la voz temblorosa—. Tengo tantas ganas de verte… ¿Por qué no venís Aarón y tú a comer a casa? Estaba llamando por eso a Henry, para avisarle de que ya está la comida.

—Llevamos un rato en el restaurante.

—¿Y qué? Tienes al dueño al lado —se rio—. ¿Habéis pedido la comida?

—No.

—Pues ya estás. Solucionado.

—Nos vemos en un rato, preciosa.

—¡Síii…!

Le devolví el teléfono a Henry, quien me miró divertido.

—Ha colgado —me dijo, provocando que Aarón se riera.

—No te quejes. Nos vamos —me levanté.

—¿Adónde?

—A casa de la pareja feliz —le contesté a Aarón, con una media sonrisa.

—Pues me llevo el vino —comentó incorporándose con la botella.

—Ya te vale —se rio Henry.

—¿Qué? Ya está abierta la botella —se quejó Aarón.

—Como si no tuviera en casa. —Puso los ojos en blanco Henry—. Que yo ya no beba no significa que me haya desecho de mi pequeña bodega. —Sacudió la cabeza.

Pasé por al lado de ambos, yendo directo a la salida. Al pasar por la caja le di un billete al camarero que se encargaba de cobrar, diciéndole que era por las molestias y el vino. Era más del coste, pero me dio igual. Lo mismo que sucedió con las quejas de Henry, las ignoré.

—Le habéis alegrado el día con este giro —dijo Aarón, al salir del restaurante.

—¿Y eso? —se interesó Henry.

Lo miré de reojo y sacudí la cabeza, para que no le echara cuenta. Después me concentré en la calle, caminando al lado de ellos. Si hubiera sabido donde estaba estacionado el coche de Aarón ya los habría dejado atrás, pero como no era el caso, no me quedó más remedio que aguantar el resto de la conversación.

—Aquí nuestro amigo, que se ha alterado un poquito —le contestó Aarón y soltó una carcajada. Continuó explicándose, ante la cara de interrogación de Henry—. Del aeropuerto hemos ido a mi casa en taxi. En un principio solo teníamos la intención de dejar los equipajes para venir a tu restaurante a comer, pero al final he sacado a mi preciosidad a pasear antes.

—No veo donde está el problema —comentó Henry, divertido.

—Porque no lo ha habido —le dije.

—Cállate —me pidió Aarón, riendo—. El tema es que lo he dejado un momento en la calle con el coche y cuando he vuelto estaba cabreado. —Me señaló.

—¿Qué te ha pasado? —me preguntó Henry.

—Las cosas más raras le suceden siempre a él —dijo con humor Aarón—. Estaba tan tranquilo esperándome, apoyado en el coche al aire libre para no agobiarse, cuando se ha encontrado con que una chica le estaba sacando fotografías.

—¿A ti? ¿Te ha fotografiado sin tu permiso? —Quiso saber Henry.

—¿Qué te parece? Así mismo me he quedado yo. —Sacudí la cabeza—. Por eso me he cabreado. Me la he encontrado mirándome a través de la cámara, por el tamaño parecía profesional, y no me ha dejado margen a la duda cuando me ha gritado una disculpa, antes de montarse en un taxi que ha llegado justo a tiempo para su huida. De esa forma se ha largado, con mis puñeteras fotografías, con la disculpa y, ah, sí, con una promesa de que las borraría enseguida, diciéndome que no se quedaría con nada mío.

—Joder, ¿y tienes que fiarte de su palabra? —me preguntó Henry y volví a mirarlo de reojo— Vale, me ha quedado claro. —Sacudió la cabeza—. Pues es normal que te lo hayas encontrado cabreado —le dijo a Aarón.

—¿Por qué? Vaya dos. —Puso los ojos en blanco Aarón—. Seguro que la chica estaba muy bien, pero este siempre pierde todas las oportunidades. Se ha calentado con el cabreo.

—Hombre, a ti tampoco te gustarían que una desconocida te sacara fotos. A saber, con qué intención y para qué las quiere —insistió Henry.

—Yo no la habría dejado irse —dijo con seguridad—. Me habría acercado a ella para llegar a algún acuerdo, estoy seguro de que hubiera merecido la pena.

—No tienes remedio —se rio Henry.

—Tendrían que hacerme un monumento por soportarlo diariamente —comenté.

—Oye, que en el día a día soy muy serio —se quejó Aarón.

—Tío, ¿en serio? Que somos nosotros —se rio Henry.

Cuando llegamos al coche de Aarón tuve el impulso de continuar caminando, para dejar de escucharlos, pero Henry me agarró de la chaqueta, riendo, y me abrió la puerta del vehículo.

Por suerte durante el trayecto se calmaron e incluso hubo un largo momento de silencio. Lo agradecí, mientras le daba vueltas a lo que me había sucedido. Lo que sentí cuando levanté la cabeza y me encontré con la sorpresita de ser el objetivo de una cámara fotográfica y el de su dueña…

Por la forma de hablar de ella supe que no era de aquí. Con las pocas palabras que me dijo lo tuve claro, y esperaba realmente que hubiera sido sincera con sus palabras.

Salí de mis pensamientos de golpe cuando la puerta de la casa de Cami y Henry se abrió de un tirón, justo cuando Aarón estacionó enfrente. Sonreí mientras me bajaba del vehículo, al ver a Cami salir corriendo y al escuchar sus gritos de alegría.

Primero tuvo el detalle de besar a su marido en los labios, al pasar por delante de él, pero no se quedó más tiempo a su lado. Vino hacia mí mientras le decía un hola largo a Aarón y sin parar de reír, se lanzó a mis brazos, con los que la atrapé con fuerza, como siempre había hecho para que no cayera.

Cami representaba casa y olor a hogar.

—Hola, preciosa —le susurré al oído, antes de separarnos.

—Hola. —Me regaló una sonrisa dulce—. Te he echado tanto de menos… —suspiró.

—Y yo a ti. —Le di un beso en la frente.

Volvimos a abrazarnos y me soltó a regañadientes, haciendo reír a su marido. Vi divertido como se acercaba a Aarón y se fundía en un fuerte abrazo con él.

Capítulo 7

Indira

Sorbí de la cañita el batido que me había comprado, mientras estaba apoyada en un banco.

Llevaba un buen rato en el centro de la ciudad. Era lunes, ahora mismo las cinco de la tarde, y como hoy llegaban mis amigos y compañeros de trabajo, aquí estaba esperándolos. De esa forma quedé con Val, le dije que estaría en este sitio para recibirlos.

Mis amigas habían cogido un apartamento en el edificio que quedaba a mi espalda, el que compartirían con Nicola y Sandra. Los demás, Mario, César y Marcus se alojarían en otro apartamento, el que se encontraba a un par de edificios separado. Por eso todos los taxis pararían aquí, iban a estar muy cerca los unos de los otros.

Ya que tenía que venir a la ciudad había aprovechado para descubrir un poco del centro. Las zonas por las que me había movido las vi muy bien, los edificios antiguos me encantaron, aunque dejé pendiente ampliar el recorrido para ver el resto con calma. Quedaba bastante por descubrir y no quería tener prisa para hacerlo.

El avión en el que viajaban hacía unos quince minutos que había aterrizado, por lo que llegarían pronto. Quitándole el tiempo que tardarían en recoger los equipajes, sería cuestión de pocos minutos que aparecieran. Mi taxi tardó unos doce minutos en dejarme en la casa, desde que me monté en él en el aeropuerto.

Bebí un poco más de batido, de la cañita de nuevo. Estaba riquísimo, estuve acertada al elegir el sabor porque dudé la decidirme.

El día anterior estuve con la dueña de la casa en la que yo estaba viviendo. Ya más calmada y establecida, le escribí un mensaje para agradecerle el detalle del ramo de flores y la bienvenida. La mujer, Emily, le hizo ilusión saber de mí y se puso contenta, tanto que terminamos llamándonos y entre unas cosas y otras, quedamos y vino a la casa, ya que estaba dando un paseo cerca cuando hablamos por llamada.

Era una mujer encantadora, muy simpática y amable. Estuvimos como una hora juntas, pasando un buen rato. Me explicó cosas interesantes de la ciudad y de algunos vecinos, aunque de esto último retuve bien poco. Sinceramente, para lo poco que iba a cruzarme con ellos, no me molesté ni en quedarme con los nombres que me dijo.

Cuando nos despedimos me pidió en persona que no dudara en llamarla si necesitaba algo, lo que le agradecí de nuevo.

El resto del día estuve tranquila en casa, el único momento en el que salí fue por la mañana, pero al jardín. No me moví más. Estuve un rato balanceándome en el sillón que colgaba de la rama del árbol, mientras leía. Cuando comencé a cubrirme la sombra del propio árbol, me cambié al balancín. En él continué leyendo, tumbada y con la cabeza apoyada en varios cojines.

Estuve genial, con el sol dándome directamente, lo que ayudó a calmar la temperatura que hacía. Eso fue lo máximo que hice fuera de la casa, las demás horas estuve en el interior de la casa, entre la cocina, el salón y mi habitación.

Hablé por videollamada con mi hermano y mis padres, Adrián fue a verlos cuando se fue de la casa de nuestra prima Miriam y Alberto. Comió con ella, como quedó con Miriam, y Adrián me aseguró en la videollamada que ya estaba todo bien con ella. Nuestra prima se había tranquilizado y le pidió disculpas, a lo que mi hermano le quitó importancia, aunque le dijo que le había ido por los pelos. Eso me hizo reír porque sabía que era una gran verdad.

La conversación con mis padres fue genial, estaban contentos por mí, aunque sabía que querían que regresara pronto. Hacía tiempo que tuvieron que

aprender a soltar para que Adrián y yo hiciéramos nuestra vida, tal y como queríamos vivirla.

También hablé un ratito con mi prima y otro más con mis amigas, Val y Clara. En ese momento fue en el que quedamos donde nos veríamos hoy.

Dirigí la vista a la carretera, después de comprobar la hora en el móvil. No tenía ningún mensaje, así que iba un poco perdida. Por el momento no les escribiría para no agobiarlos, por lo que me dediqué a beberme el batido con calma, disfrutando y degustando lo poco que quedaba.

Al cabo de un rato me reí con ganas, cuando el claxon de un taxi se escuchó varias veces. Como no de él salieron mis amigas, Val y Clara, riendo. Corrieron hacia mí, dejando al pobre Mario a cargo de ayudar al taxista a sacar todas las maletas del maletero.

—Ay —dijo Val, estrechándome entre sus brazos.

—¿Ves como no estás más delgada? —dijo entre risas Clara, apartándola para abrazarme también.

—¿Qué dices? Si solo hemos estado separadas tres días —hablé uniéndome a sus risas.

—¿Y? Como si en un día no se pudiera pasar hambre —dijo Val, dándome un golpe en el brazo.

—Anda, vamos a ayudar a Mario.

Caminé con ellas agarradas de mis brazos, yendo hacia donde hasta hacía poco se encontraba el taxi. Ya se había ido, Mario se había quedado rodeado de equipaje.

—Hola, preciosa —me saludó él, con un fuerte abrazo.

—Hola, guapo. —Le di un beso en la mejilla, antes de separarme.

—¿Qué tal os ha ido el vuelo? —me interesé, mientras veía a unos metros de distancia como el resto de mis compañeros y amigos se despedían del

taxista que los había traído hasta aquí.

En total el primer equipo lo formábamos Val, Clara, Mario, César, Marcus, Sandra, Nicola y yo. Estos éramos los que nunca nos separábamos en el trabajo, los miembros que formábamos el equipo principal de grabación, al completo, mientras que los demás compañeros, los que llegarían dentro de unos días, nos hacían de refuerzo. Eran un extra de agradecer. Todos, sin excepción, nos tratábamos como una gran familia. Los viajes unían y las horas interminables de trabajo más.

—Val ha rezado durante unos minutos —dijo con humor Clara.

—Muy graciosa. —Bufó la aludida.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado? —Agrandé los ojos.

—Nada. Tranquila —me contestó Mario, con un guiño.

—¿Tu pillaste turbulencias? —me preguntó Val.

—Ah, ya entiendo —sonreí—. No, tuve suerte.

—Joder. La próxima vez vuelo contigo. —Me señaló.

—Como si eso fuese una solución segura —rio Clara.

—Hola —me saludó Nicola, con los brazos abiertos.

Nos abrazamos riendo, al igual que con el resto. Me encantó tenerlos conmigo de nuevo, fue un subidón no sentir que estaba sola a tantos kilómetros de distancia de mi verdadera casa.

Nos repartimos para que cada grupo fuera a su apartamento a dejar los equipajes. Volveríamos a vernos pronto ya que quedamos en encontrarnos en unos minutos en el mismo sitio de nuevo, para ir a tomar algo.

Todos venían hambrientos, los bocadillos que se compraron para subir al avión hacía tiempo que lo tenían en los pies. Y bueno, solo los más hambrientos comieron un poco de la comida que sirvieron en el avión. No era

que estuviera mal, simplemente que no se disfrutaba y era comer por comer, si tenías mucha hambre. Aunque para gustos…

Yo fui con las chicas a su apartamento, mientras que los chicos tomaron la dirección de su edificio. Como he comentado estaba casi al lado. Nosotras caminamos en línea recta, yendo hacia la entrada. El apartamento estaba en la primera planta, pero con los equipajes subimos en el ascensor. Dejaron las maletas a un lado y echamos un vistazo rápido al apartamento.

Estarían de lujo, era muy espacioso y tenía cuatro habitaciones, una para cada una. El salón y la cocina también eran bastante grandes. Yo, como ya dije, preferí vivir alejada del centro. También me fui a una casa sola porque contaba con que mi hermano y mi prima vinieran en algún momento del tiempo que estaría aquí, ahora sabía que Alberto también, si Miriam tomaba la decisión de venir.

Y mientras yo estuviera sola en la casa, sin visitas de mi familia, sabía que tantos las chicas como los chicos se quedarían conmigo más de un día.

—Qué pena que vayamos a estar separadas —dijo Val, suspirando.

—Indi puede quedarse aquí cuando quiera —comentó Nicola—. Las camas son enormes —rio y sonreímos—. Y los demás también iremos a su casa.

—Os gustará mucho y la zona es muy tranquila.

—¿Cuánto se tarda en ir en taxi? —Quiso saber Clara.

—Desde frente a la casa, hasta donde estaba esperándoos, no llega a diez minutos. Hay buena carretera.

—Guay. Es poquísimo —dijo Val.

—Sí —sonreí.

Nos fuimos del apartamento y bajamos a la calle, donde los chicos no tardaron en llegar. Me dijeron que se quedaban en mis manos e hice alguna broma de que iban apañados.

Al final fueron ellos los que me arrastraron a mí a un restaurante especializado en tacos, sobre todo César y Marcus que al verlos se les hizo la boca agua. Terminamos sentados en una mesa del local, fuera ya hacía frío. En cuanto el sol se iba, adiós a la temperatura más cálida, por la época del año en la que estábamos.

—Voy a aprovechar para ir al supermercado que está aquí al lado —les dije, levantándome de la silla. Ya había pedido mi cerveza y mis tacos—. Hice una compra grande, pero se me olvidó comprar algunas salsas.

—¿Te acompañó? —me preguntó Val.

—Como quieras.

—Venga. —Se levantó dispuesta.

Salimos del restaurante y recorrimos los pocos metros que había hasta el supermercado. Val alucinó con algunas cosas, fue mirándolo todo con mucha atención.

—Aquí están —dije cogiendo varios botes diferentes.

—¿Algo más?

—No, tengo de todo. Por ahora. Solo me faltaron las salsas, ni me di cuenta porque tuve que pasar por el pasillo en el que estaban. —Me encogí de hombros.

—Estabas recién llegada. Demasiadas emociones.

—Y atontamiento también —dije y nos reímos.

—Pues vamos a por nuestros tacos que capaz de que se los coman si tardamos. Marcus, sobre todo —dijo con diversión.

Caminamos por el pasillo, yendo en la dirección donde estaban las cajas para pagar, pero me paré al ver a alguien que captó toda mi atención al instante. Val continuó andando y hablando, no se dio cuenta de que no la seguía.

Retrocedí unos pasos y me impulsé para cruzar el pasillo central que cortaba los otros pasillos. Cuando llegué al otro lado, por suerte sin ser vista, me escondí con las estanterías, para volver a mirar al hombre que estaba apoyado en un carro bastante cargado.

Era el mismo hombre que fotografié al salir del parque, el primer día que comí fuera de la casa. Estaba segurísima porque debía confesar que me había aprendido su cara de memoria. Sí, de tantas veces que vi la fotografía en la que la mostraba. No sabía porque, pero por el momento no había borrado las imágenes. Ya, no estaba bien, pero tampoco tenía la intención de utilizarlas ni de que las viera alguien más, así que…

Él estaba inclinado hacia el carro, con los antebrazos apoyados en él. Me escondí más cuando vi a una chica ponerse a su lado. Ella dejó en el carro los botes que llevaba en las manos y él apartó la vista del móvil, para sonreírle.

—Madre mía —susurré, al ver la curva de sus labios y lo que conseguía con ella.

La chica se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla. O eso me pareció. La reacción de él fue rodearle los hombros con el brazo y acercarla a su cuerpo. Por unos segundos se quedaron muy juntos, pero desde mi posición no pude ver si se besaban o qué. Aunque, ¿qué otra cosa iban a hacer?

Solté un suspiro involuntario, seguido de un grito. El sobresalto que me llevé me hizo dar un respingo y chocarme con la espalda en la estantería. El ruido que hice provocó que tanto la chica como ese hombre miraran en mi dirección, aunque solo pudieron ver mis piernas, el bote que había tirado de la estantería al chocar con ella y a mi amiga Val, que se quedó frente a mí, riéndose.

—¿Qué haces? —me preguntó después de unos segundos— Iba hablando sola, no me he dado cuenta de que no estabas conmigo hasta que he llegado a la caja.

—Eh, nada. Solo estaba cotilleando unos productos que nunca había visto —me inventé una excusa sobre la marcha. Hablé en un tono de voz muy bajo.

No quería mentirle a Val, pero ni era el momento porque el hombre continuaba en el mismo sitio. Lo veía de reojo. Ni tampoco yo tenía el cuerpo para confesarle la verdad.

—Ah —fue la reacción de mi amiga. Me miró extrañada—. ¿Y por qué has perdido el color de la cara? —Ladeó un poco la cabeza.

—¿Yo? Me encuentro perfectamente. Si notas algo raro es por el susto que me has dado —carraspeé—. Vamos a por nuestros tacos.

—Ya veo lo estupendamente que estás. Te vas sin recoger el bote —se rio.

No le dije nada más para no alzar la voz, me urgía mucho llegar hasta la caja para salir del supermercado y desaparecer.

Por suerte una de las cajeras estaba libre y me atendió rápido. Con la bolsa con los botes de salsa nos fuimos directas al restaurante. Ya habían servido la comida, todos estaban entretenidos con ella, mientras que el plato de Val y mío nos esperaba.

Nos sentamos a la mesa escuchando lo buenos que estaban los tacos, lo que no tardamos en comprobar por nosotras mismas.

Capítulo 8

Apagué la alarma en cuanto sonó. Hacía un rato que tenía los ojos abiertos y que miraba hacia la claridad que entraba por las rendijas de la persiana. La noche anterior no la bajé del todo.

No me levanté de la cama hasta que no volvió a sonar la repetición de la alarma. Estaba espabilada, así que no me costó activarme.

Comenzaba el trabajo un poco más tarde de lo que pensé, se había retrasado un par de días. Pero había llegado, volvía a la actividad. Con ese pensamiento y con el de qué nos encontraríamos una vez llegáramos al primer lugar de grabación, entré en el baño para arreglarme. No necesitaba ducharme porque lo hice por la noche, por lo que me vestí con la ropa que dejé en el baño, antes de acostarme.

Me puse un pantalón vaquero, unas botas tipo montaña, pero con la suela un poco más elástica, un jersey de punto de cuello de pico y una chaqueta fina que utilizaría si tenía calor con la acolchada. Me recogí el pelo en una cola alta, me lavé la cara, me eché la crema y cogí el brillo de los labios para pintármelos cuando terminara de tomarme el café.

Cogí del armario la chaqueta acolchada y el bolso, donde metí el móvil, y salí al pasillo. Liberé las manos dejándolo todo en la mesa del salón y entré en la cocina, para prepararme un café.

Cuando lo tuve entre las manos, fui hacia la corredera del salón para ver cómo estaba el tiempo. Al poco de estar acostada me sorprendió escuchar truenos, pero tal vez fue una tormenta eléctrica porque el cielo estaba

despejado esta mañana. No había ni una nube, por lo que se presentaba un día perfecto.

Me bebí el café observando el jardín y cuando me lo terminé, comprobando la hora que era en el reloj de pulsera, fui a la cocina a lavar la taza y me puse la chaqueta y el bolso en el salón. Estaba abriendo la puerta de la casa cuando mi móvil vibró dentro del bolso. Ese era el aviso de que el taxi acababa de parar frente a la casa, el que pedí al final de la tarde.

Me aseguré de cerrar bien con llave y me dirigí al taxi.

—Buenos días —saludé al taxista.

—Buenos días, señorita —me dijo y sonreí.

Ya sabía dónde tenía que llevarme, por lo que me relajé. Me pinté los labios con el brillo y saqué el teléfono del bolso, para desbloquearlo y entrar en la aplicación de mensajes. Más concretamente accedí a la conversación que tenía con mis amigas, Val y Clara.

Indira: *Buenos días. ¿Ya estáis todas preparadas? Ya voy para allí, acabo de montarme en el taxi.*

Clara: *Yo he estoy en la calle, he bajado a dar una vuelta de buena mañana.*

Indira: *¿Por qué? ¿No has dormido bien?*

Val: *Ha dormido profundamente, sus ronquitos los han tenido que escuchar hasta en la calle. Ja, ja, ja… Buenos días, preciosas.*

Clara: *¿Te has despertado graciosilla? Porque déjame que te diga que tienes la gracia en el culo.*

Val: *Ja, ja, ja… te has picado.*

Clara: *¡¡Por qué me jode que mientas!!*

Indira: *Eh, ¿qué te pasa, Clara? Estás demasiado susceptible.*

Val: *¿Demasiado? Ella nunca se enfada por estas bromas. Joder, lo siento, no pensaba que te lo tomarías así.*

Indira: *¿Clara?* —la mencioné al cabo de unos segundos, al ver que no decía nada ni tenía intención.

—Joder —susurré moviéndome en el asiento del taxi.

Val salió de la conversación para entrar en la suya individual y llamarme.

—No he querido ofenderla, siempre se ríe de esas tonterías —me dijo Val, preocupada, en cuanto descolgué—. Me siento muy mal. ¿Y por qué no contesta? Ha salido de la conversación.

—¿Le ha pasado algo desde que me despedí de vosotras?

—Nooo… que yo sepa. Anoche, al poco de que te fueras del apartamento con los chicos cada una nos fuimos a nuestra habitación. Nos deseamos buenas noches bien, sonriendo y sin enfados. Hoy todavía no la he visto. Estaba tumbada en la cama cuando la he escuchado moverse por el apartamento, se ha ido cuando yo estaba arreglándome.

»Supe que se trataba de ella porque cuando salí de la habitación Nicola y Sandra todavía estaban en las suyas. Yo qué sé, pensaba que Clara querría tomarse un café que fuera un poco más profesional y por eso ha bajado a la calle, antes de que llegaras.

—Val, tranquilízate. No has hecho nada mal. La broma de los ronquidos es insignificante, ella siempre la está haciendo. Si se ha puesto así es porque no está bien.

—Pero ¿qué mierda le ha pasado? ¿Durante la noche?

—No tengo ni idea. Estoy llegando, ¿bajas ya y vamos a por ella?

—Claro. Me pongo la chaqueta y salgo. ¿Y Nicola y Sandra?

—Diles que nos vemos en la cafetería que está en la otra acera del piso, ahí hemos quedado también con los chicos. No estarán mucho tiempo solas.

—Vale —suspiró—. Ahora nos vemos.

Colgó justo cuando el taxi comenzó a circular por la carretera que llevaba a mi destino. Al cabo de pocos minutos el taxista paró junto a la acera y le pagué. Me bajé, despidiéndome, y miré a los lados de la acera. No vi a Clara por ningún lado, mientras intentaba pensar en lo que podía haberle pasado.

Val salió del edificio y vino casi corriendo hacia mí. Se había puesto unas botas parecidas a las mías, para enfrentar el primer día de trabajo. Peor no había podido empezar.

—¿Has llorado?

—Jo, se me ha saltado alguna lágrima bajando. —Hizo una mueca.

—Pues empieza a tranquilizarte porque sea lo que sea lo que le pasa a Clara nos necesita fuertes junto a ella.

—Ya, ya… —Bufó—. Joder, tengo un mal cuerpo.

Activé el móvil para entrar en la aplicación de mensajes y fui directa a la conversación individual que tenía con Clara. Pulsé la llamada y me llevé el móvil al oído, mientras Val y yo observábamos la calle.

—Clara —dije cuando descolgué—. ¿Qué te pasa? ¿Dónde estás?

—Me vengo a un puñetero viaje de trabajo y se jode toda mi vida —habló con la voz entrecortada.

—¿Qué dices? —Fruncí el ceño—. ¿Dónde estás? —repetí.

—No lo sé —me contestó llorando.

—Compárteme tu ubicación.

—No quiero ir a trabajar —susurró.

—Vas a ir a trabajar —la corregí—. Primero porque siempre dices que en el trabajo es en el único lugar en el que consigues desconectar de todo. Y

segundo, porque sea lo que sea lo que te ha pasado no vamos a dejarte sola para que te vengas más abajo.

—Ya tienes la ubicación.

Me separé el teléfono de la oreja para comprobar que efectivamente me la había enviado.

—Vale. Enseguida llegamos a ti. No te muevas.

Colgué la llamada y entré en el mapa, para llevarme la sorpresa de que se encontraba a tan solo unos metros de distancia. Estaba en la calle paralela.

—¿Con qué se le habrá jodido toda su vida? —me preguntó Val, intranquila.

Se había acercado a mí para escuchar la conversación.

—Jaime —dije porque no le encontraba otra explicación.

Bloqueé el teléfono porque no lo necesitaba y comenzamos a caminar.

—¿Tú crees? —Agrandó los ojos— Si trajo al aeropuerto a Clara y poco faltó para que se la comiera a besos.

—Joder, es que si no es sobre él… —Hice una mueca—. —Da igual, estamos a punto de saberlo. Mejor que dejemos de hacer teorías. —Sacudí la cabeza.

Por suerte teníamos tiempo de sobra hasta que vinieran a recogernos. En una hora y veinte llegarían dos vehículos para llevarnos hasta el lugar en el que comenzaríamos a trabajar. Así sería cada día, por eso habíamos quedado antes para desayunar todos juntos, en la cafetería. Nosotras tres tendríamos que correr un poco.

—¿Nicola y Sandra han notado algo raro?

—Buenooo… yo no soy una experta ocultando mis sentimientos y emociones.

—Cariño, eres nula en eso. —La miré de reojo, sonriendo.

—Lo sé —se rio unos segundos, agarrándose de mi brazo—. Les he dicho que no se preocuparan. A ver qué le contamos.

—Será decisión de Clara.

—Sí. —Asintió—. Ahí está —dijo con la mirada hacia delante.

Localicé enseguida a Clara, estaba sentada en un banco, observando el ir y venir de la gente y los vehículos.

Cuando Val y yo llegamos junto a ella nos sentamos a cada lado, dejándola en medio. No dijimos nada, con nuestra presencia fue suficiente para comenzar. Le dimos a Clara espacio para que hablara cuando tuviese ganas y fuerzas y no tardó más de unos pocos minutos.

—Se ha jodido todo —susurró.

—¿El qué, exactamente? —le pregunté.

—Con Jaime —nos confirmó.

Val buscó mi mirada, con los ojos abiertos al máximo.

—¿Qué ha pasado? —Le acaricié la espalda, girándome hacia ella—. Cariño —llamé su atención, al verla que se iba de nuevo.

—Creía que era el hombre de mi vida —se rio sin ganas, con frialdad—. Qué imbécil soy. —Bufó.

—Oye, no te insultes por ese desgraciado —se quejó Val, haciéndonos sonreír a Clara y a mí.

Era un buen adelanto, aunque su sonrisa fue mucho más pequeña que la mía.

—¿De qué te has enterado y cómo? Cuando me despedí anoche de vosotras estabas bien y cuando te metiste en tu habitación, también.

—Y cuando colgaste de hablar con Jaime también, y eso fue al mediodía —comentó Val.

Ayer aprovechamos el último día de descanso, hasta que llegara el fin de semana. Después de que mis amigos hicieran una buena compra para cada apartamento, recorrimos muy bien el centro de la ciudad y sobre la una y media de la tarde nos paramos a comer en un restaurante. Ese fue el momento en el que Jaime llamó a Clara, siendo por la noche en España. Y como Val acababa de decir, ella estaba como siempre después de colgar.

En vez de explicárnoslo nos lo mostró. Ya dicen que una imagen habla por sí sola, y así fue la que vimos en el móvil de Clara.

—Pero qué mierda… —Jadeó Val.

—¿Estás segura de que no es un montaje? —le pregunté, quitándole el móvil de las manos.

—¿Tú crees? —Quiso saber Val, con esperanza.

—No he dicho que lo sea —dije observando muy de cerca la imagen.

En ella aparecían Jaime y otra chica. Si la fotografía estaba sacada de un momento real no había margen a la duda. En ella se veía a Jaime acorralando a esa chica, pero en el buen sentido porque por la cara de ella estaba encantada. Una mano de él la tenía apoyada a la altura del cabeza de ella, mientras que con la otra la agarraba de la cintura. No podían estar más pegados, sus cuerpos estaban en contacto con una clara invitación a lo que podía pasar en directo. Y por si no fuera poco, la cara de Jaime estaba demasiado cerca de la de la chica.

—¿Ves algo raro, Indi? —me preguntó Clara, reflejando esperanza.

Aparté la vista de la pantalla del móvil y busqué su mirada. Me hubiese encantado darle la respuesta que necesitaba escuchar, pero…

—Lo siento. —Cogí una bocanada de aire—. De esta forma no puedo saber si es real o no.

—Ya. —Bajó la mirada la suelo.

—¿Cómo ha llegado hasta ti? ¿Quién te la enviado? —Quise saber.

—Una compañera del trabajo de Jaime. Algunas veces os he hablado de ella, nos caímos muy bien desde que Jaime nos presentó a una cena que fui acompañándolo. —Se tapó los ojos—. Me la ha enviado esta mañana, al poco de encender el móvil.

—Joder, pues ya podría haber esperado a que volvieras para decírtelo en persona. O llamarte, al menos. Es un tema lo suficiente delicado como para tenerte en cuenta. Digo yo. —Levantó las manos en el aire Val.

—Aparte de la foto me ha escrito y me ha comentado que no sabía cómo decírmelo. —Se encogió de hombros Clara.

—Esa chica no tiene la culpa de nada. Ya de por sí es duro hacer esas cosas cuando conoces a las dos partes. ¿Has intentado hablar con él? —le pregunté, acariciándole la espalda.

—Lo he llamado cuando he bajado a la calle, pero no ha descolgado. Supongo que estaría en alguna reunión.

—¿Dónde narices está tomada la foto? ¿Reconoces el sitio? —Quiso saber Val, cogiendo el móvil de Clara para verla más de cerca.

—No lo sé —contestó Clara.

—Es que por más que la miro no me lo creo —susurró Val—. Estaba contigo tan…

—La gente sabe muy bien mentir y representar el papel que le interesa —susurró Clara.

—Pero ¿con qué objetivo? —habló pensativa Val.

—No quiero seguir con el tema —nos pidió Clara.

—Por ahora —añadí yo, porque no habíamos terminado.

Le coloqué el pelo detrás de la oreja y le di un beso en la mejilla. Me miró con cariño, con los ojos humedecidos.

—Si lo ha hecho lo pagará con tu indiferencia, pero no antes de que le digas unas cuantas cosas claras. Pero eso será cuando te hayas calmado y puedas hablar con él, en frío. Ahora vas a recomponerte, vamos a ir a la cafetería con los demás, desayunaremos y afrontaremos nuestro primer día de trabajo en estas tierras. ¿De acuerdo? —Miré a las dos.

—Sí, joder —dijo animada Val.

—Prometo que lo intentaré todo —susurró Clara.

—Es un buen comienzo, y lo dejarás de intentarlo conforme pase el día, porque lo irás consiguiendo todo.

Me levanté del banco ofreciéndole la mano, la que agarró para incorporarse. Cuando se quedó frente a mí la abracé con fuerza y Val se unió a nosotras.

—Siento haberme puesto histérica por mensaje, por lo de los ronquidos —le dijo Clara a Val.

—Bah, ya no me acuerdo —le sonrió esta, en respuesta.

—¿Un poco mejor? —le pregunté.

—Sí. Por ahora se me han calmado las ganas de terminar con cierta persona —sonrió con malicia Clara.

—Uy, pues a mí no —soltó Val, haciéndonos reír.

Comenzamos a caminar por la acera, para ir a la cafetería donde estaban nuestros compañeros y amigos.

—Ve pensando en qué decimos cuando lleguemos —dijo Val.

—¿Y eso? —le preguntó Clara.

—Jo. Sabéis de sobra que no gestiono bien las emociones. —Bufó—. Me ha afectado tu reacción y que desaparecieras de la conversación, así que Nicola me lo ha notado cuando he ido a decirles que nos esperaran en la cafetería. —Se encogió de hombros.

—No sé si por ahora quiero decirlo, yo…

—Pues nos inventamos una mentirijilla piadosa, pequeñita —les propuse —. Cuando lo tengas todo claro entonces te sentirás libre para decir lo verdad que sea.

—Sí —susurró.

—Pues a ver qué se nos ocurre.

Capítulo 9

—Hola —saludó Val al chófer, al ser la primera en subirse al gran todoterreno que había venido a buscarnos.

No era el único, otro idéntico estaba parado detrás. Nos repartimos, yo iría con Val, Clara y Mario. En el otro Nicola, César, Sandra y Marcus. Orden que podía variar cualquier otro día.

—Hola —le correspondió el chófer a mi amiga, con una sonrisa de medio lado—. Bienvenidos —se dirigió a todos y se lo agradecimos.

Nos presentamos diciendo nuestros nombres y cuando estuvimos todos en nuestros asientos con el cinturón de seguridad puesto, el hombre arrancó y se incorporó a la carretera.

—¿Qué tal por la ciudad? —se interesó, dándonos conversación.

—Por ahora muy bien —le respondió Val.

—Me alegra que te produzca tanta felicidad —le dijo.

—Nuestra amiga la mayoría del tiempo es así, como se muestra —intervino Mario, demasiado serio.

No fue en sí lo que dijo, sino cómo lo dijo.

—Ah —comentó el hombre—. Es bueno saberlo. —Le hizo un guiño a Val, por el espejo retrovisor.

Mi amiga me dio un codazo disimuladamente y fruncí los labios, mirándola de reojo. Desconecté de ella cuando continuó hablando con el chófer, estaba interesante, pero me urgía más saber porque Mario había reaccionado de esa forma.

—¿Qué te pasa? —le pregunté susurrando.

Se encontraba a mi derecha, junto a la ventanilla. Val a mi izquierda y seguida Clara, en la otra ventanilla. El vehículo era ancho.

—Nada —me contestó él, sin apartar la vista de la ventanilla.

—Eh, si no quieres decírmelo no pasa nada, pero no me mientas —continué hablando para que solo él me escuchara.

—No es el mejor lugar, solo es eso —giró la cabeza hacia mí, sonriendo un poco.

—Vale, pero sea lo que sea, te ha pasado de golpe al entrar aquí.

—Porque he pillado el tonteo de ese tío con Val, desde la primera palabra y miradita —dijo observando de reojo al chófer.

No pude evitar que mi cara mostrara sorpresa. Joder, me cogió de imprevisto su confesión y lo que significaba.

—Mario…

—¿Qué? —me preguntó, pero en este instante no apartaba la vista de Val y del chófer que continuaban hablando.

Clara se mantenía en silencio, iba a aprovechar el trayecto para meterse en su mundo. No me lo había dicho, pero su actitud y que nada más sentarse al lado de la ventanilla contraria a la de Mario, ella girara el cuerpo para darnos un poco la espalda, lo dijo todo. Al llegar a la cafetería y durante el tiempo que habíamos estado en ella, sonrió y rio como si no le sucediera nada, cuando su mundo estaba más roto que construido.

La ruptura con Jaime la iba a dejar muy mal, pero era normal, ella sí que estaba enamorada. No quería adelantarme a los acontecimientos, pero yo ya tenía mi opinión al respecto y no era nada esperanzadora.

Antes de llegar a la cafetería Clara nos enseñó el mensaje de texto de la chica que le envió la imagen, la compañera de trabajo de Jaime, y con sus palabras dejaba en evidencia que ella no conseguía nada con lo que había hecho, lo único que quería era que Clara supiera lo que él estaba haciéndole a la espalda. Por parte de ella era de admirar y de agradecer, infinitamente.

—¿Por qué no me has dicho nada?

Mi pregunta provocó que Mario se olvidara de Val y del chófer, para centrarse en mí.

—¿Cómo?

—Joder. No me he dado cuenta hasta ahora. —Negué varias veces con la cabeza—. Lo has escondido muy bien.

En silencio, nos miramos fijamente a los ojos y entonces lo vi claramente, muchísimo.

—¿Desde cuándo? ¿En qué momento te diste cuenta? —Me incliné hacia él.

—Joder —se lamentó, pasándose una mano por el pelo.

Sonreí con cariño al verle. Su agobio era enternecedor. Yo adoraba a Mario, me encantaba, y pensar que él y Val… Mmm… Mario fue uno de los compañeros con el que viví durante más de medio año, junto a mi hermano, la experiencia de la tribu indígena. El otro fue César, el mismo que iba en el todoterreno de atrás.

—Da igual el cuándo, el cómo, o el por qué. —Sacudió la cabeza, antes de apoyarla en el asiento—. No tiene sentido y mucho menos futuro.

—¿Por qué dices eso? ¿Y tan convencido? —Elevé las cejas— No tienes ni idea de lo puede llegar a pensar Val.

—Lo está dejando muy claro, Indi —se refirió a la conversación que estaba teniendo ella con el chófer, cada vez más animada—. No te preocupes.

—Claro que me preocupo. —Bufé—. Val no sabe lo que sientes por ella, ni se lo imagina, vamos. —Fruncí los labios para no reírme—. Ella cree que eres un buen amigo y compañero de trabajo, te ve de esa forma porque tú no le has dado motivos para que te vea de otra manera. —Me encogí de hombros.

—Pero no te ha hablado nunca de mí.

—En el sentido que estás preguntando, hace muchos años que no —le hice una pequeña revelación que captó al vuelo.

—¿Eso qué quiere decir? —Se sentó más recto, acercándome a él— ¿Cuándo me conoció te dijo algo interesante de mí?

—Puede. —Le hice un guiño—. Mario, eres un hombre impresionante. Tienes una apariencia estupenda, eres guapo y atractivo, tienes don de gentes y un carácter maravilloso. ¿Sigo? ¿Cómo no va a fijarse una mujer en ti? Pues claro, hasta yo he hecho algún comentario de ti desde que te conozco. Al principio porque no teníamos tanta confianza y tengo ojos en la cara, y después, pues oye, que, aunque seas un amigo magnífico e increíble sigues estando igual de bien y yo me siento bien orgullosa de ser tu amiga.

—Vaya…

Una sonrisa fue apareciendo en sus labios, muy lentamente. Miró detrás de mí a Val, sin variar la expresión. Ella debió darse cuenta porque reaccionó.

—¿Me has dicho algo Mario?

Él no desaprovechó la ocasión.

—Sí, te he preguntado por dónde vais en la conversación.

Me puse más cómoda en el asiento, con una gran sonrisa, pero tuve una grandísima idea y me desabroché el cinturón.

—Cámbiame el sitio —le pedí a Val.

Lo hice por Mario porque Clara no necesitaba compañía ahora mismo, seguramente ni siquiera se daría cuenta del cambio y de que estaba a su lado, a no ser que se lo hiciera saber.

—Sí —aceptó Val, sonriente.

Nos cambiamos de asiento y sin que mi amiga me viera, le hice un guiño a Mario. Con ese gesto cómplice le pedí que aprovechara más la oportunidad y que no permitiera que Val se le escapara.

Joder, estaba emocionada con la nueva situación que había descubierto. Aunque las buenas emociones y sensaciones se mezclaban con las malas, por Clara.

Cuando tuve el cinturón de seguridad puesto busqué la mano de Clara que más cerca tenía de mí y se la agarré, para que supiera que estaba con ella, donde quiera que hubiera ido con la mente. Entrelazó los dedos conmigo, haciéndome saber que era consciente de ello. Pero no se giró hacia mí, así que no me hizo falta mirarla a los ojos para saber que los tenía humedecidos por las lágrimas.

No la solté en ningún momento del trayecto, el que hice con los ojos cerrados para que Val solo interactuara con Mario y el chófer, aunque por suerte al cabo de un rato el último se centró en conducir y se quedaron hablando únicamente mis amigos. Sonreí sin abrir los ojos y apoyé la cabeza en el cuerpo de Clara, sin soltarla de la mano.

El primer día de trabajo había venido con descubrimientos, uno buenísimo y otro fatal. Y no había hecho nada más que empezar…

Al día siguiente llegarían el resto de nuestros compañeros y por fin estaríamos al completo. Nos iría bien porque desde el inicio podríamos tener refuerzos que impulsaran el trabajo, ya que nosotros comenzábamos hoy con retraso.

Pensando en unas cosas y otras, no me di cuenta de que me quedé dormida. Cuando entreabrí los ojos el todoterreno estaba parado y las únicas que estábamos dentro éramos Clara y yo. Mi amiga también se había dormido apoyada en la ventanilla, yo continuaba sobre ella.

Me estiré sentándome recta y miré hacia los lados. Parecía que no había nadie fuera, por lo que me quité el cinturón de seguridad y abrí la puerta con cuidado. De nada sirvió porque Clara se despertó igualmente.

—¿Indi? —me llamó, por unos segundos desubicada.

—Sí. Creo que hemos llegado a la zona en la que trabajaremos hoy —le dije, girándome hacia ella.

—Ah. He dormido profundamente —se frotó los ojos y sonreí.

—Yo también y por lo visto Mario y Val han preferido dejarnos descansar por ahora. ¿Cómo te encuentras?

—He tenido días mejores —me sonrió con tristeza.

—Lo sé, cariño. —Me acerqué a ella para darle un beso en la mejilla—. ¿Te ha devuelto la llamada Jaime?

—No lo sé.

Cogió su móvil del bolsillo de su chaqueta y lo desbloqueó, para comprobar que no tenía nada de él. Ni llamada ni mensaje.

—No es raro, en el trabajo no para y solo mira el teléfono muy de vez en cuando.

—Está bien. ¿Salimos?

—Sí.

El lugar en el que estábamos era en medio de la nada, rodeadas por un paisaje árido que en ciertas partes se mezclaba con algo de vegetación.

—¿Estar aquí no te da la sensación de que en cualquier momento aparecerán un grupo de personas sobre sus caballos, al galope, para secuestrarnos? —me preguntó observando el terreno.

—No —contesté riendo.

—Joder. He visto muchas películas. —Sacudió la cabeza.

—Unas cuantas, sí. —Fruncí los labios.

—¿Dónde narices están? —preguntó caminando hacia delante— Ni siquiera se les oye.

Se paró a unos metros de mí, donde empezó a mirar hacia todos los lados con más atención, colocando las manos en la cintura. Yo fui hasta el otro vehículo, estaba parado a poca distancia. Acerqué la cara a una ventanilla y miré el interior.

—Estamos solas —le dije a Clara.

—Voy a escribirle a los chicos.

Saqué mi móvil para leer la conversación, ya que teníamos un grupo en el que estábamos todos.

Clara: *¿Dónde narices estáis? ¿Podéis venir a por nosotras?*

César: *¡Las bellas durmientes ya se han despertado!*

Marcus: *Mala suerte, amigo. Te has quedado sin tus besos. Ja, ja, ja…*

Clara y yo nos miramos sonriendo.

Val: *Leo y el otro chófer nos ha traído hasta una catara preciosa. Estamos un poco lejos.*

Indi: *¿Por qué no nos habéis despertado?*

Nicola: *Que conste que yo lo he propuesto.*

Sandra: *Tampoco estamos tan lejos y ya vamos hacia vosotras.*

Indi: *¿Y Mario?*

Pregunté por él porque me extrañaba que no hubiera aparecido en la conversación.

Marcus: *Lo estamos esperando, ha tenido una urgencia física que atender.*

Indi: *¿Hemos llegado a nuestro destino? No me cuadra. ¿Dónde están las personas y todo el caos, con nuestras herramientas de trabajo, más todo el despliegue necesario? Aquí solo estamos nosotras.*

Mario: *Porque la parada esta ha sido para que nos enseñen la cascada y un poco la zona. Ya vamos.*

César: *hombre, por fin. Te habrás quedado a gusto, ¿no?*

Mario: *No me toques las narices…*

César: *Ja, ja, ja…*

Me guardé el teléfono en el bolsillo de la chaqueta y me apoyé en el todoterreno.

—Pues nada, por lo visto esta mañana vamos a hacer muy poco —dijo Clara.

—Me fastidia que se nos haga tarde trabajando —suspiré—. Entre que hagamos todo el despliegue, comencemos con las tomas y las repeticiones, y después todo el lio de terminar y el regreso… llegaremos de noche a la ciudad. —Sacudí la cabeza.

—Ya —dijo distraída.

La miré de reojo, pero no quise preguntarle de nuevo cómo se encontraba. A mí no me gustaba que estuvieran tan encima cuando me sucedía algo, y menos si lo consideraba grave e importante para mí.

—¿Tu hermano y tu prima vendrán al final? —me preguntó al cabo de un rato.

—La verdad es que es el primer viaje que no tengo una respuesta. —Me encogí de hombros—. Los dos están muy liados con sus trabajos, por ahora no sé si podrán viajar hasta aquí. Ojalá, porque sé la ilusión que les hace a los

dos, por diferentes motivos —suspiré—. Y Alberto acompañaría a Miriam en esta ocasión.

Clara conocía muy bien mi entorno, así que no hizo falta que le aclarara quién era Alberto. De hecho, tanto ella como el resto del primer equipo, los que estábamos aquí, estaban invitados a la boda de mi prima y Alberto. Todavía no de forma oficial, pero Miriam ya había hablado con ellos para decirles que no podían faltar. Y ellos habían aceptado encantados.

Salíamos en grupo muchas veces, por lo que nos conocíamos bien. Hasta mi hermano que se apuntaba siempre que podía a nuestras salidas y se llevaba genial con Marcus, Sandra y Nicola, pero, sobre todo, con Mario, César, Clara y Val.

—Sería guay reunirnos todos aquí —dijo sonriente.

—Ya te digo —imité su gesto—. Cuando sepa algo seguro ya os lo diré, por el momento toca esperar.

—Bueno, si los días van como hoy, creo que nuestra estancia va a alargarse.

—Joder, pues espero que no. No por estar más tiempo aquí, sino porque el trabajo se haga interminable. —Puse los ojos en blanco.

—Oye, ¿cómo va las fotografías para tu exposición? Hace unas semanas que no te pregunto.

—Genial. —Le hice un guiño—. Estoy contenta y cada vez más nerviosa. Cuando llegue el día estaré histérica —nos reímos.

—Tonterías. Te saldrá genial porque tienes un don para captar todo tipo de imágenes, para hacerlas especiales y únicas.

—Gracias. Me encanta tener amigas como tú —volvimos a reírnos.

—Joder, que estoy hablando en serio. —Bufó con diversión.

—Y yo —sonreí de medio lado.

—Estoy segura de que de aquí te llevarás buenas fotografías.

—Ya tengo unas cuantas, pero necesito valorar si me sirven para la exposición.

—Aún tienes días por delante para encontrar la foto perfecta. —Levantó las cejas, varias veces seguidas.

—Según a qué perfección nos refiramos, ya la he encontrado —carraspeé.

—¿En serio?

—Sí, pero lo que tengo no me sirve de nada.

Solté una carcajada al ver su expresión extrañada. Por suerte la llegada de los demás me libró de dar explicaciones. Esas para otro momento. Después de que nuestros compañeros nos contaran rápido cómo les había ido, volvimos a repartirnos de la misma forma en los todoterrenos.

Esta vez sí, por fin los chóferes pusieron rumbo a nuestro destino final.

Capítulo 10

Liam

Salí de la habitación pasándome la toalla por el pelo. Acababa de salir de la ducha, lo único que me había dado tiempo a ponerme era el pantalón de deporte. Habían picado al timbre y no tenía ni idea de quién podía ser, ya que no esperaba a nadie.

—Cami —dije sonriendo—. Hola, cariño.

—Hola. —Se lanzó a abrazarme y le correspondí—. Buenos días.

—Buenos días —dije apartándome para que entrara—. ¿A qué debo esta buena visita?

—A que regresaba de mi paseo matutino, pasaba cerca de tu casa y me he dicho, ¡qué ahora está Liam, puedes ir a verlo! —rio y sonreí.

—Ya veo. —Bajé la vista a la bolsa que llevaba en una mano—. Y has sido previsora y te has parado antes a comprar unos dulces. —Arqueé una ceja.

—Sí. —Frunció los labios—. Y son todos para ti, Henry no puede verlos. Los únicos dulces que come son los que preparo yo o él mismo.

—¿Café?

—Urgente —sonrió.

—Ya he desayunado, son las diez y media, pero hoy haré un esfuerzo por ti. —Le hice un guiño—. Dame unos minutos, he salido corriendo de la ducha al escuchar el timbre.

—Sí, ve. No vayas a ponerte malo.

Me empujó hacia el pasillo y la dejé en el salón, para regresar a la habitación. Fui directo al baño, donde lancé la toalla al borde de la bañera y me quité el pantalón de deporte, para ponerme el bóxer. Me vestí de nuevo, esta vez con una sudadera en la parte de arriba, a conjunto con el pantalón. Por último, me sequé un poco el pelo con el secador y ya estuve listo, para ir con Cami.

Me la encontré en la cocina, terminando de preparar los cafés. Ya había puesto en varios platos los dulces y había preparado unos minibocadillos.

—Menos mal que te he dicho que ya he desayunado —dije con diversión.

—Tienes que alimentar bien el cuerpazo que tienes —se rio.

—Te aseguro de que no paso hambre.

Cogí los platos y los llevé a la mesa baja del sofá. Era el sitio en el que siempre elegíamos estar cuando teníamos entre manos algo importante, y el comer era una de esas cosas.

Cami vino con una bandeja en la que llevaba las tazas de café, las cucharillas y el azúcar. La colocó al lado de lo demás y se sentó cerca de mí, mirándome sonriente.

—¿Qué? —le pregunté.

—Que aún no me creo que estés aquí. La última que te fuiste, y ya hace meses, me dijiste que tardaría en volver —suspiró.

—La verdad es que este viaje ha sido inesperado, pero satisfactorio, como todo lo que me hace regresar a casa.

En la mía estábamos, como bien había adelantado Cami. Daba igual en el lugar del mundo en el que me encontrara, ni el tiempo que estuviera en él, Tucson siempre sería mi hogar, al igual que esta casa. Aquí me independicé y entre estas paredes había vivido muchas cosas, con mis amigos y solo.

No era la única vivienda que tenía en propiedad, tenía un par más en los países en los que más tiempo estaba trabajando. El rollo de los hoteles estaba muy bien para un tiempo definido y sin que se repitiera constantemente, al menos yo preferí invertir para ir por mi cuenta y sentirme, en cierta manera, como en casa. Porque en realidad lo eran, mis casas, aunque estuviera más o menos habituado a ellas.

Esta casa, en la que estábamos de Tucson, tenía seis habitaciones, entre las que se repartían dormitorios, un despacho, zona de juegos y otra de lectura. El salón y la cocina eran grandes. La casa tenía muchos metros cuadrados, los que fui ampliando con el tiempo. Y aún quería ampliarla más para la idea que tenía en mente.

Disponía de terreno de sobra alrededor de la casa, donde había un jardín grande que rodeaba la vivienda, con todo tipo de comodidades en él y una piscina. El jardín se comunicaba por la casa por varias entradas, pero la principal y la que más utilizaba era la del porche que daba al salón.

—Pues me alegro por lo que sea que te ha traído de vuelta aquí —me dijo Cami.

—Yo también me alegro de tener te conmigo de nuevo. No te imaginas cuánto.

Me incliné hacia ella para darle un beso en la frente y después cogí una de las tazas de café, a la que le eché la cantidad de azúcar que me gustaba.

—¿Y Henry? —le pregunté llevándome la taza a los labios.

Él mismo nos contó que pasaba muchas horas con Cami y que no se había puesto un horario para pasarse por el restaurante. Podía ir a cualquier hora, pero por las mañanas y hasta el mediodía. Por las tardes ya no iba nunca, a no ser que lo llamaran por cualquier problema que no pudieran solucionar sus empleados.

—Está en la casa de su hermana. Anoche lo llamó porque se le había estropeado la cisterna del baño y tenía fundidos varias luces, así que ahí está, arreglándolo todo.

—Tengo que ir a ver a Sophia —mencioné a la hermana de Henry, la cuñada de Cami.

—Si quieres puedo organizar una comida en casa y os veis. Por si estás muy liado para sacar tiempo para ir a verla expresamente.

—Pues no te digo que no. Estaría bien porque ya estamos los tres aquí.

Así era, mi otro amigo llegó el día anterior. Aarón y yo fuimos a recogerlo al aeropuerto.

—Sí, ¡por eso lo había pensado! —se ilusionó.

Bebí un sorbo de café y cogí un minibocadillo, el que me comí en pocos bocados.

—Y no tenías hambre —rio.

—Ese es el problema, que no tengo y como igual. —Negué con la cabeza y nos reímos.

Ella también cogió un minibocadillo y se lo comió, pero más despacio que yo.

—¿Cómo estás? Hasta ahora no hemos estado solos.

Me terminé el café y dejé la taza en la mesa, para girarme un poco hacia ella. Me eché hacia delante y apoyé los brazos en las piernas, sin apartar la mirada de ella.

—El otro día me dolió saber que lo pasasteis mal, sin yo tener ni idea de lo que estaba sucediendo. Sí, ya sé porque lo hicisteis, incluso si Henry no me lo hubiera dicho, igualmente sabría el motivo. Pero enterarme después de meses de que Henry tuvo un amago de infarto y de que tú pasaste por una ansiedad

muy grande… Al menos me hubiese gustado que me llamaras por videollamada, hablar contigo viéndote la cara. —Sacudí la cabeza.

—Lo siento. —Bajó la suya.

—Eh. —Coloqué los dedos en su barbilla y se la empujé hacia arriba, para que no apartar la mirada de la mía—. Lo entiendo, ¿vale? Pero no por ello duele menos. Siempre voy a querer protegerte, Cami. Saber que lo has pasado tan mal, por Henry y por ti, por cómo te encontrabas…

Le acaricié la mejilla, retirándole pequeñas gotas de lágrimas que se le escaparon de los ojos.

—No llores. Sabes que no me gusta verte llorar. No era mi intención.

—Lo sé —susurró, antes de lanzarse hacia mí.

La atrapé entre mis brazos con fuerza y apoyé la barbilla en su cabeza, con los ojos cerrados. Hay momentos y personas con las que no te importaría que el tiempo se detuviera, y Cami y este abrazo protector y de amor eran uno de esos momentos.

—Te he echado tantísimo de menos —susurró contra mi sudadera—. Lo siento, no quise preocuparte cuando nos sucedió todo. Te prometo que no volverá a suceder, que hasta lo más tonto te lo contaré.

—Prometido queda. —Le di un beso en la cabeza.

Ella me lo devolvió en la mejilla, cuando nos separamos.

—¿Cuándo empiezas a trabajar?

—En realidad ya tendría que estar allí, pero para quedarme de brazos cruzados me lo estoy tomando con calma —sonreí de medio lado.

—¿Es necesario que vayas?

—Me gusta estar presente siempre, aunque calculo que hasta mañana no tendré que intervenir. Aarón y Leo se están encargando de que todo funcione

bien, ya me han enviado varios mensajes.

—Tienes suerte de tenerlos contigo.

—Muchas. Soy muy consciente de ello. —Asentí—. Te he preguntado como estabas y no me has respondido.

—Muy bien, de verdad. —Me agarró una mano.

—¿Seguro? ¿No queda rastro de la ansiedad?

—A veces me da un poquito, pero sin motivo. Me sucede cuando pienso en que a Henry pueda pasarle algo malo, yo…

—Se recuperó bien y ha cambiado totalmente su estilo de vida. Ha puesto todo de su parte para él y por ti, Cami.

—Lo sé. Si mejor que lo está haciendo no puede hacerlo —sonrió—. Pero lo quiero mucho y… yo qué sé —suspiró.

—Las cosas malas llegan solas y sin pensar en ellas, no te calientes la cabeza con sin sentidos que no llegarán a suceder nunca, tal y como los imaginas.

—Sí. —Hizo una mueca.

—Piensa en la gran suerte que tienes de que él puede tomarse la vida con calma y pasar tantas horas contigo. El restaurante os va genial, es una fuente de ingresos constante y sin la necesidad de que Henry esté allí todas las horas que está abierto, cada día. Fue un gran acierto que contratarais al responsable que se encarga del restaurante.

—Amelia es genial, así se llama la encargada. Aunque al principio no me gustaba. —Soltó una carcajada.

—¿Y eso? —Elevé una ceja.

—Porque es demasiado guapa y demasiado de todo, y no me gustaba cómo miraba a Henry. —Se encogió de hombros.

—¿Y qué te dijo él cuando se lo contaste? Porque lo hiciste.

—Sí —volvió a reírse—. Me dijo que él solo tenía ojos para mí y que no tenía que preocuparse. ¿Y sabes qué más?

—Mmm… puedo hacerme una idea —sonreí de medio lado.

—Exacto. —Me señaló, haciéndome reír—. ¿Te puedes creer que me dijo que solo por mis celos iba a mantener a Amelia, porque los polvos al llegar a casa eran impresionantes?

Cuando se quedó callada me reí más y al final se unió a mis risas.

—¿Y tienes quejas al respecto? —Arqueé una ceja.

—En absoluto. Por eso hace un tiempo me gusta Amelia —volvimos a reírnos.

—Todo estaba aquí. —Se señaló la cabeza—. Ella en ningún momento me dio que pensar mal —suspiró—. Al contrario, es una chica estupenda y lo mejor de todo es que le ha demostrado a Henry que sabe llevar el restaurante perfectamente. Por eso él puede estar tranquilo, confía en ella. Y yo también.

—Eso está muy bien y es muy importante. Aunque si alguna vez se acerca demasiado a Henry dímelo rápido y vuelo hacia aquí.

—Vale —rio y sonreí.

Estuvimos casi una hora poniéndonos al día en el sofá de mi salón, hasta que Cami decidió que era el momento de dejarme libre, cuando yo en ningún momento me sentí prisionero, todo lo contrario. Así se lo dije y le hizo gracia. Me encantaba verla sonreír y reír, escuchar su risa siempre me había tranquilizado.

—Nos vemos en mi casa el fin de semana. Ahora llamo a Henry para que se lo diga a su hermana, antes de que se vaya de su casa.

—Estupendo. Yo se lo diré a los chicos.

Nos abrazamos como última despedida y cerré la puerta cuando la vi girar al final de la calle. Me fui directo a la habitación, en la que me desnudé y me cambié de ropa. Me puse un vaquero oscuro, un jersey fino de manga larga, la cazadora de cuero y las botas.

Cuando estuve preparado, después de pasar por el baño para arreglarme un poco el pelo y perfumarme, recorrí la casa yendo directo al garaje. Al llegar una gran sonrisa fue formándose en mis labios, mientras caminaba hasta mi moto de gran cilindrada. Me monté sintiendo la sensación jodidamente buena de reencontrarme con ella y cuando la arranqué, la vibración entre las piernas, debajo del cuerpo, me hizo paladear la anticipación.

—Vamos a ponerte en forma —le dije, después del tiempo que llevaba sin utilizarla.

Me puse el casco integral y activé la puerta del garaje, la que se levantó igual de despacio que se cerró cuando salí. Esperé hasta que estuvo encajada y me puse en marcha, para ir a las afueras de la ciudad. Ahí tendría la libertad que necesitaba y quería, para poner al límite a la moto antes de dirigirme al trabajo.

Iba a tomármelo con calma, disfrutando de ir sobre dos ruedas.

Capítulo 11

Indira

—¡Acción! —gritó el director, John.

No era la primera vez que trabajábamos con él. Mi equipo había estado muchas veces a cargo de John, él era uno de nuestros directores preferidos. Sabíamos entendernos de maravilla y nos complementábamos a la perfección, debido al tiempo que hacía que nos conocíamos y a todos los rodajes que llevábamos a nuestras espaldas. El reencuentro había sido igual de bueno y afectuoso que siempre.

A través de mi cámara de grabación seguí la escena que se estaba desarrollando a unos metros por delante de mí, mientras comprobaba todos los ángulos y los detalles. De esa forma continué durante una hora y media en la que hubo varios cortes y vuelta a empezar, hasta que conseguimos finalizar el primer tramo de los que teníamos que dejar grabados hoy.

Mario y Nicola, aparte de trabajar también en las grabaciones, eran los encargados de montar todas las escenas, conforme íbamos dándoles material bueno con el que trabajar. Lo que quería decir que eran los editores que daban vida a las películas que se veían en las grandes pantallas, los que hacían magia para que las secuencias encajaran a la perfección.

El director llegó en otro vehículo diferente al que vinimos mis compañeros y yo, al igual que las demás personas, incluyendo a los que tenían un papel principal y a los secundarios de la película que habíamos dado comienzo hoy. Por el momento el único actor famoso y reconocido era uno, ya que las

escenas que John había programado para este día eran únicamente suyas. Secundarios había bastantes, los que llegaron en varios autocares.

La zona desierta se había convertido en una muy habitada temporalmente, con gente que se movía por todos los lados a lo largo de mucha extensión de tierra. Había varias furgonetas con distintas funciones, pero las más buscadas eran las convertidas en cafeterías, ya que ofrecían una gran variedad de bebidas y comidas.

También había baños portátiles y un par de ambulancias, por si surgía alguna emergencia. En estas se encontraban cuatro sanitarios que estaban muy entretenidos observándolo todo. Y por supuesto, había grandes carpas destinadas al descanso, con todas las comodidades. Después estaban las caravanas asignadas a ser los camarotes y las que utilizaban los maquilladores y los encargados del vestuario, para hacer su trabajo tranquilamente y en la intimidad.

El despliegue era enorme y lo seguiría siendo en cada escenario nuevo, hasta el último día del rodaje. Y todavía faltaban por llegar el resto de mis compañeros que aterrizarían al día siguiente.

La película era basada en el oeste, pero moderna y con un enfoque diferente. John, el director, era el experto en eso y todos estábamos seguros de que sería un gran éxito, como la mayoría de sus trabajos. El lugar en el que estábamos no podía ser más idóneo.

De ahí que nos hubiéramos trasladado hasta aquí, aunque también fue a petición de algunos directivos del rodaje. Los demás estuvimos más que encantados con vivir la experiencia desde Tucson, Arizona. Los lugares más cercanos quedaron descartados rápido.

—Toma.

Miré de reojo hacia Mario y me encontré con su mano y el vaso que sujetaba para mí.

—Gracias —le dije sonriendo, al cogerlo.

Le di un sorbo al refresco con hielo que me supo de maravilla y lo dejé apoyado en un pequeño saliente de la cámara. El vaso tenía tapa, así que nada corría peligro. Yo seguí haciendo unos ajustes en la cámara.

—¿Cómo lo llevas? —me preguntó poniéndose a mi espalda, para mirar lo que hacía.

—Bien, pero hay algo que no me ha gustado y necesito corregirlo.

—Clara me ha dicho lo mismo.

—¿Sí? —giré hacia atrás la cabeza y asintió.

—Y es raro porque nadie ha tocado vuestros equipos, tal y como los dejasteis se empaquetaron para traerlos hasta aquí.

—Pues no lo entiendo porque llevo un rato intentando ajustarla y no lo consigo.

—A ver, déjame.

Me aparté y me coloqué a su lado, mientras él comenzaba a toquetear los botones.

—¿Has probado a apagarla?

—No. Iba a hacerlo lo último, antes estaba descartando todos los posibles fallos.

—Vamos a hacer una cosa. La apagamos y la dejamos descansar, mientras vamos a comer algo. Si pierdes este tiempo la próxima vez que paremos el trabajo será demasiado tarde.

—Ahora no tengo hambre —suspiré.

—Me da igual —se rio.

No me quedó más remedio que coger el vaso de refresco y caminar, más que nada porque Mario me amenazó con tirarme por encima el refresco si no

me cuidaba, y me empujó para separarme de mi zona de trabajo. Nos dirigimos hacia una de las furgonetas en las que vendían comida, pero antes de acercarnos nos desviamos hacia una de las carpas en las que estaban Val, Clara y Nicola.

—¿Y los demás? —preguntó Mario.

—Ni idea —contestó Nicola, encogiéndose de hombros—. A Sandra la han llamado para no sé qué de unos cables y no la he vuelto a ver.

—¿Has podido ajustar tu cámara? —le pregunté a Clara— Mario me ha dicho que has tenido problemas. Yo también.

Ella y Val estaban sentadas en dos pufs tipo pera, de esos que se hundían al sentarte. Nicola tenía para ella sola un sofá de dos plazas.

—No jodas. —Bufó Clara—. Estamos apañadas.

—La de Indi la hemos dejado apagada, para descartar algún bloqueo —le informó Mario.

—Yo también he hecho lo mismo.

—Estupendo. —Le hizo un guiño él—. ¿Comemos?

—Ay, sí. Me muero de hambre —habló Nicola.

Cuando se incorporó del sofá le ofreció la mano a Clara, para que se levantara. Mario hizo lo mismo hacia Val, pero ofreciéndole las dos manos. Ahora cada vez que los veía juntos no podía evitar fijarme en todos los detalles.

—Os acompaño a la furgoneta para comprarme algo de comer, pero os dejaré solos. Llevo varios días sin hablar con mis padres y como no los llame hoy… también quiero hablar con mi hermano y con mi prima, aunque sea por mensajes.

—Dales recuerdos —me pidió Val, sonriente.

—De vuestra parte —los incluí a todos, devolviéndole el gesto.

Fuimos hacia la furgoneta de comida más cercana. Cuando nos tocó el turno yo pedí un sándwich doble vegetal y una botella pequeña de agua. Todavía me quedaba refresco, por lo que continué bebiendo mientras esperaba a que nos lo prepararan todo. Fui una de las primeras afortunadas.

Cuando tuve mi comida y bebida en una bolsa, me despedí de mis amigos para ir a un lugar más apartado.

En la zona en la que estábamos la temperatura variaba de la que hacía en la ciudad de Tucson. Se notaba que estábamos en una parte mucho más árida del desierto y el sol apretaba más. En cuanto llegamos y me bajé del todoterreno dejé dentro la chaqueta acolchada y la otra fina que llevaba puesta. Me quedé con el jersey de punto de cuello de pico y se terminó. Mis amigos hicieron lo mismo.

Hacía tiempo que llevaba el jersey remangado, lo que cambiaría conforme la tarde fuese avanzando. Del calor pasaríamos al fresco y después al frío.

Me paré detrás de una caravana y observé lo que tenía a mi alrededor. No hubiera estado mal comer cómoda en un sofá o cualquier sillón, a cubierto del sol, pero si me quedaba donde todos no podría hablar con tranquilidad con mi familia. No por mis amigos, sino por el ruido en general y las interrupciones por otras personas.

Caminé hacia los autocares, para ver si al otro lado de ellos hacia un poco de sombra. Estaba saliendo de entre dos de ellos cuando tuve que pararme de golpe y poco faltó para irme al suelo. Lo que llevaba en las manos no se me cayó por la fuerza con la que lo apreté, pero el resbalón en la arena, con las piedras que había, sí me lo llevé. Y un gran susto también, por el casi atropello.

Parada muy cerca de mí, no había ni un paso de separación, se quedó una moto grande. Una moto que también había frenado de golpe al encontrarse conmigo de repente.

—Joder. —Bufé, intentando recomponerme—. Lo siento —me disculpé por haber provocado la situación.

Tosí cuando la arena que levantaron las ruedas me vino a la cara. Por ello me giré dándole la espalda, con los ojos cerrados.

—Ibas un poco rápido, ¿no? —continué hablando, cuando pude volverme hacia él— Yo he salido despistada de entre los autocares, pero tú no deberías ir con una moto como esa por esta zona. Hay mucha gente y puedes encontrarte a personas por cualquier parte. En fin… —suspiré—. ¿Qué haces? —Jadeé, dando un paso hacia atrás.

Mi reacción se debió a que el que estaba sobre la moto aceleró haciendo rugir el motor y acortó la distancia entre nosotros, y no solo una vez. Lo hizo de nuevo cuando me vio retroceder.

—¿Tienes algún problema? —lo encaré, cabreada— Porque si lo tienes por espacio para calmarte no es. Lárgate a quemar adrenalina o haz lo que te dé la real gana, pero no vuelvas a… ¡Qué no vuelvas a acelerar de esa forma como si estuvieras amenazándome! —alcé la voz— Asume tu parte de la culpa porque la tenemos al cincuenta por ciento cada uno, así que… pero que quede claro que por mi parte no es, me disculpo de nuevo. Adiós.

Demasiado había hablado ya, mientras que el de la moto no había dicho ni una palabra. No valía la pena esperar a su lado y tampoco quería, la verdad. No me gustó su reacción y menos que no se mostrara. Llevaba un casco integral que mantuvo en todo momento puesto, ni siquiera se subió la visera cuando le hablé.

Pero había memorizado la ropa que llevaba, un vaquero oscuro, un jersey fino de color aguamarina que se veía al llevar la cazadora de cuero abierta y unas botas parecidas a las mías, pero en versión hombre. Esperaba que con esa descripción fuese suficiente si me lo encontraba por el rodaje, porque si había llegado hasta aquí debía ser parte de él.

Seguramente sería algún compañero, ya que éramos tantos que hasta que me sonaran las caras pasaría un tiempo. Cuando estuvimos todos aquí nos reunimos para darnos un saludo general y para escuchar la presentación de John, el director, hacia todos los que no lo conocían.

Me alejé de la moto, sin importarme ya si encontraba una sombra o no. De hecho, no la busqué por los nervios que sentía, pero fuera quien fuera el de la

moto, me dio un gran respiro cuando se fue. Volvió a acelerar y salió disparado, por suerte. Durante unos segundos observé el camino de polvo que dejó, hasta que sacudí la cabeza y continué alejándome de los autocares.

Cuando llegué a los todoterrenos en los que habíamos venido, encontré el sitio perfecto. Había una buena roca en el suelo, grande y redondeada. Se encontraba muy cerca de uno de los todoterrenos, por lo que este le proporcionaba sombra a la mitad. Elegí ese lugar para comer y hablar con mi familia, por lo que me senté y me acomodé todo lo que pude, quedándome de espaldas al vehículo.

Me tomé unos segundos para relajarme, con la cabeza levantada para sentir el sol en la cara. En cuanto me sentí bien puse el vaso de refresco sobre un montoncito de hierba corta que había a mis pies y saqué de la bolsa el sándwich y la botella de agua. Esta última la dejé apoyada en la roca y abrí el envoltorio del sándwich, para darle el primer mordisco, mientras iniciaba una videollamada con mis padres. En España era de noche, pasaban las nueve y media para ser más exacta.

—Hija.

Mi padre apareció sonriente en la pantalla y mi sonrisa se igualó a la suya.

—Papá, ¡qué guapo estás!

—Ja, ja, ja… si estuvieras aquí pensaría que quieres pedirme algo.

—Puedo pedírtelo igualmente, ¿eh? Aunque esté a muchos kilómetros.

—¿Necesitas algo? —me preguntó dejando las bromas a un lado.

—No. Solo hablar con vosotros y veros. Lo siento, llevo varios días sin llamaros, pero es que desde que llegaron mis compañeros voy un poco loca con los horarios de España. Cuando me acuerdo o puedo ya no es posible llamaros porque ahí es muy tarde —suspiré.

—Cariño, no tienes que disculparte. Es lo más normal, tanto que se te pase porque son muchas horas de diferencia, y porque estás muy entretenida. Eso

es muy bueno y para tu madre y para mí una tranquilidad. ¿Ahora dónde estás?

—Hoy hemos empezado a trabajar. Ahora estoy en una pausa —le dije, levantando el sándwich para que lo viera.

—No vas a comer tranquila. —Sacudió la cabeza.

—No pasa nada. Además, igualmente hay mucha gente por aquí. Te sorprendería.

—Martín ¿quién es? —escuché a mi madre alzar la voz.

—La única hija que tienes —le respondió él.

Oí perfectamente el grito que soltó mi madre, por el que mi padre y yo nos reímos.

—Tesoro —me dijo cuando se puso delante de la cámara. Mi padre apareció por encima de su cabeza.

—Hola, mamá.

—Tu hermano nos dijo ayer que no nos preocupáramos, que estabas muy liada.

—Así es. Lo siento.

—Indira, deja de disculparte. No estás desaparecida, nos envías mensajes de texto con los que sabemos que estás bien —me pidió mi padre.

—La culpa es de mamá, que me mira con esos ojos —me reí.

—¿Mía? Anda, soy la última en llegar y la que recibe —se quejó.

—Vamos a colgar ya —comentó mi padre.

—¿Tan pronto? —se sorprendió mi madre.

—Está en su descanso para comer y no somos los únicos con los que quiere hablar —le explicó, acariciándole los brazos.

Me hizo un guiño y le sonreí agradecida.

—Oh, vale —suspiró mi madre—. Cuídate mucho, cariño.

—Lo hago. Recuerdos de todos mis amigos.

—Devuélveselos y diles que cuando regreséis habrá barbacoa el primer fin de semana —dijo mi padre.

—Estarán deseando regresar —me reí—. La próxima videollamada será más larga y sin prisas.

—Aquí estaremos. Te queremos, cariño.

—Y yo a vosotros. Os quiero.

Nos despedimos enviándonos besos. Cuando colgué comí un poco más y llamé a Miriam, para dejar a mi hermano el último. Más que nada porque sería con el que me retrasaría más, seguramente.

Capítulo 12

—Joder, la has pillado buena —le dije a mi prima.

—Ay, Indi, como siga así me quedan días —lloriqueó.

—Eso tengo que decirlo yo, porque al ritmo que llevas de tonterías… —comentó Alberto.

—Tendrías que estar en el sofá y pasar la noche en él. Como lo pilles tan fuerte como yo…

—¿Por qué tengo que irme yo de la cama? Ja, ja, ja…Por si se te ha olvidado tú mañana tienes todo el día para descansar y recuperarte en casa, pero yo me levanto a las seis.

—Porque quieres. Mañana no vayas al gimnasio.

—Me sirve para empezar con fuerza el día y sabes que lo necesito para sacar tensión.

—Jo.

—Además, si me voy al sofá en menos de cinco minutos estás llamándome, diciéndome que tienes frío y que necesitas mimos.

—Pero no quiero contagiarte.

—Cariño, hace ya días que convivo contigo y con el virus. Es uno más de la familia.

—No me hace gracia —dijo, provocando que Alberto se riera.

—¿Desde cuándo estás así? —le pregunté.

—Empezó a encontrarse mal ayer por la tarde —me contestó Alberto y ella me hizo un puchero—. La mitad de sus compañeros de trabajo están igual, como sigan cayendo a ver cómo se las apaña su jefe.

—Espero que no te dure mucho.

—Hay compañeros que llevan una semana de baja. ¡Y yo solo llevo hoy! Me va a dar algo. —Escondió la cara en el pecho de Alberto.

Estaban tumbados en la cama, el móvil debían tenerlo delante, en un trípode, porque los veía perfectamente. Alberto la abrazó y Miriam se acomodó más contra su cuerpo. Sonreí cuando él me hizo un guiño.

—Me sabe mal, pero os voy a dejar. Quiero que me dé tiempo a hablar con mi hermano, antes de volver al trabajo. No queda mucho ya.

—Vale, preciosa. Y termina de comer.

—No tenía mucha hambre y ahora tengo menos —le sonreí.

—Pero te espera un día largo de trabajo.

—Hazle caso —me pidió mi prima.

—Valeee… Cuídate mucho, cariño. Espero que el virus se canse rápido de tu cuerpo y que tú, Alberto, te mantengas bien. Os quiero.

—Gracias, Indi. Nosotros también te queremos —me dijo Miriam.

Me despedí de la misma forma que con mis padres, lanzándoles besos. Me quedé preocupada porque mi prima no tenía buen aspecto, y, aunque Alberto le había quitado importancia con las bromas, él también sabía que debía estar más mal de lo que se quejaba. Alberto la cuidaría estupendamente, esperaba que, como le había dicho, se mantuviera bien y fuerte.

Entré en la conversación con mi hermano e hice la última videollamada del día.

—Jo —dije, antes de darle un mordisquito al sándwich.

Mi hermano no descolgó, de ahí mi desilusión. Cogí el vaso de refresco y me lo terminé, mientras la vista se me perdía en el paisaje. Era increíble la extensión inmensa de tierra árida que nos rodeaba, aunque también destacaba el color verde, por algún árbol o vegetación, ya que había muy poco en comparación con los diferentes tonos marrones que abundaban.

Metí el vaso vacío dentro de la bolsa y abrí la botella de agua, para darle un sorbo. Estaba tragando cuando mi hermano me devolvió la videollamada.

—Adri —dije al descolgar, contenta.

—Hola, cariño —me sonrió—. Acabo de salir de la ducha.

—¿Has llegado muy tarde hoy?

—No te creas, es que no me ha apetecido moverme mucho desde que llegué del trabajo.

—Ah. ¿Cómo estás?

—Yo perfectamente, con la rutina de siempre. Eres tú la que tienes más cosas que contarme, ¿qué tal todo por ahí?

—Hoy es el primer día de trabajo. —Le di la vuelta a la cámara para que viera el paisaje. Su primera reacción fue silbar—. Estoy apurando el tiempo en el descanso de la comida. Ya he llamado a nuestros padres y a Miriam, por cierto, ha cogido un virus fuerte y está fatal.

—Lo sé, he hablado con Alberto esta mañana. Estaba cerca de mi empresa y se ha pasado, hemos ido a tomar un café.

—Ay, a lo mejor también has cogido el virus.

—No me vendrían mal unos días sin salir de casa. —Me hizo un guiño.

—No es para tomárselo a broma. Es muy contagioso, en la empresa de Miriam han caído muchos.

—Relájate. ¿Dónde está el problema? Si lo tengo ya, no puedo hacer nada, y tampoco voy a dejar de ver a las personas que quiero por un puñetero virus. Los aires de ahí te hacen perder la memoria, ¿eh? Ya no te acuerdas de que eres tú la primera en querer ir a ver a quien sea cuando está malo. Y a mí ni me preguntas.

—Estábamos hablando de ti, no le des la vuelta a la conversación —me reí.

—Claro, porque no te interesa —sonrió de medio lado—. ¿Te ha dado tiempo a terminar de comer?

—Me queda un poco, pero no tengo más hambre. Entre que me ha costado empezar y que he ido parando para hablar. —Me encogí de hombros.

—¿Cuánto es un poco para ti en esas tierras?

Levanté el sándwich para que lo viera.

—Es la mitad del sándwich, Indira.

—No me llames por mi nombre completo —me reí.

Siempre hacía lo mismo antes de una pelea o de reprenderme.

—Pues pórtate bien y termínatelo. No me cabrees porque puedo llamar a Mario para que sea tu sombra. ¿O prefieres a César?

—Ah, no, que César me vuelve loca. —Negué con la cabeza, varias veces.

—Pues ya sabes. Empieza a morder. —Arqueó una ceja.

—¿Por qué me haces sentir como una niña pequeña? —Puse los ojos en blanco.

—Porque tú te comportas como una. Ahí tiene que hacer calor, vale que no estamos en verano, pero igualmente la temperatura tiene que variar. Por lo que

espero que estés hidratándote. —Levanté la botella de agua para que apareciera en la pantalla.

»Muy bien, pero también es importante que le eches energía al cuerpo. Vas a estar muchas horas de pie y llegarás tarde a la casa, de noche. Y si fuera solo hoy, pero no has hecho más que empezar. Hazme el favor de comerte el puñetero sándwich porque he dicho en serio lo de Mario, y sabes que no se separará de ti después de que hable con él.

Desde el viaje a la tribu indígena, con los meses que pasamos en ella, mi hermano entabló una relación de amistad muy profunda con Mario y con César. Compartimos muchísimos momentos, algunos muy intensos. Entre los cuatros se creó algo muy especial, lo que da una vivencia como la que pudimos disfrutar y sufrir. Sí, sufrir, porque también pasamos por situaciones complicadas que nos dolieron, por las personas a las que les afectaba y por la impotencia de no poder ayudarlos.

—¿Contento? —dije de mala gana y con la boca llena, después de darle un buen mordisco al sándwich.

—Sí —sonrió de medio lado.

—Hoy me caes fatal. —Puse los ojos en blanco.

—Ya se te pasará. —Frunció los labios.

—Lo mismo tardo más días en llamarte.

—Adelante, a ver si aguantas. —Me hizo un guiño.

—Idiota. —Le saqué la lengua.

—¿Ahora tampoco pareces una niña pequeña?

—¿Así mejor?

Le hice la pregunta con el dedo corazón levantado, muy cerca de la cámara, lo que provocó que soltara una carcajada.

—Mucho mejor, dónde va a parar —carraspeó—. Eres un derroche de madurez.

—Para eso estás tú, que eres un incordio. Como hoy. —Bufé.

—Lo que tú digas, pero no te veo comer.

—La madre que…

—Bla, bla, bla…

Al final no me quedó más remedio que reírme porque cada vez que quería hablar, Adrián se adelantaba, impidiéndomelo. Entre risas, mordiscos y tragar, me terminé el puñetero sándwich, y hasta me bebí toda el agua.

—Tengo que dejarte —le dije, soltando un suspiro.

—No te canses mucho —me pidió y sonreí.

—Gracias, aunque queda lo peor. Y más siendo el primer día. Calculo que nos iremos de aquí entre las ocho o las nueve de la noche, así que cuando llegue a la casa serán más de las diez y media.

—Y no querías comer… —Sacudió la cabeza— Me parece poco el sándwich.

—Estoy perfectamente. Además, sabes cómo va esto. Hacemos pausas de tanto en tanto y si tengo hambre entonces, pues aprovecharé para comer algo rápido.

—De acuerdo. Cuelgo ya, para que puedas relajarte unos minutos.

—Vale. Buenas noches. Te quiero mucho.

—¿Se puede querer a alguien mucho?

—Sí, como yo te quiero a ti. Y nunca será suficiente —le dije y sonrió.

—Entonces yo también te quiero mucho, cariño. Cuídate, te tendré vigilada. —Me hizo un guiño.

—Que seas amigo de mis amigos no mola. —Hice una mueca.

—Mala suerte. —Soltó una carcajada y bufé.

Después de unos cuantos comentarios más de despedida colgamos la videollamada y me puse de pie, para guardarme el móvil en un bolsillo trasero del pantalón.

Cogí una bocanada de aire, dándome el lujo de unos minutos más de descanso. Si le hubiera dicho a mi hermano que me sentía rara desde ayer, lo que no me había sucedido días atrás… no sabía ponerle nombre, por lo que no podía explicarme. Simplemente rara, tal cual.

No había bajado el ritmo de mi día a día, como tampoco les había comentado nada a mis amigos. En realidad, era lo mejor porque no tenía sentido. Si les decía algo me preguntarían qué me pasaba y se preocuparían por mí, mientras que yo no sabría qué responderles. Teniendo en cuenta que ni yo comprendía mis sensaciones, ni sabía a qué se debían ni por dónde saldrían, era muy difícil explicarlas a los demás.

Solté el aire despacio, cerré los ojos unos segundos y me agaché para coger la bolsa, donde metí la botella de agua vacía y el envoltorio del sándwich.

—Vamos, irá bien —me di ánimos.

Me giré hacia el todoterreno, dispuesta a buscar a mis amigos y a volver al trabajo, pero no llegué a moverme porque me quedé rígida, por la sorpresa que me llevé.

A pocos metros de mí se encontraba el motorista de antes. Lo sabía por su ropa, aunque ya no llevaba la cazadora de piel. Pero lo más destacable era que todavía no podía ver su cara, continuaba con el casco puesto, mirando en mi dirección a través del visor bajado.

¿Cuándo había llegado? ¿Cuánto tiempo llevaba ahí parado, escuchándome y observándome? Y no solo a mí, porque si no acababa de llegar había oído a

mis familiares y me había visto comunicarme con ellos. Aunque esto último era insignificante, ya que, en todo momento, yo había hablado con ellos en mi idioma. Igualmente entrecerré los ojos hacia él, preguntándome cómo no me había dado cuenta de su presencia. Fácil, había estado muy concentrada en las videollamadas.

Sin vacilar di varios pasos hacia delante, para ver su reacción, pero él no se movió. Estaba apoyado en el todoterreno de espaldas, con los brazos cruzados y las piernas un poco abiertas. La imagen me resultó familiar, como si la hubiera visto ya, pero descarté el pensamiento tan rápido como me llegó.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, parándome antes de acercarme demasiado.

Ladeé un poco la cabeza, preguntándome qué le pasaba. No entendía qué hacia con el casco puesto. ¿Era una forma de ocultarse? Tonterías, ¿de qué iba a ocultarse?

—Si quieres un sabio consejo, quítate el casco porque te asfixiarás con él. —Me señalé la cabeza, por si no escuchaba bien o yo qué sabía—. ¿Entiendes el idioma de aquí? —me dio por preguntar, al caer en ello.

Lo mismo ahí estaba el problema, que él había viajado hasta Tucson de vete a saber dónde, por la grabación de la película. Me había dirigido a él en inglés, quizás era por eso por lo que no se inmutaba, porque tenía problemas para comunicarse en ese idioma. Pero igualmente me parecía raro, porque qué mínimo que me hubiera hecho algún gesto, de cualquier tipo.

En esta zona, aparte del inglés que era el idioma oficial, el español era otro de los más hablados. Debido a la ubicación de Tucson había muchos hispanohablantes, lo que me hizo sonreír la primera vez que oí a varios vecinos hablar entre ellos en el supermercado.

—Casco, fuera —repetí de la manera más simple, mientras imitaba con movimientos de las manos lo que tenía que hacer—. Tú mismo. —Me encogí de hombros.

Solté un suspiro y comencé a caminar hacia la derecha, para pasar por delante del todoterreno. Llegué hasta la parte delantera, pero no pasé de ahí.

Me frené de golpe al escuchar la voz del hombre, una amortiguada por el casco que me hizo girarme despacio hacia él.

Su acento al hablar era indiscutible, al igual que con pocas palabras acababa de dejarme claro que dominaba el inglés a la perfección. Lo noté, simplemente lo supe. No necesité escucharlo más.

—Sigues haciendo cosas raras y hablas mucho, antes en otro idioma —me dijo.

Su timbre de voz llamaba la atención, una característica más que añadir porque su apariencia ya destacaba de por sí. Y tenía gracia, porque todavía llevaba el puñetero casco en la cabeza, por lo que no le había visto la cara. Si sus facciones se correspondían con el resto…

—Vaya… —susurré.

—¿Qué?

—Pensaba que eras el hombre sin cara y sin voz —me dio por decir, por los nervios—. Al menos ya no me amenazas con tu motito.

—¿Motito?

—¿Podrías…? —Me señalé la cabeza— Es que me siento rara y es un poco violento. Si hablo con alguien me gusta mirarle a la cara.

—Estás dando por supuesto que yo quiero hablar contigo.

Contuve el aliento y di un paso atrás, por lo brusco que sonó. Me hubiese gustado no mostrar mi reacción, pero no pude controlarla ni evitarla. Separó la espalda del vehículo y se giró hacia mí, apoyando una mano en el techo.

—Eh… —me costó hablar, por lo cortada que me había dejado. Pero me recompuse rápido—. Eres tú el que estás aquí. —Lo señalé—. Te he encontrado detrás de mí, escuchándome y viendo lo que hacía. Lo que por cierto es una falta de respeto a mi intimidad, aunque no me hayas entendido al hablar.

—He entendido perfectamente cada una de tus palabras, y la de todas las personas con las que has hablado. Sí, llevo bastante aquí, más o menos desde que llegaste tú.

Mi jadeo se perdió en el aire. Me quedé más alucinada y paralizada cuando me habló en español.

—¿Quieres que me quite el casco?

A pesar de cómo me había dejado y de cómo me encontraba, asentí.

—¿Estás segura?

Esa pregunta me hizo entrecerrar los ojos y recomponerme un poco.

—¿Qué…? A ver si te piensas que vas a deslumbrarme al dejar al descubierto tu cara. —Bufé.

—Tú lo has querido.

Capítulo 13

Liam

Me saqué el casco despacio, muy lentamente, hasta que me descubrí por completo frente a ella.

Al principio pensé que no se acordaba de mí, ya que no tuvo ninguna reacción. Se quedó mirándome fijamente, pero poco a poco llegó el cambio, al reconocer a quién tenía delante.

Acababa de llevarse la misma sorpresa que yo, cuando me la encontré de repente saliendo de entre dos autocares. A pesar del poco tiempo que la vi con la cámara fotográfica en la ciudad, antes de que apareciera el taxi y huyera en él, la identifiqué al instante. Su cara se me quedó grabada. Tal vez fue por el cabreo que me entró porque estuviera haciéndome fotografías, lo que todavía no sabía a cuento de qué fue.

Sus ojos se agrandaron y sus labios se entreabrieron, mientras daba un paso hacia atrás.

—¿No tenías tantas ganas de que me lo quitara? —le pregunté, con la cabeza un poco ladeada— ¿Ahora huyes? ¿De nuevo? —Elevé las cejas.

Jadeó al escucharme, al dejarle claro que ambos nos habíamos reconocido.

—¿Indi?

Se giró al escuchar en alto su nombre. Al menos yo creía que así se llamaba ya que la chica con la que habló por videollamada también se refirió a ella de esa forma.

—¡Ya voy! —contestó, con indecisión—. Ya… ya nos veremos por aquí —susurró hacia mí, dando otro paso hacia atrás.

Antes de que se alejara más recorrí rápido la distancia que nos separaba y me puse a su lado, cada uno mirando en una dirección. De esa forma la agarré del brazo con firmeza, pero sin ejercer fuerza. Que me acercara tanto y el contacto la hizo contener la respiración y tensarse.

—Lo que es la vida, ¿eh? Un día te encuentras en la calle, tranquilamente, y aparece una mujer que te hace fotografías sin tu permiso, en un espacio abierto. Y cuando quieres pedirle explicaciones y asegurarte de que no guarda nada tuyo en la cámara, se larga con una disculpa que no vale de nada porque es una total desconocida.

»Y fíjate, después sucede esto, otro encuentro. Es curioso. Y tanto que volveremos a vernos, Indi —alargué su nombre al decirlo y se puso más rígida —. Tienes que darme algunas explicaciones y ajustar cuentas conmigo.

Me obligué a soltarla del brazo, porque por algún motivo me costó hacerlo. No me moví, pero ella no esperó ni un segundo más para salir corriendo. Metí la mano libre en el bolsillo del pantalón, con la que no sujetaba el casco, mientras la seguía con la mirada.

El hombre que la había llamado la esperaba al lado de unas caravanas y durante unos largos segundos estuvo observándome a mí, con curiosidad, mientras Indi se acercaba. Cuando ella llegó junto a él se dijeron algo, pero fue muy rápido. Ella lanzó a un cubo la bolsa que llevaba y él le rodeó los hombros con un brazo. De esa manera desaparecieron entre las caravanas.

—¡Aquí estás! Joder, tío. ¡Qué difícil eres de encontrar!

Esas palabras vinieron acompañadas de un empujón, el que me dio mi amigo Leo al subirse sobre mi espalda.

—¿Qué haces? —me preguntó cuando vio que no reaccionaba y tampoco apartaba la vista de las caravanas.

—Nada —le contesté, pensativo—. ¿Cómo ha ido? —me interesé.

—Por ahora todo bien —me respondió.

Se puso a mi lado, pero no me soltó. Me mantuvo sujeto por el cuello.

—¿Has descansado del viaje? —Quise saber.

—Más o menos, esta mañana casi rompo el despertador —se rio y sonreí de medio lado.

—¿Dónde está Aarón?

—Ofreciendo sus servicios —sonrió de medio lado.

—Imagino que profesionales. —Lo miré de reojo.

—Por supuesto. Siempre. —Soltó una carcajada y negué, con diversión.

—Vamos, ya deben haber empezado.

Comencé a caminar para acceder a la zona de rodaje.

—¿Has encontrado mi moto?

—Claro, por eso sabía que habías llegado. He dado contigo después de varias vueltas. ¿Has comido?

—No.

—Joder, pues ya es tarde —dijo como reprimenda.

—Por ahora estoy servido. Cami me ha hecho una visita y hemos desayunado juntos, yo por segunda vez.

—Ah, entonces conociéndola tengo claro que no tienes hambre. —Me dio una palmada en la espalda—. ¿Qué tal la has visto hoy? ¿Has hablado con ella tranquilamente?

Leo ya sabía lo que les pasó a Cami y a Henry, entre Aarón y yo lo pusimos al día cuando lo recogimos del aeropuerto.

—Está bien y sí, hemos hablado con calma. Ya está todo dicho y aclarado —le comenté.

El día que nos fuimos del restaurante para la casa de Henry y Cami, en el reencuentro con nuestros amigos, yo no quise profundizar en el tema. Tampoco lo saqué, las conversaciones estuvieron centradas en otras cosas.

—Perfecto. —Asintió—. Oye, ¿y qué haces con el casco? ¿Por qué no lo has dejado en la moto?

—Lo necesitaba para una cosa —dije y sonreí de medio lado—. Cuando me canse de tenerlo encima lo llevo a la moto.

Nos quedamos en silencio porque fue lo que nos recibió cuando accedimos a la zona de grabación. Ya estaban rodando una escena, por lo que nos movimos con mucho cuidado, hasta que nos paramos al lado de unas cajas de madera. Me senté en el filo de una, con los brazos y los tobillos cruzados, mientras observaba cómo los actores actuaban.

Aarón no tardó en encontrarnos. Me saludó apretándome el hombro y se quedó al lado de Leo. Yo me dediqué a recorrer la zona con la vista, o más bien hice una parada visual en cada una de las personas que se escondían detrás de una cámara de grabación. Saber lo de la cámara de fotos, ver a Indira con una, me llevó a buscarla por esa zona de trabajo.

Y no me equivoqué en mi suposición. La encontré concentrada, haciendo su trabajo y muy atenta en conseguir que por su parte todo saliera a la primera. Tuvieron que parar cuando John, el director, les pidió que lo hicieran. Se acercó a hablar con los actores, dando un descanso general al resto.

En ningún momento aparté la vista de esa mujer. Vi cómo se llevaba una mano a la nuca y movía la cabeza hacia los lados, buscando destensar el cuello. Centrándome en su apariencia noté que se la veía cansada. El hombre con el que se fue cuando estaba conmigo apareció por su espalda y se inclinó para susurrarle algo al oído. Lo que fuese la hizo sonreír, al mismo tiempo que

giraba la cabeza hacia atrás, hacia él. Ella asintió y él se fue a su puesto de trabajo.

Fue entonces, con el nuevo giro de la cabeza de ella, para volver a mirar hacia delante, a la cámara, cuando se cruzó conmigo en el recorrido. Entreabrió los labios por la sorpresa, de nuevo, pero se recompuso rápido. John avisó de que volvían a comenzar y el plató improvisado se quedó en completo silencio de nuevo.

—¿Te irás antes del final de la jornada? —me preguntó Aarón, susurrando.

—Es lo que tenía pensado, pero me parece que estoy cambiando de opinión. Puede que me quede hasta última hora —le confirmé, hablándole en el mismo tono.

—Si te aburres en algún momento aquí tienes la oportunidad de hacer rugir a tu chica —me dijo Leo, apoyándose a mi lado en la caja.

—Ya ha rugido en condiciones en el trayecto —les confirmé, con una media sonrisa.

—Voy a tener que comprarme un juguetito yo también. —Sacudió la cabeza Leo—. Uno pierde la cabeza por su deportivo y el otro por su moto, a mí no me queda nada.

—No te gusta la velocidad —le dijo Aarón.

—¿Y qué? Cuando he tenido que montarme con vosotros lo he hecho y no me habéis visto quejarme. —Arqueó una ceja—. Que rece en silencio algunas veces es otra cosa. —Apretó los labios para no reírse, igual que hicimos Aarón y yo.

—Hola.

Miré de reojo hacia la persona que casi me había susurrado el saludo al oído.

—Vaya, Olivia, ya estaba preocupándome por ti —le dijo Leo.

—¿Y eso, guapo?

—Porque es muy raro que no hayas venido a nosotros en cuanto hemos llegado. Normalmente tienes un radar que nos detecta —le contestó Aarón.

—Querido amigo, especifica. A ti y a mí se nos acerca porque estamos con nuestro amigo Liam —continuó Leo, sin apartar la mirada del rodaje.

La mía, mi atención, estaba puesta en la mujer que trabajaba detrás de la cámara de grabación que me interesaba, la misma a la que se le iban los ojos de la pantalla para mirar en mi dirección. Lo hacía muy disimuladamente, pero hasta desde donde me encontraba podía ver el movimiento de sus ojos. Incluso los que quería disimular.

Sonreí de medio lado y Olivia pensó que era por su aparición y saludo.

—No les hagas caso a estos dos. Son unos celosos —me dijo ella.

Colocó una mano en mi brazo y se acercó más a mí, por la espalda. Debía de haberse subido a la caja de madera, porque no había otra explicación para su proximidad. No me molesté en girarme para comprobarlo, continué observando, con diversión, como Indi hacía ver que no me prestaba atención.

No supe porque, pero me gustó que no pudiera concentrarse en mi presencia. Lo que tenía que averiguar era si esa reacción se debía a que temía que volviera a acercarme a ella para mi ajuste de cuentas, como le había dicho por lo de las fotografías, o por algo más. Estaba por ver.

Lo que me tenía sorprendido era la calma que yo sentía, después de la rabia que me entró cuando la encontré haciéndome fotos. Lo daba por hecho, porque ¿qué sentido tenía enfocarme con una cámara si no la utilizaba?

El tema era que, hasta hacía poco, en las ocasiones en las que me planteé la posibilidad de encontrarme de frente con la misma mujer, tenía claro que no iba a ser suave con ella. Pero sorprendentemente había llegado el momento y me había hecho actuar de una forma totalmente distinta a la esperada. Y para más sorpresa mía, mi cabreo se había evaporado, en cierta forma.

Sin conocerla se me pasaron por la cabeza todo tipo de pensamientos sobre ella, pero al escucharla hablar con sus familiares fue como si mi mente se despejara, al darme cuenta de algunas cosas. Sabía reconocer perfectamente a las personas interesadas que buscaban conseguir sus propósitos, y podía decir con certeza que Indira no era de esa forma de ser. No entraba en ese grupo.

Tal vez me estaba equivocando, pero mis sensaciones rara vez fallaban. Las que había sentido hacia ella al oírla hablar por teléfono me lo habían dejado claro.

En cuanto estacioné la moto me dirigí hacia la zona donde la había dejado y la encontré sin problema, aunque se movió un poco. Y fui con el casco puesto con una intención clara, para tensar aún más la cuerda entre nosotros y ponerla más nerviosa. Lo hice porque estaba enfadado, aunque también desconcertado de haberme encontrado de nuevo con ella, de frente y aquí. Ese desconcierto se convirtió enseguida en interés.

Ahora, a pesar de que continuaba sin conocerla, había comenzado a formarme una idea en la cabeza de cómo era esa mujer. Todo gracias a cómo la había visto interactuar en las llamadas, a sus formas de expresarse, al cariño que había transmitido con sus palabras, incluso con el gesto grosero que le hizo a su hermano, levantándole un dedo. Gesto que por cierto le hizo reír a él y a mí sonreír, inexplicablemente.

Y sí, como le había dicho y demostrado a Indi, sabía su idioma. En Tucson había muchas personas que eran hispanohablantes y, aunque había notado algunas pequeñas diferencias en el habla de Indi, en sus expresiones, esas diferencias eran mínimas y entendibles. Yo no tenía problema con ninguna variante del idioma, era lo que tenía viajar tanto, ya que gracias a eso estudié en su día varios idiomas y los dominaba a la perfección.

—Te invito a un café —continuó Olivia, sin darse por enterada.

—Me alegra verte de nuevo, pero rechazo la invitación —le dije.

—¿Y eso? ¿Por qué? —habló extrañada.

—Habla más despacio porque van a echarnos —le sugirió Leo, entre dientes.

—Vale. Lo siento. ¿Liam?

—Ahora mismo estoy muy entretenido. Si no te importa…

No terminé de decir que dejara de molestarme, pero lo captó igualmente. Soltó un pequeño bufido antes de irse, pero me importó nada o menos que eso. Lo máximo que había compartido con Olivia eran algunos instantes de cafés, cada vez que me pillaba. Para de contar. Con Olivia coincidía en varios sitios de mi trabajo, pero nunca me había interesado en ella porque a mí si me agobiabas, me perdías directamente, en cualquier sentido. Así de simple.

Desde la distancia me encontré de nuevo con la mirada de Indi, pero en esta ocasión me observaba fijamente y sin esconderse. Mis labios se curvaron despacio, mientras que ella fruncía el ceño.

Estuvieron trabajando más de dos horas y cuando por fin John, el director, anunció un nuevo descanso, el último del día, me incorporé de la caja de madera, notando el trasero adormecido. Durante todo el tiempo que había pasado no me había movido, todavía tenía el casco a mi lado. Ante la orden de John todos comenzaron a separarse para ir seguramente a las carpas de descanso y a las cafeterías.

—Ven —me dijo Leo—. Vamos a presentarte a una parte del equipo, a los que hemos traído hasta aquí Aarón y yo.

—A ver si los encontramos juntos —comentó Aarón.

—Por mí no lo hagáis —les dije.

—Oh, créeme, únicamente lo hacemos por ti —rio Leo.

—¿Qué dices? —pregunté con el ceño fruncido.

—Deja el casco aquí —me pidió Aarón, antes de empujarme para que comenzara a caminar.

—Digo que hemos visto las miraditas que has tenido con cierta cámara —carraspeó Leo—. No me mires así, no te has escondido. —Levantó las manos hacia mí.

—Exacto, habéis sido muy evidentes —confirmó Aarón, con una media sonrisa.

—Como si me importara lo que pueda pensar la gente. Nunca lo ha hecho ni lo hará —dejé claro.

—Lo sabemos. —Me dio una palmada en el hombro Aarón—. Pero como es evidente que esa chica te ha gustado…

—No tenéis ni idea. No me ha gustado —le rectifiqué.

—Ajá. Pues como decía, como ha sido evidente, te damos la buena noticia de que la conocemos. Bueno, Leo más que yo.

—¿De qué? —me interesé, haciéndolos sonreír.

—Ella y su grupo de trabajo son los que hemos traído Aarón y yo. Ha venido en mi todoterreno —me confirmó Leo.

—No necesito que…

Intenté quitarles la idea de la cabeza, pero fue demasiado tarde.

—Olvídate de lo que ibas a decir y aprovecha la oportunidad —me susurró Leo, antes de hablar en alto hacia el grupo que estaba a un paso de nosotros.

Mis ojos se quedaron fijos en la parte de atrás de una cabeza en concreto, cabeza que pertenecía a la mujer que un hombre tenía agarrada por la cintura.

Capítulo 14

Indira

—Joder, por fin —suspiró Val.

—Se está haciendo muy largo el día —comentó Mario, antes de sentarse en un sofá.

—Ya solo queda el último esfuerzo —intentó animarnos Sandra.

—¿Os apetece comer algo? —nos preguntó Clara, como ausente.

—A mí, sí —contestó Sandra—. Tengo un vacío preocupante en el estómago —sonrió—. ¿Qué decís, chicos?

—Que somos vuestra salvación.

Todos miramos a Marcus que fue quien habló. Acababa de aparecer con César y Nicola y traían entre los tres varias bandejas en las que había cafés, botellas de agua y algunos dulces, como también bocadillos pequeños de pan blando.

—Joder, ya te digo —rio Val, al ver todo lo que dejaron sobre una caja que improvisaron de mesa.

Val se acercó al sofá en el que estaba Mario y se dejó caer al lado de él. Se preparó a su gusto un café y después de darle varios sorbos y de mordisquear un bocadillo pequeño, se echó hacia atrás para apoyar la espalda en el sofá y la

cabeza en el hombro de Mario. Él no reaccionó de ninguna forma destacable. Sonreí sin mirarlos directamente.

—¿Qué tal, preciosa?

Sin perder la sonrisa miré a César, quien había pasado un brazo por mi cintura.

—Un poco cansada, pero bien.

—Come un poco para coger fuerzas —me pidió, ofreciéndome un café.

—Gracias.

Marcus también se sentó, se colocó al otro lado de Val para comer. Los demás, Sandra, Clara, Nicola, César y yo nos quedamos de pie, por el momento.

—Cuando he hablado con mis padres me han dicho que os dijera que en cuanto regresemos a España hay barbacoa en su casa —les informé.

—Amo a tus padres —dijo Marcus, levantando su vaso de café.

—¿Y quién no? —rio Nicola.

—Pues ya tenemos planazo —comentó César.

—Sí, para el primer fin de semana que estemos allí —les confirmé.

—Hola, chicos.

César me movió, para apartarme con él. De esa forma le dejamos sitio a Leo, pero no solo a él. Llegó con Aarón, el otro chófer del todoterreno en el que fueron mis amigos, y con el hombre de mis fotografías, el de la moto. Observé al último con curiosidad, sin tener que disimular porque acababa de acercarse a nosotros.

—¿Qué tal os lo estáis pasando? —continuó hablando Leo.

Mario reaccionó al ver el guiño que le hizo Leo a Val. Fue sutil, pero mi amigo se interpuse con el cuerpo entre ellos, a pesar de que Val no se movió del sofá ni de su lado.

—Genial —respondió con ironía Marcus.

—En dos horas se terminó el primer día —comentó Nicola.

—Eh, estás muy seria —le dijo Aarón a Clara.

Y no se equivocaba, ella no estaba bien. Hacer el esfuerzo de aparentarlo le iba a costar caro.

—¿No comes? —volvió a dirigirse a ella.

—No me apetece nada.

Con esa contestación nos dio la espalda y se alejó de nosotros. La mayoría se quedaron callados y cortados, las únicas que la comprendimos fuimos Val y yo.

Mario buscó mi mirada y negué con la cabeza.

—Ahora vengo —dijo Aarón—. Creo que se ha molestado por mi culpa, por algún motivo que desconozco.

Tenía el ceño ligeramente fruncido, observando todavía por donde se había ido Clara.

—No te preocupes y no se lo tengas en cuenta —le dije.

—Está rara —comentó Nicola, pensativa.

—Dejadla —habló César—. Joder, no todos los días son buenos.

—Va a hacerlo igualmente. Hasta que no se quede tranquilo no parará.

La voz del hombre de la moto me sorprendió y que se hubiera acercado a mí, también. Se refirió a que su amigo Aarón, este se había ido detrás de Clara.

Di por hecho de que eran amigos, al igual que Leo, porque durante muchas horas habían estado los tres juntos.

—Chicos —llamó nuestra atención Leo.

Durante unos segundos no pude apartar la mirada de la de su amigo.

—Él es Liam —lo presentó a todos—. Es muy amigo de Aarón y mío. Quería presentaros a él porque nos habéis caído muy bien.

Cuando terminó de hablar hizo un guiño en mi dirección y otro hacia Val. Esto último volvió a tensar a Mario. Fue muy sutil.

—¿Estás bien? —le preguntó Val.

—Claro —le contestó Mario.

—¿Necesitas algo? —insistió ella.

Estaban tan cerca el uno del otro, mirándose fijamente. Val tenía una sonrisa en los labios, él estaba serio. Imaginé que, conteniéndose, tanto para no decirle lo que necesitaba, como para no hacerlo en este mismo instante.

—Estoy perfectamente ahora.

Hubiera sonreído por las palabras de Mario, pero la mirada de Liam me tenía nerviosa. Ahora ya sabía cómo se llamaba.

—Encantado —dijo César.

Me soltó de la cintura para ofrecerle la mano a Liam, quien se la agarró. Me di cuenta entonces de que todos mis amigos se habían acercado a Liam, después de la presentación de Leo. Todos menos yo.

—Hola. Es un placer —le dije con amabilidad, ofreciéndole la mano.

Liam aceptó mi gesto y me rodeó la mano con la suya, cubriéndomela entera. El contacto fue extraño, al menos de esa forma lo sentí yo. Solté un

pequeño jadeo por la sorpresa, cuando tiró de mi mano y me fui para delante. Mi pecho se quedó rozando el suyo.

—¿Estás segura de que es un placer? —me susurró al oído, inclinado sobre mí— Yo creo que te gustaría haberme hecho desaparecer hace tiempo, ¿no? Pero déjame decirte algo Indi, no tengo la intención de largarme a ningún lado hasta que no sepa qué has hecho con las fotografías que me hiciste.

Su proximidad, su aliento cálido, su aroma y su voz pausada, pero contundente, más escuchar la manera en la que volvió a pronunciar mi nombre, me hicieron temblar. Por suerte no lo notó, eso quise creer.

Cuando se separó un poco de mí para mirarme a los ojos, tenía una sonrisa de medio lado. Con tan solo un palmo de separación entre los dos, si llegaba, su expresión cambió por completo. La diversión se evaporó para dar paso a la seriedad. No lo comprendí, aunque tampoco me interesaba saber lo que estaba pensando. Más que nada por si no era bueno para mí.

—Encantada —remarqué, susurrando.

Agradecí el poder hablar porque su presencia me acercaba y tan pegado… Me hacía una idea clara de lo que estaban viendo nuestros amigos, pero a Liam pareció no importarle. Ni siquiera les prestó atención ni hizo por separarse más de mí. En cambio, con el ceño frunció, recorrió mi cara con la mirada.

—Come —me dijo de repente y me dejó más descolocada aún.

—¿Qué? —susurré.

—Todavía no has comido. —Señaló con la cabeza hacia las bandejas que estaban sobre una caja, pero no desvió los ojos de mí—. Creo recordar que tu hermano ha tenido que insistirte bastante y no quieres que ocupe su lugar, ¿no?

—¿Qué dices? ¿Quién te crees que…?

—Come —repitió, cortándome.

Solté un bufido y me crucé de brazos, poniéndome de lado. Dejé de tenerlo enfrente, pero continué sintiendo con intensidad su presencia y su atención.

Para mi sorpresa fue él quien cogió de una de las bandejas un bocadillo pequeño y un vaso de café. Aproveché la pequeña tregua para mirar hacia mis amigos. Como ya esperaba todos habían estado muy atentos a Liam y a mí, y como vi en sus caras, estaban preguntándose si lo conocía de antes y qué estaba sucediendo entre nosotros. El único que tenía una sonrisa de oreja a oreja era Leo, quien se había sentado en el brazo del sofá.

Como he dicho, me llevé una sorpresa porque todo lo que cogió Liam era para mí. No me quedó más remedio que coger el bocadillo y el vaso de café, cuando casi me los estampó en el pecho.

—¿Qué…?

—Que comas —repitió, insistente.

Me quedé tan perpleja que no conseguí decir nada. Y para rematarlo César intervino. Mi amigo me echó azúcar en el café, sabiendo la cantidad exacta que me gustaba, la removió con un palito y me hizo un guiño, con expresión divertida. Cuando terminó se lo llevó a la boca para mordisquearlo.

Bajé la mirada a todo lo que sujetaba y después de varios bufidos y palabras susurradas, que no permití que nadie entendiera, le di de mala gana el primer bocado al bocadillo. Debo admitir que tanto el café como la comida me sentó muy bien, lo necesitaba, pero era algo que no iba a decir en alto.

Durante todo el tiempo que estuvimos en la carpa mis amigos estuvieron hablando con Leo de cómo iban las grabaciones. Cada uno intervenía a su tiempo, sin excepción, mientras que Liam y yo estábamos callados, uno al lado del otro. En varias ocasiones miré alrededor, pero no vi a Clara. Tampoco a Aarón, quién no regresó de ir a buscarla. Seguramente no la había encontrado porque cuando mi amiga quería esconderse, era la número uno en conseguirlo.

Clara apareció cuando el rodaje volvió a iniciarse y hasta al cabo de casi tres horas no dimos el día por finalizado. John nos felicitó a todos, antes de

decirnos que nos largáramos ya porque nos quería frescos para el día siguiente.

Mis amigos y yo dejamos protegimos y recogidos nuestros equipos de trabajo, en un camión destinado a ser un almacén. Cuando terminamos nos dirigimos a los todoterrenos, donde ya nos esperaban Aarón y Leo. Estaban hablando entre ellos, junto al todoterreno de Aarón, y este, en cuanto vio a Clara, la siguió con la vista mientras que ella se dirigía directamente al vehículo que él no conducía.

Al fijarme bien en Aarón me pregunté si había pasado algo entre ellos. A saber, porque si al final encontró a Clara, esta podía haberle gritado perfectamente, por lo susceptible que estaba. Ya me enteraría.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté a mi amiga.

—Como una mierda —me contestó hablando muy bajo.

—Ya… No he querido preguntarte hasta ahora. ¿Sabes algo de Jaime?

—Oh, sí. Me escribió sobre el mediodía. —Apretó la mandíbula—. No os lo he dicho porque quedaban muchas horas por delante y no podía venirme abajo.

—Lo entiendo. —Le froté la espalda—. ¿Y?

—Luego te lo cuento bien, pero el resumen es que tiene muchas ganas de verme, que me echa de menos y que está descontando los días para mi regreso. Que me quiere. —Soltó una carcajada fría.

—Tienes que hablar con calma con él.

—Sí. —Bufó.

Se subió al todoterreno y me giré en la puerta, antes de seguirla. Leo se acercaba junto con Val y Mario. Sonreí porque Mario llevaba a Val agarrada de los hombros, lo que era muy normal entre todos nosotros. Nos iba el contacto físico como amigos, aunque claro, yo ya no podía ver los acercamientos de Mario como antes.

Me monté y me senté junto a Clara, para dejar juntos a la parejita, aunque todavía no lo fueran y mi amiga no tuviera ni idea.

Cuando estuvimos todos en el todoterreno y Leo arrancó, notamos que el vehículo se movía en el sitio. No nos dio tiempo a mirar qué lo había provocado, ni a preguntarle a Leo. La puerta del copiloto se abrió y para mi sorpresa, o desgracia, Liam se subió y cerró de un portazo.

—¿Algún arañazo? —le preguntó Leo, con diversión.

—No se les ocurriría. Está bien sujeta —le dijo Liam.

Supuse que estaban hablando de la moto del último y di por hecho que el movimiento del todoterreno se debió a que la subieron a la caja descubierta de atrás.

—Pues nada, rumbo a Tucson —nos dijo Leo—. Con un pasajero más —añadió y se rio.

Liam ni se molestó en mirar a su amigo. Tampoco hacia atrás, a nosotros, lo que agradecí porque tenía los nervios cogidos al estómago. Otra vez.

Capítulo 15

—Te persigue.

—¿Eh? —me giré hacia Clara, después de que me susurrara al oído.

—Val y las chicas me han contado lo que ha pasado en el último descanso, como habéis estado Liam y tú después de que yo me fuera. Disfrútalo, este hombre está tremendo.

—¿Qué dices? —Agrandé los ojos— No es lo que piensas.

—Ya, nunca es lo que se piensa, hasta que sí que lo es —sonrió un poco—. Es obvio que está interesado en ti.

—¿Aarón te ha encontrado? —cambié de tema de golpe, mucho más nerviosa— Se ha pensado que te había molestado y ha ido a buscarte.

—Sí, me ha encontrado —me confirmó, mirando hacia la ventanilla.

—¿Y?

—Y he terminado mandándolo a la mierda por insistente. —Se encogió de hombros—. Ya sabes que hoy no es mi día. No lo será por un tiempo, pero mañana me disculparé con él.

Asentí en silencio y cogí una bocanada de aire. Estaba cansada y como mis amigos, me acomodé en el asiento. Sonreí al mirar de reojo a Val y a Mario, ella había vuelto a apoyar la cabeza en el cuerpo de él y Mario la había

agarrado, girándose un poco hacia ella para tener la cara apoyada en la cabeza de Val.

Pero la sonrisa se me borró cuando miré hacia delante, al encontrarme con los ojos de Liam. Agradecí que fuera él el que cortara el contacto visual, cuando se sentó bien, hacia delante. Solté un suspiro y me recosté en Clara, quien tenía los ojos cerrados.

El trayecto se hizo muchísimo más corto, porque todos nos despertamos cuando Leo nos llamó sentado al volante.

—Hemos llegado —repitió, mientras nos espabilábamos.

—¿Por qué no te quedas con nosotras? —me propuso Clara.

—No, quiero llegar a la casa. Me daré una ducha y cenaré, porque a este paso si me quedo tantas veces con vosotras se me va a echar a perder toda la comida fresca que compré.

—¿No estáis todos juntos?

Mis amigos y yo miramos hacia fuera, a Liam que acababa de hacer la pregunta desde la acera, después de abrir la puerta para que saliéramos.

—Indi es la única que no está en el centro, se queda en una casa que se encuentra bastante apartada de aquí —le contestó Mario.

Mi amigo se bajó y ayudó a Val a hacerlo, porque ella todavía estaba adormecida.

—No hay tanta distancia —comenté, deslizándome por el asiento.

—Casa a la que vas en taxi —dijo Liam.

La palabra taxi entre nosotros tenía un significado diferente, por cómo hui la primera vez que nos vimos.

—Sí —le confirmé.

Cuando fue mi turno para bajar Liam me lo impidió. Ante mi asombro Me agarró de un hombro y me caí en el asiento. En cambio, a Clara la ayudó a salir.

—¿Qué…?

—Lo que mi amigo ha querido decirte tan sutilmente con lo que acaba de hacer, es que te quedas dentro porque vamos a llevarte a tu casa —comentó con diversión Leo—. No vas a irte en taxi a estas horas, es de noche y estás cansada.

—No hace falta, yo… ¡Será idiota! —Jadeé.

Liam me había cerrado la puerta en la cara. Leo soltó una carcajada, mientras que yo me cagaba en su amiguito, literalmente. Mi reacción lo hizo reír más. Todos mis amigos se despidieron de mí desde la acera, sonrientes por la situación. Incluso Clara tenía una bonita sonrisa, solo por eso mereció la pena la escenita y la mala leche que me había entrado.

Levanté la mano hacia ellos, antes de que se despidieran entre sí para ir a sus apartamentos. El día llegaba a su fin.

Mientras observaba cómo las chicas entraban en el edificio y los chicos iban hacia el suyo, Leo me dijo que enseguida nos íbamos, en cuanto Liam regresara de hablar con Aarón.

Le di la dirección de la casa a Leo y me senté recta en el asiento más alejado del copiloto, para mirar por la ventanilla. La verdad era que estaban haciéndome un favor muy grande al llevarme a la casa, con las ganas que tenía de llegar y después de un día duro, en varios sentidos.

Cuando Liam se montó en el todoterreno Leo se puso en marcha, incorporándose a la carretera. A la hora que era no había mucho tráfico y una vez salimos del centro, las calles estaban solitarias, por lo que tardamos poco en llegar.

«Ahora sí que estás perdida», me dije antes de salir del vehículo, parada frente a la entrada de la casa.

Liam ya sabía dónde vivía, por lo que podía localizarme tanto en el trabajo como fuera de él. Eso sin contar que también conocía donde vivían mis amigos, la zona exacta.

«Jodidamente estupendo», me lamenté en mi cabeza, quitándome el cinturón de seguridad.

—Hasta mañana, preciosa —se despidió de mí Leo y lo miré—. ¿Mañana quieres que…?

—No —lo interrumpí para que no terminara—. Estaré con los demás, quedamos bastante antes para desayunar juntos —le dije, para que no viniera a por mí.

—De acuerdo, pero para que lo sepas, si algún día quieres que pase a recogerte solo tienes que avisarme. Será bastante con un mensaje al número que os di por la mañana, precisamente lo hice para estar en contacto.

—Vale. Muchas gracias, Leo —le sonreí y me devolvió la sonrisa—. Hasta mañana.

La puerta trasera que daba a la acera se abrió y dirigí la atención a Liam. No me di cuenta de que se bajó de la parte delantera.

—Buen descanso, Indira —me deseó Leo, guiñándome un ojo.

—Igualmente —le sonreí—. Gracias —me dirigí a Liam, al bajarme.

Iba a despedirme también, hacia él con vergüenza, pero se me adelantó al hablar.

—¿Por qué estás aquí sola y no con tus compañeros y amigos? —me preguntó después de cerrar la puerta.

—Porque tuve la oportunidad y elegí estar apartada de donde hay más ajetreo —le contesté con sinceridad—. Los centros de las ciudades suelen gustarme para visitarlos, nada más.

—Pero estás sola en un lugar lejano y desconocido. —Miró hacia la entrada de la vivienda.

—Me gusta ir a mi aire, aunque desde que llegaron mis compañeros he pasado poco tiempo aquí. —Señalé la casa con la cabeza.

—¿Llegaste sola?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque también tuve la oportunidad y la aproveché. Los demás necesitaron más días para viajar. Y fue un acierto porque pude disfrutar de la ciudad varios días por libre y más tarde con mis amigos. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Acabas de hacérmela. —Arqueó una ceja, apoyándose en el todoterreno.

—Esa no era… da igual —suspiré—. ¿Qué haces en el rodaje? Solo te he visto observar.

—¿Has estado vigilándome? —sonrió de medio lado.

—¿Yo? —me señalé haciéndome la sorprendida— Estaba muy liada como para descentrarme del trabajo. —Negué con la cabeza, varias veces—. Y no sé porque tendría que hacer eso que has dicho.

—No se te da muy bien mentir, pero voy a hacer como que te creo —dijo sin dejar de sonreír.

Noté un calor intenso en la cara, pero me negué a desviar la mirada de la suya.

—Ya descubrirás qué hago en el rodaje. —Se separó del todoterreno—. Vete a descansar, Indi. Se te ve tan cansada que parece que en cualquier momento te caerás agotada.

—Estoy bien —susurré.

—¿Lo dices para que no me vaya? —Dio un paso hacia mí.

—No, lo he dicho porque estoy bien. —Me encogí de hombros—. Adiós, Liam.

—Hasta mañana, Indi.

Con su despedida, en la que me dejó claro que no era un adiós, sino que en pocas horas volveríamos a vernos, le di la espalda y caminé hacia la entrada de la casa.

Liam no se movió hasta que no entré, después escuché desde el salón como el todoterreno se iba. Solté un suspiro y me dirigí a la habitación. Necesitaba darme una ducha con urgencia y fue lo que hice. Me sentó de maravilla y estar con el pijama también.

Fui a la cocina para prepárame algo caliente de cena, porque con todo lo que había comido durante el día me apetecía algo más elaborado y casero. Saqué de la nevera la olla mediana en la que preparé dos días atrás caldo de pescado, con variedades que compré congeladas. El caldo era una comida a la que nunca le decía que no y me sentaba genial. Normalmente lo preparaba de pollo, pero se me antojó y varié.

Llené un cazo con la medida que iba a tomarme y guardé en la nevera el resto. Me quedaba para un día más. Después de encender el fuego volví a la habitación a por el móvil, para escribirles a mis amigas en el grupo que compartíamos.

Indira: *¿Cómo estáis? ¿Cómodas ya? ¿Clara? Yo ya me he duchado y he puesto a calentar la cena.*

Val: *Hola, cariño. Por aquí igual, Nicola, Sandra y yo estamos liadas con la cena. Clara continúa en su habitación.*

Indira: *¿Has hablado con ella?*

Val: *Muy poco, pero sí que les ha contado a las chicas lo que le pasa. Con los chicos hablará mañana. Nicola y Sandra te mandan besos.*

Indira: *Me alegro, porque van a continuar viéndola rara. Besos recibidos y devueltos.*

Clara: *¿Por qué habláis de mí como si no estuviera aquí? Anda que…*

Val: *Precisamente por eso, porque no aparecías. Ja, ja, ja…*

Indira: *Podías estar ocupada o dormida, cualquier de las dos opciones es más que válida hoy. Yo tengo unas ganas de tumbarme en la cama…*

Clara: *Pues ya veis que ni una cosa ni la otra, aunque solo he entrado en la conversación porque me interesa que cuentes lo que ha pasado cuando Leo y Liam te han dejado en la casa.*

Val: *Joder, ¡es verdad! Ja, ja, ja… Liam me ha espabilado de golpe, cuando he visto cómo te ha dejado dentro del todoterreno… Ja, ja, ja… Si Mario no llega a tenerme agarrada por la cintura me hubiera caído de la impresión. Ha sido buenísimo y tu cara… Ja, ja, ja.*

Clara: *Y me adelanto para decirte que puedes negarlo todo lo que quieras, pero al estar cerca de vosotros se notan demasiadas cosas. Eso no miente.*

Val: *Nicola y Sandra dicen que se derriten con ese hombre, que te mira como si quisiera devorarte. Ja, ja, ja…*

Indira: *Ninguna sabéis lo que decís. Ja, ja, ja…*

Solo me reí en el texto, en persona no me salió ni una sonrisa. Estaba demasiado nerviosa. ¿Devorarme? Podía ser, claro que sí, pero un sentido totalmente diferente al que se imaginaban mis amigas.

Clara: *Lo que tú digas. A ver, cuéntanos qué ha pasado cuando te han dejado en la casa.*

Val: *Eso, nos tienes intrigadas.*

Indira: *¿Qué va a pasar? Me han traído, me han dejado y se han ido.*

Clara: *¿Y ya está? ¿Liam no ha hecho una de las suyas?*

Indira: *¿Qué dices? Hablas como si lo conocieras.*

Clara: *Entre lo que he visto yo y lo que me han contado nuestros amigos, tengo más que suficiente para hacerme una buena idea de él.*

Val: *¿No te ha insinuado nada?*

Indira: *No. Por favor, dejadlo ya. De verdad que no pasa nada entre Liam y yo. La tensión que habéis notado no tiene nada que ver con que se sienta atraído por mí.*

Clara: *¿Cómo qué no? ¿Entonces a qué se debe?*

El siguiente mensaje que les envié fue largo. En él les conté cómo conocí a Liam días atrás, también cómo fue y como terminó, conmigo huyendo en un taxi y con él con cara de cabreo, porque una desconocida le había fotografiado. Le pedí a Val que le enseñara el mensaje a Nicola y a Sandra, para ahorrarme más explicaciones, pero me dijo que las tenía al lado y me estaban leyendo.

Me guardé para mí los dos siguientes encuentros de hoy con Liam, los que ellas no presenciaron.

Val: *Joder, nena, lo de ser fotógrafa es peligroso. ¿Eh? No está pagado. Si llega a ser otro…*

Estuvimos hablando durante unos minutos más, en los que apagué el fuego, serví el caldo en un cuenco bastante grande y me senté a la mesa de la cocina.

Me despedí de las chicas hasta el día siguiente, contenta porque, aunque la gran mayoría de los mensajes se centraron en Liam y en mí, eso sirvió para que Clara estuviera animada y en la conversación.

Me comí el caldo en silencio, uno muy bien recibido. No me preparé nada más porque tenía pescado desmenuzado y con eso tuve suficiente.

Cuando me fui a la habitación y después de pasar por el baño, cogí la cámara fotográfica de la mesa y fui hasta la cama. Me subí en ella y la encendí, para ver las últimas fotografías que hice. Pero no iba a engañarme, mi objetivo era la imagen que amplié en la pantalla, la imagen en la que Liam, hasta hoy un hombre desconocido, estaba apoyado en el lateral de un vehículo deportivo, con la cara visible porque miraba hacia mí.

Durante unos segundos o quizás minutos, observé todos los detalles de él en la fotografía. Aún no me creía cómo habíamos terminado conociéndonos y no solo eso, sino que habíamos coincidido en el mismo grupo, por así decirlo.

Apagué la cámara y la dejé en la mesita de noche, para sustituirla por el libro electrónico. Con él en la mano me tumbé poniéndome cómoda debajo del nórdico.

Con toda mi atención puesta en la historia que leía conseguí relajarme y lo hice tanto que, sin darme cuenta, los ojos se me fueron cerrando, dando fin a un día demasiado intenso. Y solo era el comienzo.

Capítulo 16

Sonreí poniéndome de rodillas, al mismo tiempo que levantaba la cámara fotográfica para ver bien en la pantalla la imagen que acababa de capturar.

—Perfecta —dije en alto, muy satisfecha con el resultado.

Había fotografiado a un animal salvaje con sus crías, con una perspectiva increíble, lo que me había llevado a estar inmóvil y tumbada en el suelo durante más de una hora. Hasta que el animal se confió para salir del escondite en el que lo vi entrar.

Y para mi sorpresa no solo estaba él. Pasé las imágenes, contenta porque la mejor la utilizaría en mi exposición, aunque ahora mismo no supiera decidirme por una. La luz de fondo del amanecer aportaba a todas las fotografías una calidez especial.

—Gracias.

Me dirigí a los animales, aunque ya no estaban. En cuanto hice el primer movimiento las crías salieron corriendo detrás del adulto, asustadas.

Dejé que la cámara colgara de mi cuello y me puse de pie, para comenzar a sacudirme la ropa. Estaba rebozada en tierra, pero no me importaba porque desde que llegué a esta parte del desierto no había parado de disfrutar.

Era sábado, día de descanso, y yo había aprovechado para ir por mi cuenta. Al menos hasta el mediodía porque sería cuando Mario vendría a por mí en un taxi. Mi amigo también me acompañó hasta aquí en ese medio de transporte,

para controlar el punto exacto donde lo esperaría cuando fuera la hora de regresar a la ciudad. Igualmente, para más seguridad, le compartí mi ubicación, para que supiera en todo momento dónde me encontraba.

Me había alejado bastante del lugar de recogida, pero no me preocupaba porque tenía controlado el camino. No se me daba mal orientarme.

Me colgué la mochila a la espalda y salté unas rocas, para caminar con calma por el terreno árido. A unos metros de distancia comenzaba a haber vegetación, la que continuaba hasta la falda de una montaña que estaba a unos kilómetros de distancia. ¿Cuántos? Ni idea.

Habían pasado casi tres semanas desde el primer día de trabajo, ese primer día en el que me encontré por sorpresa con Liam. A partir de entonces cada vez que teníamos que estar cerca, entre nosotros se creaba una tensión que todo el mundo notaba, tensión que había ido creciendo con el paso de los días. Y no hablaba de una tensión de la buena. A mí no me lo parecía, mientras que mis amigas se volvían locas por las noches, cuando tenían libertad para hablar sobre lo que pasaba durante los días.

Así fue durante dos semanas y un día, después Liam despareció de repente. El martes de la semana que estaba a punto de terminar ya no lo vi y hasta hoy continuaba igual. No lo echaba de menos, claro que no. Tampoco era que notara su ausencia como algo significativo, para nada. Era simplemente que me extrañaba, la verdad. Aunque el lunes por la tarde, la última vez que nos vimos, no terminó muy bien.

Por otro lado, sus amigos Leo y Aarón continuaban siendo nuestros chóferes. Y otros dos de sus compañeros lo eran del resto de mi equipo que por fin llegó hacía ya casi tres semanas. Ellos también se movían en todoterrenos grandes, casi idénticos a los que conducían Leo y Aarón.

A estas alturas Clara ya había roto con Jaime. El día que sucedió fue duro y los posteriores también. Nuestra amiga se hizo la fuerte de cara a Jaime, pero una vez que se libró de él, se vino abajo del todo. Aún tengo metida en la cabeza la escena, los gritos de ambos en una videollamada, en la que Jaime se pensaba que únicamente estaba Clara. Las demás nos mantuvimos en la cocina del apartamento, escuchándolo todo y a la espera de ir al rescate de nuestra amiga.

Nicola tuvo que hacer unas infusiones calmantes para todas. Sandra se puso a llorar y una vez que empezó, ya no pudo parar. La que se mantuvo firme, para sorpresa de todos, fue Val. Con lo sentimental que era enseguida le afectaban las emociones, pero en este caso estuvo fuerte para ayudar a Clara. Yo también y fue lo que hicimos, en cuanto nuestra amiga colgó la videollamada cagándose en Jaime.

Para que os hagáis una idea, en un principio él negó todo lo que le decía Clara. Así siguió durante un buen rato, hasta que ella tuvo que enseñarle la fotografía que tenía, para callarle la boca. Al final Jaime le confesó de malas maneras que le había sido infiel y después llegaron los reproches, y muchas cosas más que no voy a recordar.

El caso era que todo se terminó y que el padre de Clara se había encargado personalmente de asegurarse de que Jaime se fuera del piso que compartía con Clara. La vivienda era de mi amiga.

Ella estaba en proceso de curación y todos estábamos tan pendientes como nos dejaba. Tampoco queríamos agobiarla. Por suerte cada vez sonreía más y se la veía más animada. Cada pequeño logro era un gran paso directo a la curación completa. Tiempo al tiempo.

Antes de entrar en detalles de lo que me sucedió con Liam el lunes, a final del último día que lo vi y que he comentado que no terminó muy bien, os diré una noticia buenísima para mí. A pesar de que había cosas que no me permitían estar bien del todo, desde que mi hermano me confirmó que venía de viaje junto a su mejor amigo Diego, mi prima y Alberto, estaba ansiosa y entusiasmada porque llegara el día.

Y faltaba muy poco, me habían dado una gran sorpresa y alegría. Incluso tendría aquí a Diego. Todavía me costaba creerlo, cuando lo supe solté un grito y comencé a saltar, haciendo reír a mi hermano. Me alegraba tanto que hubieran podido hacer una pausa en sus trabajos, estaba muy emocionada. Sobre el trabajo de mi hermano, Adrián había hecho lo que no me hubiese esperado nunca.

El tema era que siempre que faltaba era Diego el que se quedaba a cargo de la empresa, o a la inversa. La regla de ellos era la de estar uno u otro a cargo

de los trabajadores, por si surgía algo grave y para llevar el día a día para delante. Regla que nunca se habían saltado, hasta ahora.

Por lo visto cuando mi hermano le contó a su mejor amigo que quería viajar hasta Tucson, Arizona, para estar conmigo porque ya llevábamos demasiado sin vernos, Diego se ilusionó por la posibilidad de poder venir él también. Por lo visto era un viaje que tenía pendiente, no a Tucson en concreto, pero sí a otro lugar parecido.

Y como no, mi hermano no pudo quitarle la ilusión, ni quiso. De ahí que hablara con dos de sus mejores trabajadores para plantearles si se veían capaces de llevar el trabajo para delante, dirigiendo a los demás, solucionando los posibles problemas y cuadrándolo todo.

Los chicos le dijeron a mi hermano que no se preocupara, que lo tendrían todo bajo control en su ausencia y que cuando regresaran, él y Diego, se encontrarían con la empresa funcionando igual de bien que siempre. Y así, lo que nunca había pasado, sucedió.

Llegaban al día siguiente, el domingo por la tarde. Todos mis amigos más cercanos estaban deseando verlos, a Diego también lo conocían.

De modo que hoy quería dedicar gran parte del día a estar a solas con mi cámara. Era lo que estaba haciendo, disfrutando del silencio y de ir de un lado para el otro, para obtener los mejores resultados. Me había revolcado por el suelo para conseguir unas perspectivas impresionantes, y no solo una vez. Tenía tierra hasta en el pelo, pero una gran sonrisa decoraba mi cara.

Era exactamente lo que necesitaba porque, sin saber el motivo, me había sentido muy apagada días atrás. Los chicos, Mario, César y Marcus últimamente estaban muy pendientes de nosotras y la mayoría del tiempo nos hacían bromas, para que nos riéramos. Sabían que con lo de Clara los ánimos no estaban muy bien, ya que conocían la verdad de la situación que ella estaba pasando.

Aparte, César, que me conocía tan bien como Mario desde que estuvimos meses en la tribu indígena y por todo lo que compartimos en aquella época y desde entonces, llevaba días diciéndome que yo había perdido el brillo en la mirada y la alegría que me caracterizaba, lo que no tenía nada que ver con

Clara. Mario, que se encontraba a mi lado cuando me lo dijo, pronunció un sí rotundo dándole la razón.

Pero también me dijeron ayer que la noticia de la llegada de mis familiares me había hecho venirme arriba y que se alegraban muchísimo, por lo que esperaban verme como antes, aunque fuera poco a poco. La realidad era que estaban tranquilos porque tenían claro que mi hermano Adrián no se iría de aquí dejándome mal.

Ni yo misma sabía lo que me sucedía, había sensaciones que eran difíciles de explicar, incluso de sentir. Con las emociones era muy complicado lidiar, simplemente los ánimos fallaban y las ganas de todo se iban perdiendo.

Entre mi estado de ánimo y que todavía continuaba sintiéndome rara, como hacía ya tiempo, pues había días que no me apetecía ni mirarme en el espejo. En fin, eran rachas, solo eso, porque sabía que una vez que pasaran vería todo de manera muy diferente. La llegada de mi hermano y de los demás me ayudaría mucho, sobre todo la del primero.

Sonreí al pensar en Adrián. Esta mañana, viniendo hacia aquí con Mario, me escribió para decirme que estaba liado con la maleta. Y lo más importante, que me traía varias sorpresas con las que iba a chuparme los dedos.

Mario le envió algunos mensajes de voz para decirle que se acordara también de él, a lo que mi hermano le respondió que, si quería, le daría cariño durante el tiempo que estuviera aquí. Entre bromas llegamos a esta parte del desierto, donde me despedí de ambos, primero de mi hermano y después de Mario, quien se fue con el taxi.

Capítulo 17

Me paré a observar a mi alrededor, para decidir en qué dirección ir. Al cabo de unos segundos mis pies se movieron solos, mientras pensaba en lo que sucedió el lunes por la tarde, la última vez que vi a Liam. Me daba rabia no poder quitármelo de la cabeza, se me había quedado en la memoria con una nitidez impresionante.

Estábamos grabando la última escena del día, cansados y hasta las narices de todo. Como se había convertido en una rutina, Liam, Leo y Aarón eran espectadores directos. Hasta que eso cambió, para sorpresa de todos los que conocíamos a Liam, todos menos sus amigos, a los que debió advertir antes de lanzarse a hacer lo que hizo.

Si algo tenía claro era que Liam se llevaba muy bien con todas las personas del rodaje, y eso era algo que admiraba y que me gustaba muchísimo. No distinguía entre actores y trabajadores fuera de cámara, no hacía diferencias entre los que tenían el puesto más importante y los que tenían el más bajo. Por decirlo de alguna manera porque para mí todos tenían la misma relevancia, ya que los trabajadores que vendían la comida y las bebidas eran muy esenciales para el buen funcionamiento de todo. Este es un ejemplo, podía continuar con muchos más.

El caso era que ese lunes vi a Liam y a John hablar en varias ocasiones y el director se mostró bastante entusiasmado con lo que fuera. ¿Y qué fue? Para mi sorpresa que Liam formara parte de una escena y no de una cualquiera, no.

En aquel momento…

—¿Qué hace? —me dije con asombro, al ver a Liam avanzar hacia la protagonista.

Se acercó a ella y esperó a que las maquilladoras terminaran de retocarle el maquillaje.

—Atención, chicos —dijo John—. No os he comentado nada, pero no me he quedado muy conforme con la escena que hemos grabado a primera hora de la tarde —esperó a que se lo confirmáramos y continuó.

»Pues vamos a repetirla hasta que salga perfecta, pero en esta ocasión con otro personaje diferente. Liam será el encargado de sustituir al anterior. No te preocupes, Richard, esto solo es una excepción porque el guion lo permite. Sigo contando contigo —le gritó al hombre que grabó la misma escena con anterioridad.

—Tranquilo, John. ¡Sé que no puedes vivir sin mí! —le contestó de vuelta Richard, haciendo reír a todos, incluso a John.

—Empecemos —dio la orden John y el silencio nos envolvió.

—Mierda —susurré.

Dirigí la cámara hacia la pareja, porque eso era lo que iban a interpretar. Para ser más exacta un puñetero beso de película, nunca mejor dicho. Y no supe por qué, pero las manos comenzaron a temblarme.

Tuve que frotarme las palmas en el pantalón, para volver a sujetar bien la cámara y seguir con la grabación. Pero que antes del comienzo Liam me mirara fijamente, por lo que se me antojó una eternidad, me puso peor. Estaba muy serio, pero su seriedad se transformó en cuanto John volvió a hablar.

De reojo pude ver a sus amigos, a Leo y a Aarón, muy atentos a lo que estaba sucediendo. Ellos tampoco sonreían.

—¡Acción! —gritó John.

Y lo que sucedió a continuación se me quedó grabado en la memoria. La escena del beso intenso y profundo tuvo que repetirse varias veces, para mi pesar y malestar. Una escena que vi en primer plano, aumentado, gracias a mi

queridísima cámara de grabación. Y más yo, que era la encargada de capturar los planos cortos, los más cercanos en los que salían todos los detalles. Maravilloso, lo sabía.

Cuando John se quedó conforme, lo que gritó abrazando a Liam, dio por finalizado el día de trabajo. Antes de que lo dijera yo ya estaba alejándome de la zona y le había pedido a Mario que, por favor, se encargara de mi equipo de trabajo. Necesité tomar distancia y fue lo que hice. Y no conforme con eso le dije a Leo que, si Liam se montaba en el todoterreno, yo me bajaría e iría en cualquier otro.

Leo me miró con comprensión, pero también con una pizca de diversión disfrazada. Me dijo que no me preocupara, que Liam no vendría con nosotros para regresar a la ciudad. Desde la primera vez que lo hizo lo convirtió en una costumbre, pero no tendría que haberme preocupado por compartir de nuevo un espacio tan reducido con él, porque Liam desapareció en su moto. Siempre llegaba a los rodajes con ella y al irse terminaba cargada en la caja trasera del todoterreno de Leo.

Ese es el resumen de los últimos momentos que vi a Liam, desde entonces ha estado desaparecido.

Era consciente de que mi actitud no fue la correcta, de que yo no tenía ningún derecho a apartar a Liam ni a forzar la situación, para que no se montara en el todoterreno. Aunque esto último era lo de menos, ya que la decisión de irse en su moto fue suya.

Hoy día todavía no sabía qué papel representaba Liam en los rodajes, cuál era su función. De observador pasó a ser actor, lo que me revolvió el estómago y me costó asimilar. Solo esperaba que lo que dijo John fuese verdad, lo de que solo era una excepción porque el guion lo permitía.

En fin, que le dieran a Liam y los malditos besos que se dio con una mujer impresionante, unos besos en los que pude ver hasta sus puñeteras lenguas.

Me paré para quitarme la mochila de la espalda. La dejé en el suelo y me puse de cuclillas, para abrirla y sacar una de las dos botellas de agua que metí frescas. Bebí varios tragos y fue en ese justo instante en el que me fijé en algo

impresionante, a la vez que muy preocupante. Me quedé asombrada y paralizada los primeros segundos, sin poder ni saber reaccionar.

Dejé la botella suspendida en el aire, sin poder apartar la vista de la masa marrón que oscurecía el cielo.

—Qué mierda… —Agrandé los ojos.

Metí la botella en la mochila y cogí la cámara. Con varios movimientos rápidos cambié el objetivo por uno de más largo alcance y cuando lo tuve, enfoqué para disparar hacia el paisaje. Saqué unas fotografías impresionantes, de diferentes zonas de la capa marrón que avanzaba demasiado rápido hacia mí.

—Joder, joder…

Miré a los lados, pero no había ningún lugar en el que protegerme. No conocía la zona e iba a ciegas, exactamente como me quedaría en cuanto la tormenta de arena o de polvo estuviera sobre mí. No tenía ni idea lo que era, pero igualmente tenía una pinta horrible.

Guardé la cámara en la mochila para protegerla y busqué rápido, y muy nerviosa, el móvil. Lo encontré en el fondo y lo saqué. Me levanté casi de un salto y me colgué la mochila a los hombros, mientras veía que me había llegado un mensaje de aviso de una llamada perdida de Mario. Marqué su número.

—Vamos, vamos… —dije sin paciencia.

Comencé a correr sin rumbo fijo, al ver que se me echaba encima lo que fuera que cubría el cielo. Mientras escuchaba los tonos sonar no dejaba de pensar en que no podría respirar ni ver en cuestión de muy poco tiempo. El miedo fue arraigando en mi interior, hasta convertirse en pánico, cuando la luz del sol desapareció sobre mi cabeza.

—¡Mario! —grité en cuanto descolgó.

—¿In…di…ra? In…di…ra, ¿me es…cu…chas?

—Mario, tengo una nube muy grande y fea encima. Bueno no sé lo que es, lo que importa es que no sé dónde ir para protegerme. ¿Mario? ¿Me oyes? ¿Estás ahí? Joderrr… ¡puñetera tecnología! —grité.

Bajé el teléfono para comprobar que la llamada seguía activa, pero había pasado de escuchar muy mal a mi amigo, al silencio.

Colgué porque no me servía de nada gastar batería, ya que podía necesitarla para la linterna. Me paré unos segundos, para analizar la zona. Miré desesperada hacia todos los lados, agobiada y con una angustia impresionante.

Cuando fui consciente de la realidad, de que no tenía ningún lugar al que ir y que tampoco me daría tiempo a alejarme a tiempo para intentar buscar un escondite, me puse de rodillas en el suelo y abrí la mochila de nuevo, sin poder dejar de mirar lo que se me venía encima.

Tragué saliva porque parecía tan espeso… cuando comprobé que el tejido de la chaqueta que tenía doblada dentro de la mochila, la que me quité al poco de llegar, no me serviría para lo que quería hacer, no me quedó más remedio que quitarme la camiseta de tres cuartos que llevaba puesta.

Me quedé en sujetador y empapé bien con agua la camiseta. Cuando la tuve bien mojada, sin gastar el agua del todo, guardé la botella y me puse la camiseta pegada a la cara. La até con fuerza por detrás de la cabeza, protegiéndome lo máximo posible. No era el mejor remedio, ni siquiera sabía si me ayudaría en algo, pero era lo único que tenía.

Me levanté rápido, me colgué la mochila y comencé a correr en la dirección contraria a la nube oscura que avanzaba hacia mi posición.

—Manda narices. ¡Joder! —me lamenté, con la respiración entrecortada.

Si la dirección del viento no cambiaba, podía darme tiempo a llegar a la falda de la montaña. Por suerte había acortado mucha distancia y tuve la esperanza de conseguirlo, para poder buscar y encontrar algún tipo de refugio que me permitiera poder respirar bien.

Con ese objetivo, optimismo e ilusión, me llevé al límite. Mis piernas se movían con una velocidad que jamás volvería a experimentar. Eso lo tenía claro.

—No, no, no… —Jadeé con la voz ahogada, mirando por encima del hombro.

Me llevé una mano a la camiseta mojada, para mantenerla sujeta por debajo de los ojos. Antes de que me fallara la vista me los taparía, pero ¿después qué? ¿Cómo iba a respirar si el aire se convertía en una masa densa de polvo o arena? El pánico estuvo a punto de hacerme frenar y dejarme paralizada, pero me forcé para no entrar en *shock* y continúe avanzando, corriendo desesperada.

Cuando la oscuridad se cernía sobre ti, como un titán, y no tenías escapatoria posible, no había nada más que pudieras hacer que dejarte vencer. Pero asegurándote de no perder el control, para mantener la mente fría y aguantar el máximo tiempo posible.

Y fue lo que no me quedó más remedio que hacer, después de llevar un rato corriendo rodeada de polvo. Se me metió en los ojos, en la boca, en la nariz y en los oídos. Fue asfixiante y me limitó, impidiéndome avanzar para escapar. De poco me sirvió la protección que me puse, no estaba acostumbrada y con mis nervios me encontraba muy en desventaja.

Por si no fuera bastante, tuve una mala caída y me hice daño. En el suelo, tragándome el malestar, cambié de postura moviéndome todo lo rápido que pude. No me quedó otra opción que aguantar el dolor de la rodilla que me había lastimado, para sentarme sobre los talones.

En esa posición me doblé hacia delante y me abracé las piernas, apoyando la cara entre los muslos, mientras también hacía de sujeción para la camiseta mojada. Era la única manera que tenía de protegerme la cabeza, aunque quizás no me sirviera de nada si el polvo se quedaba conmigo o tardaba mucho en desaparecer.

Respirando con mucha dificultad, apretando los párpados y notándolo todo rasposo, el único pensamiento que ocupaba mi mente era el de que no

conseguiría salir de la situación ni de este lugar. Un final a pocas horas de la llegada de mi familia.

Ni siquiera pude llorar, lo que sí hice fue atragantarme y quedarme sin aliento, cuando mi cuerpo se levantó solo y de golpe del suelo. Volé cuando algo me echó hacia atrás con mucha fuerza. Noté el tirón en la mochila y me fui con ella.

—¡Te tengo!

Me pareció escuchar como gritaban esas palabras, al igual que creí reconocer quién me había hablado, pero mi cuerpo no reaccionaba y mi cabeza no asimilaba realmente lo que estaba sucediendo. No podía creerme que alguien más estuviera aquí conmigo, por lo que pensé que mi mente estaba alucinando.

Capítulo 18

Una hora antes…

Liam

—A ver si tenemos suerte y en unas horas se ha terminado —comentó Aarón.

—¿Has avisado a todos de los que tienes el número de teléfono? —me dirigí a Leo.

Era lo que le pedí ya que era el único que tenía los contactos de una gran mayoría. No sabíamos si se habían enterado de las últimas noticias, si habían oído que una tormenta enorme de polvo venía directa hacia aquí. Según los datos que habían proporcionado en las noticias, para que la gente se mantuviera a cubierto, no habíamos tenido una igual desde hacía bastantes años.

Cuando sucedía, la ciudad de Tucson parecía abandonada. Las calles se quedaban abandonadas y al volver a ellas daba la sensación de que nos trasladábamos en medio del desierto. Todo se cubría de capas y capas de marrón.

—Me he encargado de ello —me contestó Leo—. Lo he hecho por grupos, he elegido a una persona al azar de los grupitos que hay y les he enviado el mismo mensaje a todos. Entre ellos terminarán de hacer circular la información.

—Por suerte es fin de semana y nadie ha salido para ir a trabajar —comentó Aarón.

—Sí —dije.

Había salido al porche de mi casa. En él estaba tomándome el café, mientras observaba el cielo. Todavía no se veía nada, pero era cuestión de tiempo que la nube de polvo compacta se nos echara encima y que las corrientes fuertes de aire que la acompañaban trajeran más caos.

Los de mantenimiento iban a tener muchísimo trabajo, una vez que todo terminara.

—¿Has hablado con el grupo de Mario y Marcus? —Quise asegurarme, preguntando directamente.

Desde el inicio de la llamada era lo único y lo primero que necesité saber, pero me había contenido hasta el final.

—Sí. Le he escrito a Mario ahora, mientras hablaba con vosotros —me informó Leo.

—De acuerdo.

—¿Tendría que haber hablado también con Indi?

—No me toques las narices —le advertí.

—Mmm… ¿Le toco otra cosa, Aarón?

—Adelante —le animó el otro, riendo—. Vamos tío, desde la escenita del beso, el que pareció durar una puñetera eternidad, te has apartado por completo. No entiendo porque, cuando es evidente que estás deseando volver a la actividad, pero, sobre todo, a ver a cierta chica.

»Nosotros lo sabemos, lo que me jode es que por lo visto tú estás ciego total. —Bufó—. No comprendo porque tensaste tanto la cuerda entre Indi y tú, cuando necesitabas y querías lo contrario.

—Se llama Indira —mi voz sonó más ronca.

—Sus amigos la llaman Indi y yo me considero uno de ellos —me aclaró, con diversión.

—Y yo —se sumó Leo—. Liam, Aarón tiene razón. Puedo estar de acuerdo contigo en que quisiste ponerte a prueba, en lo que por cierto fracasaste. Te salió fatal porque el primer afectado fuiste tú. En lo que no estoy de acuerdo es en que hayas desaparecido. No te reconocemos.

—Necesitaba pensar y tomar distancia. Esa mujer se me ha metido en la cabeza y…

—Y no vas a sacarla de ahí porque a ti te dé la gana hacerlo —me interrumpió Leo.

—Dejad el tema ya —les pedí, a modo de advertencia.

—Y una mierda, hasta que no nos digas lo que te retiene sabes que no vamos a parar —rio Aarón.

—No es nada, joder. —Me pasé una mano por el pelo.

—Ahí está el problema oculto, que el nada en realidad es muchísimo. —Fue el turno de Leo—. Es tanto que te ha desbordado. Y hablo de la atracción, el interés y el deseo. Tal vez incluso hay algo mayor que ha ido creciendo sin que te dieras cuenta. Vamos, Liam, sabes tan bien como nosotros que tu comportamiento con Indi nunca ha sido normal.

—Puede que al principio estuvieras molesto porque la pillaste sacándote fotografías sin tu permiso, en la calle, y eso influyó en tu estado de ánimo, pero en cuanto la conociste eso dejó de importarte muy rápido —añadió Aarón.

Hacía semanas que les conté cuando fue verdaderamente la primera vez que vi a Indira y cómo se dio la situación, mientras que yo esperaba a que Aarón saliera de su casa, el día que llegamos del aeropuerto.

—Acaba de llegarme la respuesta de Mario —dijo Leo.

—¿Qué vas a hacer hoy? —me preguntó Aarón, mientras nuestro amigo terminaba de responderle a Mario.

—Con la que se nos viene encima ¿a ti qué te parece? Anda que…

—Muy gracioso —se rio—. Me refería a que vas a hacer en tu casa. ¿Quieres que vaya? Podemos pasar la tormenta juntos los tres.

—Yo paso —apareció de nuevo Leo—. Prefiero estar en mi casa durante el tiempo que dure. De esa forma si sucede algo puedo solucionarlo antes de que sea peor. Aunque ahora… jod…

—Estoy de acuerdo. No salgáis —les pedí.

—Mmm… Liam —dijo Leo.

—¿Sí?

—Que lo de no salir no sé si vamos a cumplirlo.

—¿Qué dices?

—Pero si acabas de decir que no quieres moverte de tu casa —rio Aarón.

—Tenemos un problema. Mario acaba de enviarme otro mensaje.

—¿Y qué dice? —le pregunté, con el ceño fruncido.

—Si a mí no me gusta, tú…

—Quieres dejar de dar rodeos y decirlo de una puñetera vez. —Sacudí la cabeza.

—¿Por qué tanto misterio? —preguntó Aarón.

—Joder, no es misterio. —Bufó Leo—. Es que no sé cómo decirlo para que no hagas lo que sé que vas a hacer, pero mierda, es que tenemos que hacerlo porque yo no… no voy a dejarla fuera.

—¿De qué mierda estás hablando, Leo? —Entrecerré los ojos—. ¿A quién no vas a dejar fuera y qué se supone que voy a hacer?

—Tío, ¿es serio? —Quiso saber Aarón.

—Sí —afirmó Leo.

—¿Qué cojones pasa? —volvió a preguntarle Aarón, mientras yo intentaba mantener la jodida calma.

—Es Indi —dijo por fin, lo que yo ya intuía.

Clavé los dedos en la taza que sujetaba y la otra mano que tenía en el bolsillo del pantalón deportivo la cerré en un puño, sin apartar la vista del cielo. Continuaba despejado, pero el tiempo se acortaba.

—Tienes muy pocos segundos para que cuentes de una puñetera vez qué está pasando con Indi, antes de que pierda los nervios —le advertí, con voz fría y cortante—. ¿Por qué has dicho que tenemos un problema? ¿Cuál exactamente?

—En el primer mensaje que le he enviado a Mario le he dicho que se quedaran en las viviendas con todo cerrado porque venía en camino una tormenta de polvo. Le he remarcado que debían estar a cubierto y que no era una broma, lo mismo que he hecho con los demás.

—Eso ya lo sabemos, tío —habló Aarón.

—Mario me ha contestado pidiéndome que le dijera qué era eso de la tormenta de polvo y que implicaba. Se lo he dicho y aquí viene el problema…

—Leo… Joder —me quejé por su silencio.

—Indi está sola en una parte del desierto.

—¿Qué cojones dices? —Se sorprendió Aarón—. ¿Todos están ahí?

—No, solo está Indi.

—No jodas.

—¿Por qué? —pregunté en tensión.

—Porque quería tener la mañana para ella sola, para hacer fotos. Mario la acompañado en tu un taxi y se ha vuelto. La recogerá al mediodía en el mismo lugar —explicó de carrerilla Leo—. Mierda, esperad. Otro mensaje suyo.

Entré en casa, sin separarme el teléfono de la oreja, mientras iba directamente a mi habitación. En ella puse el altavoz para continuar escuchando a mis amigos y cogí las botas de montaña. Me senté en el borde de la cama a ponérmelas, lo que hice muy rápido.

No me molesté en cambiarme, no había tiempo. Me quedé con el pantalón largo deportivo y la sudadera con capucha. Cada vez más impaciente, mientras Aarón me hablaba para calmarme, para que no perdiera del todo los nervios, saqué del vestidor una mochila en la que metí una chaqueta, una toalla y varias prendas de ropa.

—Ya estoy —dijo Leo y corrí hacia el móvil.

—¿Qué? —le pregunté.

—Lo he llamado, está muy nervioso por lo que le he dicho. Me ha comentado que se ha asegurado de que todos sus amigos y compañeros de España ya estén en los apartamentos, con todo cerrado. Me ha pedido el todoterreno para ir a por Indi, ya que el servicio de taxis está pausado hasta que pase el temporal. Como el resto de los transportes.

—Joder. —Bufó Aarón.

—¿Liam? —me llamó Leo, con mucho tacto.

—¿Qué? —grité.

—Vas a ir a por ella, ¿no?

—¿En serio me lo preguntas y dudas de la respuesta? No me jodas.

Fui a la cocina, de donde cogí varias botellas de agua, algunas piezas de fruta y otras variedades, también unas barritas de cereales. Lo metí todo en la mochila, junto con unas cajas de botellas de suero que cogí del botequín del baño. Por último, sin hacer caso de las voces de mis amigos, fui hacia el garaje.

—Voy a por ti y vamos juntos —me propuso Aarón.

—No —me negué en rotundo.

—¿Por qué?

—Céntrate y piensa. Sabes que con tu deportivo no llegaríamos muy lejos, tío —le aclaró Leo—. Porque no os dejaría ir sin mí.

—Joder, yo creo que aguantará —se quejó Aarón—. La camioneta hace mucho tiempo que no la arranco y no me fio de ella, necesito ponerla a punto antes.

—La mía está sin batería —comentó Leo—, pero como no la utilizo porque siempre me muevo con vosotros…

—No quiero escuchar nada más —los interrumpí, cuando empezaron a planear otra forma de ir—. Ninguno de los dos va a acompañarme, os vais a quedar en vuestras casas.

—Joder, Liam. Pero…

—Pero nada.

—¿Vas a ir con la moto de montaña? —me preguntó Leo.

—Sí. La de gran cilindrada tampoco aguantará si me pilla la tormenta y tengo que entrar en ella.

—Mierda. Pues vete ya —me pidió Aarón.

—Estoy en ello —les informé.

Quité de un tirón la protección que cubría la moto de montaña y fui hasta el gran armario en el que tenía de todo. De él cogí la llave de la moto y también dos máscaras completas que cubrían la cara entera, y unas gafas de protección de repuesto. Después de guardarlo todo en la mochila cogí dos casos. Me puse uno y el otro lo colgué del manillar. Mis amigos se mantuvieron en silencio, esperando a que yo volviera a hablar.

—Mantened la calma porque sabéis como irá. No os podré llamaros rápido —les comenté.

—No nos queda otra, las conexiones fallarán —comentó Leo.

—No me gusta que vayas a estar incomunicado —se lamentó Aarón.

—¿Ya no te acuerdas de cuántas de estas hemos vivido los tres? —le pregunté.

—Mierda, claro, y las broncas y los castigos que nos llevábamos. —Bufó —. Pero tú lo has dicho, los tres. Dentro de un rato estarás ahí fuera solo, sin nosotros, tío.

—No seas drama —rio Leo, para destensar el momento.

—Mis cojones drama. —Bufó Aarón.

—Esos también, que no veas como lloras por ellos —continuó riendo Leo.

—Vete a la mierda —le dijo, pero terminó riendo con él.

—Os dejo, chicos —me despedí de ellos.

—Ten cuidado —me pidieron los dos.

—Leo —lo llame viendo como la puerta del garaje se abría despacio.

—¿Sí?

—¿Mario te ha dicho la zona aproximada en la que dejó y tenía que recoger a Indira? Necesito saber si se han desviado del camino principal y los

detalles de los que se acuerde.

—Espera, que hablo con él y te digo todo lo que sepa.

—Date prisa.

Arranqué y salí del garaje, para recorrer despacio el camino asfaltado que llevaba hasta la carretera, mientras que la puerta se cerraba a mi espalda.

Miré al cielo completamente azul y sacudí la cabeza. Quien no entendiera del tema no sabía hasta qué punto se giraría el día.

—Liam, Mario me ha dado algo mucho mejor que una zona aproximada y pequeños detalles. Para quedarse tranquilo le pidió a Indi que le compartiera su ubicación. Continúa viendo su señal, no la ha perdido, pero en cambio la ha llamado y su teléfono está apagado. Me ha dicho que no es posible.

—Lo tiene encendido, pero le funcionará de vez en cuando, hasta que se pierda del todo la conexión, por un tiempo —comentó Aarón.

—Leo, hazme un favor —le pedí.

—Dime.

—Dile a Mario que en cinco minutos esté en la calle, frente a su edificio. Coméntale que voy a por Indi y que necesito su móvil para localizarla.

—Vale. Ahora mismo.

Me despedí de mis amigos y colgué, para acelerar. Las calles ya estaban vacías de personas caminando, los únicos que estaban fuera eran los vecinos que corrían para meter sus vehículos dentro de sus garajes. En poco tiempo todo estaría solitario.

Me dirigí a la calle del centro de la ciudad, donde Leo y Aarón recogían y dejaban a Indira y a sus amigos. El resto de sus compañeros que llegaron de España al día siguiente de comenzar el trabajo, se alojaban en otros apartamentos que se encontraban a varias calles de distancia.

En cuanto llegué vi a Mario esperándome en la acera y fui directo hacia él.

—Liam…

—Tranquilo. —Me subí un poco el casco—. La traerá de vuelta, no va a pasarle nada. Tenéis que estar tranquilos, Mario. ¿Me oyes? —Asintió con gesto preocupado—. Las comunicaciones fallarán hasta que todo se restablezca pasada la tormenta. Es así siempre.

—De acuerdo.

—Cuando encuentre a Indira la llevaré a algún sitio en el que podamos refugiarnos. He crecido aquí y conozco de sobra todos los escondites. Te lo digo porque pueden pasar horas, cada tormenta es una nueva experiencia y si han acertado en prever que la que viene es tan grande, no sé cuándo podremos regresar.

—¿Y en la moto?

—Tiene un límite, y más si cuando esté frente a la tormenta está muy avanzada y tengo que adentrarme mucho para llegar hasta Indira. La moto me llevará hasta ella, pero no puedo forzarla porque si no, podemos quedarnos tirados en cualquier parte, expuestos sin poder protegernos. El polvo es denso y va muy cargado de partículas, se meterá por todos lados y se cargará el motor y todo el sistema si la tengo funcionando durante mucho tiempo.

—Vale. —Se pasó las manos por el pelo.

—¿Estáis todos juntos?

—Sí. Nos hemos trasladado al apartamento de las chicas para no estar separados, estando tan cerca los unos de los otros.

—Estupendo. Si pasa algo, cualquier cosa, intenta ponerte en contacto con Leo.

—Lo haré.

—Me largo.

Me dio su móvil y lo cogí, para colocarlo en la sujeción que tenía en el tablero de la moto. Cuando me aseguré de que estaba bien agarrado le pedí a Mario que volviera al piso y que todos se mantuvieran en él. Fui acelerando poco a poco por las calles, hasta que tuve la libertad para hacerlo al máximo y dejar la ciudad a mi espalda.

En todo momento controlé la señal que era visible en la pantalla del teléfono de Mario, el punto aproximado que marcaba donde se encontraba Indira. En cuanto amplié la imagen supe hacia donde tenía que dirigirme.

Capítulo 19

Había vivido esta situación cientos de veces, desde que era un niño y tenía libertad para salir con mis amigos. Leo, Aarón y yo siempre conseguíamos escabullirnos en días como hoy, en los que las tormentas de polvo eran noticia.

Daba igual cuánto estuvieran pendientes de nosotros nuestros padres, vigilándonos, siempre encontrábamos el momento para desaparecer y encontrarnos los tres. Volvíamos locos a nuestros familiares cada vez que nos aventurábamos con nuestras bicicletas, las que con el tiempo sustituimos por motocicletas. Fueron muchos los castigos cuando nos encontraban y nos llevaban de vuelta cubiertos de marrón, de los pies a la cabeza.

Frené de repente, al ver como la imagen de la pantalla del móvil de Mario cambiaba. En ella apareció el nombre de Indi, en una llamada. Cogí el teléfono y descolgué rápido.

—¡Ma…rio! —escuché su voz, entrecortada.

—¿Indira? —hice una pausa breve— Indira, ¿me escuchas? —insistí, pero sin existo.

Ni siquiera pudo darse cuenta de que no era su amigo quien estaba al otro lado de la línea. Continuó hablando y tuve que hacer un esfuerzo para entender algunas de sus palabras.

—Ma…rio, ten…go u…na nu…be grande y fe…a enci…ma —lo siguiente fue un ruido y después de nuevo su voz—. No sé dón…de ir para proteger…

—¡Indira! —probé suerte cuando dejé de oírla, aunque sabía que no había nada que hacer por el momento.

La llamada se cortó al cabo de unos segundos y aproveché para comprobar bien donde se encontraba. Se había movido, pero seguía teniéndola localizada en la zona por la que estaba. Por suerte la conocía muy bien.

Guardé el móvil de Mario en el bolsillo de la sudadera, porque no faltaba mucho para que me metiera en la tormenta. Me quité el casco y una vez que lo dejé bien sujeto al manillar contrario al que llevaba el otro que sería para Indira, puse la mochila entre mis piernas para coger una de las máscaras integrales. Cuando la tuve puesta, mientras ajustaba las gomas de detrás de la cabeza, me quedé observando unos segundos cómo el azul del cielo iba desapareciendo a gran velocidad por delante de mí.

Me colgué la mochila, mientras sacudía la cabeza y aceleraba al máximo, para ir directo hasta Indira. En cuestión de segundos estuve dentro de la masa densa marrón y encendí el foco de largo alcance, para ver al menos a unos pocos metros por delante de mí.

El polvo impactaba en algunas zonas de mi cuerpo como si fueran pequeños alfileres, por la velocidad del viento que lo arrastraba. No me quedó más remedio que orientarme a ciegas, cuando miré de nuevo la aplicación del móvil de Mario y comenzó a fallar.

Me desvié un poco de la dirección que llevaba, para llegar hasta Indira. Sabía que no estábamos lejos, pero con que estuviéramos separados por unos metros era suficiente para no vernos.

Volví a parar para gritar su nombre, el problema era que con la máscara mi voz quedaba demasiado amortiguada. Sin moverme, giré con la mano el foco, abarcando de izquierda a derecha, para comprobar toda la zona. Y entonces la vi, o más bien vi un bulto sobre la tierra envuelto en una capa marrón de polvo.

Apreté la mandíbula y giré el manillar hacia ella, añadiendo a mis preocupaciones cuánto duraría la moto antes de quedarse clavada por algún fallo. Aparté ese pensamiento y me centré en Indira, para no perder ni un

segundo de más. Cuando estuve a su lado la agarré de la mochila y tiré con fuerza de ella, para levantarla.

—¡Te tengo! —le dije, pero no reaccionó.

Con los párpados cerrados con fuerza y la cara casi toda cubierta por la camiseta que se había quitado, para atársela detrás de la cabeza, se mantuvo inmóvil. No había tiempo, por lo que saqué la otra máscara y se la coloqué rápido, después de destaparle la cara de un tirón. Se la ajusté bien, pero ni siquiera abrió los ojos cuando estuvo protegida.

—Necesito que te subas a la moto. Levanta esta pierna —se la toqué.

—¿Liam? —me llamó, como si no se creyera que estaba con ella.

—Estoy aquí, pero tenemos que ir a otro lugar. Date prisa.

Al mismo tiempo que se lo decía la ayudé a sentarse a mi espalda. Le grité que se agarrara con fuerza y cuando se apretó a mi espalda y cerró las manos en mi sudadera, salí disparado hacia la única zona que teníamos cerca, la única que podía darnos cobijo.

Los minutos se hicieron eternos y cuando llegamos al pie de la montaña, justo donde quería, quité la llave del contacto de la moto y me bajé casi de un salto, llevándome a Indira conmigo.

—No sueltes el asiento —le pedí, colocándole las manos encima.

Lo agarró con fuerza. Todavía tenía los ojos cerrados y parecía costarle respirar, aunque tenía la cara protegida.

—Así, muy bien —volví a hablarle—. A partir de ahora tenemos que ir a pie. Será por poco tiempo, enseguida dejarás de notar el polvo encima. Vamos a adentrarnos en una cueva, el camino es llano. Si varía te aviso.

Asintió y tiré del manillar llevando a la moto y a Indira hacia la entrada de la cueva, controlando que ella me seguía sin problema. No pude ir todo lo rápido que quería, pero estaba más que satisfecho porque la moto nos había

traído hasta aquí. Lo que no sabía era si arrancaría cuando pasase todo, aunque no me preocupaba.

No sería la primera vez, ni la última, que me diera una buena caminata hasta la ciudad.

Fue un alivio dejar de notar el polvo constante y las ráfagas de viento contra el cuerpo. En cuanto nos adentramos unos metros en la cueva, donde ya no se colaba ni una mota de polvo de la tormenta, agarré a Indira de la mano para dejar la moto apoyada en la pared de la roca.

Entonces me di cuenta de que cómo se movía al dar unos pasos. Me quité la máscara con el ceño fruncido, la que lancé junto a la moto. Ver si tenía alguna herida a simple vista era muy difícil, por lo sucia que estaba. Tampoco se le veía el pantalón roto.

Soltó un jadeo cuando la agarré de la cintura. Coloqué las manos sobre su piel y tiré de ella hacia mí.

—¿Te has hecho daño? —le pregunté, muy cerca de su cara.

—Ha sido por una caída. Me duele la rodilla, pero estoy bien —habló con la voz enronquecida.

—¿Seguro? —Quise asegurarme y asintió, confirmándomelo.

Le acaricié la cintura con los pulgares, haciendo círculos.

—¿Por qué no abres los ojos?

De hecho, todavía tenía la máscara puesta.

—Me molestan —susurró y carraspeó—. Y la nariz y la garganta.

—Ven.

Le quité la máscara con cuidado y su mochila, para dejar ambas cosas junto a todo lo demás. Le susurré que la iba a llevar a un sitio más amplio dentro de la cueva y le cogí una mano. Con la otra se agarró a mi sudadera,

pegándose a mí. Al final, para caminar más cómodos, le rodeé los hombros, mientras se dejaba guiar a ciegas.

Me fijé bien en su cojera y descarté que tuviera una lesión importante. Al menos por el momento, estaba por ver como evolucionaría. Igualmente decidí que ya estaba bien de caminar. Me pare para agacharme, para pasarle un brazo por detrás de las piernas y el otro por la espalda. Indira soltó un pequeño grito por la impresión, ya que lo hice todo demasiado rápido y todavía no veía.

De esa forma, cargando con ella, llegamos al final del pasadizo donde se abría un espacio circular. Sonreí al recordar todas las veces que había estado aquí con mis amigos, desde bien pequeños cuando descubrimos la cueva.

Llevé a Indira hasta la zona más plana y la dejé sentada en el suelo. Se quedó con las piernas estiradas y la espalda apoyada en la roca.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté, arrodillado a su lado.

—No lo sé —suspiró—. No me siento bien, pero no sé si es por el miedo que he pasado o por el tiempo que he estado expuesta, sin estar acostumbrada a comer y a respirar arena.

Tenía la voz ronca, muy rasposa, y hablaba muy despacio y con dificultad.

—Polvo. Es una tormenta de polvo. Hay diferencias entre las dos —le aclaré—. No intentes abrir los ojos ahora —le pedí.

Le desabroché la camiseta que tenía enrollada en el cuello, con la que se había tapado la cara, y la dejé caer a un lado. Me quité la mochila de la espalda y saqué de ella la toalla, con la que comencé a darle en el pelo.

Le expulsé el exceso de suciedad mientras le soplaba para que no le cayera más en los ojos, y después seguí limpiándole con cuidado la cara. Me centré en los párpados, en las pestañas y en los orificios de la nariz, para continuar con los oídos. Cuando me quedé conforme bajé por su cuello, hasta los hombros.

Le separé la espalda de la roca y continué quitándole el polvo que tenía encima, aunque para que quedara bien necesitaba una buena ducha.

—Voy a…

—Sí —susurró.

Coloqué la toalla con las dos manos en su clavícula, para descender muy despacio hacia sus pechos. No tendría que haberme excitado dada la situación, pero no pude evitarlo cuando sentí el peso de sus pechos en mis manos. Los acaricié con la toalla por encima del sujetador, demorándome más tiempo de la cuenta. Con cada roce en sus pezones de los labios de Indira salía un pequeño suspiro.

Levanté la mirada hacia su cara. La tenía enfocada hacia arriba, al haber apoyado la cabeza en la pared de roca. Tuve con contenerme para no lanzarme a sus labios entreabiertos. Aparté la vista y me centré en sus pechos, lo que no era mejor. Me obligué a alejar las manos de ellos, para limpiarle la barriga. Cuando la tuve de cintura para arriba más o menos bien, saqué el suero fisiológico.

—No abras los ojos todavía, voy a limpiártelos mejor —le informé.

La agarré de los brazos para girarla y guiarla hacia mí. Cogí la chaqueta de la mochila para colocarla en el suelo y la tumbé bocarriba sobre ella. Le dejé la cabeza apoyada en mi pierna, en la posición perfecta para lo que iba a hacer.

Le eché varias veces una buena cantidad de suero en los párpados y se los sequé con cuidado.

—Ábrelos —le pedí.

—Siguen molestándome.

—Lo sé. Porque están un poco dañados —Le acaricié las mejillas—. Voy a aliviártelos.

La ayudé a abrirlos, levantándole cada párpado con cuidado. Le eché en los ojos suero, todas las veces que necesitó hasta que el líquido arrastró toda la suciedad.

—¿Mejor? —le pregunté después de la cuarta vez, con la que terminé.

—Sí —suspiró mirándome hacia arriba, con los ojos abiertos con normalidad—. Me cuesta parpadear, pero al menos puedo hacerlo.

—Irás notando mejoría. Voy a echarte suero por la nariz, pero no con presión. Es solo para humedecértela y que te suenes.

—Vale.

Le di un paquete de pañuelos que saqué y procedí a echarle suero en la nariz. La primera vez estornudó, lo que también la ayudó a limpiarse. Cuando me dijo que respiraba mejor la hice incorporarse para que se enjuagara la boca.

Se quedó sentada a mi lado, mientras yo sacaba una botella y se la ofrecía. Después de limpiarse la boca unas cuantas veces y escupir, bebió con ganas.

—Quiero ver la rodilla —le dije levantándome.

Me alejé de ella para quitarme la sudadera, la que expulsé, al igual que mi pelo. Cuando me giré dispuesto a ponerme la sudadera de nuevo, me encontré con la mirada de Indira puesta en mí.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? ¿Cómo me has encontrado?

—¿Y la rodilla? —Arqueé las cejas— Quítate el pantalón.

Al mismo tiempo que se lo pedía me daba la vuelta, para darle un poco de privacidad. Estaba en sujetador y había tocado más de la cuenta de su cuerpo, así me la había encontrado y no hubo tiempo para tonterías. Pero otra cosa diferente era que se quedara con tan poca ropa quitándosela delante de mí.

—En mi mochila tienes ropa deportiva mía. El pantalón se ajusta en la cintura, aunque te vaya grande no se te caerá.

Me puse la sudadera y me crucé de brazos, esperando a que se vistiera. Las piernas del pantalón eran anchas, por lo que se podían subir sin problema para verle la rodilla.

—¿Por qué has venido a por mí y cómo? —insistió.

Al hablarme al cabo de unos minutos pensé que había terminado, pero para mi sorpresa, cuando me giré, me la encontré con el pantalón colgando de los brazos y en ropa interior. Si era lo que quería perfecto, no sería yo el que se quejara.

La imagen era perfecta, a pesar de las circunstancias. Sin dudar, caminé despacio hacia ella, sin apartar los ojos de los suyos. Cuando me paré frente a Indira la agarré de la barbilla, para levantarle la cabeza.

—Leo le envió un mensaje de texto a Mario, para avisarlo de la tormenta que se aproximaba. No sabía si os habíais enterado, por lo que le pedí que se lo comunicara a cuantas más personas mejor. Fue entonces cuando Mario se interesó para saber hasta qué punto era importante la tormenta de polvo y cuando lo supo, se preocupó por ti. Le dijo a Leo donde estabas y a qué habías venido hasta aquí. No estabais actualizados con las noticias.

—No. —Negó con la cabeza.

—Cuando has llamado a Mario he sido yo el que he descolgado. Me he traído su teléfono porque tenía tu ubicación en él, aunque en el último momento ha comenzado a fallar. Con la tormenta van y vienen todas las conexiones, y se pierden temporalmente.

—Con razón no escuchaba nada.

—Gracias a todo eso he dado contigo. Tu amigo quería venir él, pero todo en la ciudad se paraliza con estas tormentas, y tampoco iba a permitir que viniera hasta aquí por su cuenta. Yo y mis amigos estamos acostumbrados a esto, sabemos a lo que nos enfrentamos. —Asintió—. Voy a comprobar como tienes la rodilla.

—Vale —susurró—. Pero no hace…

Coloqué un dedo sobre sus labios, sin apartar la mirada de la suya.

—Hace mucha falta, sí.

Le acaricié los labios de forma sutil, antes de apartar la mano y agacharme. Noté como se tensaba conforme descendía, porque estaba demasiado cerca de

su cuerpo casi desnudo.

Capítulo 20

Indira

—Me duele menos —le dije manteniendo el tipo.

Tenía la sensación de que las manos de Liam me abrasaban la piel, por todas las zonas que me tocaban. Llevaba un rato agachado frente a mí y yo estaba únicamente con las bragas, eso tampoco me ayudaba a controlar los nervios. Estaba tan cerca de mi cuerpo…

Quedarme con tan poca ropa había sido decisión mía, sí, pero lo había hecho dejándome llevar por un impulso del que me arrepentí en cuanto Liam se giró hacia mí. Sentí vergüenza por lo que pudiera pensar por mi atrevimiento, aunque no me había quedado desnuda. Estaba la posibilidad de que no me hubiese dado tiempo a ponerme su pantalón de deporte, el que todavía sujetaba con un brazo y tenía pegado al pecho.

Liam me palpaba la rodilla que me dolía, por la parte delantera y posterior, y las zonas de alrededor. Me la hacía doblar, estirar y girar un poco. Llevaba haciéndolo un rato.

—Como me había parecido, no creo que sea nada grave —dijo mientras me agarra con las dos manos del inicio del muslo—. ¿Te duele aquí? —Hizo presión en el mismo punto, con los pulgares.

—Un poco —susurré, haciendo una mueca.

Vio mi reacción perfectamente, ya estaba observándome desde abajo, esperando precisamente algún cambio en mi expresión.

—En casa tengo una pomada muy buena. Te la daré y también una rodillera, para que protejas la rodilla durante unos días. Con eso bastará, a no ser que comience a dolerte más.

Se levantó despacio, hasta que se quedó con toda su altura frente a mí.

—Gracias. Aunque puedo comprar ambas.

—Es una tontería si yo tengo, no son cosas que se utilicen a diario.

—Vale —suspiré—. ¿Ya habrá parado la tormenta?

—¿Tan pronto? No, ha pasado muy poco tiempo. Vístete para que no cojas frío, voy a mirar.

—Claro —susurré.

Tenía razón, la temperatura era baja en el corazón de la montaña, entre tantas paredes de piedra.

Cuando me dio la espalda me apresuré a ponerme su pantalón de deporte y una sudadera suya también, que saqué de su mochila. El pantalón tuve que apretármelo mucho a la cintura y doblarme el bajo varias veces, para no arrastrarlo demasiado. La sudadera también me quedaba enorme, me llegaba hasta la mitad de los muslos, pero esa parte me encantaba que me quedara grande.

Después de calzarme las botas, las que vacíe de tierra cuando me las quité, caminé despacio hacia la entrada de la cueva, hacia donde Liam se había ido. Fui cojeando, pero un poco menos ya que él me había calentado la rodilla y me la notaba un poco más ligera. Igualmente me dolía y molestaba a cada paso que daba, pero era buena señal que se me hubiera aligerado el malestar.

Encontré a Liam parado a unos metros de la entrada. Me daba la espalda mientras miraba hacia fuera, con las piernas ligeramente abiertas y los brazos cruzados. En cuanto escuchó que me acercaba giró la cabeza hacia atrás. Sus

ojos me observaron de arriba abajo, varias veces, hasta que se quedaron a la altura de mi rodilla dolorida.

—¿Qué tal? —me preguntó.

—Mientras que no tenga que salir corriendo ni caminar rápido, lo llevo bien. —Me encogí de hombros, al ponerme a su lado.

—¿Y lo demás? —se interesó.

—Ya me ves. —Extendí los brazos, separándolos del cuerpo.

—Y me gusta lo que veo —dijo recorriéndome de nuevo con la vista.

Un calor intenso me calentó la cara y no pude hacer nada para disimular que me había ruborizado.

—Mucho —añadió, mirándome fijamente a los ojos.

El silencio que se instaló entre los dos me erizó la piel. No quise romperlo porque tenía toda la atención de Liam. Estábamos observándonos tan cerca, con tanta intensidad… Me hacía sentir tanto con tan solo mirarme, sin la necesidad de hacer nada más. Lo que menos necesitaba era alterarme teniéndolo tan cerca, demasiado me estaban delatando mis reacciones. Por su parte no sabía lo que significaba tanta intensidad, por la mía lo tenía clarísimo.

Llevaba demasiados días sin verlo, los mismos días en los que me había dado tiempo a pensar mucho, desde la escenita interminable del beso. Que hubiera venido a buscarme en estas condiciones…

—Muchas gracias, Liam. —Tragué saliva—. Si no hubieras aparecido yo…

—No termines de decirlo —me pidió de repente serio y con un tono de enfado.

Movió la cabeza hacia delante, apartando la vista de mí. Indecisa y desconcertada, porque no entendí el cambio que acababa de dar, hice lo

mismo, con la sensación de que acababa de alejarse de mí marcando las distancias.

A unos metros por delante de nosotros, en la entrada de la cueva, se veía la fuerza que continuaba teniendo la tormenta en el exterior. Ahora podía apreciar la ferocidad de las ráfagas de viento.

—Y tampoco vuelvas a darme las gracias por ayudarte y por preocuparme por ti —habló de nuevo, más cortante aún.

Lo miré de reojo, acababa de conseguir que mi actitud se igualara a la suya.

No quería enfadarme con él, pero me lo estaba pidiendo a gritos. Joder, me había salvado de la tormenta ¿y ahora esto? ¿Por qué se enfadaba de golpe, cuando me había cuidado tanto? Bueno, podía deberse a muchas posibilidades, empezando porque por mi culpa tuvo que irse de donde estuviera, para meterse en este follón.

Lo había sacado de la comodidad de su casa, del lado de la chica con la que lo vi en el supermercado al que fui con Val a por los botes de salsa que necesitaba, cuando nuestros amigos estaban en el restaurante de los tacos. La chica, se me había olvidado completamente ese pequeño gran detalle con respecto a Liam.

Mierda. Me había quedado frente a él en ropa en interior, a propósito, y le permití alegremente que me tocara los pechos, por encima del sujetador. Fue con una toalla, sí, y para ayudarme, claro, pero lo mismo daba todo porque todavía podía sentir sus caricias.

Y para mi bochorno, con mis pequeñas reacciones, le había dejado ver una pequeña parte de lo que me provocaba. Todo había estado en mi cabeza, ahora tenía claro el motivo del comportamiento anterior de Liam. Lo había sacado de contexto por lo que sentía y deseaba, cuando fue normal. Yo hubiese actuado de la misma manera, incluso hacia un desconocido. ¿Quién no prestaría ayuda y atendería a otra persona en las condiciones en las que él me había encontrado? Liam había mirado por mí en una situación bastante límite, me había cuidado para que me recuperara pronto.

¿Y por qué me dolía tanto, cuando debía estar más que agradecida? ¿Cómo había podido interpretarlo todo mal? Y yo sin poder contener mis emociones y sensaciones, y sin poder pensar en nada más. Tontos sentimientos… Me puse más nerviosa y mi enfado aumentó, ya no solo estaba cabreada por su cambio de actitud, por su frialdad y seriedad, sino que le sumé el enfado conmigo misma.

—Si te comportas así no sé qué pensar —le solté, mostrando en mi voz todo lo que llevaba por dentro.

No me moví cuando él lo hizo. Me mantuve mirando hacia la entrada de la cueva, mientras que Liam se giró hacia mí y se quedó observándome fijamente.

—¿Exactamente cómo estoy comportándome? —me preguntó.

Hice un gran esfuerzo para no buscar sus ojos. En esta ocasión su voz sonó más áspera, como ronca, y me provocó un escalofrío.

—Me has pedido que no vuelva a darte las gracias por querer ayudarme y por preocuparte por mí. —Me crucé de brazos—. Pero de mala gana y manera, mosqueado con toda esta situación. Siento mucho las molestias que te he ocasionado, pero ha sido tu decisión venir a por mí. Podrías habértelo ahorrado.

—¿Hubieras preferido quedarte a tu suerte? ¿Es eso? —me preguntó en tensión, con la mandíbula apretada— Porque habrías terminado muy mal, por cómo te he encontrado.

—Ahora mismo me da igual. —Elevé la barbilla, sin atreverme a dirigir los ojos hacia él.

—Ahora mismo… —repitió con la voz ronca.

Me mantuve firme mirando hacia delante, a pesar de que me sentí intimidada cuando dio un paso hacia mí. Acortó la poca distancia que nos separaba.

Mis palabras no había por dónde cogerlas, pero sentía tanta rabia y pena… Contuve la respiración cuando me rozó el brazo con su pecho, al inclinarse hacia mí.

—No tienes ni puñetera idea de lo que estás diciendo.

Me encogí un poco por el nuevo cambio en su voz. Fue a peor.

—Eso es cosa mía —dije con rabia, igualándome a él—. Por tu parte podrías dejar de parecer que estás amargado por tener que estar conmigo. Estabas bien y de repente, bum, actúas como si no soportaras tenerme cerca, como si te hubiera jodido el día con mi presencia —alcé la voz, perdiendo los nervios.

No aguanté más y me giré hacia él, para encararlo cara a cara. Un gran error porque nos quedamos a centímetros del otro.

—Y deja de hacerme sentir mal con tu tonito de voz —volví a hablar, sin perder la fuerza y el ritmo—. Siento haber interrumpido tu paz. —Levanté los brazos—. La mía también se ha ido a la mierda de golpe, ¿sabes? Vine hasta aquí para pasar un día como me gusta, mi cámara y yo solas, sin ningún ruido a mi alrededor.

»Si hubiera sabido lo que venía hacia aquí no me habría movido de mi casa —terminé gritando más—. Me haces sentir mal con tu actitud, como si yo tuviera la culpa, cuando ha sido a mí a la que le ha entrado el polvo y la tierra por todas partes. Joder —Jadeé, casi sin respiración.

—¿Has terminado? —me preguntó con la voz ronca.

—Sí y no. Depende de si me das nuevos motivos para darte en la cara con ellos. —Apreté los puños a los costados.

—¿Adónde te crees que vas?

Solté un pequeño jadeo cuando me agarró de un brazo y tiró de mí hacia atrás. Mi espalda chocó con su pecho cuando tendría que haber continuado caminando. Solo me dio tiempo a dar un par de pasos porque había decidido alejarme de él, lo máximo posible. Quería llegar al interior de la cueva y

esperar en silencio hasta que pudiera salir, pero en este instante notaba en mi cuello la respiración un poco alterada de Liam.

—¿Por qué eres tan jodidamente irritante? —me susurró, provocándome un escalofrío.

—¿Yo? —solté una carcajada.

Con un bufido me empujé hacia delante y di un tirón de mi brazo. Conseguí liberarme de su agarre y de su presencia, y caminé rápido por el pasadizo.

El sonido de unas pisadas que no eran las mías me pusieron el vello de punta. Liam venía detrás de mí, por lo que aceleré el paso todo lo que me permitió el dolor de la rodilla, para apartarme de su camino.

No lo conseguí, a la mitad del pasadizo solté un grito cuando mi cuerpo se desplazó hacia un lateral. Me vi con las manos apoyadas en una de las paredes de la roca y con Liam a mi espalda, aprisionándome con su cuerpo y con sus brazos a cada lado de mi cabeza.

—¿Qué haces? —le pregunté con la voz entrecortada.

—No vuelvas a huir de mí.

Cerré los ojos al notar de nuevo su respiración y la calidez de su cuerpo.

—Si me da la gana lo seguiré haciendo. —Bufé—. Apártate —le exigí, sin sonar muy convincente.

La respuesta de Liam fue arrinconarme más contra la pared de la roca. Tuve que apoyar una mejilla en ella, mientras que a él lo tenía pegado completamente a mi espalda.

—Liam…

—No quieres que me aparte, lo sé, y yo no quiero que vuelvas a alejarme de ti —habló calentándome la mejilla que tenía girada hacia él.

—¿Qué…? No entiendo nada —susurré, mirándolo de reojo.

Contuve la respiración cuando separó una de sus manos de la roca, para colocarla en mi cintura. Hizo un poco de presión, antes de volver a hablar.

—Fuiste tú el que desapareciste de repente —le eché en cara—. Te alejaste tú.

Capítulo 21

Liam

Apreté la mandíbula porque tenía razón, por mucho que me jodiera admitirlo.

Sí, me alejé, precisamente por lo que estaba ocurriendo en este momento.

Durante los días que pasé junto Indira, con el resto de nuestros amigos, algo hacia ella fue haciéndose cada vez más fuerte en mi interior. Tanto que tuve la necesidad de demostrarme a mí mismo que Indira solo era una conocida para mí, una distracción visual muy placentera, pero una a la que dejaría de ver en cuanto terminara el trabajo.

Esa necesidad me llevó a participar en el puñetero rodaje, a hablar con John, el director, para hacer la escena del beso con la actriz principal. Una y otra vez, hasta que John quedó conforme con la puñetera escena. Y mientras tanto, yo cada vez estaba más tenso y rabioso, sabiendo que Indira me veía en primer plano.

Lo que quise demostrarme, a lo que me negaba, me estalló en todas mis narices. Y peor me puse cuando vi cómo reaccionó ella, como dejó su cámara de grabación, antes incluso de que John se despidiera hasta el día siguiente. Se largó sin mirar atrás y yo hice lo mismo, por la rabia que sentía por lo que acababa de provocar yo.

Por eso llevaba desaparecido para ella desde entonces, por todo lo que me revelé a mí mismo y porque sabía que verla de nuevo, estar cerca de ella otra

vez, me llevaría a hacer un gran esfuerzo para controlarme. Era consciente de lo que me costaría, de ahí del tiempo que había necesitado para mí, para tomar distancia entre Indira y yo.

También había tenido en cuenta las pocas ganas que debía tener ella de volver a verme, porque por si no me lo dejó claro la forma en la que se alejó la última vez que nos vimos, lo hizo cuando mi amigo Leo me dijo que le pidió que yo no fuera con ellos en el todoterreno, porque si no ella cambiaría de vehículo.

Y ahora, una vez que ya estaba a salvo y bien, joder, me costaba demasiado contenerme. Tocar su cuerpo de la forma en la que lo había hecho, la cercanía con ella, verla únicamente con la en ropa interior, verla desprotegida, mierda, verla de cualquier forma. Me había cabreado al imaginar que yo no hubiera llegado a tiempo, que no la hubiera encontrado, tal y como había insinuado, al interrumpirla antes de que terminara de decirlo.

Era consciente de que la tenía desconcertada, sin saber qué pensar de mí, aunque ni yo mismo lo sabía. La tenía acorralada contra la pared de la roca, vestida con mi ropa deportiva. La mejilla que tenía girada hacia mí se le había cubierto de un color rojo suave, mientras que la otra la ocultaba al tenerla apoyada en la pared fría.

Sus pechos se apretaban también con la roca, contra la que se movían por su respiración irregular. Mi pecho no podía estar más pegado a su espalda.

—Si desaparecí y me alejé fue por tu culpa —le susurré rozándole la mejilla con los labios.

—¿Qué dices? —Jadeó— ¿Me echas la culpa a mí, por algo que has hecho tú? Manda narices. —Bufó—. ¿Puedes apartarte?

—No.

—Dios, eres exasperante —gritó—. ¡Y me dices a mí irritante! —se rio.

—Te echo la culpa a ti porque la tienes. —Le retiré el pelo y aproveché para acariciarle la cara y el cuello.

Que lo hiciera la dejó quieta, casi sin respirar.

—Consigues que se me vaya la cabeza, que no pueda pensar con claridad. Quise demostrarme a mí mismo que continuaba teniendo el control, pero fallé. Me hiciste fallar.

—Liam…

—Si no quieres que continúe, ahora es el momento de decirlo.

Dejé la mano quieta, la que acababa meter por debajo de mi sudadera. Joder, me encantaba que llevara puesta mi ropa.

No dijo nada, se mantuvo callada, a pesar de mi invitación para frenar esto. Igualmente esperé un tiempo prudencial. Cuando tuve claro que ella deseaba tanto como yo lo que iba a suceder, continué. Mi mano se deslizó hasta su barriga, la que comencé a acariciar en círculos, alrededor de su ombligo.

—¿Eres… eres actor?

Su pregunta me hizo sonreír. Acerqué los labios a su oído.

—No lo soy —le susurré.

Indira se echó hacia atrás, apretándose más a mí. Mis dedos no dejaron de moverse sobre su piel, pero subiendo.

—¿Entonces? Hiciste la escena del beso. John…

—Se lo pedí yo.

Tragó saliva cuando mis dedos recorrieron el contorno de la parte de arriba de su sujetador.

—Conozco a John de años y él no habría aceptado que alguien que no fuese actor…

—Yo soy especial. A mí nunca me dirá que no —aspiré su aroma en su cuello—. Joder, me encanta como hueles.

—Me estás despistando a propósito —su voz sonó temblorosa.

—¿Tú crees?

Deslicé hacia abajo la tela por uno de sus pechos, liberándolo de la protección del sujetador.

—¿No puedes aceptar mis caricias y tener una conversación?

—Liam…

Cerró los ojos cuando le apreté el pezón, el que acaricié y torturé un poco, antes de agarrar con firmeza su pecho. De los labios de Indira salían pequeños jadeos.

—Dime —le dije, frotándole la punta dura y sensible.

—Así no puedo —suspiró.

Aparté la otra mano de la pared y tiré de su cuerpo hacia el mío, para que solo estuviera apoyada en mí. Después de separarla de la pared, mi otra mano siguió el camino de la otra, para ocuparse de su otro pecho, haciéndole exactamente lo mismo.

Indira tembló entre mis brazos, mientras moví el trasero sobre mi erección. Estaba duro, a punto de estallar, pero yo no tenía ninguna prisa.

Toqué sus pechos tal y como quise hacerlo cuando la limpiaba con la toalla, marcando cada centímetro de su piel. Los jadeos de Indira aumentaron de intensidad y frecuencia, mientras se frotaba con más insistía contra la dureza que ocultaba mi pantalón de deporte.

—Voy a perder la cabeza del todo —le advertí, antes de lamerle el cuello.

—Piérdela —me pidió gimiendo.

—Mierda. —Apreté la mandíbula—. Quédate quieta —le exigí.

Por el tono de voz que utilicé me hizo caso al instante.

Jadeó echando la cabeza hacia atrás, en mi pecho, cuando terminé de torturarle los pezones, apretándoselos y con un tirón final. Mis manos descendieron por su barriga, hasta que encontraron la cuerda que mantenía el pantalón de deporte sujeto a su cadera.

Deshice el lazo de cuerda de un movimiento rápido, consiguiendo que el pantalón cayera y se quedara amontonado en sus botas.

—Espera, espera… —Jadeó.

—¿Qué? —le pregunté, pero al mismo tiempo ignoré su petición necesitada.

Metí una mano por debajo de la goma de su braga, acercándome al calor de entre sus piernas.

—Liam —me agarró de la mano, parándome—. ¿Tú…?

—¿Qué? —volví a preguntar.

—Tú… —Tragó saliva.

Bajé la mirada para encontrarme con la suya. Me observaba con anhelo, lo que me hizo fruncir el ceño.

—Mierda. ¿Tienes novia?

—No —le respondí rápido y de forma tajante, y un poco desconcertado también por su pregunta.

—¿Mujer, porque estás casado, o una pareja a la que no le pongas etiqueta? —Se mordió el labio inferior.

—¿En serio? —Arqueé las cejas.

—No me mientas —susurró.

—No tengo la necesidad de mentir. —Entrecerré los ojos—. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Y a qué vienen esas preguntas?

—Te vi.

—Me viste —repetí pensativo—. ¿Exactamente el qué?

—Te vi con una mujer, en una actitud cómplice. Estabais en un supermercado y parecíais una pareja.

Continué pensando en todas las veces que había estado en un supermercado desde que llegué. Como Indira estaba hablando de una mujer, únicamente se me vino un nombre a la cabeza. No podía ser otro.

—Después —la dije con una media sonrisa.

—¿Cómo?

—Que después te lo aclaro. Créeme, ahora mismo no voy a parar, ni por eso ni por nada. —Me incliné para rozar la nariz con la suya.

—Pero…

—Confía en mí —le pedí serio—. No tengo ninguna relación sentimental.

Nos quedamos observándonos fijamente y le di el tiempo que necesitó para asentir a mis palabras. Fue entonces cuando terminé de deslizar la mano al calor de su sexo, lo que la hizo temblar y apretarse a mi espalda.

—Como me hayas mentido no tendrás desierto para correr —me advirtió, con un suspiro entrecortado.

—No, ¿eh? ¿Me perseguirás?

—Síii…

—Mmm… no me queda claro. ¿Ese sí ha sido de placer o estabas confirmándome que me perseguirás? —le pregunté, dejando los dedos quietos.

—¡No pares! —se quejó.

Le pegué un tirón fuerte a su braga, para que cayera junto al pantalón. La agarré de las nalgas, llenándome las manos con ellas, antes de dirigir las suyas a la pared de la roca.

—No las separes —le pedí al oído, al mismo tiempo que echaba su cadera hacia atrás.

Con un pie, le empujé uno de los suyos para que abriera más las piernas. Cuando lo hizo todo lo que pudo, porque la ropa la limitaba, me pegué a ella por detrás.

—No tendría que haber retrasado esto, joder. —Apreté la mandíbula, deslizando los dedos por su humedad.

—Tú lo has querido.

Gimió cuando metí dos dedos en su interior. No fui suave ni lento, la embestí con fuerza, igual que pensaba hacer con mi miembro en otro momento. Había tanteado su entrada en varias pasadas y sabía de sobra lo excitada y dilatada que estaba. Me acogió perfectamente, apretándome.

Alterné entre sacar y meter los dedos, deslizándome con facilidad y a un ritmo rápido, mientras le frotaba el clítoris. Los sonidos de placer de Indira rebotaban en las paredes de la cueva, cada vez con más intensidad, envolviéndonos. Conseguí lo que pretendía, que se corriera desesperada, mientras intentaba agarrarse con las manos a la roca. Aguanté su peso cuando le fallaron las piernas, con el brazo que tenía alrededor de su cintura.

—Shhh… —susurré.

La incorporé despacio porque las manos se le habían resbalado. Cuando tuve la parte de atrás de su cabeza apoyada en mi hombro, le giré la cara hacia mí.

—La próxima vez te tendré de cara, comiéndote y saboreándote, y también mientras me vuelvo loco embistiéndote. —Acerqué la cara a la suya—. Quiero ver y memorizar cada pequeño cambio en tu expresión, por el placer. Quiero ver cómo te retuerces entre mis brazos.

Se mordió el labio inferior y pasé la lengua por encima de ellos. Lo soltó al instante y me aparté un poco.

—Esto solo es un adelanto —le dije, al mismo tiempo que colocaba sobre sus labios los dedos que tenía mojados de sus fluidos.

Indira jadeó al notarlo. Yo no me perdí ni un detalle de sus reacciones. Le acaricié bien los labios y cuando me quedé conforme, me llevé los mismos dedos a la boca. La suya se entreabrió al verme, mientras que sus ojos se agrandaban ligeramente y sus pupilas se dilataban. Chupé y lamí a conciencia, hasta que no dejé rastro de ella.

La agarré de la nuca y la giré, para tenerla de cara a mí. Fue entonces cuando me apoderé de sus labios. Los míos cayeron con fuerza reclamando los suyos. Indira se agarró de mis hombros y yo la mantuve pegada a mí por la nuca, mientras que con la otra mano la agarraba de una nalga desnuda.

El beso fue pasional, cogí todo lo que me ofrecía y más, devorándola con ansia. Ella igualó mi ritmo, pegándose a mi pecho. Nuestros labios se mordían y se succionaban, se lanzaban encajando a la perfección. Nuestras lenguas se buscaban, acariciaban y luchaban por tocarse. Cuando conseguimos separarnos, casi sin respiración, apoyé la frente en la suya, durante unos segundos.

Me aparté de ella observando hacia la entrada de la cueva, en la que cada vez había más cantidad amontonada de tierra compacta, piedras y arena de las dunas. La tormenta todavía no había aflojado ni un poco.

Me centré en Indira cuando me abrazó por la cintura y apoyó la cara en mi pecho. Le retiré el pelo hacia atrás y se lo acaricié durante unos segundos. Apenas quedaba nada del recogido que había llevado en algún momento.

—Déjame —le pedí susurrando.

La agarré de los brazos para que me soltara y lo hizo con un suspiro cansado. Me agaché y sonreí de medio lado, cuando dio un respingo porque me quedé de cuclillas y la besé al inicio de su zona íntima.

—Por ahora te libras de que ponga aquí bien los labios y la lengua —le dije, deslizando de nuevo los dedos por su humedad, de arriba abajo.

Me obligué a obviar su suave gemido y a alejarme de esa zona de su cuerpo, para colocarle bien las bragas. Me incorporé subiéndole el pantalón de deporte.

—¿Y si no quiero librarme?

Al escuchar su pregunta paré de hacerle el lazo con las cuerdas de la cinturilla. Levanté la vista y me encontré con sus ojos brillantes. Di un tirón de las cuerdas, provocando que soltara un jadeo.

—He dicho por ahora, no cuánto tiempo tardaré en tener la cabeza metida entre tus piernas. —Arqueé una ceja—. Por cómo se ve la tormenta todavía nos quedan horas aquí.

Mi respuesta pareció ser de su agrado. Al terminar de atarle el pantalón me agaché para pasar un brazo por detrás de sus piernas y el otro por su espalda, para llevarla en brazos al interior de la cueva. Por ahora ya había forzado demasiado la rodilla.

Capítulo 22

Indira

No quería abrir los ojos, ni tampoco separarme de Liam. Tenía la cabeza apoyada en su pecho, mientras me llevaba en brazos hacia el interior de la cueva.

Liam había conseguido calmar mi malestar y mis nervios, aunque aún necesitaba saber muchas cosas sobre él. Me había tocado y acariciado todo lo que había querido, y llevado al orgasmo. También me había cuidado con mucha delicadeza, pero no sabía nada sobre este hombre. Y necesitaba respuestas.

—Espera —me susurró y entreabrí los ojos.

Me dejó despacio en el suelo, para que me apoyara en la pared. Liam fue hasta su mochila y sacudió con fuerza la toalla con la que me limpió, después la colocó estirada en el suelo y sacó varias prendas de ropa. Las colocó amontonadas sobre la toalla, para que nos sirvieran de almohadas para nuestras cabezas. La toalla era de tamaño muy grande y sobraba sitio para los dos, aunque estuviéramos separados. No era lo que yo quería.

Liam se acercó a mí para agarrarme de las manos y me llevó hasta la zona que había preparado.

—Gracias —le dije cuando me ayudó a sentarme.

—¿Qué tal la pierna? —me preguntó sentándose a mi lado.

—Me molesta un poco más, pero es soportable.

—Es normal, se ha enfriado. —Asintió, dirigiendo la vista hacia el pasadizo.

—¿Crees que se nos hará de noche aquí? —Quise saber, siguiendo la dirección de su mirada.

—Espero que no, ahora deben ser casi las tres de la tarde. Aunque si sucede no tienes de qué preocuparte, he traído ropa de sobra para que no tuvieras frío.

—¿Y tú?

—Yo estoy bien.

—Ahora.

—Tranquila que también tengo reservados mis métodos para que tanto tú como yo nos mantengamos calientes —sonrió de medio lado.

Su sonrisa se amplió cuando vi el rubor que me cubrió la cara.

—¿Tienes hambre?

—Un poco, pero puedo aguantar bien.

—No hace falta. Antes de salir de casa no me dio tiempo a coger muchas cosas, ni a preparar algo elaborado, pero algo tenemos para saciarnos.

—Has pensado en todo —le dije, mientras lo observaba sacar lo que había mencionado.

Cogí la botella de agua que dejé a un lado y le di un sorbo, después de su negativa a mi ofrecimiento de si quería beber.

Liam dejó sobre la toalla unas cuantas variedades de naranjas, higos, dátiles, manzanas y barritas de cereales. Se recostó a mi lado con una manzana, a la que le dio un mordisco, sin apartar la mirada de mí.

—¿Qué? —le pregunté, con una sonrisa tímida.

—¿Tienes fotos mías?

Me ruboricé y continuó.

—La primera vez que nos vimos tenías una cámara enfocada hacia mí —otro mordisco a la manzana—. Cuando huiste en el taxi me gritaste una disculpa. —Elevó una ceja.

—Sí y lo siento —me sinceré.

—¿Por qué y para qué?

—Porque la fotografía es mi pasión y desde bien pequeña capturo imágenes de todo tipo. —Cogí un dátil y comencé a manosearlo—. Por esto estoy aquí. —Me encogí de hombros—. No te saqué las fotos con ninguna intención, simplemente te encontré, visualicé cómo quedaría la fotografía, me gustó y pulsé el botón —suspiró.

—Te gustó, ¿eh? Ahora la duda que tengo es si lo que te gustó fue el deportivo de Aarón o yo, que estaba apoyado en el lateral. —Entrecerró los ojos y solté una carcajada.

—No se puede negar lo que atrae el coche, el que por cierto pensaba que era tuyo.

—El apasionado de los deportivos es mi amigo. A mí me gustan, pero tengo otras preferencias.

—Como la moto —le dije.

—Exacto.

Paró el movimiento en mis manos y cogió el dátil, para subirlo hasta mi boca. Me lo metió dentro y lo mordí, capturando la punta de sus dedos con los labios.

—Mucho mejor —su voz sonó más ronca.

—Está muy dulce. Mmm…

—Ajá —sonrió cuando le quité el trozo que quedaba—. ¿Has borrado mis fotos como me dijiste qué harías?

—No —susurré.

Se recostó más. Se quedó tumbado de lado hacia mí, con la parte superior del cuerpo elevada por el brazo que mantuvo apoyado. Colocó la cabeza en la mano abierta, sin dejar de observarme.

—¿Por qué?

—No lo sé. —Me humedecí los labios—. He tenido la intención de hacerlo varias veces, pero por una cosa u otra…

—Así que has estado viendo mis fotografías —sonrió de medio lado.

—Lo que suelo hacer con todas las que hago.

—No me has respondido. ¿Quisiste fotografiarme a mí o al deportivo?

—A ti. —Cogí otro dátil, desviando la mirada de la suya—. Verás, hay un porqué y un motivo por el que me fijé en ti.

—Estoy deseando escucharlo. —Mordió de nuevo la manzana.

—Mi prima Miriam creía que aquí todos los hombres llevaban sombreros vaqueros —mis labios se curvaron al pensar en ella—. Se desilusionó cuando llegué aquí y le dije que todo lo que tenía en la cabeza sobre este sitio no se correspondía con la realidad. Por eso me llamaste la atención.

—Porque me dio por ponerme uno de los sombreros de Aarón. —Sacudió la cabeza.

—Fuiste el primero que vi con uno, la verdad es que no me he encontrado con nadie más que los utilice —dije pensativa.

—Va por temporadas y por días. A veces los verás por todas partes y después pueden pasar semanas en las que no veas uno —comentó—. No hay una regla, aunque sí que para las fiestas son sagrados.

—Lo imagino. —Asentí—. Ojalá durante el tiempo que esté aquí mi prima pueda verlos.

—¿Viene de viaje?

—Sí —sonreí—. Mañana llega con su novio, Alberto, con mi hermano y su mejor amigo, Adrián y Diego.

—No hace falta que te pregunte la ilusión que te hace.

—No —me reí—. Estoy deseando verlos, estoy muy unida a ellos. Y también estoy muy emocionada porque sé las ganas que tienen de descubrir esta zona.

—Se nota todo. Así que vas a estar entretenida unos días.

—Bastante.

—Pues espero que hagas sitio para mí.

—Eh… ¿Quieres… quieres quedar conmigo?

Ante mi pregunta elevó las cejas.

—¿Ha sido una pregunta tonta? —susurré.

—Mucho. No solo quiero quedar contigo, sino que voy a hacerlo. Si no quieres que tus familiares y amigos sepan de mí…

—No he querido decir eso —me ruboricé.

—Come un poco más —me pidió—. ¿Vas a utilizar mis fotografías para algo? —me preguntó, después de tumbarse bocarriba.

Se quedó con un brazo flexionado por debajo de la cabeza, el que apoyó en uno de los montones de ropa que había preparado al principio. Dobló la pierna que tenía más alejada de mí y se quedó observando el techo de la cueva.

—No. Las hice únicamente para mí, para poder enseñárselas a mi prima. Por lo del sombrero.

—Así que, aparte de trabajar detrás de una cámara de grabación, eres una aficionada a la fotografía —habló pensativo.

—Soy más que eso —le rectifiqué y giró la cabeza hacia mí—. También trabajo haciendo encargos fotográficos.

—Vaya…

—Sí —sonreí—. Ya te he dicho que es mi pasión y, aunque no está bien que yo lo diga, se me da muy bien. Me he hecho un nombre entre los compañeros de profesión y siempre que el trabajo que me ha traído hasta aquí me lo permite, acepto trabajos para periódicos y revistas de todo tipo.

»También me intereso por las ofertas de algunas empresas, para cubrir campañas publicitarias y de modelaje. El abanico de posibilidades es muy amplio y yo me muevo por todo lo que capta mi atención. Hasta he llegado a trabajar en bodas y comuniones por diversión, aunque solo una fue fuera del entorno de mi familia.

—¿Y puedes compaginarlo todo?

—Sí —le confirmé con una gran sonrisa—. Lógicamente hay temporadas en las que no puedo, como esta que estaré aquí por la grabación, pero aun así siempre llevo conmigo mi pasión.

—¿Exactamente a qué has venido a esta parte del desierto? Y tú sola.

—Me gusta ir por libre, cuando estoy con la cámara de fotos desconecto de todo. —Dirigí la mirada hacia el pasadizo, unos segundos.

Estábamos justo enfrente de él, aunque no era la única fuente de luz que teníamos. No sabía de donde salía la claridad que se filtraba por varias partes de la cueva, pero había la suficiente para poder vernos.

—Aparte de todo lo que te he dicho, aprovecho siempre que puedo para capturar imágenes de cualquier tipo. Antes de que sucediera lo de la tormenta conseguí hacer unas fotografías de un animal salvaje, junto a sus crías. Era difícil que no se asustara y para lograrlo estuve mucho tiempo sin moverme, tirada en el suelo.

—Me gustaría verlas —me dijo con interés.

—Vale. —Me froté las manos en el pantalón deportivo.

—¿Te da vergüenza que yo las vea, cuando normalmente ven tu trabajo miles, sino millones de personas? —Me observó con diversión.

—Sí —le confirmé riendo.

—¿Por qué?

—Porque…

—¿Qué?

—Siempre me pasa lo mismo cuando le enseño mi trabajo a las personas que me importan. —Bajé la cabeza, mientras jugaba con una barrita de cereales—. No puedo evitar ponerme nerviosa.

Noté como Liam se incorporaba. Se quedó sentado frente a mí y cerré los ojos, cuando me agarró la barbilla con varios dedos y tiró de ella hacia arriba, para que lo mirara de frente.

—Acabas de decirme que te importo lo suficiente como para que estés así de nerviosa —afirmó.

—Sí —susurré—. Yo… no sé qué…

Me callé cuando colocó un dedo sobre mis labios. Terminé mordiéndome el inferior, cuando retiró hacia un lado la comida y se incorporó, cayendo lentamente sobre mí. Me quedé tumbada bocarriba, con el peso de su cuerpo sobre el mío.

—Cuéntame más sobre tu pasión. Quiero saberlo todo —me pidió mirándome con intensidad, con los brazos apoyados a los lados de mi cabeza.

—Dentro… dentro de unos meses expondré mi trabajo personal en una galería importante. Es una gran oportunidad y mi primera vez. Estoy muy ilusionada e histérica también, cuando lo pienso o hablo de ello —me reí nerviosa—. Conforme pasan los días más —suspiré—. Ya tengo elegidas la mayoría de las fotografías, pero todavía me quedan por conseguir algunas más.

»Son pocas y si no las lograra no pasaría nada, pero quiero lucir mi trabajo hasta la última fotografía que vean mía. Tengo de animales, de personas, de la naturaleza… una gran variedad de la que estoy enamorada. Solo por la oportunidad que me han dado soy muy feliz —sonreí.

»Nunca pensé que podría exponer mi trabajo como lo haré, vendrán personas influyentes, me lo han confirmado, y eso me pone aún más nerviosa.

—Es estupendo —susurró acariciándome la mandíbula, sin desviar los ojos de los míos.

—Sí —imité su tono de voz.

—Yo, si fuera tú, incluiría alguna de las fotografías que me hiciste sin que se me viera la cara. Porque imagino que cuando te vi ya habías hecho algunas.

—Sí y no —me reí—. Solo tengo una en la que se te ve la cara, en las demás tienes la cabeza hacia abajo y es el sombrero el que está en primer plano. Y no, no voy a incluirte en la exposición —volví a reírme.

—¿Perdona? ¿Por qué no?

Sonó ofendido, pero sabía que estaba bromeando. Se acomodó sobre mí y me atreví a colocar las manos en su cintura.

—Me has dicho que tienes fotografías de otras personas, ¿de esas utilizarás alguna? —Entrecerró los ojos.

—Sí, pero porque son muy diferentes a las que te hice a ti —volví a reír.

—Quiero verlas para comprobar lo distintas que son. —Arqueó una ceja.

—¿De verdad te gustaría salir en mi exposición? —le pregunté sorprendida, porque lo que pensaba que era broma, tal vez no lo era tanto.

—La experta eres tú. —Me hizo un guiño.

—Pero ¿querrías?

—Lo que quiero es que no borres las fotografías que me sacaste, para que puedas continuar viéndolas cuando me necesites. De una forma u otra quiero estar contigo.

Me habló al oído, susurrándome. Dejó un beso en mi cuello y bajó lentamente hasta mi clavícula.

—Lo único que puedo hacer es tocarte, de cualquier forma. —Se separó para buscar mis ojos—. Los preservativos no son una de las cosas que caí en meter en la mochila, para venir a por ti.

Me humedecí los labios, pensando muy bien en mis siguientes palabras.

—Si… si estás sano, tomo anticonceptivos —susurré.

—Mierda, Indira. —Apretó la mandíbula, dejándose caer contra mí—. Me había mentalizado para no… joder, joder.

Contuve la respiración cuando su miembro duro se clavó muy cerca de mi sexo.

—Sí, estoy sano. Aparte de que nunca practico sexo sin protección.

—Y…

—Ahora mismo me importa una mierda eso. Confío en ti.

—Yo también. —Me mordí el labio inferior—. Espera —le pedí riendo.

No me hizo caso y terminó de quitarme el pantalón de deporte, del que tiró con fuerza.

—Liam… —Jadeé al observar la intensidad con la que miraba entre mis piernas abiertas, al separármelas—. Diosss… —Arqueé la espalda.

Su boca cayó sobre mi sexo, succionando y mordisqueando mis labios inferiores. Su lengua hizo un camino húmedo, arrastrando la humedad que me provocaba. Gemí al sentirlo rodear mi entrada, con una necesidad increíble.

—No… no me has dicho… quién era la mujer del… supermercado.

Hablé entre jadeos y con la voz entrecortada, mientras su boca y su lengua hacía magia en mis partes íntimas. Cuando introdujo la última en mi entrada se me olvidó hasta mi nombre.

Liam me embistió con la lengua y no paró hasta que se quedó saciado, bastante después de llevarme al límite y a la locura. Me dio un orgasmo intenso, pero continuó saciando su necesidad de mí, demostrándome que no tenía suficiente.

Cuando se separó tenía la boca brillante y buscó la mía, para besarme con una intensidad que me dejó sin respiración y temblando.

—La mujer con la que me viste se llama Cami, Camila, y me verás durante el resto de mi vida con ella. Al igual que las muestras de cariño en ambas direcciones.

—¿Sí? —le pregunté con un gemido.

Se había bajado el pantalón de deporte, para liberar su miembro. Me acarició con él entre las piernas, deslizando el glande de arriba abajo, de arriba abajo…

—Sí, porque es mi hermana pequeña. No somos familia como tal, de sangre me refiero. Mierda… —siseó cuando introdujo la punta en mi entrada.

Subí las piernas a su cintura y se la rodeé. Liam me agarró de una nalga y empujó la cadera hacia delante, muy despacio, introduciéndose lentamente en mi interior. Hasta que se paró a la mitad del recorrido. Cada centímetro suyo estiraba mi carne sensible.

—Cami y yo crecimos juntos y, aunque no es mi hermana en realidad, lo que cuenta es que para nosotros sí que somos hermanos.

Jadeé agarrándome con fuerza a él, cuando entró de golpe en mi interior.

—Joder… —gimió, cerrando los ojos unos segundos.

—Síii… —estuve totalmente de acuerdo.

Volvió a quedarse quieto dentro de mí y cuando abrió los ojos buscó los míos. Sin apartar la mirada del otro, Liam comenzó a embestirme con fuerza, cada vez intensificando más la energía con la que me llenaba, después de deslizarse fuera de mí.

Los jadeos, los gemidos y los gritos retumbaban en la cueva, mientras nuestros cuerpos se fundían uno en el otro. Él no me dio descanso, pero yo tampoco lo quise ni se lo hubiera permitido. Me llevó hasta lo más alto, para hacerme caer en picado, mientras sus brazos me agarraban con firmeza.

Él continuó, al igual que el sonido del choque de nuestros cuerpos. Me mantuvo bien sujeta para que no me desplazara en la toalla, por el ímpetu y el ritmo frenético con los que comenzó a embestirme. Se apoderó de mí, completamente, y no solo de cuerpo.

Se liberó al cabo de un rato, entre gemidos y palabras susurradas. Cayó rendido a mi lado, con la respiración desacompasada y los ojos cerrados. Me buscó con las manos y me atrajo hacia él, para mantenerme cerca y abrazada. Me acurruqué en su cuerpo, relajada y más que satisfecha, con una sonrisa tonta en los labios.

Capítulo 23

—¿Vas a decirme como es que John permitió que fueras el protagonista de una escena, sin ser actor? —le pregunté.

Liam estaba tumbado bocarriba, con un brazo detrás de la cabeza y el otro sobre mí. Estaba haciéndome caricias con los dedos, en círculos al final de las lumbares. Yo estaba echada sobre él, con la mitad del cuerpo encima y con una pierna entrelazada entre las suyas. Hacía rato que nos habíamos vestido, ambos volvíamos a tener puesta su ropa deportiva.

Después del primer sexo nos quedamos dormidos, pero a intervalos porque en cuanto me daba cuenta tenía a Liam sobre mí, o dentro de mí. Cuando me dio una pausa larga nos vestimos, notando el cambio de temperatura. Fuimos hacia la entrada de la cueva, para asomarnos a ver cómo iba la tormenta y nos dimos cuenta de que había aflojado, lo que según Liam era muy buena señal.

De ese momento a este había pasado bastante rato, tiempo en el que habíamos estado disfrutando de un silencio cómodo, de nuestra cercanía, y de un poco de conversación, como acababa de iniciar yo.

—Como te dije antes, se lo pedí a John —contestó con un inicio de sonrisa y entrecerré los ojos.

Levanté la mejilla de su pecho, para apoyar la barbilla y así poder verle bien la cara.

—¿A qué viene esa mirada? —Quiso saber, desprendiendo diversión—. ¿Celosa por lo que viste?

—¿Yo? ¿Qué dices? —Bufé.

—Insisto, continuas sin saber mentir. —Negó con la cabeza.

—No es verdad.

Intenté levantarme para tomar un poco de distancia, pero Liam hizo fuerza con el brazo que tenía alrededor de mí y me lo impidió.

—Puedes enfadarte sin apartarte —su voz sonó más grave y profunda—. Es cierto, no se te da bien mentir. Te pusiste celosa, mucho, por eso te largaste la primera de la zona de grabación. Te olvidaste hasta de la cámara, porque no soportabas quedarte ni un segundo más.

—Por tu culpa —susurré.

Apoyé la mejilla de nuevo sobre su pecho, resignada a mantenerme tan cerca de él en este momento.

—Sí, fue por mi culpa —me sorprendió su confirmación—. Para mí también fue jodido porque fue ahí cuando me di cuenta de que la había cagado. En varios sentidos.

—Si no eres actor, ¿por qué le propusiste a John hacer la escena? —insistí, bajando el tono de voz.

—Porque quería demostrarme a mí mismo que la atracción que sentía por ti no era importante y que podía pasar de ella cuando quisiera.

Tragué saliva y cerré los ojos cuando su mano dejó mis lumbares para acariciarme la nuca.

—En ese momento me negaba a creer lo que me sucedía, porque sentía demasiadas cosas e intensas. Quise ponerle freno, demostrarme simplemente que podía. Y ya ves cómo me salió. —Hizo una respiración profunda—. Lo jodí.

—Pues sí, tuve que ver en primer plano, muchas veces, hasta vuestras babas —dije cabreada, refiriéndome al beso que repitió con la actriz.

—¿Babas? No me ha parecido que te quejaras todas las veces que te he besado por todo el cuerpo. Mmm…

—No es lo mismo. —Le di un golpe en la garriga, provocando que soltara una carcajada.

—El caso es que hablé con John para que me permitiera hacer esa escena en concreto, porque soy un imbécil y no solo quería demostrarme a mí mismo que tú no eras importante, sino que también quería dejártelo claro a ti —hizo una pausa en la que ninguno de los dos hablamos—. Llevo mucho tiempo sin poder dejar de pensar en ti, Indira. Demasiado y ha sido una tortura por negarme a lo que necesitaba y quería.

—¿Tanto? —susurré.

—Hasta dormido, joder.

Me agarró por detrás de la cabeza y me acercó a su boca, para atrapar la mía con un beso con el que le dio más significado a sus palabras. Cuando nos separamos, le acaricié los labios y sonreí cada vez que los movía para coger mis dedos.

—Richard grabó las siguientes escenas… —me referí al actor que hizo con anterioridad la escena del beso.

—Y continuará haciéndolas. Mi intervención ha sido eliminada.

—¿Por qué? —Lo miré a los ojos.

—Porque en ningún momento, ni John ni yo, tuvimos la intención de que se incluyera mi actuación —sonrió de medio lado—. Como te he dicho fue una prueba. Las tomas que grabó Richard estaban perfectas y John quedó muy satisfecho, al contrario de lo que dijo hacia todos para facilitarme lo que le pedí. Richard lo sabía, estaba avisado, por eso bromeó con John.

—No lo entiendo.

—¿El qué?

—John es uno de los directores más profesional que conozco. Se toma muy en serio su trabajo y participar en algo así… La primera vez que he sacado el tema me has dicho que eres especial para él y que a ti nunca te dirá que no. —Fruncí ligeramente el ceño.

—Ajá.

—¿Qué significa eso?

—Significa que entre él y yo hay un cariño especial, pero, sobre todo, mucho respeto. Como bien has dicho es uno de los mejores directores, por no decir el mejor, y se ha ganado todo lo que tiene. Si aceptó mi petición, en cuanto se la propuse, fue porque, aparte de buenos amigos soy el dueño de la productora para la que trabaja.

—¡No! —Jadeé, agrandando los ojos—. ¿Qué has dicho?

Necesité asegurarme de que había escuchado bien porque…

—He dicho que soy el dueño de la productora para la que trabaja, la misma que está a cargo de la película que se rueda aquí. Por cierto, has tenido sexo con tu jefe —sonrió con picardía—. También te he dicho que puedes reaccionar como quieras, pero sin tomar distancia de mí. —Arqueó las cejas, rodándome con fuerza con los dos brazos.

Quise levantarme de nuevo, al menos para quedarme sentada, pero volvió a impedírmelo.

—Liam…

—Vamos, Indira. Tampoco es para tanto, ¿no? Me has conocido sin la etiqueta que muestro únicamente cuando quiero que sepan a quién tienen delante. Contigo he hecho muchas excepciones desde el principio y tus amigos también están desinformados, ya que necesitaba que mi anonimato se alargara el máximo de tiempo posible. Por ti. La verdad es que muy pocos de la grabación saben mi identidad y si quitamos a mis amigos…

—Ni siquiera sabía el nombre del dueño de la productora —hablé con la voz ahogada.

—Esa información la saben menos personas. Fuera del trabajo solo mis íntimos, mi familia, sea del tipo que sea. Y en la productora los únicos que saben quién soy son mis trabajadores más cercanos, los que tienen sus despachos en la misma planta que yo y siguen mis órdenes, para transmitirlas a los demás y que todo siga su curso. Aparte de algunos directores, como John, pero como te he dicho, con él tengo una relación que va más allá de lo laboral. Es así como quiero que sea, no me dejo conocer más ni ver.

—Por eso me parece tan raro esto —hablé pensativa, más para mí que para él—. Lo que sí es conocido por todos es que, al dueño, o sea tú —continué con retintín y frunció los labios— no le gusta estar en los rodajes. Aunque ahora que sé que tan pocas personas saben identificarte… pero ¿participar activamente en el rodaje? Llevo trabajando muchos años en tu productora y jamás escuché un rumor de ti, sobre tu presencia.

—Como bien sabes ya, como la mayoría de los trabajadores con los que estás diariamente. Además, se me da muy bien pasar desapercibido —sonrió —. Y sobre lo de los rodajes… es verdad, no suelo perder el tiempo en ellos. No es que no me gusten, es que tengo otras prioridades en las que repartir mi tiempo, otras cosas muy diferentes e importantes. Pero en esta ocasión todo era especial —dijo pensativo.

»Es el lugar. —Buscó mi mirada—. Aquí nací, me crie y tengo infinidad de recuerdos, tantos malos como buenos. Cuando John habló conmigo de lo que tenía en mente y de que quería trasladarse a un lugar con la esencia de la película, le comenté viajar hasta aquí y se volvió loco con la posibilidad.

»Yo hacía demasiado tiempo que no venía, al igual que Aarón y Leo, mis amigos. Los tres tenemos nuestras viviendas aquí y muchas de nuestras pertenencias, las más importantes y valiosas. Aquí están las personas que queremos y nuestras raíces, las que van con nosotros a todos lados.

»Aproveché la oportunidad que me dio John para tomarme una especie de vacaciones, aunque continúe pendiente del trabajo. En cierta forma.

—No me lo puedo creer —murmuré.

—Por eso me alteré y me cabreé cuando te pillé enfocándome con la cámara. —Sacudió la cabeza—. Pensé que se había filtrado de alguna manera que yo estaba aquí y me encendí. No salgo en ningún medio porque valoro demasiado mi privacidad e intimidad.

»Ya he dejado claro que no me gusta mostrarme ante nadie que yo no quiera, ni mucho menos pasear por la calle con la posibilidad de que alguien, independientemente de que sean muchas personas o pocas, puedan reconocerme. Me niego a eso y tú con tu cámara encendiste la mecha. Pensé de todo.

—Ya te he dicho que…

—Sí. Ahora lo sé, antes no.

Me colocó el pelo detrás de las orejas y nos quedamos en silencio.

—El dueño… —susurré.

—Así es. —Me hizo un guiño.

—Madre mía —suspiré.

Liam soltó una carcajada, justo cuando la luz de la linterna de su móvil comenzó a parpadear.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Va a apagarse, se queda sin batería —me informó al cogerlo.

Hacía rato que, si no hubiera sido por la luz de la linterna de su teléfono, habríamos estado a oscuras donde nos encontrábamos.

—Espera, voy a por el mío. —Me moví para ponerme de pie.

Mi mochila continuaba junto a la moto, a unos metros de la entrada.

—Yo me encargo —dijo a la vez que me sujetaba de un brazo, para que no me levantara—. Continúa descansando la pierna. Voy a aprovechar para echar un vistazo fuera.

Me dejó atontada cuando me dio un beso rápido en los labios, como si fuera lo más normal, natural y cotidiano entre nosotros. Como si fuéramos una

pareja y lleváramos años juntos. Tragué saliva porque ahora sabía quién era Liam y me daba mucho vértigo conocer la verdad.

Aparté todos los pensamientos negativos por los nervios que me provocaba y me centré y me aferré a los buenos, a los de que éramos un hombre y una mujer que se habían gustado, que se sentían atraídos por el otro y que entre nosotros había surgido algo especial. A pesar de que nos habíamos resistido, cada uno a su manera.

—Madre mía, cuando se lo cuente a mis amigos van a flipar… —susurré.

A pesar de lo que me había pedido Liam, me calcé las botas y me levanté despacio. En cuanto me moví sentí frío, por lo que me puse la chaqueta de Liam, una de las tantas cosas que trajo en su mochila. Llevé hasta arriba la cremallera, con una sonrisa tonta. Olía a él, me encantó notarlo conmigo.

En cuanto comencé a caminar sentí molestias en la rodilla, por lo fui con mucho cuidado, fijándome bien en el suelo, todo lo que la poca luz que había me permitía.

—¿Liam? —lo llamé en alto.

El pasadizo era casi recto, por lo que enseguida me di cuenta de que no estaba aquí.

—Eso quiere decir que… —Jadeé, dirigiendo la mirada a la entrada—. Sí —me reí.

La tormenta se había terminado, fuera todo estaba en calma. Seguramente Liam había salido a comprobar cómo estaba la zona.

Pasé por delante de la moto, las máscaras y mi mochila, y continué.

—¿Liam? —volví a llamarlo, cuando mis pies tocaron la arena.

Me rodeé el cuerpo con los brazos, al notar la bajada de temperatura. Para mi sorpresa hacía más frío que en el interior de la cueva. Las horas habían ido pasando y ya era de noche. Había demasiada oscuridad, por eso me sobresalté cuando vi de reojo un movimiento a mi derecha.

Dispuesta a dar un paso atrás, para entrar en la cueva, me quedé quieta riéndome, emocionada al identificar de qué se trataba. Una persona venía caminando directa hacia mí, con un punto de luz en la frente: Mario.

Capítulo 24

—Vete olvidando ya de las puñeteras fotografías —me dijo mi amigo, a unos metros de mí.

—La culpa la ha tenido la tormenta —me reí de nuevo.

—Joder —susurró en mi oído, al abrazarme con fuerza cuando se paró delante de mí.

—Hola —susurré, apretándolo más.

—Liam nos ha dicho que estás bien, que solo tienes un poco de daño en una rodilla —me separó de él, para mirarme de arriba abajo con la luz de su frente.

—Sí —le sonreí—. ¿Os ha dicho?

—Vemos venido todos en los todoterrenos de Aarón y Leo. También han venido Henry y Cami por su cuenta, son muy amigos de ellos y de Liam. No sabíamos cómo os íbamos a encontrar. —Sacudió la cabeza, antes de abrazarme de nuevo—. Puñetera tecnología que no sirve de nada cuando más se necesita. —Bufó.

—¿Dónde están? ¿Y Liam?

—Liam ha salido a buscarnos al escuchar el claxon de los todoterrenos, aunque ya veníamos hacia aquí. Aarón y Leo sabían muy bien donde encontraros, estaban convenidos. —Miró a mi espalda.

—La cueva nos ha salvado. ¿Cómo están los demás?

—Hemos pasado unas horas que todos queremos olvidar, pero desde que encontramos a Liam, felices y nerviosos por verte. Aarón les ha pedido a todos que se queden junto a los todoterrenos, por seguridad. Yo me he escabullido gracias a Leo. —Señaló la luz de su frente—. Cuando Liam ha llegado hasta nosotros y nos ha señalado dónde estabais, no he perdido el tiempo. —Me hizo un guiño—. Joder, que me iba la vida en ello.

—¿Qué dices?

—¿Qué digo? Que tu hermano llega mañana, quedan horas, y mi cabeza hubiera sido una de las primeras en rodar si te hubiera pasado algo. —Puso los ojos en blanco, provocándome una carcajada.

Me colgué de su cuello, sin parar de reír, diciéndole entre risas lo feliz que estaba por todo.

—¿Tanta felicidad es por algo que se me está escapando? —me preguntó con las cejas elevada.

—¿Eh? ¿Me ayudas a recoger lo de la cueva?

—Te doy hasta mañana para que me cuentes lo qué ha pasado —me dijo, después de reírse.

Mario me siguió por el pasadizo, iluminando el camino. Miró hacia la moto y las cosas que había junto a ella, en el suelo. Pero continuamos adentrándonos en la cueva. La reacción de mi amigo fue silbar en cuanto el espacio se abrió ante nosotros.

—Vaya, es una pasada. Me gustaría verla con luz —comentó.

—Sí.

Me pidió que no me agachara y se puso a recoger toda la ropa, la comida que sobró, la toalla y la botella de agua. Después de limpiarlo todo, más o menos, Mario lo guardó en la mochila de Liam. Cuando se la colgó a los hombros dejamos la cueva a nuestras espaldas, para ir hacia el pasadizo.

Justo cuando íbamos por la mitad, apareció Liam con Leo a su lado. Liam se había colocado otra luz en la frente y caminó directo hacia mí.

—Mario, ¿me ayudas? —le preguntó Leo, con un tono de voz divertido.

—Eh… sí, claro —respondió mi amigo, mirándome con curiosidad.

Lo observé de reojo, para comprobar que se apartó de mi lado muy atento a Liam y a mí. Antes de alejarse me hizo un guiño muy significativo y le sonreí.

—¿Cómo estás? —me preguntó Liam, parado frente a mí.

—Bien —susurré, mirándolo a los ojos—. Se ha terminado.

—Sí —me confirmó.

Me echó hacia atrás el pelo, retirándomelo de los hombros, para agarrarme después la cara con las manos.

—Solo la tormenta.

—¿Qué?

—Que lo único que ha terminado es la tormenta. Esto, tú y yo, no ha hecho más que empezar.

—Liam…

Acalló mis palabras con un beso. Me dejé llevar por la suavidad de sus labios, por los mordiscos suaves de sus dientes y por su lengua juguetona, cuando profundizó el beso. A él no le importó quién nos viera y a mí menos.

Mientras nos besábamos, Leo y Mario no hablaron. Mi amigo ya no necesitaba explicaciones ni esperar hasta mañana, como me había dicho, para saber qué me tenía tan feliz. Estaba siendo participe de ello, de manera indirecta, pero ahí estaba.

Tanto Leo como Mario respetaron nuestro momento íntimo, concentrados en guardar las máscaras y los cascos de la moto, en un saco de tela que tenía

Leo. También cargaron con mi mochila y la moto, la que se llevaron tirando de ella, sin arrancarla.

—Puedo andar. —Jadeé cuando Liam me cogió en brazos.

—Lo sé, pero es mejor que no lo hagas. Con la arena y este terreno puedes hacerte más daño, al forzar la rodilla —me dijo, al salir del pasadizo.

Me agarré de su cuello, pegándome a él, y disfruté de la calidez de su cuerpo, la que contrastaba mucho con el frío de la noche. También quise retener nuestros últimos momentos juntos, porque en breve nos separaríamos. Y así fue, en cuanto llegamos a la zona donde estaban los todoterrenos todos mis amigos vinieron corriendo hacia mí. Las chicas, Val, Clara, Nicola y Sandra, gritando y llorando.

Por si no se sorprendieron al vernos a Liam y a mí tan juntos, él les dejó claro lo que había sucedido entre nosotros y lo que podían esperar a partir de ahora. Me bajó al suelo con cuidado, para que mis amigos pudieran abrazarme, pero antes de soltarme me garró por detrás de la cabeza y volvió a besarme. Y no, no fue un beso rápido, tímido o suave. Con el beso intenso que me dio dejó a todos con las bocas abiertas y sorprendidos.

Bueno, a todos no, sus amigos, Aarón y Leo se mostraron encantados y sonrientes. Mi amigo Mario, que ya había tenido un anticipo, también sonreía apoyado en uno de los todoterrenos. Y las dos únicas personas que no conocía, que debían ser Henry y Cami, ella la que era como una hermana para Liam, me miraban con la felicidad en sus expresiones.

—Joder, nena. ¿Qué ha sido eso? —me preguntó Nicola, cuando me vi rodeada por todos.

—Si necesitas aclaración tienes un grave problema —le dijo Marcus, riendo.

—Más claro no han podido dejárnoslo —comentó César, haciéndome un guiño—. Me alegro mucho por ti, cariño —me susurró al oído—. Y no sabes las ganas de llorar que me han entrado al verte bien. —Me apretó a él—. Estaba tan nervioso, joder, no saber cómo estabas ha sido…

—Lo imagino —susurré con la cara apoyada en su pecho.

—Madre mía, no sé si darte la enhorabuena por estar bien y a salvo, o porque Liam no deja de mirarte y te ha comido delante de nosotros —dijo riendo Clara—. Ven aquí, petarda.

Me reí cuando tiró de mí hacia ella. De las risas pasamos a las lágrimas, a las que se unió Val, al igual que nos abrazó a ambas. Sandra y Nicola también se sumaron. Me quedé en el centro, un poco asfixiada, pero feliz por estar de nuevo con ellas.

Los chicos, Mario, César y Marcus hicieron bromas, pero también se pegaron a nosotras, haciendo más grande el abrazo grupal. Al final terminamos todos riéndonos, mientras que Liam y sus amigos nos observaban parados cerca de los todoterrenos.

La moto ya estaba subida en la caja trasera de uno de los vehículos, al igual que nuestras mochilas y todo lo demás. Mi querida cámara estaba protegida.

Desde la distancia le sonreí a Liam. Él me pidió con un gesto que me acercara, cuando mis amigos y yo dimos el reencuentro por finalizado. Val protestó cuando me solté de su brazo, ganándose una colleja de Clara, cuando esta se dio cuenta cuál era mi intención.

Caminé despacio hasta Liam y con un poco de indecisión.

—Tienes la nariz roja —me dijo cuando me paré frente a él.

—Hace frío. —Me bajé las mangas de su chaqueta.

Se separó del todoterreno y se inclinó hacia mí.

—¿Quieres que lo solucione rápido? —me susurró al oído— Estoy deseando provocarte de nuevo calor.

Cerré los ojos un instante, cuando se me erizó el vello. Y nada tuvo que ver la temperatura con mi reacción. En absoluto, el único culpable era Liam.

—Creo que por ahora puedo aguantar. —Negué con la cabeza.

Se separó de mí sonriendo y me atrajo hacia él, cuando se puso a mi lado. Me rodeó los hombros con un brazo, para hablarles a sus amigos.

—Henry, Cami, ella es Indira —me presentó.

—Ay, encantada —dijo Cami, acercándose a nosotros—. Puedes soltarla para que la abrace, ¿eh? —se dirigió a Liam, con picardía.

—No —fue la respuesta rápida y contundente de él—. Así está bien.

—Serás… —Soltó una carcajada Cami—. Es un placer conocerte, Indira. Liam es muy importante para mí y me hace muy feliz saber que…

Un carraspeó a su lado la dejó callada.

—¿Qué? —dijo ella, al hombre que se puso a su lado. Henry.

—Que no la agobies con tanta intensidad. —Sacudió la cabeza él. Sonrió con cariño a Cami y la agarró de la cintura, acercándola a él—. Cariño, después del día que ha tenido Indira, lo único que debe querer es montarse en el todoterreno para llegar cuanto antes a su casa. No la hagas pasar vergüenza ahora. Ya habrá tiempo —se rio—. Encantado de conocerte, Indira. Soy el marido de Cami.

—Oh, igualmente. —Los miré a los dos, sonriendo—. Encantada de conoceros. Liam me ha hablado de vosotros.

—¡Podemos hacer una comida en nuestra casa! —comentó Cami, mirando feliz a Henry. Dio una palmada—. Ya nos conocemos todos —observó a mis amigos, contenta. Por último, se centró en Liam y en mí de nuevo—. ¿Qué os parece?

—Por mí bien —aceptó Leo, a su espalda—. Aarón y yo nos apuntamos a todo siempre.

—Con vosotros ya contaba —se rio ella.

—Me encantaría, pero por mi parte tendrá que esperar un poco —hablé—. Mañana llegan mi hermano, su mejor amigo, mi prima y su novio.

—Mmm… pues estupendo —dijo Leo—. Cuantos más seamos mejor. A Cami le encanta.

—¡Sí! —estuvo de acuerdo ella, emocionada— Me encantaría que trajeras a tus familiares y amigos, a todos —se dirigió a mí.

—Pero llegarán por la tarde y…

—Pues en vez de comida será cena —me interrumpió rápido Cami.

—Ya has visto que cuando se le mete algo en la cabeza es difícil librarse —me comentó Henry, riendo.

—Sí —sonreí.

—Dale tiempo para pensárselo —le pidió Liam, apretándome más a él—. No solo es decisión suya, los viajeros aterrizarán con la diferencia horaria y lo mismo están cansados.

—¿A qué hora llegan? —se interesó Aarón.

—Sobre las cuatro.

—Ah, pues tienen toda la tarde para descansar —dijo Cami.

—Vale, me la llevo ya —nos avisó Henry, tirando de ella.

—¿Qué? ¿Por qué? —se quejó Cami.

—Porque te puede la emoción por Liam y estás deseando acercarte a Indira —le contestó él, con diversión.

—Jo. ¡Liam! —gritó cuando Henry la cogió en brazos y se la echó al hombro.

La mayoría nos reímos, los que no, tenían una gran sonrisa observándolos.

—Hasta mañana, cariño —se despidió de ella Liam, también con un guiño.

Capítulo 25

Henry y Cami se despidieron de todos, antes de montarse en una camioneta. Fueron los primeros en irse, pero el resto los seguimos. Como cuando íbamos a trabajar, nos dividimos en los todoterrenos. Clara, Val, Mario y yo nos montamos en el vehículo de Leo. Solté un gran suspiro al sentir la comodidad del asiento. Liam ocupó el del copiloto.

Cuando llegamos a la ciudad Aarón y Leo fueron cada uno en una dirección. Yo fui a la primera que dejaron de mi grupo, ya que durante el trayecto me quedé dormida apoyada en Mario. Me despedí de todos frente a la entrada de mi casa, con abrazos y besos, y con mis amigos quedé en hablar por la mañana. Dependiendo de la hora que fuese, desayunaríamos juntos. Cuando me bajé Liam también lo hizo, para acompañarme hasta la puerta de la casa.

—No te vayas a la cama sin cenar —me pidió.

Dejó mi mochila apoyada en la puerta y me subió bien la cremallera de su chaqueta.

Hice el intento de quitármela para dársela, pero me frenó.

—Solo la acepto si también me devuelves la ropa de deporte —sonrió de medio lado.

—Claro, y me quedo desnuda —me reí.

—Exacto, es lo que quiero. —Arqueó una ceja y me mordí el labio inferior —. Date una ducha y hazte una cena en condiciones, hoy has comido muy

mal.

—Y tú —susurré, acercándome a él.

—Yo he comido estupendamente, varias veces.

Su voz ronca y el significado de sus palabras, que no se referían a la comida precisamente, me ruborizó. Sentí mucho calor de repente, al recordar todo lo que había hecho con mi cuerpo.

—Descansa —le susurré sobre los labios.

—Tú también —me dijo, antes de besarme.

Cuando nos separamos, jadeantes, nos quedamos mirándonos a los ojos. Los suyos me transmitieron algo diferente, pero no supe ponerle nombre.

—Se os van a quitar las ganas de cotillear —gritó Liam, de repente.

Me sobresalté y no lo entendí al principio, pero por lo visto él había sido más rápido en ver como nuestros amigos, Leo, Clara, Val y Mario, estaban asomados a las ventanillas del todoterreno, pendientes de nosotros.

Dentro del vehículo se escucharon risas y Liam negó con la cabeza.

—Entra —me pidió—. Ha sido un día duro.

—Sí. Hasta…

—Hasta pronto.

Me dio otro beso, en esta ocasión corto y rápido, y me puso la mochila en las manos, después de esperar a que abriera la puerta.

Cuando cerré y me envolvió el silencio me sentí sola. Noté un vacío, pero enseguida se me pasó. La emoción por estar en la casa y por la ducha que pensaba darme, me hizo caminar ligera hasta mi habitación.

A pesar de los esfuerzos de Liam por quitarme de encima la máxima cantidad de polvo y de arena, todavía notaba una fina capa pegada. El pelo era lo que peor llevaba y lo que me costó más una vez estuve debajo de la ducha, por los enredado que lo tenía.

Frotarme bien con jabón me sentó de lujo, alargué la ducha todo lo que me apeteció, hasta que me sentí cómoda y relajada. Salí de la bañera renovada, pero al mismo tiempo el agotamiento comenzó a hacer acto de presencia y fue apoderándose de mí.

Entre los nervios y el miedo que había pasado, por la situación y las condiciones en las que me había visto, más todo lo que me sucedió después con Liam y la intensidad de todo lo que me hizo sentir, sin darme mucho tiempo para descansar, todo ello me había dejado casi arrastrando los pies para ir a la cocina.

Lo primero que hice al llegar fue beberme un vaso de agua, lo siguiente sacar un refresco de la nevera. Abrí la lata mientras iba hacia unos de los taburetes de la isla. Lo retiré y me senté, dando el primer sorbo al refresco.

En la calma y el silencio, pensé en que tenía que comprobar el móvil. Ni siquiera lo había sacado de la mochila para ver si volvía a tener señal, conexión, o qué sabía yo. Tal vez Adrián me había llamado, escrito seguro, antes del viaje. Sonreí al recordar que en pocas horas podría subirme encima de él, para abrazarlo y sentir su protección. De mi prima también tendría alguna notificación. Me alegraba tanto que hicieran el viaje juntos, con Alberto y Diego.

Hoy me negaba a moverme, pero al día siguiente, en algún momento de la mañana, prepararía las camas de las dos habitaciones. En cuanto supe que tendría visita llamé a la dueña de la casa, para informar a Emily de que por unos días se alojarían cuatro personas más. Me dijo que no tenía que comunicárselo, que podía hacer lo que quisiera, siempre que no se la destrozara. Eso último me lo dijo con humor.

Se alegró mucho por mí, de que viniera mi familia, y entonces me comentó que las camas estaban cubiertas únicamente por colchas. Como en un principio solo iba a estar yo, la única cama que dejó preparada fue la de matrimonio, y sin saberlo fue justo la que elegí, en cuanto la vi.

Así que mañana por la mañana prepararía las camas con las sábanas y las mantas que había guardadas en los armarios. Mi hermano Adri y su mejor amigo, Diego, dormirían en la habitación en la que había dos camas individuales. Y Miriam y Alberto en la otra, en la que solo había una cama individual. Era lo bastante grande para ambos y les sobraría. Como ya comenté, aquí las medidas variaban mucho de las que estábamos acostumbrados.

Dirigí la mirada hacia la vitrocerámica, con una mueca. Liam me había insistido en que cenara, porque era verdad que lo único que había comido durante el día habían sido dos piezas de fruta, unos dátiles y media barrita de cereales. Pero solo de pensar en ponerme a prepararme algo de cena, por simple que fuera…

El timbre sonó y me giré hacia la puerta, extrañada por la hora que era. Me bajé del taburete con cuidado, porque la rodilla me molestaba más que cuando llegué, y fui a ver quién era. Para mi sorpresa, al abrir, me encontré con un Liam recién duchado y que olía de maravilla. Tenía el pelo húmedo.

—¿Qué haces aquí?

—¿Has empezado a prepararte la cena? —Negué con la cabeza— ¿Tenías la intención de hacértela? —Negué de nuevo, con los labios fruncidos— Eso pensaba. —Arqueó las cejas—. Traigo comida mejicana.

Fue entonces cuando me fijé en que llevaba dos bolsas.

—He pasado por el restaurante antes de venir hacia aquí. Conozco al dueño, es un amigo, y en cuanto he salido de la ducha le he hecho el encargo.

Sonriendo, me apartó y entró. Lo seguí con la mirada y continué observándolo al cerrar la puerta.

—Como sabía que no ibas a cuidar a tu estómago, pues aquí estoy. —Se giró hacia mí, después de dejar las bolsas en la mesa alta del salón—. Aparte te he traído la pomada para la pierna y la rodillera. Cuando terminemos de cenar te la echaré dándote un masaje, la rodillera hasta mañana no te la pongas.

—Yo…

—¿Así me recibes? —Se cruzó de brazos.

—Perdón —me reí nerviosa.

Me acerqué hasta él y coloqué las manos en sus brazos.

—No sé qué decir, yo… no te esperaba, ni mucho menos todo lo que has dicho. Así que es cierto lo que me dijiste.

—¿El qué exactamente? Te daría un sí general, pero me interesa saber a qué te refieres.

Solté un suspiro cuando descruzó los brazos para abrazarme con ellos. Sus manos las dejó sobre mis nalgas, por encima del pijama.

—Que es cierto que lo nuestro solo acaba de comenzar —susurré.

—¿Acaso tenías dudas? —Frunció ligeramente el ceño.

—Eh…no. Bueno, no lo sé.

—Vamos a vivir el momento, a estar juntos todo el tiempo que estemos aquí.

—Sí —acepté porque era lo que más deseaba.

Liam buscó mi boca y se la ofrecí, al igual que todo lo que quisiera coger de mí. Para empezar, me cogió en brazos, para llevarme hasta el sofá.

—¿Y la cena? —le pregunté.

—Por un poco más que esperemos no va a pasar nada —me dijo, mordisqueándome el cuello.

—Estoy de acuerdo —suspiré.

—Perfecto. Era lo que quería oír. Quédate desnuda y date la vuelta, voy a follarte tumbada bocabajo en el sofá, mientras veo tus pechos rebotar,

balanceándose.

Gemí por sus palabras y por el tono erótico con el que las dijo. Liam no quería esperar, me giró para que hiciera lo que me había pedido. Mientras que yo me quedé desnuda, él solo se bajó el pantalón. Estaba duro, su miembro se movía sacudiéndose y no tardó en tumbarme en el sofá. Tuvo cuidado con la rodilla que me dolía, dejándome la pierna lo más separada posible, al mismo tiempo que guiaba mi cadera y mi trasero hacia la mejor posición para él. Jadeé y cerré los ojos, al sentir la primera pasada de su glande por mi sexo.

—Estás perfecta ya, joder —siseó, por el exceso de fluidos.

Me dejó sin respiración cuando me embistió con fuerza, hasta lo más hondo, enterrándose en mí. Ese fue el comienzo para que Liam me manejara como deseaba. Me quedé a su merced, dándole las vistas que me había pedido, tanto de mis pechos moviéndose al ritmo de sus embestidas, como de todo mi cuerpo.

Me llevó a lo más alto, entre gemidos y gritos, y al cabo de unos minutos se liberó él. Me estremecí cuando me susurró que para empezar había estado perfecto, pero que todavía quedaban horas para que me dejara dormir. Mi corazón se aceleró cuando supe que pasaría la noche conmigo.

Después de que me ayudara a levantarme del sofá y de que me apretara las nalgas y me besara con ferocidad, todo a la vez, me dejo libre para que fuera al baño con el pijama que recogí del suelo.

Cuando volví al salón Liam ya estaba como si acabara de llegar y había puesto la mesa. Se me abrió el apetito al instante, al ver la comida mejicana.

Nos sentamos a la mesa con dos copas de vino y brindamos por los comienzos. Cenamos de maravilla, hablando y conociéndonos un poco más, y cuando terminamos, Liam me obligó a ir a la habitación, mientras él recogía la mesa del salón y lo llevaba todo a la cocina.

Me encontró tumbada bocarriba en la cama, debajo del nórdico. Vino directamente hacia mí, con el bote de pomada y la rodillera. La última la dejó en la mesita de noche, el primero lo abrió y se echó en las manos, después de apartar la ropa de cama de mis piernas.

El primer contacto con la pomada fue frío, pero enseguida me calentó, con sus manos y su masaje. Me relajé disfrutando de lo que me hacía, a pesar de las pequeñas punzadas de dolor que me daban de vez en cuando. Liam me dijo que, al día siguiente, después de la noche de descanso, me sentiría mucho mejor. Era lo que esperaba, la verdad.

Cuando terminó con mi pierna se apoderó del postre que le ofrecía, el que encontró entre mis piernas. Lo había recibido desnuda, mi pijama desapareció antes de meterme en la cama. Y así, cubierta de sus atenciones y sintiéndome en la gloria y más viva que nunca, me llevó al orgasmo de nuevo y se me cerraron los ojos, cuando se tumbó a mi lado y me agarró para colocarme sobre él.

A pesar de cómo se torció el día para mí, no podía haber deseado un final mejor. Todavía tenía que asimilarlo todo, con calma y en soledad, aunque lo de estar sola tendría que esperar y parecía que Liam tampoco estaba mucho por la labor.

No era que quisiera separarme de él y alejarlo de mí, para nada, pero sí que necesitaba un poco de tiempo para terminar de creerme todo lo que estaba pasándome.

Que no era poco, porque dentro de mí tenía una avalancha de emociones buenas.

Capítulo 26

Crucé las manos por delante y entrelacé los dedos, para mantenerlas quietas. Ya no sabía qué hacer con ellas, como siempre que me ponía muy nerviosa.

Me encontraba en el aeropuerto, a unos metros de la salida por la que aparecerían mi hermano, Diego, Miriam y Alberto.

Ya tenía la confirmación por mensaje de mi hermano de que habían aterrizado, aunque tocaba tener paciencia. El avión iba estaba al completo y entre que salían y recogían los equipajes…

Pasaban unos minutos de las cuatro de la tarde, el vuelo había llegado puntual. Al final había venido sola, en taxi. En un principio Liam quiso traerme en uno de los todoterrenos que utilizaban sus amigos para trasladarnos, los que ahora sabía que conducían únicamente para cosas del trabajo. A excepción de cuando vinieron a buscarnos a nosotros, después de la tormenta de polvo.

Cada vez que me venía a la cabeza parecía que había pasado más tiempo, cuando fue el día anterior. La veía lejana, cuando solo habían pasado horas. Pero eso era bueno.

Como decía, Liam iba a acompañarme y a llevarnos a todos hasta la ciudad, pero sobre el mediodía recibió una llamada y tuvimos que separarnos. Estábamos en mi casa y se fue a la suya, para atender unos asuntos de trabajo que no podían esperar.

Desde entonces no sabía nada de él, no había querido molestarlo con mensajes o llamadas, más que nada porque antes de irse me dijo que en cuanto estuviera libre él me buscaría y daría conmigo como fuera.

Despertarme entre sus brazos había sido… no tengo palabras para todas las emociones que sentí en el instante en el que abrí los ojos y fui consciente de que lo tenía pegado a mí, abrazándome.

Al levantarnos, después de tomárnoslo con calma, nos dimos una ducha juntos y preparamos un buen desayuno. Nos lo tomamos en la cocina y unos minutos después de terminar, para mi sorpresa aparecieron todos nuestros amigos, Leo y Aarón por parte de Liam. Henry y Cami tuvieron que atender su propia casa.

Por mi parte aparecieron César, Mario, Marcus, Val, Clara, Nicola y Sandra. Llegaron todos juntos, preparados para prestar ayuda ya que debido a la tormenta los exteriores de la casa quedaron un poco dañados. De eso me di cuenta a la mañana siguiente, ya que cuando me trajeron era de noche.

Entre todos limpiamos hasta la última mota de polvo y grano de arena, todas las acumulaciones de los restos del temporal. Lo dejamos todo como estaba cuando me fui bien temprano con mi cámara de fotos. El jardín lucía perfecto, al igual que el porche y algunas partes bajas de la fachada. También me ayudaron a hacer las camas, vistiéndolas con las sábanas y las mantas, debajo de las colchas. Había nórdicos en los armarios, pero esos los dejé para que cada uno decidiera lo que más le apetecía tener cubriéndolos.

Miré la pantalla de mi teléfono, pero no encontré nada nuevo. Como ya supuse mi hermano y mi prima me escribieron a pocas horas de montarse en el avión, lo que vi cuando me metí en la cama, antes de que Liam llegara para echarme la crema en la rodilla.

—¡Te pillé!

Solté un grito cuando Miriam se tiró encima de mí, apareciendo de repente y sin que me diera cuenta. Después del primer sobresalto comenzamos a saltar, yo con dificultad, pero me tragué las molestias de la rodilla. Abrazadas, nos reímos y lloramos, por estar juntas de nuevo.

—Jolin, desde que he llegado llevo atenta a la salida y para una vez que miro el móvil, por si me habéis escrito… —dije entre risas.

—Esas son las ganas que tenías de vernos.

—¡Adri! —grité al escuchar a mi hermano.

Caminé todo lo rápido que pude hacia él y cuando iba a lanzarme a sus brazos, me paró agarrándome de los hombros.

—¿Qué te pasa? —me preguntó con el ceño fruncido.

—No es nada. me hice daño ayer en una pequeña caída, nada más —le expliqué—. ¡Para! —me reí, apartándole las manos para poder acercarme a él.

Por fin pude lanzarme a sus brazos, los que para mí representaban hogar, paz, calma, protección y amor infinito.

—Te he echado mucho de menos —susurré con la cara escondida en su pecho.

—Y yo a ti, cariño. —Me dio un beso en la cabeza, apretándome a él.

—Bueno, bueno, deja un poco para los demás, ¿no?

Me reí al escuchar a Alberto, el novio de mi prima. Cuando Adri me liberó pasé a los brazos de mi amigo.

—Hola, preciosa.

—Hola —le sonreí, cuando nos separamos—. Me alegra mucho que hayas podido viajar. —Le di un beso en la mejilla.

—Y a mí, y más estando tú aquí. —Me hizo un guiño—. Por fin voy a poder descansar, tu prima me ha vuelto loco estos últimos días. —Puso los ojos en blanco y nos reímos.

Miriam apareció a su lado, para darle varios golpes en el brazo, quejándose de que era un exagerado.

—¿Hay algo para mí?

Me giré hacia Diego, con una gran sonrisa. Me lancé a los brazos del mejor amigo de mi hermano, el que en muchas ocasiones ejercía hacia mí el mismo papel que Adri.

—Hola, pequeña —me dijo sonriente, después de darme un beso en la mejilla.

—Hola. —Lo agarré de una mano, emocionada con el reencuentro—. Los demás están deseando veros —les dije a todos.

—Mmm… ¿Hola? —dijo mi prima.

Antes de que me girara, al escuchar otra voz, supe a quién le había hablado Miriam. Me quedé sorprendida

—Bienvenidos —habló Liam.

Nuestras miradas se encontraron y él ladeó un poco la cabeza, al ver mi mano y la de Diego agarradas. Me reí por lo que representaba su reacción y me acerqué a él.

—No me has dicho que venías —le dije.

—A eso se le dice sorpresa —susurró inclinado hacia mí, muy cerca de mi cara—. ¿Quién es ese tío? —Arqueó las cejas.

—El mejor amigo de mi hermano, así que podría decirse que para él también soy como su hermana pequeña —le aclaré—. Gracias por estar aquí.

Un carraspeo fuerte me hizo caer de golpe de la nube en la que Liam me subía. Me giré hacia los recién llegados y miré a mi hermano, que era quien había llamado mi atención.

Solo con ver mi cara arqueó una ceja, ya que me interpretó perfectamente. Dirigió la vista hacia Liam, quien ya lo observaba atentamente. Solté un suspiro cuando Liam me agarró de la cintura y me acercó más a él, diciendo a

gritos que había algo entre nosotros. ¿El qué? No lo sabía, pero no necesitaba ponernos ninguna etiqueta para disfrutar de él.

—Interesante —comentó Diego, dándole una palmada en el hombro a mi hermano—. Menuda sorpresa, ¿eh, amigo? —habló con humor.

Mi hermano lo fulminó con la mirada, antes de centrarse en Liam y en mí, de nuevo. Mi prima estaba conteniéndose, dándole prioridad a la reacción de Adri, pero estaba deseando venir hasta mí para hacer muchas preguntas. La evidencia la tenían todos delante, no había mucho más que aclarar con respecto a Liam.

—¿Indira?

«Uh, mal asunto», pensé cuando mi hermano me llamó por mi nombre completo.

—Él es Liam —lo presenté a todos—. Forma parte del rodaje, en cierta forma —carraspeé, provocando que Liam sonriera de medio lado—. Nos hemos conocido aquí. Ellos son… —comencé a mencionarlos a todos, yendo uno a uno para que Liam supiera quiénes eran.

—Un placer veros por fin y conoceros, Indira me ha hablado de vosotros. Tranquilo, no te ha ocultado mucho —se dirigió a mi hermano, quien arqueó una ceja por las palabras de Liam—. Estamos juntos desde ayer.

Liam me agarró de la mano y menos mal, porque me derretí al oírlo. Me tembló todo el cuerpo, por la manera tan segura y directa con la que se refirió a mí y a lo que teníamos.

—¿Desde ayer? —repitió mi hermano, observándome a mí.

—Sí —sonreí—. Ayer fue un día intenso, pasaron bastante cosas.

—Estoy deseando que me lo cuentes.

—Claro —me reí, nerviosa.

Después de intercambiar una mirada con Liam y de darle un apretón en la mano, me separé de él para abrazar de nuevo a mi hermano.

—Todo está bien —le susurré, con la cara apoyada en su pecho.

—Para ti está perfecto. Ya veo, ya…

Solté una carcajada y cuando me separé, sacudió la cabeza, pero me dio un beso en la frente.

—Vamos, estaréis deseando deshaceros de los equipajes y poneros cómodos —dijo Liam—. Os llevaré a la casa de Indira para que podáis descansar.

—Sí —hablé yo—. ¿Tenéis hambre?

—A mí me duele el estómago, pero con cualquier cosa rápida me apaño. Puedo comprar algo aquí —comentó Miriam.

—De eso nada. No tardaremos en llegar y os he preparado una buena comida, con la que os chuparéis los dedos.

—No se hable más —se animó mi prima, riendo.

—Por cierto, Liam os está hablando en español porque conoce perfectamente el idioma, como muchas de las personas de aquí, pero otros solo hablan el inglés —les informé.

Lo del cambio de idioma lo daban por hecho y ninguno de los cuatro tenían problemas para comunicarse en inglés, pero aun así lo dejé claro.

—Sí, sí, muy interesante —dijo mi prima—. Pero ven aquí —me agarró para tirar de mí y separarnos de los demás.

Nos quedamos retrasadas cuando los hombres comenzaron a caminar delante de nosotras. Fruncí los labios, conteniendo la diversión.

—Joder, qué calladito te lo tenías —fue lo primero que me dijo—. Liam está tremendo. —Silbó.

—Cuidado que como te escuche Alberto… —La miré de reojo.

—Me dará lo que siempre busco —nos reímos.

—No tienes remedio. —Sacudí la cabeza—. ¿No te ha sonado Liam?

—¿Eh? ¿De qué tiene que sonarme? —Arrugó el ceño, observándolo por la espalda— Has dicho que os habéis conocido aquí.

—Es el del sombrero vaquero, el de la foto que saqué para ti.

—¡No fastidies! —Jadeó—. Pero cómo…

Después de reírme un rato le expliqué todo, en tiempo récord. Mi prima no salía del asombro, sobre todo cuando le dije que Liam era mi jefe, en cierta forma, porque él me confesó ayer que era el dueño de la productora. También le conté lo que sucedió el día anterior, todo.

—La madre que… ¡Qué fuerte! —dijo con los ojos abiertos al máximo.

—Calla, que a Adri tengo que contárselo con calma.

—Mmm… sí. ¡Qué tensión, chica! Pensaba que tu hermano saltaría encima de Liam en cualquier momento. —Se tapó la boca con las dos manos.

—Se lo tomará bien —sonreí—. Es que le ha pillado de golpe, ha sido muy precipitado y con lo protector que es…

—Y tan de golpe, te liaste ayer con Liam. Por cierto, ¿seguro que estás bien de lo de la tormenta? —Frunció los labios, cuando le temblaron.

—Sí. —Le rodeé los hombros y apoyé la cabeza en la suya—. Tranquila, ¿vale? Lo pasé mal, pero quedó en un mal susto —suspiré.

—Madre mía, cuando se lo cuentes a tu hermano.

—Ya. Joder, ¡no me pongas más nerviosa!

Nos miramos y nos reímos. Se abrazó a mi cintura y de esa forma, bien juntas, llegamos hasta el todoterreno siguiendo a los demás. Mi prima comenzó a emocionarse con todo y miró a Liam con otros ojos, al saber que era el vaquero de la foto que le enseñé al poco de llegar.

Liam la ayudó a subir al vehículo y cerró la puerta, dejándonos a los dos fuera.

—¿Bien? —me preguntó.

—Estupendamente —le sonreí.

Me hizo un guiño y me abrió la puerta del copiloto. Me ofreció una mano y el mundo se tambaleó bajo mis pies cuando me acercó a él y me dio un beso en los labios, sin importarle todos los ojos que nos observaban desde el asiento trasero.

—Para que tu hermano vaya haciéndose más a la idea —susurró acariciándome los labios, antes de separarse.

—No me lo puedo creer… —dije divertida.

—Ya ves. —Se encogió de hombros.

Solté una carcajada y me monté. Cuando me puse el cinturón y me giré hacia atrás me encontré con las caras sonrientes de casi todos, siendo mi hermano el único que estaba ahí, ahí, decidiendo cómo reaccionar. Estaba segura de que estaba luchando por mostrarse feliz por mí, para no ponerme mal, pero al mismo tiempo pensaba si debía estar realmente feliz con lo que acababa de encontrarse.

Cuando Liam arrancó y comenzó a circular, les hablé animada. Como me sentía.

—¿Estáis muy cansados?

—Yo lo que tengo es hambre —me contestó mi prima, riendo—. He dormido mucho durante el vuelo.

—Claro, encima de mí —comentó con diversión Alberto.

—Ay, amor, ¡qué mal te sientan estos aires! Después dices que yo me quejo. —Le hizo un puchero que Alberto le borró rápido.

—Es que esta noche unos amigos de Liam nos han invitado a cenar en su casa —les dije—. Saben que llegabais esta tarde y si nosotros nos apuntamos, también irán Mario, César, Nicola, Marcus y Sandra. Aparte de varios amigos más de Liam, Leo y Aarón. ¿Os apetece? Será a final de la tarde, todavía hay tiempo para que descanséis.

—Por mí perfecto. Ya descansaremos en los siguientes días, hemos venido a disfrutar y a exprimir al máximo todas las oportunidades —dijo Diego y le lancé un beso al aire, el que capturó de forma exagerada haciéndome reír.

—¿Pensamos todos como Diego? —preguntó mi prima y asintieron conformes— Pues esta noche tenemos cena especial. —Aplaudió ella, emocionada.

—Estupendo —miré a Liam, quien sonrió pensando en avisar a sus amigos.

Sobre todo, a Cami, con lo emocionaba que estaba.

Cuando Liam nos dejó en mi casa me despedí la última de él, con otro beso. Esta vez fue más intenso porque nos quedamos solos, los demás entraron en la casa con la llave que le di a mi hermano.

—Me quedo el todoterreno para venir a por vosotros. Sobre las ocho y media estaré aquí.

—Vale —le sonreí.

Lamenté que volviera a besarme porque después se fue.

Capítulo 27

Salí de mi habitación lo más silenciosa posible y fui hacia el salón, para entrar en la cocina. Miré la hora en el móvil, el que llevaba en una mano. Eran casi las siete de la tarde, había dormido una buena siesta.

Al llegar a la casa ellos comieron rápido porque dejé la comida caliente en el horno y mantuvo muy bien la temperatura. Les hice compañía mientras comían y una vez terminaron, cada uno se fue a su habitación a descansar. Se dividieron como yo tenía en mente.

Me bebí un vaso de agua y me eché un poco de té frío. Con él fui al porche, para tomármelo sentada en uno de los sillones cómodos. Todavía había tiempo de sobra hasta que llegara Liam, por lo que no había prisa en que fueran apareciendo los demás.

Me ajusté bien la chaqueta de lana y me llevé el vaso a los labios, para darle varios sorbos al té, mientras observaba lo bien que había quedado el jardín. No parecía que el día anterior hubiera habido una gran tormenta que lo dejó todo cubierto de polvo y arena. Los vientos arrastraron una mezcla.

—Eh.

Giré la cabeza para encontrar a mi hermano saliendo al porche.

—¿Te he despertado?

—No. Ya hacía un rato que me había desvelado.

Arrastró otro sillón y lo colocó a mi lado.

—¿Te apetece algo?

—Por ahora estoy bien. —Se echó hacia delante, para apoyar los brazos en las piernas.

—Pruébalo, te gustará. —Le ofrecí mi vaso y lo cogió negando, con una sonrisa.

—Está bueno —estuvo de acuerdo al beber—. ¿Cómo tienes la pierna? ¿Se te alivia el dolor o va a más?

—No es dolor fuerte, solo me molesta y me da punzadas a veces. Tengo la rodilla como ayer. —Me encogí de hombros—. Todavía es pronto. Liam me dio una pomada anoche y también una rodillera. La llevo puesta.

—Si no notas mejora no te lo guardes para ti. Dilo —me pidió serio.

—Que sí —le sonreí.

—¿Cómo te caíste y dónde?

—Mmm… es un poco largo de contar.

—Entonces primero háblame de Liam, ya que ha salido su nombre.

—No te he hablado de él porque no tenía sentido. —Apoyé la cabeza en el sillón, sin dejar de mirarlo—. Es verdad que estamos juntos desde ayer y antes, bueno, no pasaba nada entre nosotros y al mismo tiempo lo pasaba todo. Pero no me paré a pensar en que él me interesaba. Por eso no hablé de él ni con Miriam, ni siquiera con mis amigos de aquí. Todos se enteraron anoche de que estamos juntos, se sorprendieron igual que vosotros. No es algo que planeáramos, surgió así.

—¿Y ahora qué hago yo? —Elevó las cejas.

—¿Cómo?

—Si me cargo a Liam, al hombre que toca demasiado a mi hermana pequeña, estoy en un país extranjero y no sé qué repercusiones tendré. —Se frotó la mandíbula, como si se lo estuviera planteando.

—Idiota. —Solté una carcajada, provocando que sonriera.

—Sí, seré muy idiota, pero que se ande con ojo. Todavía tengo que tantearlo para tener una opinión final de él. —Sacudió la cabeza.

—¿Estás tranquilo al haber dejado el trabajo a cargo de varios de tus trabajadores? —le pregunté, para cambiar de tema.

—Mucho —afirmó con seguridad—. Llevan muchos años conmigo, todo lo que saben lo han aprendido de Diego y de mí, así que están más que preparados para enfrentarse solos a los días que estemos fuera. Si surge algún problema sucedería igual si Diego y yo estuviéramos, y sé que lo solucionarán de la mejor manera posible. Confío en Edu y en Miguel.

—Me alegro de que vayas a poder desconectar del trabajo —le sonreí.

—Lo sé, cariño.

—Hola —nos saludó Diego, que salió al porche con cara de acabar de despertarse.

Le correspondimos al saludo y se sentó en la mesa alta del porche, muy cerca de nosotros.

—Mira que tienes sitios cómodos para ponerte, ¿eh? —le dijo mi hermano.

—Lo he hecho por ti, porque sé que siempre tienes algo que decir —comentó Diego, con diversión.

—No me toques las narices…

—Que va, de eso se encarga perfectamente tu cuñadito. —Soltó una carcajada, cuando Adri le lanzó a la cara un cojín.

—No lo calientes —le pedí a Diego, entre risas.

—Yo no tengo cuñado —dijo Adri, acomodándose en el sillón—. Ni se te ocurra contradecirme —se dirigió a mí—. Será mi cuñado cuando haya pasado mi control, hasta entonces…

Diego silbó e hizo varias bromas. Él y yo estuvimos riéndonos a costa de mi hermano, el que parecía alterarse por momentos, pero que en realidad estaba muy relajado con su mejor amigo y conmigo.

—¿Estás mejor de la pierna, preciosa? —me preguntó Diego.

—Igual, pero mejorará. No es nada grave —le contesté, sonriendo.

—Perfecto. —Me hizo un guiño—. ¿Cómo te lo hiciste?

—Ahora es el momento perfecto para que nos cuentes cómo te caíste y dónde. También qué pasó para que ayer tuvieras un día tan intenso en el que pasaron bastantes cosas, como me has dicho en el aeropuerto.

—Vale, pero no quiero que te enfades —le pedí.

Estaba dispuesta a contarlo todo, ya que sabía que de Alberto se encargaría Miriam. Estaba segura de que cuando salieran de la habitación Alberto ya sabría lo que me pasó el día anterior, sin que le faltara ni una mínima información.

—Mal empezamos. —Entrecerró los ojos Adri.

—Te prometo que lo controlaré —me dijo Diego, con un guiño.

—Los cojones —se quejó mi hermano.

—Esos también te los controlo si quieres. —Soltó una carcajada Diego.

—Ayer comencé el día estupendamente —me lancé a explicarme—. Tenía decidido que aprovecharía toda la mañana para estar a solas con mi cámara de fotos, así que me levanté temprano y Mario me acompañó en un taxi hasta una parte del desierto.

—Joder, podrías haber elegido una zona de la ciudad —comentó Diego.

—No es lo mismo. —Fruncí los labios—. El caso es que me despedí de Mario y quedamos en que me recogería al mediodía en el mismo sitio. También me pidió que le compartiera la ubicación, para tenerme controlada por precaución. Todo iba genial, conseguí unas fotografías estupendas, pero entonces de repente todo se torció. —Hice una mueca.

—¿Qué pasó? —Quiso saber Adri, acercándose más a mí.

—Me vi con una tormenta de polvo encima.

—No jodas —se sorprendió Diego.

—Sí —miré hacia el jardín, sin ver realmente—. Yo, no lo sabía, al igual que mis amigos. Cuando me di cuenta vi una masa densa acercarse a mí y como había pocos sitios donde protegerme, por no decir ninguno, comencé a correr. Los teléfonos fallaron, por lo que no pude comunicarme con Mario. Por suerte mi señal de la ubicación continuó funcionando y gracias a ella me encontró Liam.

—¿Liam? —preguntó mi hermano, en tensión.

—Sí. Cuando se enteró dónde estaba yo no lo dudó y vino a por mí, preparado. Mario quiso venir, pero hubiera sido muy arriesgado, aparte de que todos los servicios se paralizaron en la ciudad, hasta que la tormenta pasara. Liam estaba acostumbrado a esas tormentas, nació aquí, así que sabía a lo que se enfrentaba. Si no hubiera sido por él… me encontró tirada en el suelo, ahí fue cuando me hice daño en la rodilla —suspiré—. Me caí al suelo de mala manera.

Mi hermano me agarró de un brazo y tiró de mí. Terminé sentada en su regazo, acurrucada entre sus brazos. Diego ocupó el sillón que dejé libre.

—¿Cómo salisteis de ahí?

—Liam llegó en moto, pero la tormenta la hubiera estropeado con una exposición prolongada, por lo que me llevó al único lugar en el que estaríamos bien: una cueva. La moto consiguió llegar y en la cueva estuvimos hasta que

pasó la tormenta. Sus amigos y los míos fueron a buscarnos cuando ya era de noche, después de muchas horas.

—¿Cómo terminaste? —me preguntó con delicadeza Diego. Mi hermano estaba demasiado callado, mientras me apretaba a él y mantenía los labios en mi cabeza—. ¿Te pasó algo más, aparte de lo de la rodilla?

—Bueno, cuando Liam me entró encontró no podía abrir los ojos. Me dolían por la suciedad que me entró, tenía tierra en todos los orificios —suspiré—. Pero él me limpió, tuvo mucho cuidado con mis ojos.

—Sí, ¿eh? —sonrió Diego, con complicidad. Le devolví la sonrisa.

—Sí. Me echó suero, utilizó una toalla y me dio agua para terminar de sacar todo el polvo y la arena. Me limpió desde el pelo hasta los pies, literalmente. También comprobó que el dolor de mi rodilla no fuese grave.

—Me lo estás poniendo difícil para que lo odie —susurró mi hermano y solté una risilla—. Si te hubiera pasado algo…

—No me pasó. —Levanté la cabeza, para abrazarlo del cuello.

—Lo que tengo que agradecerle a Liam —habló contra mi frente.

—Seguro que lo teníais todo planeado para que a Adri no le quedara más remedio que le cayera bien su cuñado —rio Diego, aflojando la tensión.

—Todavía no he decidido si es mi cuñado. —Bufó mi hermano.

—Tío, no te resistas tanto —le pidió Diego—. La realidad es que le debemos la vida de tu hermana —se puso serio—. Solo por eso se merece una gran oportunidad y apoyo por tu parte. Por la mía la tiene ya.

—Y claro, tantas horas en esa cueva… —carraspeó Adri—. Ya no me cuentes nada más, no quiero saber cómo es que da la casualidad de que justo desde ese momento estáis juntos.

Diego soltó una carcajada y tuve que unirme a él en las risas. No me preocupó que Adri no aceptara a Liam, sabía que por mucho que le costara,

por verme feliz haría lo que fuese. Además, estaba resistiéndose, pero al saber lo que me pasó el día anterior y el papel que jugó Liam, salvándome, lo habían ablandado y pondría de su parte para conocer a Liam. Era un gran comienzo.

—Os dejo, chicos —dijo Diego, levantándose—. Voy a darme una ducha rápida y me arreglo para ir a cenar a la casa de los amigos de Liam.

—Se llaman Cami y Henry. Son grandes amigos de Liam, ella es como una hermana pequeña para él, aunque no compartan la misma sangre. Ya los veréis juntos —sonreí—. Henry y Cami también fueron a buscarme anoche, con Leo y Aarón, por parte de Liam.

—Estoy deseando conocerlos a todos —dijo con sinceridad mi hermano y sonreí.

—Yo también. —Asintió Diego—. Me alegro de que estés bien, preciosa.

Se inclinó para darme un beso la cabeza y me acarició la mejilla.

—No nos des muchos más sustos como este.

—Vale —susurré.

Me hizo un guiño, le apretó el hombro a mi hermano y entró en la casa, para ir a la habitación que compartía con Adri.

—¿De verdad estás bien?

—Sí —le confirmé a mi hermano, apoyándome de lado en su pecho—. Si te soy sincera al poco de llegar comencé a encontrarme rara, pero ya no. Se me ha pasado.

—¿Rara? Joder, ¿por qué? —volvió a preocuparse— ¿Ves como no puedo dejarte sola?

—Todo lo que me ha pasado me habría sucedido igual si hubieras estado conmigo —me reí.

—Eso no lo sabes.

—Ni tú.

—Vale. —Bufó, resignándose. Tenía muy mal perder.

—No sé porque me sentía de esa forma. Supongo que sería algún tipo de adaptación porque se me ha quitado sin darme cuenta. —Me encogí de hombros.

—Pues menos mal, porque ya nos veía cogiendo un vuelo para casa, mañana.

—Si, hombre. —Solté una carcajada.

—Lo que yo te diga, aunque te llevara a rastras. —Arqueó las cejas.

Nos quedamos en silencio, abrazados. El tiempo fue pasando sin que a ninguno de los dos nos apetecería movernos.

Con nuestros padres hablé al mediodía, cuando Liam se fue y antes de pedir un taxi para que me llevara hasta el aeropuerto. Les dije que el vuelo iba según lo previsto, para que descansaran tranquilos. Igualmente, mi hermano les escribió en cuanto aterrizó y mi padre le contestó al momento.

Al día siguiente les haríamos una videollamada para que nos vieran juntos, y con mi prima revoloteando a nuestro alrededor.

—¿Tienes que ducharte? —le pregunté.

—No. Me he dado una ducha rápida antes de meterme en la cama. ¿Y tú?

—Solo tengo que vestirme, me he duchado antes de ir al aeropuerto.

—Pues todavía podemos quedarnos así un rato más.

—Sí —le confirmé, sonriendo—. Te echado mucho de menos —susurré.

—No te imaginas cuánto te he echado de menos yo a ti. —Me dio un beso en la cabeza—. Cariño…

—¿Sí?

—¿Estás enamorada de Liam?

La pregunta me dejó pensativa durante unos segundos.

—Yo… creo que sí.

—Vale, definitivamente lo estás —suspiró.

—¿Tan rápido lo has sabido? —me separé para mirarlo a la cara.

—¿Por tu reacción y contestación? Por supuesto, te conozco mejor que nadie. —Puso los ojos en blanco.

—No es malo que me haya enamorado. Liam me trata muy bien, está muy pendiente de mí y…

—Lo he visto —dijo pensativo—. Pero un amor tiene que ser muy fuerte y verdadero para soportar la distancia. ¿Has pensado en ello? ¿Dónde vive Liam?

—No he pensado en eso, los dos queremos vivir el momento que se nos ha presentado. El futuro es incierto en todos los casos, Adri. Y no sé dónde vive habitualmente Liam. Aquí sé que tiene una casa, es donde nació y se crio, pero supongo que también tendrá una vivienda desde donde dirige la productora. No le he preguntado. Lo mismo ocurrirá con Leo y Aarón, trabajan con él. Sus amigos son sus personas de confianza, para todo.

—Un momento… ¿Dirige la productora? ¿En la que tú trabajas? ¿La misma que te ha traído hasta aquí?

—Mmm… sí. —Fruncí los labios, preparándome para continuar—. Pero no solo la dirige, sino que también es el dueño de ella.

—No fastidies. —Agrandó los ojos.

—Sí —me reí nervios—. Me enteré ayer. Es mi jefe. —Me encogí de hombros.

—¿Cómo lo sabías?

—Porque nunca se ha dejado ver como el dueño de la productora, hace todo lo posible para llevar una vida tranquila y apartada del foco mediático. Evita mostrarse y que la gente sepa quién es, al verlo. Y nunca va a los rodajes, si está aquí es porque esta es su ciudad natal, donde tiene a personas importantes para él, así como recuerdos y pertenencias. Se ha tomado una especie de vacaciones, como me dijo.

—Joder. —Se pasó una mano por el pelo.

—Por favor, llévate bien con Liam —le pedí.

—Ya me he dado cuenta de lo importante que es para ti. —Sacudió la cabeza—. Te prometo que haré lo posible para acercarme a él y conocerlo bien, lo que no te prometo es que no vaya a tensar la cuerda. Al menos al principio —carraspeó.

—Eres incorregible. —Bufé, pero me reí después.

—Por eso no puedes vivir sin mí.

—Ja. —Me levanté de un salto, pero no para huir—. ¿Quieres que te enseñe las nuevas fotografías que he sacado, antes de que nos arreglemos para irnos? —le pregunté ilusionada.

—Ya estabas tardando. —Me hizo un guiño, levantándose para acompañarme a mi habitación.

Capítulo 28

Liam

—Ay, ¡qué mono!

—¿Qué dices? —me giré hacia Cami— ¿A quién le has dicho eso?

—A ti —respondió Henry, riendo—. Te ha dicho mono porque no paras de mirar por la ventana, para controlar cuando llega Indira —habló con humor—. Eres monísimo, sí, y has caído de pleno —sonrió de medio lado.

—No tenéis nada mejor que hacer que estar pendientes de mí, como por ejemplo terminar la cena. —Me crucé de brazos.

—Ay, y encima se mosquea —dijo Cami, mirando a su marido—. Está enamoradísimo —suspiró.

—Sí, cariño. Nuestro Liam ya sabe lo que es el amor de verdad —comentó Henry.

—Cuando queráis podéis dejar de hablar de mí como si no estuviera delante. —Bufé.

—¿Qué pasa? —preguntó Aarón, mirándonos con curiosidad.

Entró en la cocina con Leo siguiéndolo de cerca. Los tres habíamos llegado antes para ayudar a la pareja en todo lo que fuese necesario. Ya eran pasadas las ocho de la tarde y lo teníamos todo preparado para la llegada del resto de

los invitados, solo faltaban los últimos canapés, de los que se estaba encargando Cami porque nos había echado de su lado.

—No quiero oír hablar más del tema —les advertí a todos.

—Pasa que mi mujercita respira corazones al ver a Liam enamorado —comentó Henry, ignorando mi petición.

La fulminé con la mirada, provocando que él soltara una carcajada.

—Relájate —me pidió Leo, dándome una palmada en el hombro—. Eres la novedad, se les pasará rápido —comentó con humor.

—Nosotros hemos tenido tiempo para asimilarlo, viendo diariamente lo que había —rio Aarón.

—La próxima vez no contéis conmigo.

Me fui de la cocina, salí con el botellín de cerveza. Cuando estaba llegando al sofá ya tenía a Cami pegada a mí. La miré de reojo mientras me sentaba. Ella hizo lo mismo.

—No te enfades.

—No estoy enfadado.

Era verdad, me habían tocado las narices sus comentarios, pero de ahí a mosquearme… y menos cuando siempre que podíamos nos picábamos entre nosotros. En el buen sentido, aunque en esos momentos sentaran como una patada en el estómago.

—Ya deben estar a punto de llegar.

—Imagino.

—¿No ibas a ir tú a por ellos?

—Sí, pero Indira me ha llamado para decirme que llevaba a su familia al centro de la ciudad, para que tuvieran un pequeño adelanto, pero, sobre todo,

para encontrarse con el resto de sus amigos. Le envié la dirección y llegarán en taxis, cuando terminemos sí que los llevaré a la casa, Leo o Aarón se encargarán de los demás.

—Y te quedarás con ella —dijo con una sonrisa cómplice.

—No lo creo. —Negué, dándole un trago a la cerveza—. Es la primera noche que estará con sus familiares —dije pensativo.

Me refería a todos como familia de Indira porque Alberto era el novio de su prima y también un buen amigo de años, de todos. Ya formaba parte del núcleo familiar. Y Diego también lo metía en el mismo lote, al ser el mejor amigo de Adrián y llevar casi toda la vida juntos.

—¿Entonces ha ido bien el primer encuentro? Te noto serio.

—Estoy así por unos asuntos del trabajo, no es nada personal. Si me ves pensativo es porque la cabeza se me va a la llamada que he recibido este mediodía.

—¿Algún problema?

—De esos siempre hay, pero no es nada preocupante. —Le hice un guiño.

—¿Seguro? —insistió.

—Sí.

—Ya están aquí.

Se levantó de un salto cuando sonó el timbre. Me quedé sentado, para no colapsar la entrada. El resto de mis amigos salieron a recibir a los recién llegados y como ya esperaba, todo fueron besos, abrazos y presentaciones hacia los que no se conocían.

Indira no tardó en buscarme con la vista por el salón y cuando me encontró, sonrió. Le devolví el gesto y fue entonces cuando me incorporé despacio, mientras ella caminaba hacia mí.

—Hola —me saludó.

—Hola. —La agarré de la nuca y comencé a mover los dedos, con pequeñas caricias—. ¿Bien en el centro?

—Sí —me sonrió—. Les ha gustado. Mañana mientras yo trabajo lo verán con calma, al menos la parte más céntrica.

—Puedo hablar con John para que…

—No. Voy a seguir haciendo mi trabajo.

Me incliné para unir mis labios a los suyos, como llevaba queriendo hacer desde el último beso que nos dimos.

—¿Cuántos días se quedarán? —le pregunté cuando nos separamos, demasiado rápido.

—Diez días.

—Pues trabaja hasta el jueves y el resto de los días, hasta que se vayan, tómatelos libres. Hablaré con John, seguro que Mario o cualquiera de tus compañeros de cámara estarán encantados de sustituirte.

—Del que más me fio para dejarle mi equipo, de entre todos los que pueden utilizarlo y están con otras cosas, es Mario. Val, Clara y Nicola estarán liadas con sus propias cámaras de grabación. Y Sandra no puede alejarse de la iluminación en cada escena.

—De acuerdo, si Mario puede encargarse él ocupará tu puesto.

—Podrá compaginar sin problema su trabajo con el mío, durante unos días —dijo sonriendo.

—Vengo a cenar, a pasar un rato divertido, ¿y escucho mi nombre mezclado con las palabras trabajo y compaginar?

Indira se rio por las palabras de Mario, quien se acercó a nosotros. Lo saludé con un abrazo y los dejé hablando, para ir a saludar al resto de los

recién llegados.

—Adrián. —Le ofrecí la mano.

—Liam. —Asintió hacia mí, aceptando mi saludo.

—¿Qué os apetece de beber? ¿Cerveza para empezar o vino? —preguntó en general Henry.

Todos estuvimos de acuerdo en que daríamos comienzo a la noche con un botellín de cerveza y que el vino lo reservábamos para la cena. El único que no bebió fue Henry, quien no se saltó el cuidar su salud por una noche. Como debía ser.

Cuando cogí mi botellín, me senté en uno de los sillones que se encontraban cerca de la chimenea que estaba encendida. El salón se llenó de voces y de risas. Bebí con calma, observando cómo se comunicaban todos, de diferentes maneras. Cuando te parabas a mirar bien hasta los más mínimos detalles, por insignificantes que parecieran, descubrías infinidad de cosas.

Como por ejemplo las miradas de reojo que se echaban de vez en cuando Leo y Diego. Interesante, porque se buscaban lo más disimuladamente posible y también con comentarios, para que el otro interviniera. Para mí estaba claro el interés que estaba naciendo entre ellos, el que al final de la noche se habría convertido en tensión. No me cabía duda. Conocía demasiado bien a Leo, si mi amigo estaba dejando ver esas pinceladas era porque le estaba siendo muy difícil controlarse. Solo le sucedía cuando le gustaba mucho alguien y se sentía demasiado atraído.

Por otro lado, estaban Aarón y Clara, los que se picaban cada vez que podían. Sabía por Aarón que Clara se disculpó con él a los pocos días de que ella lo mandara a la mierda. De eso ya había pasado bastante, pero mi amigo, aunque aceptó su disculpa, no se había frenado en demostrarle a Clara, de muchas formas, que con lo que hizo no le caería bien nunca. Bueno, era un decir porque demasiado entusiasmo veía yo en cada uno de los comentarios destinados a meterse con el otro.

Mis amigos Henry y Cami no dejaban de sonreír, hablando con unos y con otros. Lo mismo que hacían Miriam y Alberto, que más contentos, felices y

cómplices no podían mostrarse. Val no paraba de reírse con las bromas de Marcus y César, mientras que Mario se quedaba observándola, a veces embobado. También participaba con sus amigos, sobre todo cuando Sandra y Nicola se unían a ellos.

Después de estar unos largos minutos analizándolos a todos, mi mirada se cruzó con la de Adrián. Por lo visto yo no era el único buen observador. Asentí hacia él levantando el botellín y me imitó. Desvié la atención para encontrarme a Indira mirándome. Le sonreí y le hice un gesto para que viniera hacia mí.

Se levantó del sofá, rodeó la mesa baja, se agachó al pasar por delante de su hermano, para darle un beso en la mejilla, y cuando llegó a mi lado, se sentó en el brazo del sillón. Ni mucho menos iba a permitir tanta distancia entre nosotros, por lo que la cogí de la cintura y tiré de ella. Cayó sobre mis piernas, de lado, de esa forma se quedó sentada encima de mí.

—Ahora sí. —Elevé las cejas varias veces.

—Ya veo —se rio—. Nos están mirando y no son disimulados —me susurró.

—¿Y? —Arqueé una ceja— Que den gracias a que tengo las manos a la vista.

—Eres… —me dijo, dándome un golpe en el hombro.

—Realista. —Le hice un guiño.

Durante un rato estuve disfrutando de la cercanía y el contacto de Indira, mientras le contaba en tono bajo lo que veía en el salón. Se sorprendió al fijarse bien en Diego y en Leo, cuando le dije lo de sus miraditas. Ambos eran muy discretos, pero ahí estaba. Lo comprobó por ella misma. Por lo demás Indira era muy consciente de lo que estaba sucediendo con el resto de sus amigos, para ella era evidente.

Por ese motivo, en cuanto Clara se levantó del sofá para ir al baño, Indira desapareció de mis piernas. Sonreí por su guiño, mientras iba detrás de su

amiga. Aproveché para ir a la cocina, a coger otro botellín de cerveza. Los demás estaban servidos.

—Liam.

Al escuchar mi nombre a la espalda me giré despacio, cerrando la nevera.

—¿Quieres uno? —Levanté el botellín que acababa de sacar, pensando en que Adrián había cambiado de opinión.

—No, todavía me queda en el que he dejado en el salón.

Asentí, abrí el botellín y me lo llevé a los labios, apoyando la cadera en la encimera.

—Tú dirás —le dije.

—Tengo varias cosas que decirte.

Ladeé un poco la cabeza, observándolo con atención.

—Si es sobre tu hermana…

—Sí, pero no es nada de lo que estás pensando —me interrumpió—. Primero quería darte las gracias por lo que hiciste ayer por ella, estaré en deuda contigo el resto de mi vida.

—Ya veo —volví a beber.

—Me ha contado lo que le pasó y que si no hubiera sido por ti…

—Mejor no pensar en lo que habría pasado —esta vez lo interrumpí yo.

—Sí. —Sacudió la cabeza.

—Y no me debes nada. —Balanceé el botellín en el aire—. Aunque voy a pedirte una cosa.

—¿De qué se trata? —se cruzó de brazos, de manera despreocupada.

—Quiero estar con tu hermana. —me impulsé de la encimera y di varios pasos hacia él—. A mí me da igual tener tu consentimiento, no lo necesito, pero para Indira es muy importante porque te adora y eres esencial en su vida, así que, te agradecería que intentaras hacerla feliz viendo nuestra relación como algo bueno para ella, aunque sea todo muy reciente. No me gustaría que te opusieras porque si la haces llorar o ponerse triste, tú y yo tendremos un grave problema.

Una sonrisa de medio lado fue apareciendo en sus labios. Yo me mantuve tan tranquilo como aparentaba.

—Eso era lo segundo que quería decirte.

—¿El qué, exactamente?

—Te doy la bienvenida a la familia, Liam. Si es lo que quieres.

—Lo es —le dejé claro—. No puedo asegurarte cómo será el futuro, pero sí que trabajaré día a día en el presente para estar a la altura de Indira.

—Como he dicho, bienvenido.

Me ofreció una mano y se la acepté al instante. Eso y un abrazo rápido fue todo lo que necesitamos para aceptarnos y acercarnos el uno al otro.

—Por cierto, ¿te has planteado llevar en algún momento tu negocio solo? —sonreí con picardía.

—¿Cómo? —Frunció ligeramente el ceño.

—Indira me ha contado que tienes tu propia empresa de electricidad, que eres el dueño y que trabajas como uno más allí. —Asintió—. También me ha contado que Diego, tu mejor amigo, forma parte de tu empresa y que es tu persona de máxima confianza. Compartís responsabilidades.

—Sí. ¿Adónde quieres ir a parar? —Arqueó una ceja.

—Lo digo porque como mi amigo Leo atrape a Diego, te quedas sin él. —Fruncí los labios.

—Ya me he dado cuenta. —Sacudió la cabeza, sonriendo—. Si es así tu amigo Leo iba a pasarlo muy mal, ya que arrastraré conmigo a Diego —dijo con humor—. Ya tengo bastante con mi hermana y contigo, joder. ¿No es más sencillo echarse una pareja o fijarse en alguien de la misma zona en la que vives? ¡Qué manera de complicaros! —Bufó.

Iba a decirle algo al respecto, pero justo en ese momento sonó el timbre y nos asomamos a la puerta de la cocina, con curiosidad.

Una chica impresionante con el pelo anaranjado rojizo, alta, subida a unos tacones que le hacían unas piernas perfectas, vestida con un vestido que le quedaba como hecho a medida en cada una de sus curvas y que le llegaba hasta medio muslo, entró en el salón con una sonrisa de oreja a oreja, tensando sus labios carnosos pintados.

—¡¡Hola!! —saludó animada, desprendiendo alegría.

Mi reacción fue la de sonreír ampliamente, mientras apoyaba un brazo en el marco de la puerta de la cocina. Cami enseguida se acercó a ella y después de saludarla, la agarró de una mano y la acercó a los demás, con Henry a sus espaldas.

—¿Quién es? —me preguntó Adrián con interés, sin apartar la vista de la recién llegada.

—Sophia —le contesté, divertido—. La hermana de Henry —añadí.

Adrián no dijo nada más, por lo que me vi en la obligación de recordarle ciertas cosillas que acababa de echarme en cara, en cierta forma.

—¿No tendrías que reservarte esa mirada e intensidad para las mujeres de la zona en la que vives? Lo digo más que nada porque se ve a leguas tu interés por Sophia y te recuerdo que estás en Tucson, muy lejos de tu país y de la ciudad en la que vives. Tú mismo acabas de quejarte porque, según tu brillante teoría, es más sencillo tener una relación con alguien cercano —carraspeé—. No te compliques, cuñado.

Adrián soltó una especie de gruñido y yo una fuerte carcajada.

Me aparté de él para ir a saludar a Sophia, que en cuanto me vio se lanzó sobre mí riendo. Yo la agarré con fuerza como siempre había hecho a lo largo de los años, desde que éramos pequeños. Ella más que yo, ya que tenía cuatro años menos.

Capítulo 29

Indira

—¿Cómo estás? —le pregunté a Clara.

La había seguido hasta el baño y nos habíamos encerrado en él.

—Si me lo preguntas por el imbécil de Jaime, ya no pienso en él. Siento tanta rabia que lo he eliminado de mi vida por completo. —Bufó—. Me entran picores solo de mencionarlo.

—No sabes cómo me alegro —le sonreí.

—Lo único que me fastidia es lo de hace unos días, cuando la madre de él se enfrentó con la mía —suspiró.

—Qué poca vergüenza tuvo para ir a tu madre a hablarle mal de ti y tener a su hijo en un pedestal. —Negué con la cabeza.

—Que le den. Se nota que son iguales. —Hizo una mueca—. Me sabe muy mal por mi madre.

—Tu padre puso firme a esa mujer.

—Sí —sonrió—. Cómo me hubiera gustado presenciarlo.

—Ya te digo. A tu padre hay que temerle cuando se enfada.

Estábamos riéndonos cuando escuchamos varios golpes en la puerta. Nos quedamos calladas, hasta que habló la persona que se encontraba en el pasillo.

—Abridme la puerta, traidoras. Me habéis dejado fuera —se quejó Val y Clara y yo sonreímos.

Clara desbloqueó la cerradura y nuestra amiga entró rápido.

—¿Qué te pasa? —le pregunté a Val.

—¿A mí? Nada. —Movió una mano en el aire.

—Ya —dijo Clara, mirándola con curiosidad—. ¿Cuánto hace que estamos aquí dentro, Indi?

—Pocos minutos, si llegan —le contesté, con diversión.

—Pues me gustaría saber qué te ha alterado tanto como para estar así —le dijo a Val—. Porque está claro que te pasa algo, por mucho *«nada»* que digas.

—¿Habéis visto algo diferente en Nicola y Mario?

—¿Diferente? —se extrañó Clara.

Yo fruncí los labios, conteniendo las ganas que tenía de saltar porque la pregunta de Val escondía muchísimo. Solo había que verla.

—Es que los he notado muy juntos, ¿no? —volvió a hablar Val.

—¿Qué dices? —se rio Clara— Pues como siempre. —Se encogió de hombros.

—Que no, que hoy se sonríen diferente.

—Mmm… y si fuera así, ¿a ti qué más te da? —Quiso saber Clara— No me fastidies que te gusta Mario y no nos lo has contado. —Jadeó.

—¡Qué no! Joder, ¡baja la voz! Mario es uno de mis mejores amigos. —Sacudió la cabeza Val, varias veces.

—Y una mierda. —La señaló Clara, con los ojos entrecerrados.

—Cariño —me dirigí a Val—. Que las tres sabemos que no eres buena controlando las emociones y los sentimientos. No sabes esconderlos —le sonreí con cariño.

—Yo… Eh… —Miró hacia la puerta cerrada— Estoy haciendo el tonto.

Se vino abajo y se dejó caer en la taza del inodoro. Me acerqué a ella y me puse de cuclillas, apoyando las manos en sus piernas.

—¿Por qué? —Negó, pero no me contestó—. Ha sido la primera vez que nos has dejado ver que Mario te interesa —le hablé en tono bajo.

—Ya te digo —añadió Clara, poniéndose a su lado.

—Lo que quiere decir, que como eres un libro abierto con respecto a cualquier emoción y sentimiento, hasta esta noche no te has dado cuenta. Anteriormente no te molestaba nada relacionado con Mario. ¿No?

—No sé qué me ha pasado —susurró—. Es una tontería.

—De eso nada. Es evidente que estás celosa —le dijo Clara con voz suave, provocando que los ojos de Val se agrandaran.

—Sí —afirmé—. Estás como me ponía yo cada vez que la tal Olivia del rodaje se acercaba a Liam, cuando yo todavía no había aceptado que lo quería para mí. —Hice un guiño—. Siempre quiere arrastrarlo y me pone… —Bufé —. Le hablé a Liam de ella, cuando nos quedamos aislados en la cueva durante la tormenta de polvo.

»Me dijo que le encantaba que estuviera celosa, pero que no tenía motivos para estarlo, ya que esa mujer, aparte de pesada, no es nada para él. También me comentó que coincidía con ella en la productora, pero que siempre que podía la esquivaba.

—Las tres sabemos lo que quiere conseguir —dijo Clara, poniendo los ojos en blanco—. Es muy pesada. —Bufó Clara—. Y eso que Liam le hace el caso justo. —Puso los ojos en blanco.

—No, no, no… Sabéis que quiero mucho a Mario, que es uno de mis mejores amigos y… mierda, y nunca pensaría nada malo de Nicola. Somos amigas.

—¿Y qué, que Mario sea uno de tus mejores amigos? Lo mismo has escondido un tipo de amor con otro, para estar más cerca de él sin tener que poner a prueba cómo saldría si le confesaras que estás enamorada. ¿Lo estás? —Le retiré el pelo de los hombros.

—Yo…

—Vamos a lo importante porque está claro que estás enamorada hasta los huesos, al igual que celosa. ¿Qué has visto exactamente entre ellos? ¿Solo sonrisas?

—Eh, sí. Bueno y se miran mucho cuando se hablan.

Sonreí y le agarré las manos a Val.

—¿Y no te has parado a analizar cómo te mira y te trata a ti? —le pregunté.

—Pues como a las demás —contestó con un suspiro.

—No. Te lo aseguro.

Mi negación tajante captó mucho la atención de las dos. Clara me observó con los ojos entrecerrados, hasta que poco a poco fue agrandándolos.

—No fastidies. —Jadeó al comprenderlo y asentí.

—¿Qué? —Quiso saber Val, pasando la mirada de una a otra.

—Que no sé qué narices has visto esta noche entre Mario y Nicola que sea diferente, pero te aseguro que Mario solo piensa en ti. De todas las mujeres que estamos en esta casa, de la única que está más pendiente Mario es de ti. No te has dado cuenta, la verdad es que yo tampoco hasta que fue muy evidente porque él me lo dejó ver —me reí—. Mario está loco por ti, Val. —Jadeó—. Lleva mucho tiempo enamorado en silencio.

—La virgen. —Se tapó la boca Clara—. Ay, que voy a llorar —Lloriqueó Clara.

—Yo… yo…

—Tú, cuando salgas de este baño, vas a llegar al salón decidida a cambiar tu vida y la de Mario. Ya está bien de que perdáis más el tiempo, dale una alegría porque la necesita. No lo ha pasado nada bien ocultando lo que siente por ti, Val.

La abracé cuando comenzó a llorar, pero enseguida añadió risas a sus lágrimas.

—Y olvídate de Nicola, tanto ella como Sandra tratan a Mario igual que siempre —le dijo Clara, sonriéndole.

—Ay, ¡qué ahora me muero de los nervios! —Jadeó Val.

—Pero si lo tienes todo hecho —rio Clara—. Sabes que él está loco por ti. —Levantó un dedo—. Que está deseando tenerte, —Añadió otro dedo—. Y que, si sales al salón y te tiras encima de él, no solo te cogerá, sino que también te comerá. —Soltó una carcajada.

—¿Y tú que tal con Aarón? —le preguntó Val, con una sonrisa.

—No quiero hablar de él. —Bufó Clara—. Cuando fui a disculparme por mandarlo a la mierda en uno de mis peores días, me dejó clarito que no me soportaba. —Se encogió de hombros—. Es mutuo porque a mí me da mucha rabia cómo me mira.

—Eso son cosas tuyas, yo no lo he visto mirarte de diferente manera. —Elevé las cejas—. ¿No será que os gustáis y estáis revoloteando alrededor del otro sin atreveros a dar el paso?

—¿Qué dices? Ni loca me lio yo con ese. —Puso los ojos en blanco—. Además, todavía no tengo cuerpo, después de lo de Jaime. —Hizo una mueca.

—Si yo fuera tú me tiraría al primero que me gustara —soltó Val y las dos la miramos sorprendidas, ya que no solía pensar de esa manera—. ¿Qué? Lo

digo en serio, termina de borrar a ese imbécil de tu vida y nada mejor que hacerlo con unos buenos polvazos, hija —se rio.

—¿Quién eres tú y dónde has metido a nuestra amiga Val? —Jadeó Clara.

Terminamos las tres riéndonos. Yo me caí al suelo, sentada, mientras Clara le hacía cosquillas a Val, para que dejara salir a nuestra verdadera amiga.

Cuando nos tranquilizamos y estuvimos mucho mejor que cuando entramos, sobre todo, Val, decidimos recomponernos para volver al salón con los demás.

—Vale, voy a hacerlo —dijo Val en el pasillo, con decisión, mientras se alisaba la falda del vestido.

—Esa es mi chica —la animó Clara, dándole una palmada en el trasero.

Me reí detrás de ellas. En cuanto llegué al salón supe sin fijarme mucho que algo había cambiado. Me encontré a mi hermano sentado en una silla y con los brazos apoyados en la mesa alta del salón, mientras tecleaba en su móvil.

Mi mirada se fue rápido hacia Liam y fruncí ligeramente el ceño, al verlo sentado en su sillón, pero con una chica pelirroja apoyada contra su costado. Ella estaba sentada en el brazo de su sillón, de lado y con una mano sobre la falda del vestido, para que no se le subiera mucho. Liam sonreí, igual que hacían los demás, mientras ella hablaba.

—¿Quién narices es esa? —susurré para mí.

Al ir por delante de mí mis amigas no me escucharon. Me paré en el arco del pasillo, porque antes de decantarme hacia qué dirección ir o qué decir, no quise perderme el *«voy a hacerlo»* de Val.

Dirigí toda mi atención a mi amiga, sin dejar de controlar por el rabillo del ojo a Liam. Él ya estaba mirándome directamente, por la aparición de Clara y Val. No hice nada para encontrarme con sus ojos, continué atenta a Val. Poco a poco una sonrisa fue formándose en mis labios, hasta que se convirtió en una de oreja a oreja.

Capítulo 30

Val fue directamente hacia la parte del sofá donde Mario estaba, ya que era donde estuvo sentada ella, antes de ir al baño. Cuando llegó frente a él mi amiga ignoró el espacio que le hizo Mario y sin pensárselo, se subió a sus piernas, quedándose sentada de lado. No conforme con eso le pasó un brazo por detrás del cuello y comenzó a hacerle caricias en el inicio del pelo.

La reacción de él fue quedarse paralizado, inmóvil. Supo enseguida que lo que estaba haciendo Val no era normal. Que le mostrara cariño, que se apoyara en él, sí, pero que se subiera encima y más teniendo en cuenta que estaban con gente que acababan de conocer, pues no.

Me cuestioné si mi amigo estaba respirando o se le había olvidado cómo llenar los pulmones de aire. Val rio y habló por algo que dijo Marcus, quién la miraba divertido. Ella ignoró cómo se había quedado Mario, se mostró natural en todo momento, como si su actitud fuese habitual.

Y pasó algo más para el recuerdo, algo más que dio el pistoletazo de salida para un futuro prometedor. Mario llamó la atención de Val, reaccionando por fin. La agarró de la cintura y le giró la cara hacia él. Podría haberlo dejado pasar como una posición de dos buenísimos amigos, muy cercanos, pero supo aprovechar la oportunidad y ver las señales.

Después de unos segundos mirándose a los ojos, Mario empujó a Val hacia él y la besó. Todo el salón se quedó en completo silencio, hasta que Clara aplaudió y silbó. A partir de ahí todos nuestros amigos tuvieron la misma reacción, una vez recuperados de la sorpresa.

A continuación, llegaron las risas, las de alegría y las de vergüenza. También los nervios, cuando Mario se levantó del sofá y arrastró a Val con él. La agarró de una mano y la trajo hacia el pasillo, después de que le preguntara a Cami si había algún sitio en el que pudiera hablar tranquilamente con Val.

Cami, encantada y con una sonrisa radiante, al ver la timidez repentina de Val y entendiendo lo que significaba, que era un comienzo de algo importante entre ellos, les indicó que podían ir a la primera habitación que estaba convertida en biblioteca.

Cuando pasaron por mi lado les hice un guiño. Val me miró entre la esperanza y a punto de colapsar, por los nervios. Él, bueno, la expresión de Mario era de determinación. Me devolvió el guiño y se perdieron por la primera puerta.

Solté un suspiro y miré a Clara, quien ya me observaba con los pulgares hacia arriba. Me reí, emocionada y feliz, y también en alerta porque tenía muy presente a Liam y a la pelirroja, la que no se había movido de su lado.

Para él volvía a ser yo el punto de atención, pero como no me apetecía acercarme en este momento, caminé hasta mi hermano.

—Por fin —me dijo Adri, refiriéndose a Mario y a Val.

—No me digas que lo sabías —le dije hablando flojito.

—Claro. —Arqueó una ceja—. Mario es mi amigo, ¿recuerdas?

—También es el mío y yo me enteré hace muy poco. —Me crucé de brazos.

—Ven aquí, no te enfades —me dijo riendo.

Me rodeó la cintura con un brazo para acercarme más a él y sentarme en una de sus piernas. Me quedé de espaldas a la zona del sofá.

—¿Qué haces aquí, apartado? —le pregunté mirando su móvil.

—Me ha escrito Edu, uno de mis chicos, para hacerme unas consultas.

—¿Tiene problemas? ¿Está de guardia?

—Sí, le ha tocado a él, aunque si necesita a Miguel lo llamará. No te preocupes, ha sido rápido. Solo quería saber mi opinión sobre unas cosas de una avería grande.

—Vale —suspiré.

—¿Qué te pasa?

—¿Por qué tiene que pasarme algo? Estaba en el baño con las chicas y ya has visto lo bien que le ha ido a Val —sonreí.

—Ya… pero después del gran espectáculo has venido directa hacia mí, en vez de ir junto a Liam —sonrió de medio lado y entrecerré los ojos.

—¿Por qué eres mi hermano? Oye —me quejé por su expresión—. No me hace gracia.

—A mí sí —se rio—. Ver a mi hermana celosa es muy divertido, lo que no lo es tanto es verte sufrir. No esperes más y ve a hablar con Liam.

—¿Y salto por encima de la pelirroja o me caigo encima de ella?

Adri soltó una carcajada y me aparté un poco de él, cuando quiso despeinarme como cuando era pequeña.

—Te la robo durante un rato.

Me sobresalté por esas palabras y porque llegaron acompañadas por verme arrastrada hacia atrás. Levanté la cabeza para encontrarme con Liam, me había agarrado por debajo de los brazos para levantarme de la pierna de mi hermano y pegar mi espalda a su pecho.

Estaba serio y asintió hacia Adri. Ni idea lo que hizo mi hermano, pero no se opuso y me dejó libre. Eso ya era muchísimo. Liam me llevó a la cocina, que era lo que teníamos más cerca.

—¿Te pasa algo? —me preguntó, una vez que cerró la puerta.

Caminó despacio hacia mí, con las manos en los bolsillos del pantalón, hasta que se paró enfrente.

—No —respondí, cambiando el peso del cuerpo de un pie al otro.

—Ya… —Ladeó la cabeza— ¿Y por qué estás ignorándome desde que has regresado al salón? Estoy deseando escuchar la respuesta.

Solté un suspiro cuando me vi acorralada entre él y la encimera. Liam se inclinó y apoyó las manos a cada lado de mi cuerpo, dejando su cara muy cerca de la mía. Olía tan bien…

—Porque estabas muy bien acompañado. —Giré la cabeza, apartando la vista de él.

No podía perderme en la profundidad de sus ojos en este momento.

—Pero el motivo principal es que estaba esperando a que sucediera algo importante entre Val y Mario —susurré.

—Cambia el orden de los motivos, el de tus amigos es secundario porque podrías haber presenciado lo que ha pasado con ellos, pero a mi lado.

—¿Con la pelirroja a tu otro lado? —pregunté con retintín.

Contuve la respiración y cerré los ojos, cuando me acarició la cara con su nariz. Hizo un recorrido hasta que llegó a mi oreja, donde me habló susurrando.

—Me encanta que estés celosa. Que no puedas contenerte me pone cachondo —gemí como queja o quizás por algo más—. Pero en esta ocasión no tienes que molestarte en estarlo, la situación es muy diferente a la de Olivia. —Me atrapó el lóbulo entre los labios y tiró de él, provocándome un cosquilleo por todo el cuerpo.

—¿En qué sentido es diferente? —murmuré.

— La pelirroja, como te has referido a ella —remarcó y me mordí el labio inferior—, es la hermana pequeña de Henry. Mis amigos y yo nos criamos con

ella y con Cami corriendo detrás de nosotros. Como comprenderás, no puedo mirarla de otra forma que no sea desde el cariño y el amor en un sentido familiar.

»Lo mismo le sucede a Sophia, pero no solo conmigo, con cualquiera de nosotros, con Leo o Aarón. Así se llama ella y le haría mucha gracia si supiera que estás celosa por su culpa. Créeme, igualmente, sin haber hecho nada malo ella, se disculparía contigo. Es un encanto de mujer. E independientemente de todo lo que te acabo de decir, yo solo puedo verte a ti. ¿Te queda claro?

Me agarró de la barbilla y dirigió mi cara hacia la suya, para que lo mirase a los ojos.

—Sí —susurré.

—Estupendo.

Los labios de Liam cayeron sobre los míos con pasión y tuve que agarrarme a él, mientras me consumía y me pegaba a su cuerpo con necesidad.

—Dime que esta noche vas a pasarla conmigo —me pidió con la voz entrecortada y con la frente apoyada en la mía.

—No quiero dejar a mi hermano ni a los demás solos —suspiré—. Pero puedes estar con nosotros. ¿Quieres?

—Pensaba que no me lo pedirías —sonrió de medio lado—. Por supuesto que me quedo a pasar la noche contigo en tu casa. Ven.

Se separó de mí y me agarró de una mano. Me llevó hasta la puerta de la cocina, la abrió y desde debajo del marco, volvimos a escuchar el sonido de las voces y las risas.

Liam se colocó a mi espalda y me abrazó.

—Fíjate bien —me pidió al oído.

—¿En qué? —le pregunté con curiosidad.

—Empieza por tu hermano y ya solo tendrás que seguir la dirección de algunas de sus miradas, las que terminan siempre en la misma persona. Disimula muy bien, pero no lo suficiente para quien sabe qué mirar y dónde.

—¿Cómo?

Me quedé callada e hice lo que Liam me había pedido. Fue entonces cuando me di cuenta a lo que se refería, cuando encontré a Adri mirando de reojo a Sophia. Lo hacía por intervalos cortos y dejando un tiempo entre cada mirada, pero palpé el interés de mi hermano por ella, lo que me dejó asombrada.

No por Sophia, ella era una mujer preciosa y llamativa de una forma natural. Mi sorpresa se debía a mi hermano, porque hacía años que no veía en él un interés parecido hacia alguna mujer.

—Así que no le cojas manía a la pelirroja —me susurró Liam. Volvió a remarcar la última palabra, por cómo me referí a Sophia antes de que supiera su nombre y quién era—. Porque puede que os convirtáis en cuñadas y todos seremos familia.

—¿Tú crees? —Jadeé, levantando la cabeza hacia él.

—Quién sabe. No me dirás que no pinta bien. —Me hizo un guiño, provocando que yo soltara una carcajada.

Riendo, Liam me empujó y caminamos hasta su sillón, sin separarnos. Sophia se había cambiado de sitio, en este instante estaba en una silla al lado de su cuñada Cami. Cuando llegamos junto a ella Liam nos presentó y pude comprobar lo simpática, dulce y alegre que era. Me recibió con un fuerte abrazo, emocionada porque Liam le había hablado un poco de mí y sabía que éramos pareja. Me ganó enseguida, sin esfuerzo. Mi hermano no se perdió detalle de nada.

Val y Mario todavía no habían regresado, por lo que les dimos más tiempo cuando hablamos de retrasar un poco la cena. Cami y Henry sacaron varias bandejas de canapés que colocaron en la mesa baja de enfrente del sofá y de esa forma, comiendo y bebiendo, alargamos el momento de sentarnos a la mesa alta.

Estuve muy entretenida observando detenidamente a mi hermano y a Sophia. También a Diego y a Leo. Estos últimos habían dejado de disimular y se echaban miradas directas. Yo no podía con la emoción, adoraba a Diego porque llevaba conmigo casi toda mi vida, junto a Adri, y verlo interesado en alguien y con ese brillo especial que aparecía en los ojos cuando tenías delante de ti a la persona que te gustaba…

A Clara y a Aarón no hacía falta que les prestara atención porque ya la llamaban por ellos mismos. Sus comentarios hacia el otro eran cada vez más ingeniosos, con el propósito de picarse. Y mientras que Aarón lo hacía todo desde la calma, sentado cómodo en otro sillón, mi amiga Clara cada vez estaba más tensa en el sofá y a punto de saltar sobre él, al ver que todo lo que hacía y decía no conseguía que le afectara ni un poco.

A veces lo que se esconde es más grande que lo que se ve. Ellos eran un claro ejemplo.

Capítulo 31

Habían pasado cinco días desde la cena en la casa de Cami y Henry, el mismo día en el que llegaron a Tucson mi hermano, Diego, Miriam y Alberto.

Estaba viviendo como en un sueño constante. Me sentía de maravilla. Hoy era viernes, el primer día que no iba a trabajar y que disfrutaría con mi familia. Y continuaría haciéndolo hasta que regresaran a España, tal y como me pidió Liam. Al día siguiente, sábado, se unirían a nosotros nuestros amigos, y Liam y los suyos.

Mario cubría hoy mi puesto de trabajo, detrás de mi cámara de grabación.

Entré silenciosa en la casa, eran las ocho y veinte de la mañana. Llevaba casi dos horas fuera, ya que salí muy temprano para sacar las últimas fotografías con el amanecer de fondo. Ya había decidido que las de hoy serían las últimas que tendría en cuenta para la exposición, me sobraban y no iba a agobiarme por conseguir más. Se terminó la presión por encontrar la foto que marcara la diferencia y destacara.

No dejaría de salir con mi cámara cada vez que me apeteciera, eso era sagrado para mí y la forma más rápida con la que conseguía desconectar de todo. Era mi forma de tener paz y de aislarme del resto del mundo. A partir de mañana comenzaría relajadamente a acumular de nuevo material fotográfico, con la misma ilusión de siempre.

Una de las mejores fotografías del amanecer me la pasé al móvil para enviársela a Liam, aparte del siguiente mensaje.

Indira: *Ojalá estuvieras aquí conmigo, es un espectáculo para los sentidos. ¿Te gusta? La próxima vez estarás a mi lado, te encantará. Hay tanto silencio, tanta tranquilidad… Que vaya muy bien el día de trabajo, estoy deseando que llegue la tarde para verte y la noche para estar entre tus brazos.* —añadí una cara haciendo un guiño y otra dando un beso.

Su respuesta me llegó muy rápido…

Liam: *La foto es preciosa, pero la fotógrafa la supera. A mí también me hubiera gustado acompañarte y quedarme embobado observando cómo te concentras y disfrutas de algo tan simple y a la vez, tan grande. Contando las horas estoy desde que me he despertado, me vienes a la cabeza constantemente y ya sabes el efecto que tiene en mí. Vas a tener que compensar mucho esta noche. Igualmente, preciosa, que vaya muy bien el día con todos y disfrútalo al máximo. Hablamos más tarde.*

—Ay, joder. —Me tapé la boca, para no gritar.

Adri rio sin alzar el volumen y yo sacudí la cabeza, cuando me recompuse del susto. No esperaba encontrármelo en la cocina, pensaba que aún estarían durmiendo todos. Mi hermano estaba preparado para hacerse un café, sin haber encendido la luz.

—Me has asustado —le dije, acercándome a él.

—¿No me digas? No me había dado cuenta —comentó con humor, antes de darme un beso en la mejilla.

—Muy gracioso.

—¿Bien? —me preguntó por mi sesión de fotos.

—Estupendamente —le contesté apoyándome en la encimera—. ¿Me haces uno mientras voy a dejar la mochila a la habitación? —Señalé su taza.

—Corre —me pidió sonriendo.

—Si hombre, en eso estaba yo pensando ahora que casi no me noto la rodilla.

—Es verdad que ya no cojeas. —Bajó la mirada a mi pierna.

—No —sonreí—. La pomada de Liam me ha ido muy bien y tenerla sujeta con la rodillera también. Yo creo que a partir de mañana comenzaré a liberarla, se la devolveré a Liam una vez la lave.

—Mejor, los músculos necesitan trabajar al máximo. Anda, ve a la habitación.

—Sí.

Lo dejé en la cocina y recorrí el pasillo despacio. En mi habitación, guardé la mochila de la cámara y me quité la chaqueta, la que dejé colgada en una silla. Entré un momento al baño y me reuní rápido con mi hermano, quien ya había hechos los dos cafés.

Nos sentamos en los taburetes de la isla, uno al lado del otro, y comenzamos a tomárnoslos en silencio.

—¿Dónde os apetece ir hoy? —le pregunté al cabo de un rato— Desde el lunes habéis visitado muchos sitios, conocéis de Tucson más que yo. —Le di un sorbo al café.

—Movernos por el centro, sin prisa y sin ir a ningún lado concreto, estaría bien. Podemos desayunar allí, después dar un paseo y pararnos cuando nos apetezca tomarnos algo. Cuando nos cansemos regresamos.

—Por mí perfecto. —Asentí.

—Pero antes vamos a tomarnos un tentempié.

Después de hacerme un guiño se bajó del taburete para ir hasta un armario, del que sacó uno de los paquetes de jamón ibérico que trajo en su maleta. Eso fue una de las sorpresas que me dijo antes del viaje, aparte mi madre le llenó casi media maleta con más comida que era mi preferida. Incluso trajo un bizcocho que en cuanto lo vi se me cayó la baba.

Abrió el paquete de jamón y lo puse entre los dos. Comenzamos a coger, sonriendo cómplices.

—¿Qué tal con Liam? —me preguntó— Es obvio que bien, salta a la vista cuando estáis juntos, pero quiero que me digas como te sientes tú.

—Muy feliz, Liam —suspiré, jugando con una loncha de jamón, antes de metérmela en la boca—. Estoy tan bien con él que me da miedo —bajé el tono de voz.

—Son miedos totalmente normales y lógicos.

—Ya… ¿Y tú? ¿Qué me dices de Sophia? Todas las veces que te he preguntado por ella desde el domingo has encontrado una excusa para cambiar de tema. —Hice una mueca—. Sé que te gustó, que sentiste mucho interés por ella. —Arqueó una ceja—. No me mires así —me reí.

—¿Qué quieres que te diga? Es una mujer preciosa, agradable y simpática, es normal que me llamara la atención. Pero hasta ahí.

—Hay más y no quieres decírmelo. —Sacudí la cabeza.

—Es que es una tontería admitir que si estuviéramos en España no se me escaparía. La realidad es que ella vive en Tucson.

—Pero Liam me ha contado que viaja mucho por trabajo, va a diferentes países. Tal vez…

—No empieces a meterte ideas en la cabeza —me sonrió—. ¿Qué me dices de Val y Mario? Desde el domingo no se separan, él se ha instalado en la habitación del apartamento de ella.

—Sí —me reí, emocionada—. Ya era hora —suspiré—. ¿Y Diego y Leo? Esa fue otra gran sorpresa. ¿Sabes si se han acercado desde el domingo? Las tardes que hemos quedado todos se han mantenido a distancia del otro.

—Diego está exactamente igual que yo —me contestó mirándome de reojo.

—Mmm… ya veo. Pero no es por falta de ganas.

—Pues no, señorita. —Me revolvió el pelo, antes de levantarse otra vez.

Guardó el paquete de jamón, me ofreció una servilleta, retiró las tazas vacías y nos fuimos a las habitaciones. Al pasar por la puerta cerrada de la habitación que ocupaban Miriam y Alberto piqué varias veces, para avisarlos. Mi hermano entró en su habitación para despertar a Diego, yo entré en la mía para ir al baño y para prepararme para volver a salir.

Estaba en ello cuando mi móvil vibró en el bolsillo delantero de la sudadera. Lo saqué pensando que sería un mensaje de Liam o de alguno de mis amigos, en un descanso del rodaje, pero me llevé una sorpresa que me trastocó por completo.

—¿Qué…? —Me senté despacio en el borde de la cama.

Agarré con fuerza el móvil, leyendo el mensaje de texto. Me había escrito el dueño de la galería en la que iba a exponer mi trabajo fotográfico.

Saúl: *Hola, Indira. Imagino que te sorprenderá que me ponga en contacto contigo, cuando quedamos en que, si no pasaba algo importante, no hablaríamos para organizarlo todo hasta un mes antes de la exposición. Aún falta para esa fecha, pero es que no podrá ser la definitiva. Te explico, ha surgido algo que me ha obligado a reorganizar todas las fechas y no me ha quedado más remedio que adelantar bastante tu exposición. Sé que es una locura, que iremos muy justos de tiempo, pero conseguiremos que salga igual de perfecta. Te lo aseguro, cuenta conmigo para todo lo que necesites. Te pido perdón, pero es algo que se escapa de mis manos y quiero que tu primera exposición vea la luz, sí o sí. Sé la importancia que tiene para ti y la gran ilusión que te hace. Cuando puedas llámame, tenemos que organizarlo todo para dentro de dos semanas.*

—Joder… dos semanas. —Levanté la mirada hacia la ventana.

—¿Qué pasa en dos semanas?

No me giré para mirar a mi hermano, por lo que entró en mi habitación y se sentó a mí lado en la cama. Le di el móvil, para que lo descubriera por él mismo.

—Mierda. Tienes que regresar cuanto antes —me dijo cuando terminó de leer—. Eh…

—No quiero irme tan pronto —susurré y apreté los labios.

—Lo sé —suspiró, abrazándome—. Pero tampoco quieres ni puedes perder tu gran oportunidad. Ya sabes que muchos medios estarán allí para hablar de tu exposición y que asistirán personas importantes.

—Sí. —Tragué saliva.

—Es una jugarreta que sea tan pronto, pero sabes que este momento iba a llegar.

—Liam…

—Shhh…

Me agarró por detrás de la cabeza para tenerme bien pegada a él. Le mojé de lágrimas el jersey, mientras Adri me consolaba como tantas veces había hecho a lo largo de nuestras vidas.

—Liam no va a dejarte escapar. Ahora que lo conozco mejor sé que ese hombre luchará por ti y por lo que tenéis.

—Al menos vosotros ya estaréis de vuelta en España —dije con la voz entrecortada.

—¿Te piensas que me perdería algo tan importante tuyo, para continuar con unas vacaciones? Ni lo sueñes.

Más lloré por sus palabras, porque mi hermano nunca me fallaría. Jamás.

—Tengo que escribirle a Saúl y hablar con Liam y mis amigos —hablé muy desanimada, cuando me separé de Adri—. A ellos les hacía mucha ilusión ir a la exposición. —Sacudí la cabeza.

—De una forma u otra estarán contigo, los sabes.

Me retiré las lágrimas, con la vista perdida.

—Todo irá bien. —Me animó frotándome la espalda.

—Sí —susurré y me salió una especie de sonrisa.

—Estás a punto de cumplir uno de tus grandes sueños. Tendrás que ir a tope para tenerlo todo listo en dos semanas, pero cuando llegue el día tú estarás muy orgullosa de ti misma y tu familia más.

Me dio un beso en la cabeza y se levantó.

—Te dejo para que le respondas al de la galería y para que hables con Liam.

Asentí sin que me salieran las palabras, con un fuerte nudo en la garganta.

—Cariño.

Me giré hacia la puerta, hacia mi hermano.

—Si Liam es el amor de tu vida, el hombre destinado a ti da igual lo lejos que te vayas y estéis, y el tiempo que se interponga entre vosotros, ten por seguro que nada os podrá separar. Te quiero.

—Yo también te quiero —le dije con los labios temblorosos.

—Hablaré con los demás, te esperamos en el salón para cambiar los planes. No tengas prisa.

Me sonrió con cariño y cerró la puerta despacio. En cuanto me quedé sola no pude controlar las lágrimas ni el temblor de los dedos al escribir el mensaje de texto a Saúl.

Indira: *Hola, Saúl. Me he puesto nerviosa con tu mensaje, ha sido totalmente inesperado y precipitado. No te preocupes, los imprevistos suceden cuando menos los esperas. Muchas gracias por tu apoyo constante y claro que nos dará tiempo a hacerlo todo. Me pillas lejos, en otro país de viaje, pero voy a hacer todo lo posible para regresar mañana, para comenzar cuanto antes con la exposición. El lunes te llamaré a primera hora para vernos y así empezar a cuadrarlo todo.*

Salí de la conversación y entré en la de Liam, para marcar directamente la opción de llamada de voz.

—Eh… hola preciosa. ¿Me echas mucho de menos? —habló animada, al descolgar.

—Hola.

—¿Qué te pasa? —me preguntó serio— Espera, voy a alejarme de la gente.

—Vale.

Aproveché para sacar un pañuelo del paquete que tenía en la mesita de noche y me soné, antes de volver a escucharlo.

—Ya estoy —me dijo.

—Acaban de darme una noticia que me lo ha trastocado todo.

—¿De qué se trata? ¿Qué te está haciendo llorar?

—¿Te acuerdas de la exposición de la que hablé? ¿La mía?

—Claro.

—Pues he recibido un mensaje del dueño de la galería. Me ha dicho que se ha visto forzado a hacer unos cambios en las fechas y que mi exposición será en dos semanas. Es muy justo, vamos a llegar a ese día casi sin respirar, por lo que necesito volver a España cuanto antes. Yo… tengo que hablar con John y con mis amigos. No sé…

—Para. Olvídate de John, de él me encargo yo. No tendrás ningún problema por ausentarte de este trabajo.

—Tengo que mirar vuelos para mañana o como muy tarde para el domingo. Cuanto antes llegue mejor, tengo muchas cosas que hacer entre revelados y gestiones. —Hipé.

—Mierda. No llores, cariño. A mí también me jode, pero es una gran noticia para ti. Vas a brillar antes de tiempo, porque estoy seguro de que será un éxito total.

—Jo. —Lloré más.

—¿Dónde estás?

—En la casa, en mi habitación. Íbamos a salir en unos minutos, pero ahora… cambiaremos de planes.

—No te muevas de ahí, voy para allá.

Capítulo 32

Mi hermano me agarró de la mano justo cuando las ruedas del avión tocaron la pista de aterrizaje. Acabábamos de llegar a España.

Por más que le pedí a Adri que se quedara con los demás, no hubo forma de convencerlo. Quiénes sí continuaban en Tucson eran Miriam, Alberto y Diego, a los que les pedimos que continuaran aprovechando la casa. Nos costó convencerlos, pero las amenazas de mi hermano siempre surtían efecto.

La dueña, Emily, ya estaba avisada de que yo estaría ausente unas semanas, y también que en mi lugar se quedarían ocupando la casa parte de mi familia. Al menos hasta que se les terminaran las vacaciones, después la casa se quedaría cerrada hasta mi regreso porque al rodaje le quedaba tiempo. Lo único que me dijo Emily fue que esperaba que regresara pronto.

Tal vez Adri disfrutaría de unos días más de descanso conmigo en Tucson, ya que había acortado sus vacaciones por mi culpa.

Dirigí la mirada a la ventanilla, para ver como el avión cada vez iba más despacio.

—Se acabó.

—Sí. —Miré a mi hermano.

—¿Qué tal?

—Con todo lo que he dormido, bastante bien. Tú no has descansado nada, debes tener mucho sueño.

—Nunca puedo cerrar los ojos en los aviones. —Se encogió de hombros mi hermano—. Voy a escribirle a nuestro padre, para avisarlo de que ya estamos aquí.

Sacó su móvil y quitó el modo avión, para hacerle una llamada rápida. Nuestro padre ya nos esperaba en la terminal, en la zona de llegadas. Había venido a recogernos para llevarnos a la casa familiar primero, ya que comeríamos allí con mi madre y él, en familia, y al terminar nos llevaría a nuestras viviendas. Adri vivía en una casa, yo en un piso.

Cuando salimos del avión fuimos directos a recoger los equipajes. Por suerte no tardamos en pasar todos los letreros que indicaban la salida y cuando traspasamos la última puerta, enseguida vimos al hombre que era un ejemplo a seguir para Adri y para mí.

—Papá —le dijo mi hermano, antes de abrazarlo.

—Hola, hijo —lo saludó sonriente y le dio un beso en la mejilla—. Pequeña —me habló a mí.

Solté la maleta y me lancé a sus brazos, los que me acogieron y reconfortaron igual que desde que tenía uso de razón.

—¿Qué tal ha ido el vuelo? —se interesó, agarrando las dos maletas.

Mi hermano impidió que llevara la suya, yo no pude evitar que mi padre continuara llevando la mía. Lo único de lo que me encargué fue de la mochila de la cámara que llevaba a la espalda. No me había traído todas las cosas con las que viajé a Tucson, solo lo básico y lo que creía que iba a necesitar, o más bien lo que más me gustaba y me pondría.

—Vuestra madre está deseando veros —nos dijo sonriendo—. Se ha quedado terminando de preparar la comida.

—Lo imaginamos —comentó Adri.

—Me alegro de teneros de vuelta, chicos. ¿Estás nerviosa, cariño? —me preguntó a mí.

—Sí. Y ahora que estoy en España más —suspiré—. Entre el trabajo que me queda por hacer y todo el follón de la organización… menos mal que Saúl estará conmigo para ayudarme en todo lo que pueda.

Mi padre sabía que era el dueño de la galería en la que expondría mi trabajo.

—No te olvides de mí —me dijo mi hermano—. Ya te he dicho que voy a tomarme con calma mi trabajo, para ayudarte.

—Sí —solté un pequeño grito, con el que hice reír a ambos.

Llegar desde el aeropuerto a la casa de nuestros padres nos llevó menos de veinte minutos. Entramos en la casa hambrientos, mientas nuestra madre nos achuchaba a los dos a la vez.

—Celia, cariño, ¡déjalos respirar! —le pidió nuestro padre.

—Joder, mamá, si hubieras pasado una larga temporada fuera no sé cómo nos recibirías. —Sacudió la cabeza Adri.

—Puedes hacerte una idea —dijo ella, riendo—. Ay, mis niños.

—Sí, sobre todo niños —comentó con diversión nuestro padre—. Id a refrescaros —nos pidió, mientras dejaba las maletas a un lado de la puerta principal.

Adri y yo recorrimos abrazados el pasillo, hasta que nos separamos para entrar en las que un día fueron nuestras habitaciones. En realidad, todavía lo eran, porque nuestras camas siempre estaban hechas para cuando quisiéramos quedarnos. Cada una tenía baño privado, así que los utilizamos al mismo tiempo.

Me tomé un poco más de tiempo, observando mi imagen en el espejo. A pesar de que había dormido mucho durante el viaje, no había sido un sueño de calidad y me notaba pesada y cansada. Solté un suspiro, con ganas de llegar a

mi piso para tumbarme en la cama. Podía hacerlo en la que tenía cerca, pero como cayera en ella no me levantaría rápido.

Me reuní con todos en el salón, ya estaban sentados a la mesa, esperándome para comenzar a comer.

—Que bueno, mamá —le dije al ver mi plato lleno.

Comimos bastante rápido, pero con la comida de mi madre era lo que solía pasar. Cocinaba de maravilla, cualquier cosa que se propusiera.

Cuando estaba terminando mi postre, un tiramisú hecho también por mi madre, y mientras mi hermano les contaba lo bien que se lo había pasado los días que había estado en Tucson, solté la bomba que desconocían.

—Tengo novio —dije, captando la atención de los tres.

Mi hermano sonrió y me hizo un guiño. Mi padre me observó con curiosidad, mientras que mi madre se había quedado con los ojos abiertos al máximo y la boca abierta.

—Hace poco que estamos juntos. Se llama Liam, nació en Tucson y es mi jefe. Me enteré de que era el dueño de la productora cuando ya había pasado algo entre nosotros —carraspeé.

—Vaya… —dijo mi padre.

—Ay, mi niña. —Jadeó mi madre.

Se levantó de golpe de su silla y rodeó la mesa, para venir hasta mí para abrazarme.

—Quería acompañarnos, pero no podía alejarse de Tucson. Aparte no sabía si tendría que viajar también, pero a otro destino —les informó mi hermano.

Así era, Liam llevaba recibiendo durante bastantes días llamadas que suponían problemas. Problemas que lo mismo debía terminar solucionando en persona. Esperaba que no le dieran muchos dolores de cabeza.

—Ven, cariño —me pidió mi madre, tirando de mí para que me levantara —. Vamos al sofá para que me cuentes más cosas de mi yerno —dijo emocionada—. Quiero saber cómo os conocisteis, en qué momento notaste que saltó la chispa y…

—Celia, ¡no la agobies que está agotada del viaje! —se quejó mi padre.

Comenzaron a pelearse entre ellos, mientras que Adri y yo nos aguatábamos la risa sentados en el sofá, uno al lado del otro. Nos pusimos cómodos.

—Da gusto volver a casa, ¿eh? —me susurró al oído al cabo de unos minutos, rodeándome los hombros con un brazo.

—Sí —afirmé, sonriendo.

Sonrisa que me provocaron nuestros padres porque sus peleas nunca eran importantes. Una vez terminaron mi padre comenzó a susurrarle a mi madre y esta no dejó de sonreír. Habíamos vivido tantas veces la misma escena…

Al final mi padre se salió con la suya y mi madre me dejó respirar. Le prometí que en cuanto descansara le contaría todo lo que quisiera saber sobre Liam.

Me despedí de mi padre y de mi hermano en la acera del edificio donde estaba mi piso. Después de los abrazos y los besos, me dirigí a la entrada tirando de la maleta y con la mochila a cuestas. El coche de mi padre desapareció una vez se cerró el portal del edificio, se fueron para la casa de mi hermano.

Subí en el ascensor hasta mi piso, al que pensé que tardaría más tiempo en volver.

Sonreí al entrar y después de dejar el equipaje en el pasillo, recorrí el piso entero. Mis padres se pasaban a menudo, pero era una costumbre que yo tenía, la de revisar que todo estuviera bien. Cuando lo hice y me quedé conforme, encendí la calefacción porque como era normal el piso estaba muy frío.

Fui directa a mi habitación, donde dejé la maleta a un lado para entrar en el baño. No tenía fuerzas para ducharme, por lo que lo dejé para cuando me despertara de la siesta. Eso era lo que más me urgía, ya que era muy temprano todavía para hablar con las personas que había dejado en Tucson. Demasiado que les envié un mensaje a Liam y al grupo que tenía con mis compañeros, para decirles que acabábamos de aterrizar. Todavía no lo habían visto.

Cuando salí del baño me quité la ropa y me puse un pijama, para estar cómoda y poder meterme en la cama. Fue lo que hice enseguida. Puse una alarma y solté un largo suspiro, después de coger la postura y taparme bien con el nórdico.

Los ojos se me fueron cerrando muy poco a poco, apenas me di cuenta del momento en el que me quedé dormida, pero sí que recordaría cuando me despertara quién fue mi último pensamiento: Liam.

Capítulo 33

El ritmo frenético que había llevado, por fin se terminó. Gracias a la agenda que tenía guardada en el bolso, mi mejor compañera y una salvación, no fui olvidándome de las cosas por el camino. No solo tuve que estar pendiente de todo lo de la exposición, sino que, aprovechando que estaba en la ciudad, dos personas con las que solía trabajar y con las que había un cariño mutuo, me pidieron el favor de que les hiciera unos trabajos fotográficos.

Ya era el día de la exposición. Estaba muy nerviosa, de pie en un lateral de la sala de la galería en la que estaban expuestas todas mis obras. Hacía pocos minutos que habíamos abierto al público y ya había bastante personas.

Mi familia estaba conmigo, dándome su apoyo. Mi hermano Adri y su mejor amigo Diego se paseaban con calma por la sala y cuando veían a alguien parado frente a una fotografía, mostrando interés, se acercaban y comenzaban a hablar de lo que les parecía a ellos el trabajo. Eran los mejores, pero no los únicos.

Mi prima Miriam y Alberto se movían por otros lados, abarcando las zonas a las que no llegaban Adri y Diego. Mi madre se encontraba a mi lado, emocionada. Mi padre venía hacia nosotras, con dos vasos desechables en las manos.

—Gracias —le dije cuando me ofreció uno. Era café.

—Indira.

Me giré hacia la voz de Saúl, el dueño de la galería.

—Hola —le sonreí.

Había sido un gran apoyo durante las dos semanas de locura.

—¿Has visto cuánta gente hay ya? —me preguntó— Y acabamos de comenzar. Ya sabía que sería todo un éxito. —Me hizo un guiño.

—Gracias. Solo quiero que guste y que quien entre a ver la exposición se vaya satisfecho, sin la impresión de haber perdido el tiempo.

—Claro que sí. Lo último no va a pasar.

—Hazle caso, hija. Él entiende y está acostumbrado —me pidió mi madre.

—Sí —le sonreí.

—¿Me harías el honor de acompañarte a dar una vuelta? —me preguntó Saúl, ofreciéndome el brazo para que me agarrara a él.

Lo hice después de beberme el café rápido, aunque no me apetecía pasearme por la galería. Ni con él ni con nadie, prefería quedarme lo más resguardada posible, viendo desde lejos cómo la gente admiraba mis fotografías.

En un momento dado, cuando nos paramos y Saúl me soltó porque se le acercó una pareja, tuve que hacer un gran esfuerzo para no reírme y no llamar la atención. Mi hermano me habló al oído.

—Cuidado con este que se toma muchas libertades, se le van demasiado los ojos —me advirtió—. Vigila sus manos, que las tenga siempre visibles.

—No digas tonterías —carraspeé, disimulando y conteniéndome.

—Estás tan nerviosa por la exposición que no pillas las señales. Si uno que los dos sabemos estuviera aquí, te iba a decir él cuánta tontería tiene ese tío. Lo apartaría de ti rápido, lo mismo que haré yo en cuanto vea que se te acerca mucho.

—Adri… —susurré.

—No te pongas triste.

Con esas palabras, refiriéndose a Liam porque se había referido a él, recordándomelo, y con un beso en la mejilla, se alejó de mí. Desapareció como si nunca hubiera estado a mi espalda.

Solté un suspiro tembloroso y bajé la mirada al suelo.

Echaba tanto de menos a Liam, las dos semanas que llevábamos separados se me habían hecho eternas. El problema era que casi no había hablado con él, primero por la diferencia horaria y segundo porque los dos habíamos estado muy liados con nuestros trabajos. No sabía qué pensar ni lo que me encontraría cuando volvería a Tucson. Tal vez…

No, hoy era un día especial y muy importante para mí y no podía entristecerme pensando en malas posibilidades. Cogí una bocanada de aire y levanté la mirada hacia la imagen en grande que tenía delante.

—Perdona —se disculpó Saúl—. Eran unos conocidos.

—No pasa nada —le sonreí.

—Sigamos.

Continuamos caminando por la galería, agarrados, hasta que llegamos a una de las fotografías que eran mi debilidad. Sonreí hacia ella con añoranza y con un cariño especial. En la fotografía estaba capturada la anciana de la tribu indígena que para mí se convirtió en alguien que jamás olvidaría.

La anciana sonreía hacia mí, como cuando le tomé la fotografía. Tenía la sonrisa más bonita y perfecta que uno podía llegar a ver. Perfecta porque era real, auténtica y te llegaba al corazón, por el cariño que transmitía. Aquellos meses nos marcaron mucho a mi hermano, a Mario, a César y a mí.

—Una fotografía increíble —dijo una voz más ronca de lo que la recordaba, a mi espalda. Contuve la respiración—. No he visto nunca nada igual, que transmita tanto.

—Ya lo creo que sí —estuvo de acuerdo Saúl, sin percatarse de mi reacción—. Es excelente. De hecho, ya hay varios compradores que están muy interesados en ella. Indira, ganarás unos grandes beneficios —me sonrió, pero yo casi ni lo veía.

Me giré despacio y los ojos se me nublaron de lágrimas, al encontrarme de frente con Liam. Estaba guapísimo. Llevaba un pantalón de vestir con una camisa de la que llevaba unos pocos botones desabrochados. Tenía las manos en los bolsillos del pantalón y, aunque me observaba serio, la intensidad de su mirada me dijo todo lo que necesité saber.

Di un paso hacia él, pero entonces me di cuenta de que Saúl todavía me sujetaba del brazo. No fui yo la que se soltó, de eso se encargó Liam. Acortó la distancia que nos separaban y sin disimulo, agarró el brazo de Saúl y lo alejó de mí. Todo ello sin apartar la mirada de la mía, mientras que Saúl se quedó desconcertado. Hasta que Liam le habló.

—Gracias por apoyar a mi novia, pero ya he llegado yo y ese papel me pertenece a mí. A partir de ahora no va a estar sola en ningún momento.

Con esas palabras me agarró de la nuca, me pegó a su cuerpo y me besó. No pude evitar que las lágrimas corrieran libremente por mis mejillas, por el cúmulo de emociones que me hizo sentir. Se contuvo al besarme, lo noté porque me pasó lo mismo, pero como estábamos rodeados de personas no nos quedó más remedio que frenarnos. Nos supo a poco.

—Tenía tantas ganas de verte —me susurró, acariciándome las mejillas—. Te he echado mucho de menos.

—Ya también, a todo. —Apreté los labios, para contener la emoción—. Has venido, no puedo creérmelo.

—No me hubiera perdido por nada del mundo este día y el compartirlo contigo. Llevo unos minutos observándote para encontrar el mejor momento de mostrarme, pero si hubiera sabido que ese tío estaría cerca de ti desde que llegaste aquí, por como he visto que te mira y te persigue, te aseguro que habría jodido la sorpresa presentándome mucho antes —habló muy serio y me reí, contenta y feliz. Mis dudas y miedos desaparecieron de golpe—. Este

rubor es porque hemos llamado la atención de tus padres, ¿no? —se interesó, sonriendo por fin.

—Nos han visto —le confirmé.

—Era lo que quería —me susurró sobre los labios, antes de volver a besarme—. Estoy deseando conocerlos para presentarme. —Me hizo un guiño.

—¿Cuándo has venido? —me agarré a su camiseta, para que no se separara de mí.

—He aterrizado hace unas horas, no sabes lo que he tenido que contenerme para esperar a que la exposición llevara un tiempo abierta al público. —Sacudió la cabeza—. Por cierto. —Elevó las cejas—. ¿Me ha parecido ver en una fotografía expuesta, a cierto vaquero apoyado en un coche deportivo?

—Sí —le confirmé, riendo.

—Mmm… al final lo has hecho. Me siento importante.

—Lo eres. —Me mordí el labio inferior—. Es la única fotografía que no está a la venta, no tiene precio por el valor tan alto que tiene.

Con mis palabras me gané otro beso, el que saboreé y disfruté, aunque volví a quedarme con ganas de mucho más.

—¿Pudiste solucionar los problemas de trabajo que tenías? —le pregunté —. Casi no hemos hablado estos días.

—Sí, aunque me dieron más de un dolor de cabeza. Ahora ya estamos juntos.

—Y no sabes la alegría que me has dado, has hecho que el día sea más perfecto. Me alegro de que ya esté arreglado lo de tu trabajo. —Le hice pequeñas caricias en el pecho, por encima de la camisa—. ¿Preparado para conocer a mis padres?

—Siempre, pero antes quiero enseñarte algo.

—¿El qué?

Liam me giró, dirigiendo mi cuerpo. Me llevé las manos a la boca para acallar el grito que me nació de lo más hondo.

—Me los he traído conmigo —me susurró al oído—. No podían faltar en un día tan importante para ti.

—Están todos. —Jadeé, llorando.

—Ajá.

Me dio un beso en la mejilla y salí corriendo hacia mis amigos. No faltaba ninguno, incluso estaban Leo, Aarón, Henry, Cami y Sophia, junto a Val, Mario, Clara, César, Marcus, Nicola y Sandra. Tuvimos que apartarnos hacia una lateral y contenernos bastante, para no llamar mucho la atención. Pero los abrazos, los besos y las palabras precipitadas no faltaron.

Cuando nos tranquilizamos y me quedé abrazada por Mario y César, vi que mis padres se habían acercado a Liam y que los tres estaban hablando como si se conocieran de siempre. No podía sentirme más feliz, rebosaba felicidad.

Mi hermano se unió a ellos y sonreí con ternura hacia Adri, al ver cómo desviaba hacia nosotros la mirada, de vez en cuando. O más bien hacia cierta pelirroja que admiraba las fotografías que teníamos más cerca.

Los recién llegados me dijeron que ya habían estado con mi familia, incluyendo a Diego. Entre Val y Clara les presentaron a mis padres a los amigos de Liam y por lo que me contaron, en cuanto la galería se cerrara nos reuniríamos todos en la casa de mis padres, para celebrar mi día y la llegada de los demás.

—Es una pasada —comentó Val, abrazando a Mario por el lado que tenía libre.

Él la pegó a su cuerpo y la besó en los labios. Mi sonrisa se amplió.

—Sí. Es increíble, cariño —comentó Clara—. Hay mucha gente y también hemos visto a algunos periodistas. Todos parecen muy interesados en tus

fotografías —dijo emocionada.

—Son una obra de arte —dijo con satisfacción César—. ¿Sabéis que he comprado una?

—¡No! —me reí.

—Y tanto que sí. —Me hizo un guiño—. La de la anciana de la tribu.

—César…

—Es algo nuestro que vivimos con mucha intensidad. Se va para mi casa y llenará un espacio que se convertirá en uno muy especial —dijo y apoyé la cabeza en su brazo.

—Gracias por venir —les dije emocionada—. Estaba muy triste porque no estaríais para compartir este día conmigo.

—Liam habló con John y nos sacó a todos —me informó Nicola, apareciendo a mi espalda.

Me abrazó por el cuello y colocó la cabeza en el brazo de Mario. Él y César no me había soltado, me tenían agarrada por la cintura. Val y Clara continuaban al otro lado de ellos.

—Es maravilloso, cariño. Tienes mucha suerte de tenerlo —me dijo Val, refiriéndose a Liam.

—Sí, pero tú también —yo me referí a Mario.

—Lo sé —suspiró enamorada, mirándolo con una gran sonrisa.

—Gracias —dijo Mario y nos reímos.

Cambié de grupo para ir con mis padres, mi hermano, mi prima, Alberto y Liam. El último me abrazó en cuanto me puse a su lado. Mi madre comenzó a decirme que había elegido muy bien, refiriéndose a Liam, y mi padre terminó llevándosela para que no me hiciera pasar vergüenza, por lo nerviosa que ya estaba. La mantendría entretenida hasta que se calmara.

Los vimos alejarse. Nos dejaron sonriendo. A Saúl también lo localicé, hablando con un hombre frente a una fotografía. Sonreí cuando lo vi levantar el pulgar hacia mí, por la espalda del desconocido.

—Os dejamos, parejita. Vamos a dar una vuelta —nos dijo Adri.

—Sí, tenemos que seguir controlando que todo siga bien —habló radiante Miriam, compartíamos emoción—. Después nos uniremos a los demás.

—Parecemos de seguridad —comentó con humor Alberto, para picarla.

Sonriendo, vi cómo se alejaban de nosotros.

—¿Has visto toda la exposición? —le pregunté a Liam.

—No, no quería entretenerme. Nada más entrar en la galería te he buscado y he venido directo hasta ti, aunque haya esperado un poco para acercarme. Lo único que me ha llamado la atención, porque la he reconocido, ha sido mi fotografía —comentó con humor—. Si hubieras visto como se ha puesto Aarón, solo le ha faltado llorar al ver su deportivo —nos reímos.

Lo agarré de la mano y tiré de él, para recorrer toda la galería.

—Estoy muy orgulloso de ti —me susurró.

—Gracias.

—En serio, Indira. —Me paró y se puso delante—. Tienes un talento increíble, único, créete lo maravillosa que eres. Ya has escuchado a ese tonto de Saúl, tu hermano me ha recordado el nombre. —Fruncí los labios, conteniendo la diversión por cómo lo dijo—. Tus obras ya tienen varios compradores y sé que las venderás todas. —Me agarró de la cara con las dos manos y se inclinó hacia mí—. Orgulloso es poco para expresar cómo me siento. Te amo, me tienes enamorado por completo.

—Liam… Yo también te amo y me siento igual —susurré.

Me faltó la respiración porque fue la primera vez que abrimos nuestros corazones, siendo directos con nuestros sentimientos.

El primer te amo compartido, seguido por uno de los besos más dulces, envuelto en un abrazo protector y posesivo. ¿Qué más podía pedir? Nada, porque hay momentos que son tan perfectos, únicos y especiales, que todo lo demás sobraba.

Epílogo

Once años más tarde…

Liam

—¿Vas a tenerme mucho más tiempo así? —me preguntó Indira, entre risas.

—El que sea necesario —le contesté sonriendo.

—Como me caiga ya verás…

—¿Crees que te dejaría caer? —Chasqueé la lengua.

Le rodeé la cintura por la espalda y pegué su cuerpo al mío, parando nuestros pasos. Así me gustaba tenerla, notando como encajaba conmigo.

—¿Preparada? —le susurré al oído, desde atrás.

—Sí —rio de nuevo, nerviosa.

—Te dije que este viaje sería especial, ¿no? —le pregunté y asintió, con una preciosa sonrisa— Disfrútalo, cariño.

Le liberé la vista, quitándole el pañuelo con el que la había llevado durante todo el viaje, desde que nos montamos en el coche para ir al aeropuerto.

—¿Qué…? —dijo parpadeando rápido, adaptándose a la claridad— Liam… ¿qué has hecho? —me preguntó entres jadeos, mirando hacia todos

los lados y a la camioneta que nos había traído hasta aquí.

—Hacer realidad uno de tus sueños —le susurré.

Se giró hacia mí emocionada, con los ojos brillantes por las lágrimas y se lanzó a abrazarme y a besarme por toda la cara, no solo en los labios. Terminé riendo porque no me soltaba, lo que hizo cuando se quedó inmóvil, mirándome con los ojos abiertos al máximo.

—Yo de vosotros haría pagar por el espectáculo que estáis ofreciendo —dijo en alto Adrián, mi cuñado.

—¿Es mi hermano? —me preguntó Indira, con más jadeos.

Volví a reírme, mientras giraba su cuerpo para que se quedara frente a él. Mi mujer soltó un grito y comenzó a llorar. Nada me sorprendió.

Tenía las emociones a flor de piel con todo lo que acababa de descubrir, tanto por el lugar en el que nos encontrábamos como por las personas que vio a unos metros de nosotros.

Yo llevaba mucho tiempo planificando este viaje, junto a Adrián, Mario y César que eran los que más sabían y podían orientarme. En cuanto les dije la sorpresa que quería darle a Indira se apuntaron de inmediato, ni siquiera se lo pensaron. Nunca se le dice que no a regresar a un lugar que marcó profundamente tu vida.

Sí, estoy hablando de la tribu indígena en la que hacía muchos años Indira estuvo con su hermano y sus amigos y compañeros, Mario y César. Como le había dicho, era uno de sus sueños el volver alguna vez aquí.

No solo acabábamos de llegar a la zona donde estaba asentada la tribu, sino que Adrián estaba rodeado por unos sonrientes César, Mario, Marcus, Val, Clara, Sandra, Nicola, Leo, Aarón, Henry, Cami y Sophia. Ninguno de nuestros amigos había querido perderse la gran oportunidad de pasar unas semanas viviendo en este lugar tan especial y apartado del mundo. Llegaron el día anterior, para que Indira no sospechara nada.

Mi mujer salió corriendo hacia el grupo, riendo y gritando, igual que hicieron las chicas que fueron las primeras en abrazarla. Yo me despedí del hombre que nos había traído en la camioneta, después de ayudarlo a descargar el equipaje, y me dirigí a todos, cuando ya estaban más calmados.

Nos saludamos con abrazos.

—He llegado a pensar que nunca volvería —me dijo Indira, abrazándome.

—Sé que algunas de las personas que conociste ya no estarán. —Se entristeció, al mismo tiempo que asintió—. Pero espero que lo disfrutes tanto o más esta segunda vez. Quiero vivir cada segundo contigo, llevarme tantos recuerdos como sea posible. Sé que me iré enamorado de todo.

—Liam… Te amo. —Me dio un beso en los labios.

—Y yo a ti, cariño. No te imaginas cuánto. —Le hice un guiño—. Te prometo una cosa.

—¿El qué? —le brillaron más los ojos.

Estaba temblado por las emociones, porque por la temperatura no era. Hacía mucho calor.

—Que esta no será la última vez que estemos aquí —le dije, frotándole los brazos—. Te prometo que mínimo vendremos cada año y medio o así, según podamos adaptarnos.

—¡Sí! —gritó, colgándose de mi cuello.

Solté una carcajada y me crucé con la mirada satisfecha de mi cuñado Adrián. Asintió hacia mí y le devolví el gesto, mientras yo mantenía a su hermana bien agarrada y pegada a mí.

Adrián y yo nos habíamos convertido en grandes amigos, teníamos una relación genial y especial. Contábamos con el otro para todo.

—Madre mía, ¡unas semanas libres! —dijo riendo Clara, contagiando a los demás.

Así era, todos los que teníamos hijos los habíamos dejado al cuidado de los abuelos.

—Tengo otra sorpresa para ti —le dijo Adrián a Indira, cuando se acercó a nosotros.

—¿Más? —le preguntó ella, llevándose una mano al pecho.

Comenzó a caminar por delante de nosotros y lo seguimos. A nuestras espaldas vinieron nuestros amigos, con nuestros equipajes.

Adrián se paró frente a la entrada de una cabaña construida de troncos de madera, paja y hojas. Así eran todas las que había. Agarró a su hermana de la mano y entraron. Yo no me separé de ellos.

Indira comenzó a llorar en cuanto vio a una mujer muy mayor tumbada en una colchoneta. Yo sabía que esa comodidad era gracias a Adrián, ya que en el viaje hasta aquí cargó con varias colchonetas y con otras cosas importantes, entre ellas medicinas. Lo mismo hicieron los demás, para ayudar lo máximo posible.

Mi mujer se acercó despacio a la sonriente anciana y se arrodilló frente a ella. La anciana le habló en un idioma que no reconocí, pero no hacía falta entenderla para recibir el cariño que transmitía. Indira la agarró de las manos con cuidado y sin parar de llorar, le dijo lo feliz que estaba por volver a verla.

—Es la de la fotografía de la primera exposición que hizo —me susurró mi cuñado.

—Entiendo. —Asentí.

—Al llegar aquí, cuando me enteré de que todavía vivía… no sé cuántos años tendrá, pero es asombroso. Yo también lloré, sobre todo cuando me abrazó. —Sacudió la cabeza—. Increíblemente nos reconoció a César, a Mario y a mí, lo mismo que ahora a mi hermana. Pasamos mucho tiempo con ella durante los meses que estuvimos viviendo aquí. muchos años atrás.

—Me alegro de que hayáis podido volver a verla —sonreí, sin poder apartar la vista de Indira.

—Gracias. —Me agarró de un hombro—. Nos vemos en un rato. Vuestra cabaña es la cuarta desde esta, es la que hemos preparado para vosotros. Ahí han llevado el equipaje Marcus y César.

—Estupendo. —Asentí.

Cuando Adrián se fue me quedé en silencio y apartado, siendo testigo de la intensidad del reencuentro de Indira con la anciana. Esta no dejaba de acariciarle la cara a mi mujer. Cuando consiguió separarse de ella, prometiéndole que volvería pronto, la llevé hasta la cabaña que me indicó su hermano.

Efectivamente encontramos nuestro equipaje dentro y aprovechamos para asearnos un poco.

—Me encanta verte así —le dije frente a un pequeño espejo en el espacio que hacía de baño.

—¿Con la cara cubierta de lágrimas? —me preguntó riendo.

—Sí, si son de felicidad absoluta —le susurré al oído.

—Liam… no sabes lo que significa este sitio para mí y el volver a ver a esa anciana… —Le temblaron los labios—. Creía que ya se había ido —suspiró.

—Pues ya ves que os ha esperado, en cierta forma.

—Sí —sonrió—. Estoy deseando recorrerme todo el campamento, para buscar a todos los que recuerdo y para conocer a los nuevos —dijo ilusionada.

Le di un beso en la mejilla y la dejé sola para que se recompusiera. Me tumbé en una hamaca que colgaba de dos troncos, para descansar un poco del viaje. Habían pasado muchas horas desde que salimos de nuestra casa.

Cuando Indira terminó vino hacia a mí y después de hacer malabares y de reírnos mucho, conseguimos quedarnos los dos tumbados en la hamaca. Ella encima, cubriendo mi cuerpo con el suyo.

Era lo principal para mí, porque sin ella nada iba bien. Todo se desmoronaba.

Después del día de la exposición no tardamos mucho en casarnos, antes de que finalizara el año nos lazamos a la aventura. Tenemos dos hijos, Izan y Cloe, de siete y cinco años, respectivamente. Como ya he comentado se habían quedado con sus abuelos, tanto por parte de Indira como por la mía porque se repartirían los días. Martín y Celia, mis suegros, se llevaron genial con mis padres, Owen y Bianca, desde el primer momento en el que los presentamos.

Sobre nuestros trabajos, ambos continuábamos con las mismas responsabilidades. Indira se dedicaba a trabajar en la productora, la mía, y lo compaginaba con su pasión por la fotografía. Después de su primera exposición llegaron muchas más en las que volvió a brillar. Todas fueron un éxito rotundo.

Mi única queja al respecto es que muchas de las exposiciones las hacía en la galería de Saúl y este todavía me tocaba las narices, por cómo se acercaba a Indira. No le daba mucho espacio porque yo intentaba estar siempre con ella. Con respecto a mí, seguía al frente de la productora, aparte de llevar para delante otros negocios que había ido ampliando con el paso del tiempo.

Durante los meses escolares vivíamos en una casa en España, lo que no suponía ningún problema para que yo continuara llevando para delante la productora y los demás negocios. El piso de Indira lo tenía alquilado a un grupo de tres amigas.

En cuanto podíamos y los niños tenían libertad de movimiento, viajábamos a Tucson, donde yo mantenía la casa que compré de joven. Pasábamos largas temporadas allí, descansado y en compañía de nuestros amigos. Cami y Herny no podían estar más felices cada vez que íbamos en familia.

Para empezar a hablaros de nuestros amigos, lo haré comenzando por las parejas que ya sabéis que estaban formadas.

Con el transcurso de los años…

La prima de Indira, Miriam, y Alberto, se casaron un año después de conocernos mi mujer y yo. Indira ya viajó a Tucson sabiendo la gran noticia y una vez que el rodaje de la película finalizó, regresó a España para ayudarla en todo lo posible. Yo la acompañé porque no me separé más de ella, desde que nos reencontramos en la galería de su primera exposición. A la boda de Miriam y Alberto asistimos todos, sin excepción. Son una pareja estupenda que derrochan amor y conexión. Tienen unas mellizas preciosas de nueve años, Carolina y Dana.

Mis amigos y familia, porque así consideraba a Henry y a Cami, continúan tan maravillosamente bien como siempre. Por suerte, algo por lo que estábamos agradecidos, a Henry no volvió a fallarle la salud. Seguía cuidándose mucho y Cami lo acompañaba en cada paso que daba. Ella era correspondida en todo. En el restaurante continuaban teniendo a Amelia, la que con el tiempo fue encargándose de muchas más responsabilidades. Henry pasaba por el restaurante de visita y estaba muy poco tiempo allí, la única excepción que hizo fue cuando Amelia se casó, para cubrir el viaje de novios de ella porque a la boda asistieron mi amigo y Cami. Tienen a Davis y a Elijah, de diez y siete años, respectivamente.

Lo que comenzó años atrás en Tucson para Mario y Val, hoy día perduraba y no solo eso, sino que se había intensificado y cogido fuerza. El amor de esta pareja es increíble, se adoran y se desean a partes iguales. Se casaron un año y medio después de regresar a España, pero comenzaron a vivir juntos a las pocas horas de que aterrizaron en su país. Tienen una hija de cinco años, Daniela, pero en breve aumentaran la familia porque Val está embarazada de seis meses. Falta muy poco para que conozcamos a Alec, para darle la bienvenida a la gran familia que éramos.

César encontró el amor con Marina. Tienen dos hijos, Héctor y Agnes, de seis y cinco años, respectivamente. Marcus estaba en una relación relativamente nueva, desde hacía medio año. Todos esperábamos que Katia fuera su amor definitivo. Por el momento les va genial y se les ve muy compenetrados. Solo el tiempo lo dirá.

Nicola y Sandra nos dieron la noticia de que estaban juntas. No digo que fue una sorpresa porque lo vimos venir cuando dejaron ver por accidente algunas muestras de lo que tenían. Siempre fueron amigas, pero una vez que regresaron de Tucson, iniciaron una relación que las había llevado a estar

viviendo felices y casadas. No querían oír hablar de hijos, siempre decían que con los de todos nosotros tenían más que suficiente.

Sobre mi cuñado Adrián os comento que continuaba estando al frente de su empresa de electricidad y que esta había crecido con el tiempo y estaba muy bien posicionada en el sector. Diego, su mejor amigo y amigo de los demás, seguía siendo muy importante en el negocio. En cuanto a lo personal con respecto a Adrián, está casado con Sophia. Sí, la hermana de mi amigo Henry y la cuñada de Cami. Para sorpresa de nadie cuando ella vino a España para la exposición de Indira, Adrián movió fichas y se acercó a ella por fin, con una intención muy clara. Desde el inicio fue muy evidente la atracción que sintió él, la misma que intentó ocultar Sophia cada vez que se encontraba cerca de Adrián. Por lo visto también le llamó la atención en la casa de su hermano Henry, pero no se atrevió a acercarse a él. Después de la primera vez que tuvieron Adrián y Sophia, la noche de la exposición de mi mujer, en la que dieron rienda suelta a sus sentimientos y emociones, llegaron muchísimas más, hasta hoy. Tienen a Erin y a Jason, de siete y cuatro años, respectivamente. Viven en España y viajan a Tucson tantas veces como Indira y yo. Igual que todos los demás.

Ya estoy acercándome al final y he dejado para lo último a mis amigos, a mis hermanos de corazón. Imagino que ya os hacéis una idea de por donde iré.

Sí, Aarón y Clara tienen una relación desde pocos días después de la primera exposición de Indira. La situación se dio de esta manera… Cuando salimos de la exposición y se dividieron para ir en taxis hasta la casa de mis suegros, Clara tuvo la mala suerte de encontrarse de frente con su ex, Jaime. Al ser la primera vez que se veían en persona, ya que ella cortó desde Tucson, este se le encaró. ¿Y qué pasó? Que mi amigo Aarón salió en defensa de Clara y apartó a ese tío de ella, en todos los sentidos. Después de quitárselo de encima a Clara, se acercó a ella con decisión y la besó con intensidad. A ella no le quedó más remedio que rendirse a ese beso, pero no fue solo porque su ex la estuviera viendo, no, sino que dio rienda suelta a lo que llevaba deseando durante un tiempo. Tantos piques y enfados entre Aarón y Clara, después de que ella lo mandara a la mierda en un mal momento, los llevó a lo inevitable. Se casaron unos años después y tienen dos hijos, Oliver y Lucy, de nueve y seis años, respectivamente.

Y, por último, pero tan importante como los anteriores, está mi amigo Leo que consiguió superar todos los obstáculos para llegar hasta Diego, el mejor amigo de Adrián. Nada lo frenó para acorralar a Diego y decirle que lo deseaba, que nunca había sentido tanto hacia una persona y que estaba dispuesto a vivir en España, si Diego le daba una oportunidad. Fue lo que hizo también Aarón, trasladarse a España. Ante esa declaración, con sus correspondientes tocamientos a Diego, porque Leo fue a por todas en el acorralamiento, Diego se dejó vencer y aceptó su derrota, al admitir que él sentía lo mismo que Leo y que necesitaba intentarlo, siempre y cuando Leo se quedara en España. Y así fue y continúan haciendo una pareja perfecta. Encajaban a la perfección y se complementaban con los caracteres.

Está visto y comprobado que no puedes imaginar ni prever lo que la vida te tiene preparado. Quién me iba a decir a mí que estar fuera de la casa de Aarón, en Tucson, apoyado en su deportivo, con un sombrero de vaquero, daría para tanto en mi vida. Ni en mis mejores sueños porque eso es lo que vivía constantemente junto a Indira, un sueño que cada día se hacía realidad.

No todo es bonito, los altibajos existen para cualquiera, pero mientras que continuáremos unidos conseguiríamos sortear los imprevistos.

En lo alto de una colina a la que llegamos, después de dar un buen paseo, abracé a Indira por la espalda, mientras veíamos a nuestros pies todo el terreno que ocupaba la tribu.

Entrelazamos los dedos y no necesitamos nada más, solo sentirnos y tener presente al otro. A eso se reducía nuestro mundo, donde estaban nuestros cimientos que nos mantenían en pie y a flote.

RRSS:

Facebook: Carlota Manzano
Instagram: @carlotamanzanoautora
Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano
Twitter: @ChicasTribu